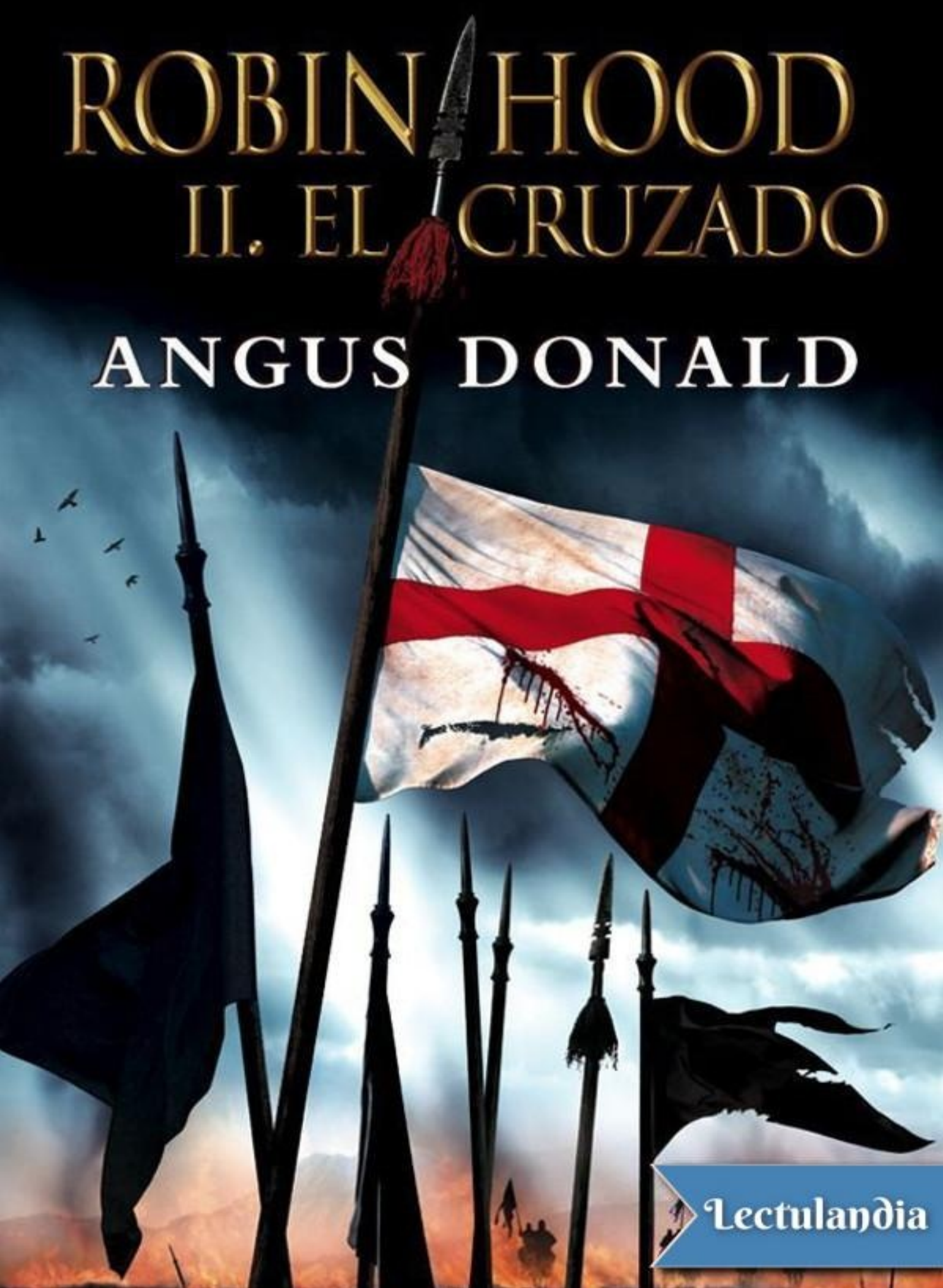


# ROBIN HOOD

## II. EL CRUZADO

ANGUS DONALD



Lectulandia

En el 1190 la épica cruzada que encabeza el célebre Ricardo Corazón de León para recuperar Jerusalén de manos de los sarracenos se encuentra en pleno apogeo. Entre sus nutridas y aguerridas huestes marcha el más famoso, temido y valiente guerrero de su tiempo, el conde de Locksley, o, lo que es lo mismo, Robin Hood.

Acompañado de sus fieles y entrañables compañeros, el conde pone su astucia y su ímpetu guerrero al servicio de la lucha contra el infiel, pero lo que ni él ni nadie esperaba es que tuvieran que luchar también contra un enemigo oculto en sus propias filas, un infiltrado que pone en riesgo sus planes de ataque.

La trama se desdobra así en una línea de acción bélica y otra de misterio e intriga, al tiempo que el autor sigue desarrollando a los personajes que acompañan a Robin Hood, particularmente Little John y el propio narrador.

Lectulandia

Angus Donald

# Robin Hood, el cruzado

Robin Hood - 2

ePUB v1.0

Crubiera 28.04.13

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Holy Warrior*

Angus Donald, 2010.

Traducción: Francisco Rodríguez de Lecea

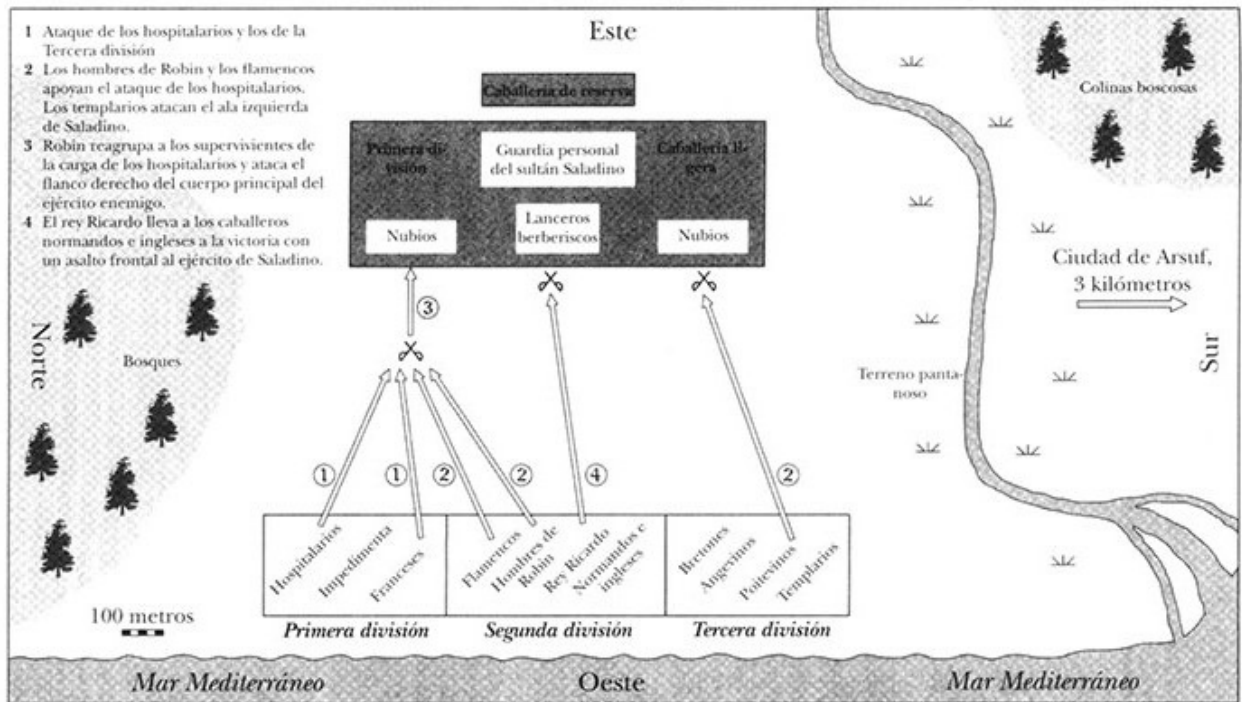
Diseño portada: Tim Byrne

Editor original: Crubiera (v1.0)

ePub base v2.1

*A mis maravillosos padres,  
Janet y Alan Donald;  
gracias por todo.*

## Batalla de Arsuf, 7 de septiembre de 1191



# Primera parte

## Inglaterra

# Capítulo I

**D**udé mucho antes de empezar este relato, e incluso llegué a tomar la resolución de no dejar plasmada sobre el pergamino esta parte de mi juventud, hasta que el otro día, en una taberna de Nottingham, oí a un narrador de historias profesional, y muy bueno, ensalzar las virtudes del rey Ricardo Corazón de León y de sus bravos guerreros, que hicieron la Gran Peregrinación a Tierra Santa hace ahora más de cuarenta años. El hombre describía la espléndida destreza bélica de los caballeros cristianos forrados de acero, y la gloria inmortal que alcanzaron frente a los sarracenos en Acre y en Arsuf, y se refirió también a la recompensa cierta en el cielo de los que cayeron por una causa tan noble, y a las grandes riquezas terrenales, fruto del saqueo y del botín, que ganaron quienes no murieron...

Pero aquel elocuente contador de historias no hizo mención alguna del espectáculo real, de los olores y los sonidos de un campo de batalla después de una gran victoria: de aquellas visiones que permanecen en la memoria y que envenenan tus sueños. No habló de los cadáveres, miles de ellos, de rostros lívidos y miradas fijas, rígidos por la muerte y amontonados como leños uno encima de otro; ni de los caballos despanzurrados, con la vista clavada en sus propias entrañas, los ojos desorbitados, temblorosos, relinchando llenos de pánico; ni del hedor a carne y a hierro empapados de la sangre recién vertida y de la mierda esparcida por todas partes, un olor que se aferra a la garganta y no se desprende con facilidad; como tampoco habló del zumbido de cien mil moscas atraídas por las vísceras, ni de los gemidos incesantes y desesperados de los malheridos, que te empujan a taparte los oídos para aislarte de su dolor.

No habló del horror de matar al hombre que tienes delante; del espasmo tremendo de su agonía contra tu cuerpo; del olor a cebolla de su aliento en tu mejilla ni de la sangre caliente que empapa tu mano mientras hundes un poco más la hoja de la espada en su carne. Y el vértigo y el alivio que sientes cuando todo ha acabado y el hombre está tendido junto a tus botas y ya no es sino un saco inerte de huesos y carne.

El narrador de historias no mintió, pero tampoco contó toda la verdad. Y cuando vi brillar a la luz del fuego del hogar los ojos de los jóvenes que escuchaban en la taberna sus historias de audaces héroes cristianos abriéndose paso a través de las filas de infieles cobardes, supe que tenía que escribir la verdad de lo ocurrido en aquella



gran empresa de hacía cuatro décadas, el desarrollo real de aquellas batallas lejanas, como yo mismo las vi con mis ojos jóvenes.

No es una epopeya de héroes valerosos y de glorias inmarcesibles, sino una historia de matanzas inútiles, de odio... y de amor; también es una historia de lealtad, de amistad y de perdón. Por encima de todo, es la historia de mi señor, Robert Odo, el gran conde de Locksley, el hombre conocido en tiempos en todo el territorio como Robin Hood: un ladrón astuto, un asesino de corazón de hielo y, Dios me perdone, durante largos años mi mejor amigo.

Mientras escribo esta historia de mi remoto viaje frente a un atril en la gran sala de la casa de Westbury, siento el peso abrumador de mis años. Me duelen las piernas por estar de pie durante tanto tiempo delante del facistol inclinado. Mis manos, que sujetan la pluma y el cortaplumas, están acalambradas después de horas de trabajo. Pero Nuestro Señor, en su misericordia, me ha permitido sobrevivir durante cincuenta y ocho años a muchos peligros, batallas y carnicerías, y confío en que me dará fuerzas para completar mi tarea.

Una leve brisa entra por la puerta abierta de la sala y acaricia la estera de juncos que cubre el suelo, arrastrando los cálidos aromas de los inicios del otoño hasta mi pergamino: el polvo dorado por el sol del patio, el heno segado que se seca en el pajar, la dulzura de la fruta madura que pende de la rama en mi huerto.

Ha sido un año pródigo para nosotros los de Westbury: un verano caluroso ha hecho madurar las cosechas, ahora ya recogidas, y los graneros están llenos hasta las vigas del techo de sacos de trigo, centeno y cebada; las vacas dan a diario su dulce leche, los puercos engordan con las bellotas de los bosques, y Marie, mi nuera, que gobierna mi casa, está contenta. Dios sea alabado por los dones que desparrama sobre nosotros.

En primavera, su primo Osric, un viudo entrado en carnes y de mediana edad, vino aquí para ocupar el cargo de administrador, y se trajo consigo a sus dos corpulentos hijos, Edmund y Alfred, que se ofrecieron para trabajar mis campos como asalariados. No diré que Osric me gusta: puede que sea el hombre más honesto, trabajador y concienzudo de la cristiandad, pero es tan insípido como un pan de espelta sin sal. Y también es algo mezquino, al menos en los tratos que hace con mis campesinos. Con todo, su llegada ha transformado mi vida para mejor. Lo que una vez fue una hacienda perdida y descuidada de campos plagados de cizaña y granjas ruinosas, es ahora un lugar pletórico de trabajo y de abundancia. El cobró las rentas atrasadas de mis aparceros; en la época de la cosecha, se levantaba de madrugada para empujar a los campos a los siervos que me debían jornadas de trabajo y ajustar un salario modesto para los hombres libres del pueblo que, aunque antes no lo hacían, se mostraron dispuestos a alquilarse como braceros en mis tierras. Ha traído orden, prosperidad y felicidad a mi casa..., y sin embargo no consigo que me guste.

Puede que mi desagrado se deba a su aspecto: redondo como una pelota, con los brazos cortos y los dedos rechonchos, y una cara, debajo del cráneo calvo casi por completo, hocicuda como la de un topo; su nariz es demasiado grande, su boca demasiado pequeña, y en sus ojos minúsculos siempre brilla una luz de preocupación... Pero prefiero pensar que la razón es que su alma está cerrada a la música, y que la alegría jamás se desborda en su corazón.

Sin embargo, la llegada de Osric ha sido una buena cosa. El año pasado, la melancolía impregnaba el ánimo de esta mansión. Marie y yo nos esforzábamos por encontrar una razón para seguir viviendo, después de la muerte por enfermedad de mi hijo y su marido, Rob. Gracias a Dios, guardamos un recuerdo vivo de él en la persona de mi nieto y tocayo Alan, que cumplirá ocho años estas Navidades: un niño sano y revoltoso.

Alan está fascinado por el hijo menor de Osric, Alfred. Ve al joven como un héroe, una especie de semidiós, e imita todo lo que hace el granjero. Alfred lleva siempre una cinta de tela en la frente, para evitar que el sudor le moleste en los ojos cuando maneja la hoz en los trigales. De modo que, por supuesto, el pequeño Alan también se coloca la misma prenda en la cabeza. Cuando Alfred dijo en tono casual que le encantaba la leche malteada, Alan empezó a seguirle a todas partes con una jarra de esa bebida, por si acaso tenía sed. Manías infantiles sin importancia, diréis. Es posible, pero he decidido enviar pronto a Alan a educarse de acuerdo con su rango en alguna otra mansión, muy lejos de aquí. Allí aprenderá a cabalgar y a luchar como un caballero, y a bailar y cantar, y a escribir en latín y en francés: no quiero que sólo tenga maneras de labrador cuando crezca. Puede que ese capricho con Alfred sea inofensivo, pero sé que la admiración ciega de un joven hacia un hombre mayor puede ser una fuente de rabia y de dolor cuando el muchacho descubre que su ídolo no es el héroe que él creía. Yo viví esa experiencia con Robin de Locksley.

Mi señor me pareció al principio una figura heroica: valeroso, fuerte y noble — como Alfred puede parecérsele a Alan—, y recuerdo muy bien mi decepción cuando supe que Robin no era así, que era codicioso, cruel y egoísta como cualquier otro mortal.

Sé que no soy justo con Robin cuando lo acuso de tales cosas: fui yo quien le juzgué mal, y no él quien se propuso engañarme. Todavía me dominan el rencor y la vergüenza al recordar a los hombres buenos y nobles que murieron para que Robin pudiera aumentar su fortuna. Sea como sea, quienes lean estos pergaminos podrán juzgar por sí mismos, y en estas páginas escribiré de la forma más fiel que pueda las aventuras de Robin, y las mías, al otro lado del mar, en aquellas tierras odiosas donde los hombres se mataron unos a otros por millares en el nombre de Dios; en aquel país donde el calor te asfixiaba y el polvo te ahogaba, en aquella tierra donde escorpiones diabólicos y arañas gigantes y peludas acechaban por doquier. En el lugar que la

gente llama Ultramar.



*Fantasma*, mi caballo gris, estaba agotado, y también yo sentía en todos mis huesos un cansancio más allá de cualquier límite. Habíamos recorrido muchos centenares de leguas juntos en las anteriores semanas —primero a Londres, luego a Winchester, Nottingham..., y todo el camino de regreso—, y mientras ascendíamos la empinada cuesta que lleva desde el valle del río Locksley, en el Yorkshire, hasta el castillo que se alza en lo alto de la colina, palmeé su cuello gris manchado y murmuré unas palabras de ánimo. «Ya casi estamos en casa, muchacho, casi en casa, y allí te espera un plato de puré de avena caliente.» *Fantasma* movió las orejas al oír mis palabras, e incluso me pareció que aceleraba un poco el paso. Mientras subíamos la interminable cuesta herbosa, dispersando a nuestro paso a las ovejas y a sus desmañadas crías, vi por encima de mí la silueta cuadrada de la iglesia de San Nicolás, y detrás, recortada contra el cielo, la alta torre de madera y la robusta empalizada del patio del castillo de Kirkton, la fortaleza de mi señor, que domina el valle del Locksley. Me sentí embargado por una gran añoranza del hogar y por la reconfortante sensación del deber cumplido. Mi cabeza rebosaba de informaciones recientes, de noticias importantes y peligrosas, y en las alforjas, bien envuelto y oculto, llevaba un regalo de gran valor. Me sentí como un cazador que vuelve a casa después de un día entero en el bosque, con una presa codiciada: la misma mezcla satisfactoria de fatiga y alegría.

Era un día de principios de primavera del año de Nuestro Señor de 1190, y me pareció que en aquel hermoso día el mundo entero era bueno: el noble rey Ricardo, aquel ejemplo de guerrero cristiano, se sentaba en el trono de Inglaterra, los hombres de confianza que había colocado en puestos destacados se comportaban al parecer con prudencia, y él mismo se disponía a partir en breve a una gran aventura santa para rescatar Jerusalén, el ombligo del mundo, de las garras de las hordas sarracenas, una acción que tal vez desembocaría en el Segundo Advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Toda Inglaterra rezaba por su victoria. Y lo mejor de todo era que yo acababa de cumplir con éxito uno de los primeros encargos que me había dado mi señor, Robert Odo, recientemente nombrado conde de Locksley y señor de Kirkton, Sheffield, Ecclesfield, Hallam, Grimesthorpe y Greasbrough, y de docenas de poblaciones menores de los condados de York, Nottingham y Derby.

Yo era el *trouvère*, el músico personal de la corte de Robin. Los *trouvères* éramos llamados así porque «trovábamos» o encontrábamos —es decir que componíamos— nuestras propias canciones, y no nos limitábamos a repetir los versos de otros como hacen los simples juglares. Pero también actuaba como mensajero de Robin, como su

embajador y, en ocasiones, como su espía. Y me gustaba hacerlo. Le debía todo lo que poseía. Cuando lo conocí, yo era un chico de campo sin familia, ni siquiera tenía una aldea o población que pudiera llamar mía, y muy joven, tan sólo contaba quince años. Poco después, Robin me había dado en propiedad la pequeña hacienda de Westbury. ¡Yo era Alan de Westbury! Era el señor de una mansión; la misma mansión donde, cuarenta años más tarde, escribiría estas palabras. Después de la furibunda batalla de Linden Lea, el año anterior, en la que derrotamos a las fuerzas de sir Ralph Murdac, el corrupto alguacil de Nottinghamshire, Robin, un notorio fugitivo de la ley, había sido perdonado por el rey Ricardo, se había casado con su encantadora Marian, y había sido nombrado conde de Locksley. Todos los que le habían seguido durante los años oscuros de su proscripción recibieron una recompensa por su lealtad —un puñado de plata, un buey robusto o un caballo veloz—, y lo cierto es que yo también esperaba un regalo de algún tipo, pero no soñaba con verme dueño de una porción no desdeñable de tierras de labor.

Casi me quedé sin habla por el agradecimiento cuando Robin me tendió la escritura, adornada con el gran y pesado disco rojo de su sello, que me convertía en el custodio de este gran y viejo caserón con sus muchas dependencias, quinientos acres de terreno cultivable, una aldea de veinticuatro fuegos ocupada por un centenar de habitantes, la mayoría de ellos siervos de la gleba pero también un puñado de hombres libres, un molino de agua, una conejera, dos pares de bueyes, un arado y una bonita iglesia de piedra.

—Es una propiedad pequeña, no mucho mayor que una granja grande, en realidad; apenas la mitad de lo que correspondería a un caballero. Y está un poco descuidada, me temo, pero la tierra es de buena calidad, según me han dicho —me informó Robin.

—Pero ¿cómo voy a administrarla? —pregunté—. No tengo la menor idea de cómo ganarme la vida cultivando la tierra.

—No espero que trabajes de campesino, Alan —dijo Robin, y se echó a reír—. Tienes que buscar a un buen hombre, un administrador o un masadero, que lo haga por ti. Todo lo que habrás de hacer es cobrar las rentas y asegurarte de que nadie te roba. Te necesito a mi servicio. Pero tienes que contar con unos ingresos y una posición en sociedad si has de representarme, entregar mis mensajes, y llevar a cabo cualquier comisión que se presente. —Sonrió, y sus extraños ojos plateados destellaron en mi dirección—: Y estoy convencido de que Inglaterra tiene una gran y acuciante necesidad de más canciones sobre las audaces hazañas del apuesto Robin Hood y de sus alegres compañeros.

Me estaba tomando el pelo, por supuesto. Yo compuse algunas coplillas sobre la época en que vivimos juntos al margen de la ley, y se habían propagado con la rapidez de un fuego por todo el país; las cantaban en las tabernas desde Cockermouth

hasta Canterbury, y en cada nueva audición ante un público de borrachos la historia se iba alejando más y más de la verdad. A Robin no le importaba verse convertido en una leyenda, decía que le divertía, y de hecho creo que disfrutaba con ello. Y no le molestaba lo más mínimo que sus antiguos crímenes corrieran de boca en boca. Ahora era un gran magnate, intocable para un simple sheriff, y por si fuera poco gozaba del favor y la amistad del rey Ricardo. Todo lo ganó en dos días de terrible carnicería durante el fatídico año de 1189; aun así, había tenido que pagar un alto precio por ello, además del precio de la sangre de sus leales. Para poder ganar la batalla, Robin hizo un pacto inquebrantable con los monjes soldados de Cristo y del Templo de Salomón, los famosos caballeros templarios: a cambio de su apoyo en un momento decisivo de la batalla, Robin se había comprometido a encabezar una hueste de mercenarios, arqueros y caballería a Tierra Santa, formando parte del ejército peregrino del rey Ricardo. En mi condición de *trouvère* de Robin, yo iba a acompañar a aquella hueste cristiana, y no veía el momento de emprender la marcha para lo que entonces me parecía la aventura más noble que era posible concebir.

Llevaba en mis alforjas un mensaje para Robin del rey Ricardo, y creía que en él se fijaba la fecha de nuestra partida. Sólo con un gran esfuerzo sobre mí mismo pude reprimirme y no romper el sello del pergamino para leer aquella correspondencia privada entre el rey y mi señor. Pero me reprimí. Nada deseaba más que ser su fiel vasallo y hombre de confianza, enteramente fiable, del todo leal: porque Robin había hecho por mí muchas más cosas que cederme aquellas tierras. En cierto sentido, había hecho de mí lo que era. Cuando nos conocimos, yo era un ladronzuelo mugriento de Nottingham, y él me salvó de la mutilación y tal vez de la muerte a manos de la ley. Después, como pensó que yo tenía algún talento, dispuso que recibiera clases de música, de lengua francesa normanda, de latín —la lengua de los clérigos y los eruditos— y del arte del combate, y ahora yo era tan diestro con la espada y la daga como con la *viòle d'amour*, el extraño instrumento de madera de manzano con cinco cuerdas con el que acompañaba mis canciones.

Y así fue como pasé muchos días arduos sobre la silla de montar, recorriendo los caminos embarrados de Inglaterra al servicio de mi señor... Y ahora, al trepar por aquella interminable cuesta esmeralda, me sentía de regreso al hogar.

Miré a mi izquierda, mientras *Fantasma* plantaba un fatigado casco tras otro en la cuesta empinada, para calcular la altura del sol —era media tarde—, y para mi sorpresa distinguí una formación de jinetes a apenas doscientos metros de distancia. Serían en total unos cien hombres, ordenados en dos filas, provistos de cascos, capas verdes y enfundados en cotas de malla, todos armados con lanzas de doce pies alzadas verticalmente, con puntas de acero que desprendían un brillo maligno a la luz del sol. Mi primera reacción fue de miedo: se acercaban al trote y mi exhausta montura no tenía fuerzas para escapar de ellos. Sin duda me había quedado

adormilado para dejar que se acercaran tanto sin verlos. Cuando se acercaron algo más, su jefe, un hombre con la cabeza descubierta que cabalgaba un cuerpo por delante de la primera fila, sacó de su vaina una espada larga, gritó algo por encima del hombro y me apuntó directamente con el arma, dando obviamente la orden de atacar. A lo largo de toda la primera fila de jinetes, las lanzas de madera de fresno descendieron hasta colocarse en posición horizontal, formando una oleada blanca de metal reluciente, las conteras se encajaron bajo las axilas de los jinetes, y las puntas señalaron directamente hacia mí..., y entonces cargaron.

Del trote pasaron rápidamente al medio galope, y un momento después iban a galope tendido. Detrás, la segunda línea les siguió. El ruido atronador de los cascos pareció hacer vibrar la misma hierba. Yo no podía correr: no tenía tiempo de hacerlo, y *Fantasma* no aguantaría más de un cuarto de milla al galope, de modo que tiré de mi vieja espada para sacarla de la abollada vaina, y, al grito de «¡Westbury!», volví a mi montura en dirección a ellos y cargué en línea recta contra la línea de corceles de guerra y hombres implacables enfundados en mallas de acero, que se acercaba a toda velocidad.

En no más de tres segundos, estuvieron a mi altura. El jefe de la cabeza descubierta, un hombre joven de buena estatura, de cabellos castaños claros y con una mueca burlona en su rostro bien parecido, corrió hacia mí con la espada en alto en la mano derecha. Cuando nuestros caballos se encontraron, lanzó un golpe en dirección a mi cabeza con su larga hoja. De haber alcanzado mi cráneo me habría matado al instante, pero paré la estocada con facilidad con mi propia arma, y el entrechocar de los metales sonó como la campana de una iglesia. Luego, cuando pasó a mi lado, yo giré la muñeca y dirigí mi espada con todas mis fuerzas contra su espalda acorazada de acero. Pero el jinete había previsto el golpe y espoleó a su caballo para apartarlo hacia la izquierda, de modo que la hoja de mi espada no encontró más que aire en su trayectoria.

Entonces cayó sobre mí la segunda línea de jinetes. Me trabé con uno de los atacantes, y, sujetando con fuerza a *Fantasma* con las rodillas, golpeé con mi espada su escudo en forma de cometa, del que arranqué una larga astilla de madera. Vi en un instante un mechón de cabellos rojos bajo un casco mal ajustado, una boca abierta de par en par y una expresión de terror en su cara cuando pasó como una exhalación junto a mí..., y entonces me encontré al otro lado de la línea, ileso, con sólo una extensión vacía de hierba verde frente a mí y un ruido apagado de cascos a mi espalda.

Tiré de las riendas de *Fantasma*, esperando quedar de nuevo frente a mis adversarios. Se habían alejado medio centenar de metros, todavía lanzados al galope, y las dos líneas de caballos se habían fundido en un único grupo alargado, más nutrido en el centro en torno al jefe de la cabeza descubierta. Entonces sonó una

trompeta: dos notas agudas y nítidas, un sonido hermoso en aquel perfecto atardecer soleado. Los jinetes refrenaron a sus monturas haciéndoles tascar el freno, las patas delanteras de los caballos se agitaron en el aire y, volviendo las grupas relucientes de sudor, recompusieron rápidamente las dos filas..., o así habría sido de haber respondido todos los caballos y sus jinetes al toque de la trompeta. Un puñado de hombres, tal vez una docena, habían perdido el control de sus monturas y seguían galopando, alejándose del cuerpo principal en dirección contraria, hasta desaparecer detrás de una loma por la ladera que descendía hacia el río Locksley. Parecía que nada podría detenerlos hasta llegar al Nottinghamshire. Pero todavía quedaban unos ochenta hombres con sus monturas bajo control, formados de nuevo en línea y con las lanzas paralelas al suelo. La espada del jefe de la cabeza descubierta descendió, y una vez más galoparon en formación hacia mí. Esta vez me quedé quieto, aplaudiendo en silencio aquel despliegue de caballería, y las filas enemigas cayeron sobre mí. A una distancia de cincuenta pasos, la trompeta lanzó una sola nota, repetida tres veces, y de nuevo milagrosamente se tensaron las riendas, las lanzas ascendieron hasta apuntar al cielo, y con muchos relinchos de protesta de los caballos, que pateaban la hierba, y juramentos de los jinetes, toda aquella enorme masa de caballos sudorosos y hombres armados se detuvo a la distancia de una lanza del suave morro de *Fantasma*. Yo contemplé las filas apretadas de la caballería, les saludé con mi espada, y deslicé de nuevo la hoja en la vaina abollada.

—Te hemos dado un buen susto, ¿eh, Alan? —dijo el jinete de la cabeza descubierta, con apenas un ligero jadeo y sonriéndome como un aprendiz bebido en la celebración de una fiesta.

—Desde luego, mi señor —dije con toda seriedad—. Me he sentido tan aterrorizado por vuestras terribles maniobras, que creo que he manchado mis calzones. —Hubo algunas risas contenidas en las filas, que es lo que yo había pretendido. Luego correspondí a la sonrisa de Robin y añadí con una humildad burlona—: De verdad, ha sido un despliegue impresionante. Aun así, no puedo dejar de observar una sugerencia, señor. —Hice una pausa—: No soy un experto en caballería, desde luego, pero ¿no sería más efectivo todavía si todos los caballos cargaran juntos..., en la misma dirección... y al mismo tiempo?

Hubo más jolgorio entre los soldados cuando señalé detrás de Robin hacia el otro lado de la loma, donde asomaba una docena de los jinetes recién reclutados por Robin, que subían fatigosamente la lejana cuesta, llevando de las riendas a sus caballos aún espumeantes y nerviosos. Robin se giró, miró y sonrió con tristeza.

—Trabajamos en ello, Alan —dijo Robin—. Trabajamos duro en ello. Y todavía nos queda un poco de tiempo de aprendizaje antes de marchar a Ultramar.

—Son una condenada chusma sin disciplina, eso es lo que son. ¡Tendríais que desollar vivos a un montón de ellos! —estalló un hombre montado en un magnífico

garañón bayo, que estaba junto a Robin. Lo miré con curiosidad. En las filas de aquella caballería pesada había muchas caras conocidas, y hasta el momento me habían saludado alegremente media docena de antiguos proscritos, pero aquél era un extraño para mí. Un hombre alto de edad mediana, obviamente un caballero por su forma de vestir, sus armas y la calidad de su caballo; tenía el cabello rubio color de arena y un rostro lleno de arrugas y sombrío, debido a su permanente ceño. Robin dijo:

—Te presento a sir James de Brus, mi nuevo capitán de caballería, el responsable de poner en la debida forma a estos bribones. Sir James, éste es Alan Dale, un viejo camarada, buen amigo y mi muy estimado *trouvère*.

—Encantado de conocerlos —dijo sir James. Me di cuenta de que tenía un leve acento escocés—. Dale, Dale... —dijo un tanto desconcertado—. Creo que no conozco ese nombre. ¿Dónde se encuentran las tierras de vuestra familia?

Me contuve por instinto. Me avergonzaban mis humildes orígenes y aborrecía que me preguntaran por mi familia, sobre todo los miembros de la clase caballeresca, siempre aficionados a hablar de sus antepasados normandos como prueba de su superioridad. Dirigí una mirada sombría a aquel hombre y no contesté.

Robin habló por mí:

—El padre de Alan vino aquí desde Francia —dijo en tono ligero—. Y era hijo del *seigneur D'Alle*, del que sin duda habéis oído hablar. Alan es el lord de Westbury, en Nottinghamshire.

Lo que Robin dijo de mi padre era cierto. Había sido el segundo hijo de un oscuro caballero francés, pero Robin no mencionó que había sido un músico vagabundo sin un penique, *trouvère* como yo, pero sin un señor. Durante algún tiempo, se ganó la vida cantando en las salas de la nobleza, y allí conoció a Robin, antes de enamorarse de mi madre y de establecerse para cultivar grano y criar a tres hijos en una pequeña aldea de las afueras de Nottingham. Cuando yo tenía nueve años, los soldados irrumpieron en nuestra casa antes del alba, sacaron a mi padre de la cama después de acusarle en falso de ladrón, y lo ahorcaron sin juicio de un roble en la plaza del pueblo. Nunca he olvidado su cara hinchada mientras exhalaba el último aliento en aquel cadalso improvisado. Y nunca he olvidado al sheriff de Nottinghamshire, sir Ralph Murdac, que ordenó su ejecución.

Sir James gruñó algo que podía significar «A vuestro servicio, señor», y yo incliné la cabeza con la menor cortesía posible. Robin dijo:

—Bueno, ya nos hemos divertido bastante por hoy; ¿nos retiramos al castillo? Creo que es hora de tomar un bocado como cena.

—Tengo noticias privadas urgentes para vos, señor —dije a Robin.

—¿Pueden esperar hasta después de la cena? —preguntó. Lo pensé un momento y asentí a regañadientes—. En ese caso, ven a mi cámara después de cenar, y entonces



hablaremos. —Me sonrió—. Bienvenido a casa, Alan —dijo—, Kirkton ha sido más aburrido sin tu ingenio y más gris sin tu música.

Y después de una pausa, añadió:

—Cuando hayas descansado bien, tal vez tendrás la bondad de cantar para nosotros. ¿Mañana, quizá?

—Desde luego, señor.

Dimos la vuelta a nuestros caballos y nos dirigimos colina arriba hacia el castillo.



Sentí que la boca se me hacía agua al oler el aroma de sopa caliente que venía de las cocinas. Es una de las sensaciones más placenteras que conozco: estar físicamente cansado, pero bañado y limpio, y tener hambre sabiendo que dispones de una buena comida a tu alcance. Me senté a la izquierda de Robin, en un lugar vacío, no inmediato al que había de ocupar él pero sí próximo: una posición que reflejaba mi rango en la corte de Robin en Kirkton. Pocos instantes después, Robin se reuniría con nosotros y se serviría la cena, y para mí ésta no llegaría nunca demasiado pronto. Miré la sala que nos acogía mientras esperaba que empezara la comida. De los muros de madera colgaban ricas tapicerías de colores vivos y las banderas de los comensales más notables: el blasón de Robin con la cabeza de un lobo negro de fauces abiertas sobre fondo blanco ocupaba el lugar más destacado; a su lado colgaba el de su esposa Marian, un halcón blanco sobre campo azur, y junto a él un blasón desconocido para mí, un león azur sobre campo rojo y oro, que supuse debía de pertenecer a sir James.

Éramos más o menos tres docenas de personas quienes nos sentábamos a la mesa: la «familia» de Robin, sus amigos y consejeros íntimos, sus lugartenientes y los miembros más veteranos de su hueste. Yo conocía muy bien algunas de las caras reunidas en torno a la larga mesa; al gigante sentado al lado del asiento vacío de Robin con su melena de color rubio pajizo, mi amigo y maestro de esgrima John Nailor, que era la mano derecha de Robin y la persona encargada de hacer cumplir a rajatabla las órdenes de su señor. Algo más lejos, vi la silueta robusta y musculosa, enfundada en un andrajoso hábito pardo, del hermano Tuck, un magnífico arquero galés que tomó el hábito y de quien se decía en broma que actuaba como la conciencia de Robin. Al otro lado de la mesa, destacaban la sonrisa desdentada y los rizos pelirrojos de Will Scarlet, un amigo de mi misma edad y el nervioso jinete al que me había enfrentado aquella misma tarde... Pero Robin había estado ocupado reclutando gente a toda prisa durante las semanas de mi ausencia, y por lo menos la mitad de los miembros de aquella alegre reunión me eran desconocidos. Advertí con satisfacción que sir James de Brus se sentaba más lejos que yo del sitio de Robin, con su habitual rictus en su cara de bulldog. No parecía a gusto en aquella compañía

alegre y desenfadada en la que apenas se hacían distinciones de rango y en la que, descontada la superioridad de Robin sobre todos nosotros, cada cual estaba convencido de valer tanto como su vecino.

Sin embargo, al mirar a mi alrededor en la sala, me di cuenta de que las cosas habían cambiado en el castillo en mi ausencia. No sólo había caras nuevas, sino una nueva atmósfera: más formal, distinta a nuestra vida despreocupada como banda de proscritos. Eso, desde luego, era bueno: ya no éramos un hatajo de asesinos y ladrones con todo el mundo en contra nuestra, sino una compañía de soldados de Cristo, bendecidos por la Iglesia, que habíamos jurado emprender el peligroso viaje a Ultramar para rescatar el Santo Sepulcro de Jerusalén para la fe verdadera.

Además, se notaban en Kirkton otros cambios, éstos de orden físico: en efecto, el patio de armas casi me resultó irreconocible cuando cruzamos el alto portal de troncos aquel mediodía. Había un intenso tráfago de gente —soldados, artesanos, sirvientes, mercaderes, lavanderas, putas—, todos ellos afanados en sus tareas, y también parecía abarrotado de nuevas construcciones, estructuras de madera adosadas a la mansión para albergar a aquellas multitudes. El patio del castillo había sido concebido como un gran círculo de un centenar de pasos de diámetro, rodeado por una empalizada alta de troncos de roble y con un amplio espacio vacío en el interior. Cuando me fui, había un puñado de construcciones adosadas al perímetro del círculo: la gran sala en la que nos encontrábamos ahora, con la cámara o dormitorio privado de Robin y Marian, ocupaba uno de los lados; la cocina, los establos, la maciza construcción donde se guardaba el tesoro de Robin, algunos almacenes..., eso era todo. Ahora, el patio casi parecía una pequeña ciudad: se había levantado un nuevo edificio bajo para albergar a los hombres de armas y, adosada a la empalizada, una amplia forja con dos espacios en la que un hombre robusto y sus dos ayudantes martilleaban sin parar las piezas de metal al rojo para fabricar las espadas, los escudos, los cascos y las puntas de lanza que necesitaría la tropa. Un flechero se afanaba en el exterior de una casucha a medio construir, bajo la mirada atenta de su aprendiz, y sujetaba laboriosamente con un cordel las plumas de ganso del empenachado de una flecha, mientras a un lado se amontonaba todo un mazo de proyectiles ya listos.

Los dos iban a tener mucho trabajo en las próximas semanas. Un buen arquero puede disparar hasta doce flechas por minuto durante una batalla, y Robin planeaba llevarse consigo a doscientos arqueros a Tierra Santa. Si habían de librar allí una sola batalla de una duración de tan sólo una hora, eso representaría el lanzamiento de ciento cuarenta y cuatro mil flechas. Ni siquiera el trabajo de varios meses bastaría para suministrar flechas suficientes a la expedición, de modo que durante el viaje los hombres tendrían que fabricarse sus propios proyectiles, y Robin había estado comprando miles de flechas ya manufacturadas en Gales. Muchos de los arqueros a

soldada de Robin venían de aquel lugar: hombres rudos, por lo general no especialmente altos, pero de pecho poderoso y brazos con la inmensa fuerza necesaria para tensar el mortal arco largo de batalla que era su arma preferida. Era fácil distinguir a los arqueros entre el gentío que circulaba por el patio del castillo por sus siluetas bajas y robustas. El arco, de seis pies de largo y fabricado con madera de tejo, podía lanzar una flecha de punta de acero capaz de atravesar la cota de malla de un caballero a doscientos pasos de distancia. En el tiempo que tardaba un jinete en cargar contra el arquero, desde una distancia de doscientos metros, éste podía colocar tres o cuatro flechas en el pecho del hombre montado.

También se habían ampliado los establos, hasta casi triplicar su longitud, para dar cabida a las monturas de los aproximadamente cien jinetes que Robin quería llevar consigo a la Gran Peregrinación. Y aunque se esperaba que los caballos se cuidaran de alimentarse a sí mismos durante el viaje siempre que fuera posible, sería necesario transportar grandes cantidades de grano para dar de comer a los animales allí donde la hierba escaseara, o en los desiertos arenales del Levante. Además de pienso, los caballos necesitarían mantas, cepillos, cubos, sacos para la comida y docenas de otros utensilios, incluidos frenos, cinchas, bridas, sillas de montar, y una buena cantidad de correas, hebillas y arcos de cuero. Luego estaba la cuestión del armamento: cada jinete había de llevar un escudo y una lanza de doce pies como armas básicas, pero también espada, y muchos jinetes preferían utilizar la maza o el hacha en la lucha cuerpo a cuerpo en la melé.

De modo que cuando entramos en el patio, en el que retumbaban los ecos de los gritos de los hombres, los relinchos de los caballos, el martilleo de los herreros y los mugidos del ganado, apenas me extrañé. Me maravilló la transformación del castillo, antes un plácido hogar familiar, en una colmena de incesante actividad bélica. Incluso el fuerte torreón o atalaya, asentado sobre un promontorio elevado sobre el nivel del patio de armas, se veía agitado por aquella actividad: una hilera de hombres cargados con bultos pesados se esforzaba por subir la empinada rampa de tierra que llevaba a la pequeña puerta de madera guarnecida de hierro. El torreón era la última línea de defensa del castillo: cuando el enemigo amenazara abrir una brecha en la empalizada, los defensores del castillo se retirarían a la torre. Siempre estaba bien aprovisionada de víveres, y de agua potable y cerveza, almacenadas en enormes barriles. Ahora se utilizaba como almacén de toda la impedimenta necesaria para la gran aventura, y allí se guardaban los haces de flechas, las espadas y los arcos descordados, los sacos de grano, los barriles de vino, las cajas de botas, los fardos de mantas..., todo lo necesario para alimentar, vestir y armar a cuatrocientos soldados en su viaje de tres mil kilómetros hasta Tierra Santa.

La cena, cuyos aromas me habían estado tentando, llegó por fin. Robin seguía sin aparecer, cosa que me preocupó porque estaba impaciente por comunicarle las

noticias que traía, y esperaba poder hacerlo aquella misma noche. Pero a pesar de que su silla de respaldo alto seguía vacía, los criados trajeron la comida y la dejaron con escasa ceremonia sobre la larga mesa, y todos nos servimos a voluntad. La cena consistió aquella noche en unas grandes soperas repletas de sopa de verduras espesa y caliente, potaje, y bandejas de pan, queso, mantequilla y fruta..., pero no había carne. Estábamos en Cuaresma, y aunque en Kirkton hacíamos caso omiso de las normas de los religiosos más estrictos sobre el queso y los huevos, por lo general evitábamos servir carne para guardar las formas. Robin no hacía el menor caso de esas prohibiciones, y comía siempre lo que se le antojaba.

Llené una escudilla de madera de aquella sopa espesa que tan bien olía, y con una cuchara de cuerno en una mano y un pedazo de pan tierno en la otra empecé a llenar mi atribulado vientre.

—Por el trasero peludo de Dios —rugió una voz conocida—, ¡nuestro ministril vagabundo está de vuelta! —Me giré y vi que Little John me saludaba alzando un enorme y anticuado cuerno lleno de cerveza—. ¡Y estás sorbiendo la sopa como si no hubieras comido en una semana! ¿Qué hay de nuevo, Alan?

Levanté mi propia copa en respuesta.

—Malas noticias, me temo, John. Muy malas noticias. El mundo se acaba, si hemos de creer a los sabios monjes de Canterbury. —Tomé una cucharada de sopa—. El Anticristo anda suelto y está arrasando el mundo a sangre y fuego. —Hice una pausa para aumentar el efecto dramático de mis palabras—. Y me han dicho que el Maligno está ansioso por tener unas palabras precisamente... *contigo*.

Intenté mantener la seriedad, pero la risa se me escapaba por las comisuras de la boca. Era un chiste viejo entre John y yo pretender que el fin del mundo era inminente. Pero algunas de las personas sentadas a la mesa me miraron con aprensión y se santiguaron.

—Bueno, pues si tu Anticristo asoma la jeta por este rincón de Hallamshire, le cortaré los huevos y el badajo y lo mandaré a mear sangre de vuelta al infierno —dijo John con despreocupación, al tiempo que cortaba una gruesa loncha de un queso redondo y se la metía entera en la boca—. ¿Vas a cantar esta noche? —preguntó, entre una lluvia de trozos de queso amarillo.

Sacudí la cabeza.

—Estoy demasiado cansado. Mañana, te lo prometo.

—No deberías bromear con esas cosas —dijo Will Scarlet, con su cara nerviosa asomada sobre el borde de una sopera humeante—. El Anticristo, y todo eso. Tus chistes sólo sirven para dar más poder al diablo.

Will se había hecho mucho más piadoso desde que supo que participaríamos en la gran aventura santa.

—Muy bien dicho, Will —dijo una voz amable con un débil acento galés—. Muy

bien dicho. Pero el joven Alan no teme al diablo, ¿no es así? —Era el hermano Tuck, que me sonreía desde el otro extremo de la mesa—. En estos días, con un arma afilada en cada mano al joven Alan no hay nada que le dé miedo..., pero hace un par de años, cuando lo conocí, recuerdo que era un chico que se asustaba de su propia sombra... Vaya, como que se echaba a llorar si se le volcaba un cubo lleno de leche...

Tuck interrumpió bruscamente sus burlas cuando un mendrugo de pan se estrelló contra su nariz roja y carnosa, rebotó hacia lo alto y fue a aterrizar en el suelo de la sala. Quedé satisfecho de mi puntería. Siempre había sido un buen lanzador de piedras de niño, cuando cazaba ratas en los graneros con otros chicos del pueblo, y me agradó ver que no había perdido mi habilidad, aunque en este caso el proyectil fuera tan sólo un pedazo de pan. Tuck soltó un bufido ofendido y me tiró una pera mordisqueada, pero falló y dio de lleno en la oreja a un mesnadero flaco que se sentaba a mi lado. Como por arte de magia, en toda la mesa empezó de pronto un bombardeo de comida: cada hombre arrojaba al que tenía enfrente pan, fruta, lonchas de queso... Durante una docena de segundos, aquello fue un caos completo y alegre; un gran pedazo de queso me pasó rozando la mejilla, y alguien me arrojó una cucharada de sopa que me manchó la túnica. Me preparé para responderle..., pero me contuve.

—¡Ya basta, ya basta, por Dios! —estaba gritando Little John, imitando bastante bien un acento furioso. Una gruesa rebanada de pan de centeno arrojada por una mano anónima se había quedado enganchada a un lado de su melena rubia—. ¡Ya basta, digo! —rugió—. ¡Al próximo bastardo que tire alguna cosa, juro que le hago picadillo!

—Qué vergüenza, Alan, qué vergüenza —dijo Tuck, intentando parecer solemne—. ¿No te enseñamos modales en el tiempo que pasaste con nosotros? ¿Sigues siendo el mismo patán grosero que conocimos hace dos años? Sólo por el hecho de que Robin está ausente de la mesa...

Agarré un corazón de manzana con la mano y ya tenía echado el puño atrás para lanzarlo, pero me contuve. Sabía que Little John nunca amenazaba en vano.

—A propósito, ¿dónde está Robin? —pregunté. Había captado una mirada de sir James, con una expresión de intenso disgusto, y quise cambiar de tema. A pesar de la alegre y absurda anarquía de una batalla de comida, las malas noticias seguían dándome vueltas por el magín como una nube negra—. ¿Por qué no nos acompaña en esta elegante reunión de nobles caballeros?

—Ha pasado por la aldea de Locksley a recoger a la condesa; ella ha ido allí a consultar a una comadrona —dijo Tuck—. Me ha dicho que estará de vuelta esta misma noche, si Dios quiere.

Marian, condesa de Locksley, estaba preñada y próxima ya a cumplir su tiempo, pero el embarazo no había sido fácil. Se había sentido enferma o indispuesta durante

los primeros meses, y después cansada e infeliz, a medida que su vientre iba adquiriendo un volumen cada vez mayor. Marian era una mujer hermosa, tal vez la más hermosa que yo haya visto nunca, con una figura esbelta, cabellos de color de avellana y unos gloriosos ojos de un azul intenso, y aborrecía sentirse tan gorda y torpe a medida que su hijo crecía dentro de ella: como una cerda enorme y patosa, para emplear sus mismas palabras. Pero además había algún otro problema relacionado con su embarazo; yo no sabía de qué se trataba, sólo que era algo entre ella y Robin. En una ocasión, entré en su alcoba sin llamar y les encontré gritándose el uno al otro. Eso era muy raro: Robin casi nunca perdía el control, y el aspecto habitual de Marian en público era siempre el de una serenidad casi angélica. Cargué el incidente en la cuenta de un embarazo complicado y lo olvidé.

La aldea de Locksley estaba a menos de cinco kilómetros de distancia, de modo que incluso si había que llevar a Marian en un carro tirado por un burro, a Robin no le costaría más de un par de horas ir allí a recogerla y regresar a Kirkton. Era casi seguro que volvería pronto, y al saberlo tuve cierta sensación de alivio. La cena llegó a su fin y, uno a uno, los hombres fueron levantándose de la mesa. Unos se agruparon alrededor del fuego que ardía en el centro de la sala, acurrucados para calentarse mientras chismorreaban, jugaban a los dados o apuraban sus copas de vino o de cerveza; algunos salieron de la sala en dirección a la construcción algo alejada en la que estaban instaladas nuestras letrinas, una sencilla zanja abierta en el suelo y cubierta por una plancha de madera; algunos empezaron a preparar sus lechos junto a los muros, extendiendo sobre el suelo cubierto por esteras de juncos pieles y mantas, y tendiéndose allí mismo para pasar la noche. Robin aún no había vuelto, pero como me dijo que le esperara en su alcoba, después de una rápida visita a las cuadras para comprobar que *Fantasma* estaba cómodo y bien atendido, me hice con dos vasos de vino, una buena porción de queso, una hogaza de pan, dos manzanas y un cuchillo pequeño para pelar la fruta, y llevé todo en una bandeja al dormitorio de Robin y Marian, que estaba a un extremo de la sala. Supuse que Robin y su dama tendrían apetito cuando volvieran. Y de esta guisa, me instalé a esperar en su alcoba.



La habitación estaba iluminada por una sola vela de cera de abeja de buena calidad, colocada sobre una mesita en el lado más alejado de la enorme cama de baldaquín. Rodeé la cama y dejé sobre la mesita la bandeja con la comida; luego me senté con tiento sobre la colcha de seda bordada, y miré a mi alrededor mientras esperaba la llegada de Robin. La habitación era espaciosa, tal vez de unos diez pasos de largo por seis de ancho, con muros recubiertos por paneles de madera oscura en los que había colgados un par de tapices pequeños que representaban bucólicas escenas de caza. El

suelo de madera pulida crujía un poco en el centro bajo el peso de una persona, y estaba cubierto parcialmente por una alfombra de piel de lobo. La gran cama de roble estaba situada en un lado de la habitación, apoyada contra la pared, a tres o cuatro pasos de la puerta. Junto a la cama había una gran ventana con un grueso postigo de madera que se cerraba desde dentro con un pasador, y que daba al patio del castillo. En el extremo más apartado de la habitación, había dos arcones de ropa, uno de Robin y el otro de Marian, y una palangana sobre un soporte de hierro con un jarro de agua a su lado. Una gran cómoda, en la pared opuesta a la puerta, guardaba objetos femeninos tales como joyas, horquillas para el pelo, polvos faciales, perfume y un espejo de plata. Desde donde yo estaba sentado, al pie de la cama, podía ver mi reflejo en el espejo: me miraba desde él un tipo grandote, más alto que la media, con los hombros anchos y los brazos gruesos de un espadachín. Mi rostro ovalado de facciones regulares me pareció totalmente anodino, salvo por la mata de cabellos rubios que lo coronaba. Mis mejillas mostraban un vello aún muy ligero, que me hizo recordar que no me había afeitado en varios días. Me pasé la mano por la mandíbula y desvié la mirada hacia el resto de la estancia, donde vi un perchero de cuerno con capas y sombreros colgados, un crucifijo de pared —que sin duda pertenecía a Marian—, y un gran sillón de roble en forma de trono.

Si se tenía en cuenta el poder que ahora acumulaba Robin en Inglaterra, su alcoba privada era bastante austera, pero nunca había sido un hombre a quien preocuparan las comodidades. Años de vida salvaje de proscrito le habían dado la costumbre de viajar ligero de equipaje, y al parecer Marian se contentaba con las necesidades más básicas de la vida femenina.

Sentado allí sobre la colcha de seda, sentí los efectos de la larga jornada de viaje. Estaba agotado; durante semanas había recorrido al galope Inglaterra dando y recibiendo mensajes para Robin —y pagando los gastos de mi alojamiento y comida por el procedimiento de entretener con mi música a nobles desconocidos en castillos extraños—, y ahora, caliente, bien alimentado y a salvo, sentí que los párpados se me cerraban. Sin duda Robin no podía tardar. Habían pasado dos horas tal vez desde la puesta del sol, y no querría que Marian se acostara muy tarde en su estado. Empecé a cabecear, y sentí la imperiosa necesidad de tumbarme. Estaba seguro de que a mi señor no le importaría que durmiera unos minutos, sólo lo justo para estar espabilado cuando habláramos. De modo que me quité mis botas de piel flexible y me tendí sobre aquella mullida cama. Apenas un gesto para levantar la cabeza de la blanda almohada de plumas de ganso para soplar la vela, y me sumergí en el sueño.



Pasé de un sueño profundo a la plena vigilia a toda prisa, como el hombre que

asciende desde el fondo de un lago y asoma a la superficie para aspirar el aire fresco. Pero algún instinto tortuoso me hizo seguir inmóvil y en completo silencio. Alguien entraba en la habitación. Pude atisbar por un instante su silueta recortada en el umbral, iluminada desde atrás por el resplandor tenue del hogar de la sala. Era un hombre bajo, bastante más bajo que Robin, y también mucho más ancho de hombros. Y alcancé a ver el brillo de la espada que llevaba en la mano.

El hombre cerró la puerta a su espalda y corrió el pestillo de madera, que produjo un ligero chasquido. La habitación quedó de nuevo en una oscuridad total. Sentí que se me erizaban los pelos de la nuca, y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Seguí inmóvil durante un momento y luego, cuando la comprensión de lo que estaba ocurriendo me sacudió como un cubo de agua helada en el rostro, rodé hacia un lado. Apenas a tiempo. Hubo un susurro de metal afilado cortando el aire, y un golpe sordo al hundirse el filo en el lugar de la cama en el que yo había estado tendido un instante antes.

Me puse en pie de un salto, y al hacerlo derribé la mesilla de noche, con un ruido atronador de madera, plata y acero. Como un tonto, me agaché a recoger la comida y los utensilios caídos, y oí pasos cautelosos que corrían en mi dirección y un silbido sobre mi cabeza cuando la espada barrió la oscuridad de la habitación sin encontrar mi cuerpo agachado. Mis manos tropezaron con el cuchillo de la fruta, y un instante después me había metido debajo de la cama y me arrastraba por entre el polvo y las telarañas hacia el lado opuesto. Pero el hombre de la espada adivinó mi intención, y rodeó la cama al mismo tiempo que yo reptaba para cruzarla por debajo. Cuando empecé a asomar cautelosamente la nariz, hubo un ruido de madera quebrada al clavarse la punta de la espada en las tablas del suelo a escasas pulgadas de mi cabeza. Mientras el hombre forcejeaba para liberar la hoja, yo retrocedí debajo de la cama y, girando a la derecha repté tan aprisa como pude y salí por el lado contrario del lecho de baldaquín, tan rápida y silenciosamente como me fue posible, ayudándome con los codos y las rodillas, hasta llegar a la pared del fondo. Allí me acurruqué, con la espalda pegada al panel de madera y las rodillas a la altura de mis orejas, intentando no jadear, esgrimiendo al frente el cuchillo de la fruta, como mi única protección.

La habitación estaba en silencio. La oscuridad era impenetrable. Pero mi miedo se fue desvaneciendo y en su lugar empezó a crecer una furia fría y acerada. Estaba encerrado en una habitación con un loco armado con una espada que intentaba matarme o matar a Robin, y casi lo había conseguido en tres ocasiones. Probé el filo del cuchillo de fruta. Era muy cortante, pero la hoja no tenía más de dos pulgadas de largo. Serviría. Después de dos años de convivencia con los forajidos de Robin, entre ellos algunos de los más hábiles rebanadores de pescuezos de Inglaterra, sabía exactamente cómo matar a un hombre con un cuchillo de pequeño tamaño. Los latidos de mi corazón empezaron a calmarse, y seguí perfectamente quieto a la espera



de que mi enemigo se descubriese. Entonces el hombre habló, en voz baja:

—Mi señor conde, ¿por qué no llamáis a vuestros vasallos para que os socorran?

Era la voz de un galés; debí haber adivinado por la silueta baja y robusta que se trataba de un arquero, y eso era una buena noticia. Por regla general, nuestros arqueros no eran demasiado hábiles manejando la espada; lo sabía porque yo era el encargado de entrenarles. Era un pequeño alivio, y sentí que mis ánimos crecían al saberlo. También estaba claro que el hombre creía que era Robin el hombre al que tenía encerrado en la habitación. Estaba descartado el pedir ayuda. Alguien acudiría, pero al menor ruido por mi parte al instante el hombre se me echaría encima con su espada y, a pesar de la completa oscuridad en que estábamos, me haría pedazos. Antes de que cualquiera de los hombres de Robin que ahora roncaban en la sala viniera a rescatarme, yo estaría ya muerto o mutilado, y él habría saltado por la ventana para perderse en el patio. De modo que permanecí mudo. Y sonreí en la oscuridad. Me había revelado su posición. Por el sonido de la voz supe que estaba de pie en el extremo de la cama. Oí silbar su espada cuando cortó el aire en unos mandobles a ciegas, a su alrededor, buscando un golpe de fortuna. Pero yo estaba a tres pasos de distancia y acurrucado contra la pared. Si yo no me movía, era improbable que me alcanzara con su espada. Y si quería encontrarme, tendría que moverse él.

Después de un largo silencio, durante el cual sólo oí un tenue roce de telas, hubo un fuerte crujido del suelo de madera, que resonó en el silencio de la habitación y despertó ecos como el chillido de una gaviota. El suelo crujió otra vez, y luego volvió el silencio. Supe entonces que él estaba en el centro de la habitación, y que se había quedado quieto para no hacer más ruido. Pude visualizar con exactitud su posición en mi mente. Pero necesitaba que se acercara más sin descubrir mi propia posición. Palpé a mi alrededor en la tiniebla y mi mano encontró el asa de cerámica del jarro de agua. Metí en él la mano y comprobé que estaba medio lleno. Lo levanté sin hacer ruido con las dos manos, manteniendo el cuchillo entre los dientes, y arrojé el jarro con todas mis fuerzas a la esquina de la habitación. Chocó con un estruendo increíble y oí crujir de nuevo el suelo cuando el hombre corrió hacia allí y empezó a rasgar el aire con su espada. Me arrastré a gatas hasta el lugar donde me pareció que estaba, y con el cuchillo en mi mano derecha alargué la izquierda y lo agarré por la pierna. Estaba un poco más allá de donde había previsto, y cuando me apoderé de su rodilla dejó escapar una exclamación de sorpresa y de miedo. Un momento después, yo había clavado a fondo el cuchillo en la parte interna de su muslo, y arrancado luego la hoja de la carne con un rápido doble movimiento. Lanzó un aullido horrible de dolor y de pánico, y sentí que me golpeaba en el hombro con la empuñadura de su espada. Pero vi recompensado mi golpe con un gran chorro de sangre caliente en mi cara, una fuente ardiente que al instante empapó toda la parte superior de mi cuerpo, y supe en

ese mismo momento que aquél era un hombre muerto.

Solté el cuchillo, gateé para alejarme de su espada vacilante y volví a refugiarme debajo de la cama. Los aullidos del hombre, agudos y desesperados, llenaron la oscuridad, y supe que la alarma estaba dada a conciencia. Luego le oí arrastrarse por el suelo como un saco cargado de grano, ahora con un débil gimoteo, mientras intentaba detener el torrente de sangre vital que se le escapaba. Hasta mis narices llegó el olor acre y ferruginoso de la sangre. A pesar de las tinieblas profundas que nos rodeaban, podía imaginar lo que estaba ocurriendo, porque lo había previsto ya: había perforado deliberadamente la gran arteria femoral que recorría su muslo, y a menos que pudiera encontrar un torniquete para cortar el flujo de la sangre, en menos de treinta segundos estaría tan frío como la cena de la noche anterior.

La puerta de la habitación se abrió de golpe, entró un pelotón de mesnaderos con antorchas y lamparillas, y un murmullo excitado se extendió por la habitación. El hombre estaba sentado, con las piernas separadas, en medio de un charco de sangre, y su rostro agonizante aparecía lívido y desencajado. Yo asomé mi cabeza ensangrentada desde debajo de la cama y lo miré.

Consiguió decir algunas palabras, antes de derrumbarse sin vida en aquel lago carmesí:

—Mi hijo no, por favor... —susurró, antes de morir.

## Capítulo II

**E**l hombre muerto era un don nadie, un arquero llamado Lloyd Gryffudd, uno más del numeroso grupo de hombres reclutados por Tuck en el sur de Gales. Era un arquero experimentado y, según todos pensaban, un soldado en quien podía... confiarse, por lo que me contó Owain, el capitán de los arqueros de Robin. Estaba claro que Owain se sentía de alguna forma responsable de que uno de sus hombres hubiera intentado asesinar a Robin; estaba visiblemente molesto cuando hablamos más tarde, aquella misma noche, delante de la copa de vino que yo necesitaba con urgencia.

Tras los gritos y la alarma por lo ocurrido, la mansión había recuperado la tranquilidad. Los criados se habían llevado el cuerpo y limpiado la sangre, y el veterano capitán galés y yo charlábamos sobre el ataque sentados a la larga mesa de la sala.

—Sin duda estaba borracho, Alan, o sencillamente se ha vuelto loco —dijo Owain—. Nunca habría conseguido salir ileso de una acción así. Habría sido despedazado por mis hombres antes de poder correr cien metros. Quieren a Robin, lo sabes bien, sienten una condenada adoración por él.

—Puede que sí y puede que no —dije—. Era arriesgado, sí, pero en la sala todos dormían, y podía matar a Robin y a Marian y escapar después por alguna ventana antes de que nadie se diera cuenta. Había un caballo ensillado y preparado para salir en los establos, y en la confusión después de un suceso así, con Robin muerto y el barullo consiguiente en todo el castillo..., bueno, creo que habría tenido alguna que otra posibilidad de escapar. Y dudo que estuviera loco. Creo tan sólo que lo sometieron a la presión adecuada... dinero, amenazas o las dos cosas, para forzarle a ese atentado.

Owain se puso más sombrío aún.

—Haré algunas averiguaciones por la mañana —dijo—. ¿Qué crees que dirá Robin cuando vuelva?

—La noticia no va a hacerle feliz —dije. Y me levanté de la mesa dejando a Owain con la mirada fija en su copa de vino, para acurrucar mi cuerpo exhausto bajo las mantas, junto al fuego. Aunque sabía que era ridículo que alguien quisiera matarme *a mí*, pasé el resto de la noche con mi puñal desenvainado en la mano. Y cansado como estaba, y con el tacto reconfortante de una daga española de un pie de

largo y afilada como una navaja de afeitar en mis manos, dormí como un bebé.



Robin volvió a la mañana siguiente, otro día primaveral soleado tan espléndido como el anterior, con su mujer preñada, Marian. Ella, gruesa y sofocada, iba sentada como una reina en una silla colocada en un carro tirado por burros, rodeada por sus damas de compañía. Saludé a una cara familiar de su séquito, mi pequeña amiga Godifa, y recibí en respuesta una tímida sonrisa. Luego me volví a saludar a Robin, y le informé con brevedad de los sucesos de la noche anterior. Mi señor pareció sinceramente impresionado al saber que yo, con un pequeño cuchillo de mondar manzanas, había dado muerte al frustrado asesino.

—¿El llegó hasta ti empuñando una espada, en la oscuridad, mientras dormías, y conseguiste despacharlo con una navajita para arreglar las uñas? —dijo mientras cruzábamos el patio inundado por la luz del sol y entrábamos en la penumbra de la sala. Fue extraño oírle alabarme sin ninguna segunda intención burlona.

—A decir verdad, se trataba de un cuchillo para pelar fruta —dije. Robin quitó importancia con un gesto a mi objeción.

—Siempre he sabido que podías componer una buena *chanson* heroica, Alan, pero no me había dado cuenta de que además podías ser *tú mismo* el héroe de esa historia.

Me sonrió. El tono burlón había vuelto a sus palabras.

—Bueno, como estaba durmiendo en tu cama y por esa razón me confundieron contigo, mi señor, supuse que se esperaba de mí un poco de comportamiento heroico.

Robin se echó a reír.

—Me adulas de una forma desvergonzada. Sabes mejor que nadie lo lejos que estoy de ser un héroe.

—Muchas Canciones excelentes dicen que lo eres, mi señor, de modo que algo tiene que haber de cierto —respondí con una sonrisa.

Dio un bufido risueño y, de pronto, dejó de sonreír y me condujo a la mesa larga de la sala, junto a la que tomamos asiento los dos. Había pasado el momento de las chanzas.

—Cuéntame quién ha sido —me dijo, con toda seriedad—, y por qué tenía intención de hacerme picadillo.

—Han puesto un precio muy alto a vuestra cabeza —le dije sin miramientos—. Muy alto, la verdad. —Hice una pausa—. Cien libras de peso en pura plata alemana. Y quien las ofrece es nuestro viejo amigo, sir Ralph Murdac.



Se hizo un largo silencio en la mesa, mientras Robin me miraba, fijos sus brillantes e inquisitivos ojos grises en los míos. Era una cantidad pasmosa para ofrecerla a cambio de una vida humana, más que suficiente para permitir a un hombre vivir rodeado de comodidades el resto de su estancia en este mundo, y dejar después una considerable herencia a sus hijos y una dote tentadora a sus hijas. Era más de lo que valía toda la propiedad de Westbury.

—De modo que la pequeña víbora ha salido de su agujero —dijo Robin—. Ve a llamar a Little John, Owain, sir James y Tuck, y cuando estemos todos reunidos será mejor que nos cuentes la historia con todo detalle.

Me puse en pie y tendí a Robin la carta del rey, que había estado quemándome el pecho debajo de mi túnica durante toda la mañana. Rompió el sello regio del pergamino y empezó a leer cuando yo ya salía a convocar a sus lugartenientes de confianza.

Mientras esperábamos en silencio a que los principales hombres de nuestro pequeño ejército acudieran, me di cuenta de que Robin me miraba con curiosidad.

—¿Qué demonios es lo que llevas en la cabeza? —me preguntó—. Pareces un procurador de mujeres fáciles.

Yo me ofendí un poco; llevaba un gorro nuevo de color azul cielo que había comprado en Londres. Estaba hecho de piel de ante, y era suave como las mejillas de un bebé; iba bordado con hebras finas de oro en forma de rombo y estrellas de lana roja, y tenía una larga cola gruesa que descansaba sobre mi hombro como si fuera una serpiente amaestrada. Era el no va más de la sofisticación en la capital, según me aseguró el elegante sombrerero de Londres, y yo lo tenía en gran estima. No me digné a contestar la observación de Robin, y diez minutos más tarde Little John, sir James de Brus, Owain el arquero, Robin y yo estábamos sentados ante la larga mesa, cada cual con una jarra de cerveza en las manos.

—Tuck está en el patio de la iglesia enterrando al tipo muerto —dijo John. Robin asintió y no hizo comentarios. Visitaba la pequeña iglesia de San Nicolás, a los pies del lado sudeste del castillo, sólo cuando era absolutamente necesario, cuando no ir habría llamado en exceso la atención. Y yo sabía la razón: en el fondo de su corazón, Robin no era cristiano. Un clérigo brutal que lo atormentó en su adolescencia le había hecho concebir un odio profundo por la Madre Iglesia, y a pesar de que estaba comprometido por un juramento solemne a acudir a la Gran Peregrinación, en su alma no había lugar para Nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Por aberrante que te resulte esa flagrante perversidad a ti, lector de este pergamino, por alguna extraña razón los hombres de Robin aceptaban su falta de fe sin más. O aparentaban no darse cuenta. Le querían y le seguían, a pesar de la evidencia de que era un alma condenada.

—Por los juanetes ensangrentados del Bautista, buen trabajo el tuyo de anoche,

jovencito —dijo Little John, devolviendo de golpe al presente mis pensamientos—. Yo mismo no lo habría hecho mejor.

Me avergüenza decir que enrojecí y no supe qué responderle. Que Dios perdone mi orgullo, pero yo sabía que me había portado bien. A diferencia de Robin, John casi nunca hacía cumplidos, y como había sido el maestro de armas de Robin y mi instructor de combate, su alabanza significaba mucho para mí.

—Vamos, Alan, basta de mutis teatrales. Ahora no estás representando una *chanson*. Háblanos de las siniestras tramas de sir Ralph Murdac —dijo Robin, mirándome directamente a los ojos—. Creí que seguía escondido entre la bruma de los páramos de Escocia, dicho sea sin ánimo de ofensa, sir James.

El escocés frunció el entrecejo, pero no hizo ningún comentario.

Hasta pocos días antes, también yo estaba convencido de que Murdac estaba en Escocia. Después de la batalla de Linden Lea, en la que Robin derrotó a las huestes de Murdac, el malvado hombrecillo huyó y buscó la seguridad junto a unos parientes, en el otro lado de la frontera. Además de escapar de la venganza de Robin, Murdac creía que el rey Ricardo tenía intención de exigirle cuentas por las largas cantidades de plata recaudadas en concepto de impuestos por el antiguo alguacil del condado de Nottingham, en apariencia para sufragar la expedición a Ultramar. Pero en lugar de entregar el dinero a la tesorería real, Murdac se había guardado para sí el dinero conseguido exprimiendo a los campesinos, y su mala conciencia le impulsó a huir de la ira de Ricardo. Era evidente que todavía le quedaba una buena porción de aquella plata, porque de otra forma no habría podido permitirse ofrecer cien libras del metal precioso por la vida de Robin.

—Bueno, pues está de vuelta —dije—, y sediento de tu sangre. —Me arrellané en mi asiento y empecé mi historia—. Había despachado ya nuestros asuntos en Winchester, Oxford y Londres —dije—, y todo iba a las mil maravillas, de modo que puse rumbo al norte, a Nottingham, para entregar tus regalos al príncipe Juan...

El hermano pequeño del rey Ricardo había prosperado desde la muerte de su padre, porque se vio colmado de tierras y títulos por su hermano mayor. Ya era Lord de Irlanda, pero además recibió los condados de Derby y Nottingham y las posesiones de Lancaster, Gloucester y Marlborough, además de grandes extensiones de tierra en Gales. El príncipe me recibió en la gran sala del castillo real de Nottingham, pero sin ninguna muestra de real magnificencia. Yo estaba muy cansado del viaje, empapado por un chaparrón y salpicado del barro de los caminos, pero el príncipe Juan insistió en verme de inmediato. Y no pude hacer otra cosa que obedecer. Le habían contado que le llevaba un regalo y, como un chiquillo codicioso, no tuvo paciencia para esperar. De modo que me presenté en la gran sala aún calado hasta los huesos y tiritando de frío —un espectáculo lamentable para una docena más o menos de cortesanos y compinches reales espléndidamente vestidos que se

encontraban allí—, y entregué el regalo de Robin. Era una magnífica pareja de halcones que había comprado en Londres siguiendo las instrucciones de Robin. Eran pájaros exquisitos, de buen tamaño, con grandes alas jaspeadas y pecho de color crema moteado de negro, con un elegante pico curvo de un tono azulado que viraba al negro en la punta afilada; además, llevaban capuchas de suave piel española, adornadas con campanillas de plata. Me satisfacía en particular haber convencido al halconero de Londres de separarse de ellos, aunque hizo falta desembolsar una buena cantidad de plata de mi señor para cerrar el trato. También di al príncipe Juan una carta de Robin, que contenía buenos deseos y los cumplidos habituales de un magnate a un vecino poderoso: la principal residencia de Robin, el castillo de Kirkton, estaba a una distancia de menos de sesenta kilómetros del norte de Nottingham, y algunas de sus otras propiedades estaban más cerca incluso.

El príncipe Juan, un hombre joven de estatura menos que mediana, de cabello rojo oscuro rizado y cuerpo robusto, adoraba los halcones. Le gustaba mucho la caza, y mimaba a sus pájaros como una madre a un hijo recién nacido. Apenas echó una ojeada a la carta, y luego la tendió al hombre que estaba de pie a su lado: un caballero alto y bien formado, pobremente vestido para estar en compañía del rey, pero con una magnífica espada, y con un muy visible mechón de pelo blanco que le brotaba en el centro de la frente, entre su mata de pelo de un rubio rojizo. Me miró, y entonces advertí otra característica curiosa de aquel hombre: tenía ojos de zorro, garzos pero brillantes y rasgados y con un brillo feroz que no me gustó nada en absoluto.

—¿Qué se supone que he de hacer con esto? —dijo el caballero— zorro en francés normando, con una voz profunda que arrastraba las sílabas. Miraba la carta colocada entre sus manazas.

—Oh, claro, eso no es adecuado para ti —dijo el príncipe con una insinuación de burla, en la misma lengua, y le arrebató de nuevo la carta—. Mally, de verdad que tendrías que aprender a leer uno de estos días.

El príncipe Juan se volvió a su derecha y pasó la carta a un hombre bajo, de cabello oscuro y vestido enteramente de negro, que estaba colocado al otro lado y ligeramente más atrás, concentrado en un pequeño libro de horas con incrustaciones de joyas en las tapas.

—Es de tu viejo rival, el llamado conde de Locksley —dijo el príncipe, y le tendió el pergamino. Tenía una voz dura y aguda, que siempre parecía insinuar un desprecio absoluto por todo el mundo. El hombre oscuro dejó el libro, tomó la carta, me miró directamente durante un instante con sus ojos de un azul gélido (sin ninguna expresión en el rostro), y empezó a leer.

Tardé un par de segundos en reconocerlo, pero entonces, con un estremecimiento, me di cuenta de que tenía ante mí a sir Ralph Murdac, el anterior alguacil del condado de Nottingham; el hombre que había dado la orden de matar a mi padre; el

hombre que el verano anterior, en una apestosa mazmorra del castillo de Winchester, me había torturado de la forma más humillante, y el hombre cuya muerte ansiaba yo más que la de ninguna otra persona. Mi mano bajó a la empuñadura de mi puñal, y por un momento pensé en abalanzarme sin más sobre él y hundir la daga hasta la guarda en su vientre. Pero la razón prevaleció, a Dios gracias. Yo era un invitado en la corte de un príncipe de sangre real. Había docenas de testigos en la sala. Si acuchillaba a Murdac delante de todas aquellas personas, por mucha satisfacción que me diera ese acto, mi cuerpo colgaría de una horca antes de que se hiciera de noche.

Murdac levantó los ojos del pergamino y me dedicó una nueva mirada, larga y pausada.

—Pedidle que cante algo —dijo al príncipe con aquella voz suave y ceceante que yo conocía tan bien. El príncipe Juan se había desentendido de mí: chasqueaba la lengua y palmeaba suavemente las plumas moteadas del pecho de uno de los halcones.

—Aquí pone que este infeliz cubierto de barro es el *trouvère* personal de Robin de Locksley —siguió diciendo Murdac en voz más alta—. Haced que cante algo, sire, para entretenernos a todos.

Miró a su alrededor a aquel grupo de cortesanos y obtuvo un murmullo de aduladora aprobación. El hombre corpulento del mechón blanco sonrió jubiloso cuando se dio cuenta de mi incomodidad ante aquella sugerencia, y mostró al hacerlo unos dientes amarillos, grandes y puntiagudos.

—¿Cómo? —dijo el príncipe Juan—. Oh, buena idea. Sí, cántanos alguna cosa, chico.

Yo estaba allí de pie delante de ellos, empapado, tiritando, exhausto, sin mi viola ni ningún otro instrumento, maquinando en secreto un crimen sangriento, ¿y aquel real idiota quería que cantara?

—Mi señor príncipe, estoy empapado... Si me permitís retirarme y cambiarme de ropa...

—Nada de excusas, chico —interrumpió Murdac, y sus ojos pálidos brillaron de malicia—. Su Alteza te ha ordenado cantar. De modo que canta, chico, ¡canta!

Se puso a dar palmas con las manos y me dirigió una sonrisa tenue y venenosa.

Yo me lo quedé mirando, y el cerebro casi me estallaba de odio sediento de sangre. Estaba más delgado que la última vez que nos vimos, con más arrugas en la cara, pero en cambio iba vestido con más lujo, de gruesa seda negra con un reborde de piel de marta, y al cuello llevaba una cadena de oro de la que colgaba un enorme rubí. Yo conocía muy bien aquella joya. Tenía blancos los nudillos de tanto apretar los puños situados a escasas pulgadas de la empuñadura de mi daga, y no creo haber estado nunca tan cerca de echar a perder mi vida. Pero entonces me di cuenta de que no deseaba sólo su muerte, que no quería simplemente acuchillarlo allí mismo a costa



de mi propio cuello: quería humillarlo como estaba él humillándome a mí, como me había humillado antes en aquel fétido calabozo. Quería que me pidiera perdón por haber matado a mi padre, que implorara piedad por haberme torturado a mí y matado a mis amigos..., de modo que abrí mis manos y las junté a mi espalda. Y empecé a cantar.

No recuerdo bien lo que canté, de verdad que no, tal vez una de la docena más o menos de *cansós* que había escrito hasta entonces y que me sabía de memoria. Mi viejo cerebro cansado ha borrado el recuerdo; a veces la vergüenza tiene ese efecto. Después de la primera canción, me obligaron a cantar otra, a pesar de que mis dientes castañeteaban con tanta fuerza que estoy seguro de que nadie podía seguir la letra, y luego otra más. Por fin el príncipe Juan pareció cansarse de aquel juego cruel y ordenó, con su habitual desdén, que me retirara. Hice una profunda reverencia con las mejillas encendidas de rabia y mortificación, y el príncipe echó mano a su bolsa, rebuscó durante un instante y arrojó al suelo frente a mí un par de peniques de plata. El hombre zorruno se echó a reír en voz alta. Era un insulto calculado. Los *trouvères* pueden esperar recibir algún regalo discreto de los señores complacidos, pero tirar el dinero al suelo como se suele hacer para recompensar a un acróbata por dar unas volteretas, o a un músico callejero, era peor que una bofetada en la cara.

Hice una segunda reverencia e, ignorando el dinero que relucía sobre la estera sucia delante de mis pies, entre los huesos mondos de restos de comida, los pelos de perro y la mugre vieja del suelo de la sala, volví la espalda a mis tres atormentadores y salí de la estancia.

—¡Qué individuo tan extraordinario! —oí decir al príncipe Juan con su voz chillona cuando estaba ya junto a las grandes puertas de madera de roble—. ¿Habéis visto eso? Me ha dado la espalda. Debería hacerle azotar.

—Es de origen servil, ¿sabéis? —dijo Murdac en voz alta—. No tiene educación ni modales.

Tropecé levemente en el umbral, por la urgencia de situarme fuera del alcance de sus voces.

—Y un proscrito también —siguió diciendo aquella sucia comadreja—. Eso fue antes de que vuestro real hermano le perdonara. Yo lo tuve encerrado en una ocasión en mis mazmorras por sus fechorías, pero ese villano escurridizo consiguió salir de allí de alguna manera. Escapó...

Crucé la puerta y salí al gran patio de armas del castillo de Nottingham. Me temblaban las piernas, y cuando encontré un bloque de piedra colocado como ayuda para montar a caballo y propicio para tomar asiento bajo aquellos cielos plomizos y amenazadores, me dejé caer allí y cerré los ojos con la esperanza de borrar de mi mente la vergüenza y el bochorno sufridos. Me concentré en las imágenes de sir Ralph Murdac suplicando por su vida, atado a la reja, ensangrentado e implorando

piedad, y empezaba a sentirme un poco mejor cuando oí el ruido apagado de unos pies que corrían y, al abrir los ojos, vi a un sirviente, un chiquillo mal vestido, parado ante mí jadeante, y mostrándome la palma abierta de su mano. En ella había tres peniques de plata de aspecto grasiento.

—Señor, os pi-pido perdón, señor, pero este di-dinero es vuestro —dijo el chico.

Por un momento creí que se trataba de una nueva humillación, ideada por Murdac y su nuevo patrón real. Luego miré más despacio al chico, su cara amable y sus ropas gastadas, la mano tendida y ligeramente temblorosa, y supe que no era así. Era un chico guapo, de unos once años, bien formado y alto para su edad, de cabellos de color castaño claro y ojos también castaños. Me quedé mirándolo por un instante, y luego dije:

—Quédatelo tú, chico.

El pareció contrariado.

—Pe-pero, señor, el dinero es vuestro. El príncipe os lo dio. Un re-re-regalo real.

—No deseo recibirlo —dije, tajante.

Entonces, al darme cuenta de que mi vergüenza pública no había sido culpa suya, y de que no había razón para ser descortés con él, le sonreí:

—Cómprate algo en el mercado, una empanada o dos, o un buen cuchillo nuevo...

Me miró dubitativo, y me pregunté si no sería corto de entendederas; entonces dejé de prestarle más atención, volví a sentarme en la piedra, cerré los ojos y volví a sumergirme en mis negros pensamientos.

—Os ruego que excuséis mi im-impertinencia, señor —dijo el chico, arrancándome de un ensueño delicioso en el que Murdac estaba colgado por los pulgares encima de un pozo lleno de serpientes venenosas. Abrí los ojos; el chico seguía allí, pero sus manos colgaban a los costados y me di cuenta de que las monedas de plata habían desaparecido—. Disculpad la pregunta, pero ¿no ha dicho Su Alteza Real que estáis al servicio del co-co-conde de Locksley?

Su rostro estaba iluminado por una excitación rara, y parecía esforzarse por controlar su tartamudeo.

—Es cierto, sirvo al conde; tengo ese honor —dije, y sonreí de nuevo. Conocía a muchos muchachos parecidos a lo largo y ancho del país. Habían oído las canciones y leyendas sobre Robin Hood y su banda de salteadores, y se sentían seducidos por el romanticismo que envolvía aquellas historias: una alegre banda de camaradas que comían a la sombra de los árboles del bosque, dormían al raso y se burlaban de los representantes de la ley. Podía haberle contado algunas historias de mi cosecha que cambiarían su opinión sobre Robin: sacrificios humanos cruentos, robos y extorsiones sin escrúpulos, y mutilación de enemigos, pero como de costumbre guardé silencio.

—Yo os su-suplico que me concedáis el honor... —dijo el chico, y tragó saliva—

de servirle. Y te-te-tengo noticias que le interesará saber.

—¿Qué noticias? —pregunté.

—Sir Ralph Murdac quiere ver muerto a vuestro señor.

—Eso no es ninguna novedad, chico. Sir Ralph y Robin de Sherwood eran enemigos antes de que tú nacieras —dije con despreocupación, y de nuevo cerré los ojos.

—Pe-pero sir Ralph ha hecho correr la voz de que recompensará con cien libras de plata alemana fina a quien mate al conde y le traiga a él su cabeza —dijo el chico.

Abrí los ojos de par en par. Me quedé atónito, sin habla; no tenía idea de que Murdac estuviera dispuesto a desprenderse de todo ese dinero a cambio de la muerte de un solo hombre.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunté.

—Oí a sir Ralph decir al capitán de la guardia que pasara el mensaje de la recompensa a sus hombres. —El chico me miró, inquieto—. Si pasáis esta información al conde, puede que él se muestre bien dispuesto a tomarme a su servicio —dijo. Sus ojos me suplicaban.

Lo miré más detenidamente; tal vez no era tan lerdo, después de todo, y una idea audaz empezó a abrirse paso en mi mente, una manera de poner a prueba el temple del chico, de darme a mí alguna satisfacción, de corregir una fechoría y de castigar el orgullo de Ralph Murdac, todo al mismo tiempo.

—¿Cómo te llamas, chico? —pregunté.

—William, señor —contestó.

—Y estás empleado aquí como criado —dije.

—Sí, señor. Trabajo en las cocinas, pero en los días de fiesta algunas veces me permiten servir la mesa en la gran sala.

—¿Hasta qué punto quieres servir a Robert de Locksley? —pregunté.

—Se-se-señor, le serviré lealmente; le serviré como un hombre de su clase merece ser servido. Lo juro por Nuestra Señora Santa María Madre de Dios.

—Si quieres servir a Robin, primero habrás de servirme a mí. ¿Estás dispuesto a ello? Luego, dentro de unos meses, podrás seguir a mi señor a la Gran Peregrinación a Tierra Santa. Ese privilegio supone la promesa de la salvación eterna y el perdón de todos tus pecados. ¿Te gustaría venir con nosotros?

El chico asintió con la cabeza, tan deprisa y con tanta furia que pensé que iba a romperse el cuello.

—Pero William, hay una cosa muy importante, no has de decir a nadie que estás al servicio de lord Locksley hasta que llegue el momento de abandonar el castillo para reunirte con tu señor. ¿Podrás hacerlo?

—Sí, señor. Soy nuevo aquí en Nottingham, y estoy solo en el mundo. No tengo familia ni amigos con quienes hablar. —Se miró las puntas de los zapatos—. Mi

padre fue muerto a tra-traición, señor, por ladrones, y mi madre murió de pena poco después.

Su rostro se contrajo en una expresión de dolor, y sentí pena por el pobre muchacho. Yo sabía lo que significa no tener a nadie.

—A pesar de todo, puedes sentir la tentación de contarle a alguien que sirves en secreto al famoso Robin Hood. Es un impulso muy natural. Pero recuerda que si se lo cuentas a alguien, nunca podrás unirte a él. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Hay una cosa más; míralo como una prueba de tu lealtad a Robin. Una garantía de que de verdad deseas servirle con toda fidelidad.

—Decidme de qué se trata, señor, haré cualquier cosa.

—Cierto objeto, una joya de mucho valor, pertenece por derecho propio a lady Marian, la esposa de Robin. Pero sir Ralph Murdac la robó. Lleva esa joya colgada del cuello todos los días, ¿la has visto? Es un gran rubí rojo. Quiero que me ayudes a recuperarlo para su legítima propietaria.

Ni siquiera parpadeó ante la idea de un robo a plena luz del día, y dio su acuerdo de inmediato, con un meneo de cabeza tan vigoroso como el anterior, y supe que encajaría bien entre los hombres de Robin. De modo que pasé el brazo sobre el hombro de William y, en voz baja, le expliqué lo que íbamos a hacer y cómo íbamos a hacerlo.



Me quedé en Nottingham dos días más, pero no en el castillo. No podía soportar la idea de quedarme allí, expuesto a ser llamado de nuevo a la presencia del príncipe Juan, para una nueva ronda de humillaciones musicales. En vez de eso, me instalé en la casa de un viejo amigo, Albert, un colega de mi época de mocoso ladrón callejero, cuando cortaba las bolsas de los mercaderes ricos y confiaba en que la multitud que abarrotaba el mercado favoreciera mi huida. Albert era ahora un hombre honrado, y casado; vivía en una casucha de una sola habitación en la parte más pobre del antiguo distrito inglés de Nottingham. De modo que prefirió no hacer preguntas sobre el trabajo que yo planeaba; sabía que no se trataba de nada bueno, pero toleraba contento mi presencia en su casa debido a la amistad que nos había unido en el pasado..., y al penique de plata que le había prometido cuando concluyera mis asuntos.

En la mañana del segundo día, William vino a la casa de Albert y me dijo que sir Ralph Murdac había salido a comprar un anillo a la calle de los plateros, en la parte norte de la ciudad.

—Pero no está solo, señor —dijo William con aire inquieto—. Le escoltan dos

hombres de armas.

—Eso no me preocupa —dije, y era cierto—. ¿Lleva consigo el rubí?

—Sí, señor, en la cadena de oro, como siempre.

Sonreí.

—¡Entonces, vamos a buscarlo!

William y yo nos abrimos paso sin demasiados miramientos entre la multitud del mercado, y pronto nos encontramos en el extremo sur de la calle de los Plateros. Como no queríamos correr el riesgo de que nos reconociesen Murdac o sus hombres, William se había tizado la cara con barro y llevaba la capucha bajada hasta la mitad de la frente. Yo iba vestido como un soldado libre de servicio, con una capa azul muy llamativa, cota de malla y espada; un vendaje ensangrentado me tapaba un ojo y buena parte de la mejilla. También me había pegado algunos mechones del pelo negro de Albert en el labio superior y la barbilla, y escondía mis rizos rubios debajo de un sombrero de ala flexible. Para ser sincero, me sentía un poco ridículo, pero Albert me aseguró que de esta guisa nadie me reconocería; los postizos negros, aunque confeccionados de forma muy precaria, me hacían parecer más viejo, y mucho más tosco; la gente se daría cuenta después de que se trataba de un disfraz, pero como en el castillo todos estaban convencidos de que el talentoso *trouvère* Alan Dale se había ido de Nottingham dos días antes con su rabo de siervo redimido entre las piernas, nadie sospecharía a primera vista que yo fuera el ladrón.

Nuestro plan era muy sencillo, como lo son siempre los mejores planes. Y se trataba de una maniobra que yo había ejecutado varias veces antes, aunque no en los dos últimos años y pico. Dependía de la sorpresa, de la rapidez y de la natural reacción humana ante un golpe fuerte en el estómago.

Sir Ralph Murdac estaba parado delante de un mostrador abierto a la calle. En el interior del taller, pude ver de refilón a dos jóvenes plateros enfrascados en el trabajo de dar forma a una pieza delicada con sus finos martillos. Sentí el acostumbrado hormigueo de excitación en el vientre ante la idea del robo inminente. En la calle, de pie junto a Murdac, estaba el maestro platero, mostrándole un broche fino de oro. Era claro que había hecho el esfuerzo de salir de su taller para atender a un cliente distinguido. Dos mesnaderos, que lucían los colores rojo y negro de las armas de Murdac, aguardaban aparte, a unos diez metros de distancia, recostados contra una pared y con cara de aburrirse.

Me dirigí a la tienda donde Murdac regateaba con el joyero y me detuve delante del mostrador contiguo, manteniendo mi rostro oculto para el antiguo alguacil y simulando examinar unas espuelas finas con incrustaciones de oro. Estaba a unos veinte pies de distancia de Murdac, y con la cara medio vuelta hacia el lado contrario. William me había seguido a una distancia discreta. Por el rabillo del ojo, le vi acercarse con disimulo. Se movía con la naturalidad de un depredador, deteniéndose

ahora en un lado de la calle, luego en el contrario, ceñudo, sin tocar ninguna de las piezas de metales preciosos expuestas al público, sin atraer nunca la atención sobre su persona. Cualquiera que le observara, si es que alguien había advertido sus movimientos, pensaría que me estaba acechando a mí, como el gato de la casa acecha a un gorrión desprevenido. En seguida estuvo colocado a mi costado derecho, entre Murdac y mi persona.

Era un chico obediente; no me miró, se limitó a darme un golpecito con el dedo en la pierna. Yo susurré «¡Ahora!», y en seguida empecé a gritar: «¡Eh! ¡Al ladrón! ¡Detenedlo!», y con la agilidad de un ratón acorralado, William echó a correr directamente hacia Ralph Murdac. Yo grité «¡Mi bolsa!», y corrí tras él. Estábamos a tan sólo veinte pies de Murdac, y en un par de segundos William cargó contra el caballero vestido de negro y, con la cabeza, le dio un golpe en el estómago, justo debajo de las costillas, con toda la fuerza del impulso de la carrera. Yo le pisaba los talones gritando «¡Al ladrón! ¡Al ladrón!». Cuando la cabeza encapuchada de William golpeó a Murdac bajo el plexo solar, yo me encontraba a menos de un metro de él. El viejo bastardo soltó el resuello con un gemido breve y agonizante. Su cuerpo se dobló al tiempo que William saltaba hacia atrás y sorteaba con ligereza el obstáculo del cuerpo agachado de Murdac. Yo señalé a William y le grité que se detuviera. Y mientras todo el mundo miraba hacia mi compinche, que huía a todo correr, yo simulé socorrer a sir Ralph Murdac pasándole un brazo por el hombro, y con toda limpieza hice pasar la cadena del rubí por su cabeza agachada, y oculté la joya en la manga de mi túnica. Luego me alejé del caballero encogido y de sus boquiabiertos y aún inmóviles mesnaderos, gritando a voz en cuello:

—¡Perdonadme, señor, pero tengo que atraparlo!

Y, al instante, doblé la esquina en persecución de William.

William era rápido, tengo que reconocérselo; más rápido que yo, y eso que creía estar más en forma de lo que nunca había estado. En diez segundos nos habíamos alejado un centenar de pasos y llegado a una encrucijada de tres calles. Dejé de gritar entonces porque estaba sin resuello, pero también porque no quería que nadie atrapara a William. En la encrucijada, William se detuvo de pronto, y se ocultó en el porche de una iglesia. Yo le seguí, le pasé rápidamente el rubí, y retrocedí hasta el centro de la encrucijada. Era ya pasado el mediodía, había un gran gentío y las calles estaban además abarrotadas de carretas de bueyes, jinetes, buhoneros cargados con grandes bultos, amas de casa provistas de cestas e incluso un pastor que cruzaba al frente de un pequeño rebaño de ovejas. William se escabulló por entre aquella multitud y se puso a caminar con paso vivo pero sin aparentar prisa, por la calle de la izquierda.

Yo miré atrás, y cuando vi llegar a los dos mesnaderos a la carrera hice un gesto de premura hacia la calle de la derecha y, señalando a un imaginario William entre la

gente, grité:

—¡Por ahí! ¡Que alguien lo detenga!

Luego eché a correr. Me adentré por la otra calle dando grandes voces, pidiendo ayuda y armando un buen revuelo. La gente se paraba, dejaba sus asuntos y se ponía a correr conmigo. Fue pura casualidad, porque no estaba previsto en mi plan, que viera a un chico más o menos de la edad de William caminando por aquella calle.

—Es él, es el ladrón —grité, y urgí a quienes corrían conmigo a que le echaran mano mientras yo me apoyaba en una tapia y simulaba recuperar el aliento. El infeliz muchacho vio a una multitud de burgueses enfurecidos que se le echaban encima llamándole ladrón, y escapó como un conejo asustado. Cuando todo el grupo hubo pasado, me metí en el primer callejón que vi; enterré la llamativa capa, la venda del ojo y el sombrero flexible debajo de un montón de basura, y cuando salí de allí y me dirigí hacia la casa de Albert para reunirme con William, iba frotándome la cara con la mano humedecida de saliva para eliminar en lo posible los últimos restos del falso bigote y la perilla.



—Una hazaña valerosa —dijo Robin. Mi historia le había hecho reír, pero su regocijo no fue nada al lado de la reacción de Little John: las carcajadas de aquel gigante retumbaron en toda la sala y atrajeron la atención de otros grupos de hombres de Robin, y las lágrimas corrían por sus mejillas mientras palmeaba con estrépito la espalda del encogido Owain. Incluso sir James de Brus me dedicó una gélida sonrisa.

—¿Y llevas contigo ese rubí? —preguntó Robin.

—Lo llevo —dije. Desabroché las hebillas de las alforjas de mi silla de montar, y saqué de su interior un bulto envuelto en tela. Robin mandó a un criado en busca de Marian, y cuando la excelente señora de mi señor se presentó acompañada por su dama de compañía, Godifa, desenvolví el bulto y mostré el fruto de mi ratería.

—Hemos de recompensar a William con un empleo en tu casa —recordé a Robin.

—Desde luego, desde luego, me será muy útil un talento como el suyo para las fechorías —dijo, pero sus ojos seguían fijos en la gran joya. Ésta parecía brillar con un resplandor demoníaco en la sala en penumbra, reluciente y malévol, como una gota cristalizada de la sangre del diablo.

—Os pertenece a vos, mi señora —dije, y alzando la joya con su brillante cadena de oro, se la ofrecí a Marian sosteniéndola en mis manos extendidas. Ella la tomó, pero con repugnancia. Y se volvió a Godifa, una chiquilla flaca de unos doce años, en el umbral mismo de la feminidad, que había crecido entre los proscritos de Robin Hood y servía ahora a Marian como doncella, dama de compañía y amiga.

—Es tuyo, Goody, seguro que te acuerdas —dijo Marian, y pasó la cadena de oro

por el cuello de la niña—. Era de tu madre, y fuiste muy amable al prestármelo, y yo lo perdí de la manera más tonta cuando sir Ralph me raptó el año pasado. —Sonrió a Godifa—. Estoy segura de que ya eres lo bastante mayor para cuidar de él tú sola.

Goody bajó la mirada al oro reluciente que rodeaba su cuello y a la gran joya roja que reposaba entre sus pechos incipientes. Luego me dirigió una mirada llena de felicidad.

—¿Tú qué piensas, Alan, crees que esta piedra me favorece?

—Estás preciosa —dije. Y era verdad. Su rostro había cambiado de forma desde la última vez que la vi, hacía tan sólo unas pocas semanas; se había alargado, era menos redondo y los pómulos sobresalían más. Su cabello era largo y fino, y su color era idéntico al del oro que rodeaba su cuello. Vi con claridad la belleza en que se convertiría pasados algunos años. Y por eso le repetí—: De verdad, estás preciosa.

Y entonces, cosa extraña, la cara se le puso colorada por el rubor, y saltó del banco en el que se había sentado, corrió hacia mí, me besó en la mejilla y murmuró:

—Gracias, Alan.

Y echó a correr hacia la alcoba, entre grandes gritos dirigidos a su señora, a la que no había pedido la venia, de que quería verse en el espejo de plata de Marian.

—Esta todavía no está del todo amansada —dijo Robin, y me dirigió una sonrisa triste—. Sigue siendo una salvaje en el fondo.

Robin tenía razón: el año anterior, después de una hecatombe a sangre y fuego en la que murieron violentamente los padres de Goody, ella y yo fuimos perseguidos como alimañas por los hombres de Ralph Murdac por los más remotos rincones de Sherwood. Sobrevivimos a las espadas de los jinetes, al ataque de los lobos salvajes y a un loco que, al parecer, quería comer nuestra carne..., y fue Goody quien acabó con el lunático con una valerosa puñalada en el ojo. En su alma ardía una gran llama salvaje, y yo sabía que nunca se apagaría.

—Necesitará pronto un marido, Alan. Puede que tú seas el hombre adecuado para domar a esa gata montes —dijo Little John, y soltó una de sus estruendosas carcajadas de gigante. Yo lo miré ceñudo.

—Goody es una niña —exclamé—. Pienso en ella como en una hermana colocada bajo mi protección, y no voy a tolerar que nadie hable así de ella. ¡Nadie!

Little John pareció asombrado por mi reacción, pero no me respondió. Entonces habló Marian, y como siempre su tacto apaciguó los ánimos en una situación difícil:

—Todos te agradecemos que nos hayas devuelto la joya, Alan —dijo—. Pero ¿puedo pedirte que cuentes otra vez la historia de cómo lo conseguiste? No la he oído. ¿Serás tan amable de repetirla ahora para mí?

Y así, más tranquilo, conté a mi hermosa amiga Marian lo valiente y listo que había sido yo, y lo bobo y furioso que debía de sentirse ahora sir Ralph Murdac, mientras algunos que ya habían escuchado la historia se levantaban de la mesa y otros



se unían al grupo que me rodeaba. Se sirvió vino, y luego la comida del almuerzo de mediodía. Marian me contó que ella y Robin habían visitado a la comadrona de Locksley, y que se vieron obligados a pasar la noche en el pueblo por lo tardío de la hora; por lo visto, la mujer había dicho que el bebé sería un varón y que, cuando creciera, sería un hombre poderoso y un gran guerrero.

—Y parece que así será, porque me da patadas como un guerrero —concluyó mi señora con un gesto de dolor, llevándose las manos a la enorme barriga.

Era domingo y no había ninguna tarea pendiente, de modo que pasamos el día comiendo y bebiendo, entre historias, adivinanzas y risas, y otros entretenimientos amables. Cuando empezó a oscurecer y se encendieron las lámparas, yo saqué a relucir mi viola de madera de manzano, y toqué y canté para la esposa de mi señor y para los hombres de nuestra brava compañía, hasta que llegó la hora de acostarse. A pesar de la alegría con la que me arrellané en mi camastro, esa noche soñé con un montón enorme de monedas de plata alemana, alto como hasta la mitad de la estatura de un hombre, que se alzaba reluciente sobre un charco de la sangre de Robin.



La instrucción era dura en Kirkton; cada mañana salía al campo para dirigir los ejercicios básicos de los arqueros en el arte de la esgrima con espada. Si un arquero agota sus flechas, se queda más o menos indefenso, de modo que se repartió a cada hombre una espada corta, y mi tarea consistía en enseñarles los rudimentos de su manejo. No es fácil entrenar a doscientos hombres, pero fueron repartidos en grupos de veinte al mando de un suboficial llamado «vintemar», que recibía una paga doble. Los vintemars respondían ante Owain de la conducta y la disciplina de sus hombres, y también recibían instrucción extra con la espada, por parte mía y de Little John. Por lo general, yo reunía a los diez vintemars más o menos una hora antes de una sesión de instrucción, y les explicaba lo que íbamos a practicar ese día, por ejemplo una simple rutina de bloqueo y contragolpe, y trabajaba con ellos hasta que tenían el concepto bien asimilado. Luego, se esperaba que los vintemars instruyesen a su vez a sus hombres. Yo paseaba por la porción de prado llano y pisoteado de los ejercicios, y observaba las paradas y los golpes de los distintos grupos de veinte hombres, dando consejos y corrigiendo la técnica cuando era necesario. Era tratado con el mayor respeto después de mi encuentro de medianoche con el asesino frustrado, y a pesar de mi corta edad, en el tema de la esgrima se me escuchaba como si mis palabras fueran el Evangelio mismo. Después de un par de horas con los arqueros, les despedía y seguía una sesión individual de instrucción de esgrima con Little John; muchas veces, los arqueros se quedaban a vernos luchar.

John había sido maestro de armas del padre de Robin, y era el hombre más hábil

con cualquier tipo de arma que nunca vi, tal vez con la excepción del propio Robin, y de otro hombre al que no nombraré aquí. Aquel gigante prefería empuñar en la batalla una gran hacha de doble hoja, pero en nuestros ejercicios utilizaba por lo general una espada común y escudo, y yo mi vieja espada y mi puñal español. La combinación normal para un infante era espada y escudo, a los que en ocasiones se añadía una lanza. A unos doscientos metros del lugar donde mis arqueros se golpeaban mutuamente con sus espadas cortas, Little John instruía a nuestro centenar aproximado de lanceros en distintas maniobras defensivas. A sus voces de mando, los lanceros se entregaban a complicadas evoluciones para adoptar distintas formaciones en cuadro: el «erizo», un círculo defensivo de lanzas; el «morro del jabalí», una configuración de ataque en flecha, y el «muro», la alineación básica escudo contra escudo frente a un enemigo formado de la misma manera.

Little John y yo teníamos una larga discusión en curso sobre mi elección de armas: él estaba convencido de que yo tenía que utilizar el escudo, pero yo prefería la libertad y la agilidad que ganaba al combatir sin él. También argumentaba en contra de su opinión que mi papel en la batalla no era el de un combatiente, sino el de edecán y mensajero de Robin: yo tenía que acudir al galope a las diferentes partes de su ejército, desplegadas en los lugares elegidos, y transmitir sus órdenes. Los escudos en forma de cometa que usábamos eran pesados y engorrosos, y yo necesitaba ser veloz y ligero en el campo de batalla. Por supuesto, yo sabía en teoría cómo luchar con el escudo —me habían inculcado su utilidad desde mis primeros días en la banda de proscritos de Robin—, pero prefería, si me veía obligado a luchar, la elegante danza del puñal y la espada. Little John murmuró que era demasiado caprichoso.

—La batalla consiste en matar el máximo número de hombres en el menor tiempo posible, y en conservar el mayor número posible de hombres *nuestros*. No se trata de una danza, ni de un juego. Se trata de matar al otro deprisa, y evitar que su espada te rebane el gaxnate. Y para eso se necesita el escudo.

Yo negué con la cabeza. En la batalla, mi daga española era lo bastante sólida para parar una estocada, mi cuerpo estaba por lo general acorazado con una cota de malla larga hasta las rodillas y pesadas botas forradas de acero, mi cabeza protegida por un casco plano, y en una melé prefería poder asestar golpes mortales con las dos manos.

Cuando John y yo nos entregábamos a nuestras prácticas de combate, la principal dificultad para mí era esquivar su enorme fuerza. Yo era entonces muy joven, estrecho de caderas, y aunque estaba en buena forma no había completado aún mi desarrollo corporal. John era un guerrero avezado de más de treinta años, casi dos metros de estatura y con un pecho de cerca de medio metro de grueso. Cuando me lanzaba un golpe con la espada, yo no tenía más opción que esquivarlo, porque su potencia era tal que habría hecho saltar por los aires la espada o el puñal si intentaba

bloquear sus golpes como haría con los de otro hombre.

Por tanto, esperaba siempre su ataque brutal, lo esquivaba y contraatacaba golpeando su brazo de la espada. Sabía que un golpe poderoso con la espada en el antebrazo puede romper el hueso incluso si no penetra en la cadena de malla de acero de la cota. Y un hombre delante de mí con el brazo de la espada roto es un hombre muerto.

Una hermosa mañana, no mucho después de mi regreso de Nottingham, John y yo girábamos el uno alrededor del otro en la hierba pisoteada. Yo le provoqué sugiriendo que, puesto que llevaba tanto tiempo soltero, la razón debía de ser que prefería a jovencitos como compañeros de cama, y procuré asegurarme de que me mantenía fuera del alcance de su espada larga. Él me sugirió que me acercara un poco más, y así comprobaría de una vez qué es lo que de verdad le gustaba hacer a él con los niños insolentes como yo. No eran más que bromas picantes, que provocaban grandes carcajadas entre el círculo de arqueros y lanceros que nos rodeaban como espectadores. Pero creí haberle enfurecido de verdad por una vez, y cuando le recitaba unos versillos que, si no recuerdo mal, decían «Little John no es nada fino, / le gusta meter el pito / en el culo del vecino», soltó un rugido como el de un oso enloquecido, se abalanzó sobre mí y lanzó un fuerte golpe de revés hacia mi cabeza. Creí que se me había presentado la ocasión y, al tiempo que me agachaba para evitar aquel tremendo golpe, atacé su brazo extendido de arriba abajo con mi espada... Y fallé. Él estaba fingiendo, por supuesto, y la hoja de mi espada no llegó nunca a su destino. Yo perdí el equilibrio, y lo que ocurrió a continuación fue que el escudo de John golpeaba con una fuerza asombrosa mi brazo de la espada y el costado correspondiente; salí volando por el aire —vi girar a mi alrededor las caras de los espectadores—, y Dios me depositó suavemente en la hierba un instante antes de que la infinita dureza del mundo ascendiera de pronto para golpearme en la espalda. Hubo un rugido como de oleaje y descubrí, lleno de pánico, que no podía respirar. Mis pulmones no me respondían, me estaba ahogando en tierra firme.

—¿Te encuentras bien, niño? —dijo una cabezota con un mechón de pelo color de paja sobre la frente, colocada directamente encima de mí. Yo no podía respirar, y sólo conseguí hacer un breve gesto afirmativo con la cabeza.

—Este —siguió diciendo la cabeza gigante— es otro uso posible del escudo. Toma nota.

Una enorme manaza vino hacia mí y, agarrando mi cota de acero en su puño, me levantó del suelo y me dejó en pie.

—¿Has tenido bastante? —preguntó John mientras yo procuraba sostenerme sobre unas piernas de jalea y recoger mi espada y mi puñal caídos.

—Desde luego que no —dije, pero me tambaleaba mientras procuraba caminar en círculos para recuperar el equilibrio—. Más fuerte ahora, John, grandullón,

pasmarote. Vamos, vamos, ésta va a ser la mía.

De pronto vomité; una arcada, y la hierba quedó salpicada de bilis y comida a medio digerir.

—Si ésa es el arma que eliges —dijo John señalando el charco maloliente del vómito—, me rindo, oh noble guerrero. Me has derrotado.

Y me dedicó una profunda reverencia, coreada con rechifla por los espectadores.

Una figura de elevada estatura y rostro ceñudo se abrió paso entre el grupo de espectadores hasta llegar a mi lado.

—Dale —dijo sir James de Brus—, lord Locksley desea veros en su tesorería. Si estáis disponible...

Me miró desde detrás de su nariz fruncida, mientras yo seguía en pie, vacilante, sudoroso, encorvado, con hilillos amarillos de vómito colgando de la boca. Luego resopló, y se fue.

Recuperé el resuello mientras subía al castillo, pero mi antebrazo derecho y el costillar de ese lado aún me dolían: John me había propinado sin duda un duro golpe. Pero en el momento de entrar en el patio de armas del castillo mi cabeza ya se había aclarado, y empecé a pensar en mi siguiente encuentro con aquel gigante. Y supe con toda exactitud cómo iba a vencerle...

La tesorería de Robin, el lugar donde guardaba su plata, era un edificio bajo y de muros gruesos adosado a la sala. Llamé a la puerta, fui invitado a entrar y encontré a Robin sentado frente a una gran mesa cubierta por un mantel ajedrezado de cuadros blancos y negros, sobre el que solía echar sus cuentas. Alineadas en algunos de los cuadros del mantel había unas piedrecillas de distintos colores que representaban distintas cantidades de dinero. La habitación estaba en penumbra, ya que los ventanucos eran estrechos y apenas dejaban pasar la luz, y Robin tenía una vela encendida frente a él. Parecía a medias furioso y perplejo, y miraba alternativamente las hojas de pergamino que apretaba en un puño y las piedras de colores dispuestas sobre el mantel.

—No lo entiendo —decía—. No puede estar bien... Quisiera que estuviera aquí Hugh para resolver esto...

Se detuvo de pronto, como si se hubiera mordido la lengua.

Yo sabía por qué: Hugh, su hermano mayor, fue en tiempos su primer lugarteniente, canciller y jefe de espías, y había controlado el dinero de la banda cuando todos eran proscritos. Pero ahora Hugh estaba muerto.

Robin arrojó los pergaminos sobre la mesa, visiblemente disgustado.

—No le encuentro a esto ni pies ni cabeza —dijo—, pero hay una manera más sencilla de demostrarte que nos encontramos delante de un problema serio. Ve al cofre grande que está allí, y ábrelo.

En el rincón más alejado de la habitación, había un gran cofre reforzado por tiras

de hierro claveteadas. En días más despreocupados, había contenido la parte de Robin en el botín; el río de plata que fluía de los viajeros ricos asaltados en Sherwood, o los tributos que las aldeas pagaban a Robin a cambio de su protección, o los que le ofrecían sus amigos, sus rivales e incluso sus enemigos por administrar justicia. Un río de plata que había afluido a aquel enorme cofre de madera de roble y hierro, llenándolo hasta los bordes.

Yo dudé; en nuestros días de proscritos, tocar siquiera aquel cofre era un delito castigado con la pena de muerte.

—Vamos —dijo Robin en tono irritado, al notar mis vacilaciones—, ábrelo de una vez. Tienes mi permiso.

Hice girar la llave en la cerradura, con cierta dificultad, y retiré el cerrojo. Luego levanté la pesada tapa de roble del cofre. Miré al interior: el cofre estaba vacío, salvo por un puñado de peniques de plata que parecían hacerme guiños desde el fondo de madera. El dinero había desaparecido.

## Capítulo III

**M**iré a Robin, aterrado.

—Lo han robado —balbucí—. ¿Quién se habrá atrevido? ¿Y cómo han podido...?

—No ha sido robado, Alan, por lo menos no lo creo —me interrumpió Robin—. Ha sido gastado. Por mí. He tenido que pagar un rescate de conde, literalmente, para conseguir el perdón para todos... y equipar a nuestra compañía para la guerra en Ultramar no ha resultado barato. Las rentas de Locksley se pagan en su mayor parte en especies, y con todo un ejército al que alimentar... No, Alan, la simple verdad es que he gastado más de lo que tenía. De modo que tenemos un problema. El rey nos ha pedido que nos reunamos con él en Lyon en el mes de julio con toda nuestra hueste (eso es lo que dice la carta), y me veo obligado a transportar a cuatrocientos hombres de armas y doscientos caballos, más una montaña de equipo, víveres, armas y forraje, a Francia. Y aunque el rey ha prometido recompensarme por proporcionarle hombres listos para el combate, todavía tengo que ver su primera moneda de plata y, o yo no conozco bien a la realeza, o no la veré antes de que desfilemos a través de las puertas rotas de Jerusalén.

Hizo una pausa, para pensar unos instantes. A continuación dijo:

—Necesitamos a los judíos, Alan. Sí, necesitamos a Reuben.



Una hora después, Robin y yo estábamos en camino, y los hocicos de nuestros caballos apuntaban al norte, en dirección a York. Cabalgábamos deprisa, solos los dos, sin la compañía de ninguno de los hombres de Robin. Era una conducta inusual en un grande del reino, y no poco peligrosa además: Robin tenía muchos enemigos entre Sheffield y York que se sentirían dichosos si cayera en sus manos. Por más que ya no era un proscrito, con el rey ausente cualquier barón avaricioso podía exigir un rescate por él; y además estaba el precio que había ofrecido Murdac por su cabeza.

—No quiero verme entorpecido por un séquito numeroso de sirvientes y mesnaderos —dijo Robin cuando le expresé mi preocupación porque viajáramos sin protección—. Y además, te tengo a ti para cuidar de mí. —Fruncí el ceño al oírle. Sabía por qué quería viajar de incógnito; no quería que nadie se enterara de que

andaba mal de dinero. Su plan era visitar a Reuben, un viejo amigo de confianza, conseguir un préstamo de una gran cantidad de dinero de los judíos de York, y estar de vuelta en Kirkton en un par de días.

—Vamos, Alan. Viajamos con ropa sencilla y ordinaria, como una pareja de peregrinos, pero vamos armados y nos movemos deprisa: sin pompas, sin fanfarrias, será como en los viejos tiempos, nos divertiremos...

Y nos divertimos. Rara vez pasaba tanto tiempo solo con Robin en aquellos días, y aunque todavía me asustaba un poco —no olvidaba que entre otros crímenes ominosos había dado el visto bueno al asesinato de su propio hermano—, siempre disfrutaba en su compañía. Y estábamos bien armados: los dos llevábamos cota de malla, Robin su arco de batalla y una aljaba repleta de flechas, además de una excelente espada, y yo mi vieja espada y mi puñal. También llevaba puesta mi nueva gorra de color azul cielo con bordados, pero sólo para molestar a Robin y demostrarle que, a despecho de mi completa lealtad, me importaban una higa sus rancias ideas sobre la moda en sombreros.

Obligamos a nuestros caballos a una marcha muy exigente durante varias horas y, cuando empezó a caer la noche, vivaqueamos en un bosquecillo, no lejos del castillo de Pontefract. Ese gran castillo pertenecía a Roger de Lacy, el nuevo alguacil de Nottinghamshire, y podíamos haber sido objeto de una bienvenida digna de un conde en su gran mansión de piedra, de haberlo querido; pero Robin deseaba mantener en secreto su viaje; y yo me sentía tanto más feliz cuanto menos gente supiera que Robin rondaba por las cercanías con un solo hombre armado por toda compañía. Creo también, al pensar ahora sobre el asunto, que Robin encontraba a veces demasiado pesadas las obligaciones anejas a su condado, y que añoraba su anterior vida sencilla de proscrito, aunque nunca me comunicó de forma expresa ese sentimiento.

Robin había llevado consigo un asado de buey frío sin preocuparse, cosa típica en él, del hecho de que estábamos en la Cuaresma, de hecho a tan sólo cinco días del domingo de Pascua, y que según las leyes de la Iglesia debíamos abstenernos de comer carne de ninguna clase.

También traía pan, cebollas y un pellejo de vino, e hicimos una alegre acampada y una pequeña fogata debajo de un gran roble. Después de haber comido, mientras sobre el fuego revoloteaban las chispas, nos envolvimos en nuestras cálidas capas verdes y nos sentamos con las piernas cruzadas delante de las llamas, con nuestras armas al alcance de la mano. Robin dio un gran trago al pellejo de vino ya mediado, antes de pasármelo. Yo bebí largamente y se lo devolví.

—¿Crees que Murdac tiene realmente cien libras de plata alemana? —le pregunté, después de secarme la boca.

—Eso no importa —dijo—. A estas alturas todo hombre que viva en un radio de cien millas se habrá enterado de la oferta, y la mitad de ellos estarán pensando cómo

hacerse con el premio. Ha sido un buen movimiento por su parte. Salud al escurridizo enano bastardo.

Robin levantó el pellejo de vino y bebió un nuevo trago.

—Lo tuve en mis manos una vez, ¿sabes? —dijo—. Tuve su vida en la palma de mi mano y lo dejé escapar. Tonto de mí; tenía que haberle matado allí mismo, sin perder un segundo. Ahora tendría una preocupación menos. Me hubiera evitado un montón de problemas si lo hubiera liquidado así. —Chascó los dedos índice y pulgar—. Pero tuve compasión de él. Digo compasión, pero la verdad es que fue sencillamente debilidad. Me suplicó de rodillas que le perdonara la vida, y no pude matarlo. Pura y maldita debilidad..., y arrogancia también. Pero ningún hombre puede ver el futuro.

Suspiró y bebió de nuevo.

—¿Cuándo ocurrió? —pregunté.

—Vamos, toma esto, ya he bebido bastante —dijo Robin, y me pasó el pellejo de vino. Nunca bebía de más, pero me di cuenta de que esa noche deseaba hacerlo. Yo di un pequeño sorbo y esperé en silencio.

—Fue hace siete u ocho años, mucho antes de que te unieras a nosotros. Entonces éramos sólo un puñado de hombres: John, Much, el hijo del panadero, Owain y una docena más. Nos dedicábamos a robar a los viajeros ricos, sobre todo. Yo solía invitarles a almorzar en el bosque, y luego les obligaba a pagar por el privilegio. Era sólo un juego de niños, en realidad. Nos movíamos sin parar por todo Sherwood evitando a los hombres del alguacil, por miedo a que una compañía con un número decente de soldados nos encontrara. No éramos más que una lamentable banda de vagabundos desharrapados. Me di cuenta de que necesitaba dinero en cantidad para crear la organización con la que soñaba; necesitaba, bueno..., el respeto de las aldeas. Quise hacer algo grande. Necesitaba un éxito espectacular. De modo que John y yo ideamos un plan.

Se quitó la capa de encima, se acercó al montón de leña cortada y añadió otro leño al fuego. De nuevo sentado, y con las manos extendidas hacia las llamas, continuó:

—Decidimos robar al Alto Alguacil de Nottinghamshire, Derbyshire y los Bosques Reales en su propio castillo.

El resplandor del fuego me permitía ver su cara con toda claridad: sonreía de placer ante aquella idea, y sus ojos plateados brillaban en la oscuridad.

—Iba a tener lugar un concurso de esgrima con espada en la Feria de Nottingham, abierto a todos, y decidimos que participara John, bajo un nombre... ¿Cuál era?... Algo absurdo, rústico... Hojaverde, creo. Eso es. Se inscribió con el nombre de Reinaldo Hojaverde. La idea era que Murdac se fijara en él y lo reclutara como sargento de armas del castillo. Bueno, ya conoces a John, ganó el concurso con



facilidad e incluso mató a su rival en el combate final. Y Murdac se apresuró a dar un empleo a John.

Yo estaba fascinado. Nunca antes había oído aquella historia. Robin revolvió en la alforja de la comida y sacó los restos del muslo de buey. Cortó una rodaja muy delgada de carne y se la metió en la boca. Yo di otro sorbo del pellejo de vino.

—El plan era muy sutil —dijo Robin mientras masticaba despacio—. Nuestro objetivo era la vajilla de plata de Murdac; las mejores copas, tazas, bandejas, jarras y cuencos que utilizaba los días de fiesta en sus salones. Y nos habían dicho que se guardaban con llave en una habitación junto a las cocinas.

»John esperó tres días, durante los que representó el papel de un mesnadero leal, y pasada la medianoche del tercer día bajó a las cocinas, rompió la puerta de la alacena y cargó en un saco toda la vajilla de plata. Cuando ya se iba, fue descubierto por el cocinero jefe, un hombrón casi tan corpulento como el propio John. Al parecer, hicieron un buen destrozo en la cocina; ollas y sartenes volaban en todas direcciones, y se intercambiaron golpes hasta que los dos chorreaban sangre. Sin duda armaron un barullo fenomenal. Por fin John consiguió dejar al otro sin sentido y escapar con el saco repleto de cacharrería. Pero la huida no fue fácil; la alarma provocada por el estruendo de la pelea en la cocina puso en pie a todo el castillo, y cuando John salió al galope de Nottingham en un caballo robado, lo hizo perseguido por sir Ralph Murdac y una veintena de sus hombres de armas, que zumbaban como avispa furiosas, vestidos a toda prisa y armados sólo a medias.

Robin hurgó en el fuego con una rama delgada, y las llamas prendieron también en su hurgón. Lo agitó en el aire para apagar las llamas azuladas.

—Por supuesto esperábamos a John en el bosque, y cuando aparecieron los soldados a medio vestir de Murdac les disparamos a cubierto con nuestros arcos y les hicimos pedazos. No les dimos la menor oportunidad. Los soldados cargaron contra un diluvio de flechas sin armadura apropiada, y en tres segundos había una docena de sillas de montar vacías y un reguero de hombres sangrando, maldiciendo y agonizando, caídos en el suelo del bosque. El resto hubo de correr para escapar. —Hizo una corta pausa—. Pero se dejaron atrás a sir Ralph Murdac.

—¿De modo que capturasteis al alguacil en persona?

—Sí, nos hicimos con él. Y estaba herido, no grave, sólo un flechazo en la parte carnosa del brazo izquierdo. Pero su caballo fue herido por dos flechas y cayó con él al suelo. Estaba aterrorizado: rodeado por una banda de proscritos sedientos de sangre, de hombres a los que habría ahorcado sin juicio de haberles capturado en Nottingham. Sus propios hombres yacían heridos o muertos a su alrededor, y el resto se había dado a la fuga. Se puso de rodillas y suplicó por su vida, con la cara bañada en lágrimas. Nunca olvidaré la visión de alguien tan... hundido.

»Los hombres lo encontraron divertido, claro: el altivo y poderoso alguacil

implorando piedad. Yo había levantado la espada y me disponía a despacharlo, cuando intervino Tuck. Y yo, con la debilidad de la juventud, le escuché. "Hazle jurar sobre la Cruz que no volverá a molestarnos", dijo Tuck. "Hazle jurar por todo lo que es sagrado para él, que pagará un rescate", insistió, "y evita manchar tu alma con otro negro pecado."

»Yo era blando entonces, y sin duda un ingenuo, y escuché el sermón de Tuck. De modo que Murdac hizo juramento solemne de que no nos perseguiría en el bosque y los proscritos podríamos hacer y deshacer a nuestra voluntad en Sherwood. Juró que entregaría un rescate en el mismo lugar en el que estaba arrodillado en un plazo de tres días; he olvidado la cantidad, pero era una suma decente; veinte marcos, creo. Y como el idiota que era yo entonces, lo dejé marchar.

Robin hurgó de nuevo en el fuego con su bastón.

—No pagó nunca, desde luego. Puede que tuviera intención de hacerlo mientras suplicaba que respetáramos su vida, pero en cuanto se vio de nuevo cómodamente instalado en el castillo de Nottingham, ni se le pasó por las mientes compartir su plata con un proscrito. Aun así, lo curioso es que nos dejó en paz durante un año o más, y eso fue suficiente tiempo para consolidar mi fuerza. Vinieron a unirse a mí hombres de todas partes. Yo entonces contaba con la confianza de la gente común. El robo fue un éxito en ese aspecto. Yo atraía la atención y el respeto de todos.

—Si hubieses matado a Murdac, eso habría provocado la ira del rey —dije—. Enrique habría venido al norte con todo su ejército y te habría aplastado como a un insecto.

—Sí, es cierto —concedió Robin—, pero de todas formas me habría gustado rebanarle la garganta a ese sapo venenoso.

Al día siguiente, poco después del mediodía, cruzamos al paso de nuestros caballos el arco de Micklegate Bar —coronado por un montón de cabezas cortadas de criminales clavadas en picas—, y entramos en York. Era mi primera visita a la gran ciudad del norte, y tenía mucha curiosidad por conocer el lugar. Mientras cabalgábamos por la amplia avenida que lleva al viejo puente sobre el río Ouse, contemplé el hacinamiento de talleres y casas, el gentío apresurado, los ruidos y los olores de las calles; había un gran número de personas fuera de sus casas, muchas más de las que habría en Nottingham a la misma hora, y muchas de ellas parecían inquietas por alguna razón. También me di cuenta de la presencia en las calles de muchos más soldados de los habituales en una ciudad de ese tamaño.

Robin pareció leer mis pensamientos.

—Sir John Marshal, el alguacil de Yorkshire, está reuniendo contingentes locales aquí para acudir a la Gran Peregrinación —me advirtió—. Tendrás que cuidar tus modales, Alan, con tantos soldados por medio. No te busques problemas, ni provoques a nadie a la violencia.

Como de costumbre cuando se dirigía a mí, Robin hablaba medio en serio, medio en broma.

Al cruzar el viejo puente sobre el río, Robin y yo lo hicimos en fila de a uno, y yo me tapé la nariz por el hedor de las letrinas públicas: unos cobertizos de madera contruidos de forma que la parte trasera gravitaba sobre la lenta corriente de aguas pardas, para que los ciudadanos pudieran aliviarse directamente en el Ouse. A mi derecha, a unos doscientos metros de distancia, se elevaba la estructura de altos muros de madera de la Torre del Rey, la gran atalaya de vigilancia del castillo de York, colgada sobre la ciudad como recordatorio del poder del rey en el Norte. A mi izquierda, a no más de trescientos metros, la elevada y magnífica mole del Minster, un grandioso monumento a la gloria de Dios en la tierra; y a su lado, algo más cerca del río, la abadía de Saint Mary, una de las fundaciones sagradas más respetadas de Yorkshire. Yo sabía que Robin había tenido problemas en el pasado con el abad —se burló en público de sus riquezas, y robó a sus criados cuando cruzaron Sherwood—, y sabía también que no deseaba aparecer por aquel lugar a menos que fuera absolutamente imprescindible.

No giramos ni a la derecha, en dirección al castillo, ni a la izquierda, hacia el Minster, sino que seguimos recto colina arriba por entre casas apretujadas, algunas de ellas de dos y hasta tres pisos. Era una ciudad que impresionaba. Y sin embargo, a pesar de que nunca antes había estado en York, pude notar algo raro en el ambiente: individuos que apresuraban el paso después de cuchichear mensajes inaudibles al oído de sus conocidos; una banda de aprendices que se cruzó en nuestro camino en dirección hacia el norte, todos cantando beodos una canción cuyo estribillo era: «Aja, aja, aja, otra pinta de cerveza, tíos; aja, aja y aja, hay que matar a todos los judíos; aja, aja, aja...». Parecía que un montón de gente seguía nuestro camino hacia el mercado; una marea humana se movía en nuestra misma dirección.

Me sentí inquieto y miré a Robin; también él fruncía el ceño, pero seguimos colina arriba hasta llegar a un lugar en el que la calle se abría a la izquierda a una plaza, y por el olor a corrupción supe que pasábamos delante del mercado de la carne. Robin me puso una mano en el hombro y detuvimos nuestras monturas a la entrada del mercado. En un amplio espacio, flanqueado por tenderetes en los que vendían trozos sanguinolentos de cerdo y de buey, con fila tras fila de pollos muertos colgados de las patas, se había reunido una gran multitud. Subido a un cajón en la parte trasera del mercado, un hombre bajo de mediana edad vestido con un hábito parecido al de un fraile —salvo por el hecho de que era de color blanco, en lugar del pardo habitual— arengaba a la multitud. Cuando Robin y yo nos paramos a escuchar, más y más paseantes se unían al gentío que se aglomeraba delante del monje, empujándose entre ellos para oírle mejor: pronto quedó claro que el tema del discurso era la Gran Peregrinación, y la necesidad de liberar Tierra Santa.

—... Y pese a todo, sus bestias siguen pisoteando nuestros Santos Lugares; el ganado de los paganos defeca en el suelo mismo de la iglesia del Santo Sepulcro; los esclavos negros de Satán orinan en la pila en la que muchos hijos de cristianos devotos han sido bautizados. ¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo soportarás que vivan esos sarracenos profanadores? ¿Dónde está el poderoso brazo diestro de la fe cristiana? ¿Dónde el ejército de los justos que barrerán de Tierra Santa esa basura deforme de quienes niegan a Cristo?

»Yo os digo, hermanos, que los grandes de esta tierra están cumpliendo con la parte que les toca; incluso nuestro buen rey Ricardo ha hecho voto solemne de liberar Jerusalén y expulsar a esos piojos impíos que ensucian las mismas piedras desde las que Cristo predicó su santa doctrina. Y también todos los grandes señores de Francia y de Inglaterra están cumpliendo con su obligación de expulsar del mundo la horrenda corrupción de los paganos: nuestro noble alguacil, sir John Marshal, hermano del mayor caballero de la cristiandad, Guillermo el Mariscal, ha convocado a sus hombres, los bravos caballeros del condado de York, para cruzar con ellos el mar y derrotar a las pestíferas hordas del diablo.

La multitud empezó a aplaudir, arrastrada por las palabras del fraile blanco.

—Pero qué puedo hacer yo, os preguntáis; cómo puedo participar en esa gran misión de liberar al mundo del pecado y de la impiedad. ¿Qué debo hacer? —El monje con hábito blanco hizo una pausa, y trató de encontrar las miradas del auditorio—. Yo no soy un gran caballero, un lord, un rey, os decís. No soy más que un hombre humilde, un buen cristiano, pero no un caballero que ciñe espada, que tiene tierras y grandes posesiones. Y yo os digo: ¡el diablo está entre vosotros! ¡Aquí! ¡Ahora! ¡En esta misma ciudad!

Un murmullo colectivo recorrió la multitud. El fraile con hábito blanco levantó el brazo, y movió despacio el índice extendido por encima del gentío. Por alguna extraña razón, se hacía difícil apartar la vista de aquel dedo acusador.

—El diablo está aquí, os digo, entre vosotros, en este mismo momento. No necesitáis viajar a Ultramar para luchar por la fe verdadera. No tenéis que arriesgar la vida o un miembro en el largo camino hacia el oriente. Hay herejes malvados, incrédulos, demonios con aspecto de hombres corrientes que se atreven a rechazar a Cristo, a escupir en el rostro de Santa María la Madre de Dios..., y están aquí mismo, en York; viven en medio del pueblo cristiano, como ratas humanas. Sabéis de quiénes hablo, conocéis de sobras esa raza; son quienes roban el pan de la boca de los hombres honrados; quienes con sus papeletas de deuda malditas de Dios arruinan las vidas de los hombres honrados; son la raza que desafía a Cristo, que dio muerte a nuestro bendito Salvador en la Cruz, son quienes, todavía hoy, raptan a niños cristianos y los sacrifican en sus horrendos rituales satánicos...

Los murmullos de la multitud habían ido creciendo de tono y en ese momento

alguien gritó: «¡Los judíos, los judíos!», y la multitud repitió el grito, alargando la última sílaba en una especie de chillido histérico: «iiiiíos». Era un sonido que helaba la sangre, el chirrido agudo de una multitud que cantaba «matad a los judiiiiíos, matad a los judiiiiíos», en un tono lastimero, como el aullido de una bestia acorralada.

—Es Dios quien lo quiere, Dios lo quiere, os digo; es Dios todopoderoso quien exige que los judíos, esa raza degenerada, sean borrados de la faz de la Tierra...

Robin escuchaba la filípica del monje con rostro ceñudo. El hombre del hábito blanco tenía hilos de baba en las comisuras de la boca mientras infundía el odio en la multitud.

—Alguien tendría que rebanar el cuello de ese loco, antes de que ahogue al mundo en sangre —dijo en voz baja Robin, casi para sí mismo.

Le miré, preocupado por su tono. Lo decía en serio; pero dar muerte a un monje o a un sacerdote era un sacrilegio de la peor especie. El joven Robin había sido proscrito por matar a un hombre santo; sin duda no podía estarse planteando en serio un segundo pecado de la misma magnitud.

—Ya he oído más que suficiente aquí —dijo Robin—. Vámonos. Tenemos que alertar a Reuben.

No era necesario alertar a Reuben; cuando nos acercamos a la judería, que estaba fuera de la ciudad, recostada en sus muros de argamasa y madera, vimos con toda claridad que aquella zona ya había sido atacada. La calle estaba llena de mercancías quemadas o rotas. Lo que había sido la gran vivienda de piedra de un hombre adinerado era ahora una ruina humeante; saqueadores cristianos se colaban en su interior y salían cargados de bultos ennegrecidos de humo; ollas y sartenes, mantas y sillas, pequeños artículos de escaso valor la mayoría, aunque vi salir a un hombre abrazado a un pequeño cofre forrado de hierro que parecía haber sido utilizado para guardar joyas.

—Es la casa de Benedicto... o mejor dicho, era su casa —dijo Robin, ceñudo—. Es el dirigente de los judíos de York, si aún vive. Pero la casa de Reuben parece intacta..., por el momento.

Me guió hasta un edificio de madera de dos pisos, a un centenar de pasos de la casa quemada, rodeado por un jardín donde abundaban extraños arbustos exóticos y grandes arriates plantados de distintas hierbas, porque Reuben era curandero además de prestamista. Nos detuvimos y desmontamos ante su puerta. El olor de las hierbas era embriagador: pude detectar el delicado aroma de la salvia y el romero, la mejorana y la borraja...

En el momento en que entraba por la puerta del jardín, con la mirada puesta en los postigos cerrados de las ventanas y la maciza puerta de roble, sentí de pronto un fuerte golpe en la espalda y caí de bruces sobre las baldosas del sendero del jardín. Oí un ruido sordo detrás de mí y, al volverme, vi el mango negro de un cuchillo cuya

hoja vibraba clavada en la jamba de la puerta.

—¡Reuben, soy yo, Robert de Locksley, con el joven Alan Dale! Somos amigos, no pretendemos hacerte ningún daño —gritó Robin, agachado detrás de un pequeño arbusto, a mi espalda—. ¡Reuben, nos conoces bien! ¡Déjanos entrar!

El postigo de una ventana del primer piso se abrió apenas una rendija, y vi cómo una cara morena con rizos castaños y ojos de un tono marrón oscuro nos escudriñaba con recelo.

—¿Qué es lo que quieres de mí, cristiano? —preguntó una voz dura.

—En realidad, sólo quería que me prestases algo de dinero —dijo Robin, y su rostro se iluminó con una de sus más cándidas sonrisas.



Ruth, la hija de Reuben, nos trajo pan, queso y vino. Era una muchacha agradable, más o menos de mi edad; alta, esbelta pero de pechos grandes; llevaba velo, por supuesto, pero pude apreciar sus grandes ojos de un tono castaño líquido, y me pareció que me sonreía detrás del tenue velo blanco que le cubría el rostro. Le sonreí también, y luego aparté la vista desconcertado, porque siguió mirándome con descaro desde detrás de su velo.

—Eso es todo, Ruth —gruñó Reuben, y su hija se dio la vuelta, obediente, y nos dejó con nuestra comida—. Debería sacarle a palos esa desvergüenza, ya lo sé —añadió Reuben—, pero como es mi única hija y me recuerda mucho a su madre, que su alma descansa en el seno de Abraham, no puedo decidirme a castigarla.

Reuben nos condujo a los dos a una gran mesa en la sala, y nos invitó a tomar asiento. Era una estancia grande para una casa de ciudad, y me pregunté si la decisión de la población de York de prohibir a los judíos vivir en el interior de las murallas no había sido beneficiosa para Reuben y su pueblo: en comparación con las hileras de casas apretujadas de la ciudad, los judíos disponían de espacio para construir viviendas grandes y robustas, con jardines espaciosos entre las murallas y el río Foss, y pese a ello estaban a tan sólo un cuarto de hora del centro de York.

—Corren malos tiempos para un judío en tierra de cristianos, mi joven amigo —dijo Reuben, disculpándose a medias con una sonrisa mientras yo le devolvía el cuchillo que me había arrojado. Se clavó casi una pulgada en la jamba de roble, y me había costado un esfuerzo considerable arrancarlo de la madera. Para ser un hombre tan flaco, Reuben era muy fuerte, y yo lo sabía, pero aun así me dejó asombrado su habilidad para lanzar un cuchillo tan lejos y con tanta potencia. Guardó el cuchillo entre los pliegues de su manto y nos sirvió a Robin y a mí un vaso de vino.

—¿Os han contado lo que nos ocurrió en Londres? —preguntó a Robin. Mi señor asintió.

—Un asunto terrible —respondió en tono grave.

Durante la coronación de Ricardo, en septiembre del año anterior, una delegación de judíos había intentado presentar un regalo de oro al nuevo rey. Debido a alguna confusión en la entrada al palacio de Westminster, se formó un tumulto y la delegación judía fue acuchillada por los soldados de Ricardo. Peor aún, los tumultos se extendieron a toda la ciudad como una explosión de odio, y muchos judíos fueron perseguidos por las calles de Londres y asesinados sin piedad.

—Pero el rey ha decretado desde entonces que vuestro pueblo está bajo su protección personal —dijo Robin—. ¿No os tranquiliza eso?

—El rey está en Francia —respondió Reuben, sombrío—, y muy pronto estará de camino a Ultramar. No se preocupa por nosotros; somos simplemente su rebaño, listo para ser esquilado a su real capricho. La noche pasada, la chusma salió de la ciudad y prendió fuego a la casa de mi amigo Benedicto. Está muerto, ¿sabéis?, murió al volver de Londres, de las heridas sufridas en el alboroto de Westminster, pero ahora también lo están su mujer y sus familiares, que fueron arrastrados fuera de la casa y despedazados en la calle, como animales. Su tesoro ha sido robado; los libros con el dinero que se le debía, destruidos. Temo que, cuando llegue la noche, nosotros, Ruth y yo, seamos los siguientes. Pero la mataré yo mismo antes que dejar que caiga en manos de una chusma cristiana.

Hablaba apenas sin emoción, pero un músculo que temblaba en su mejilla revelaba sus verdaderos sentimientos.

—Pero ¿qué ocurre con John Marshal? —pregunté yo—. Como alguacil, su obligación es mantener la paz del rey en el condado de York.

—Es un hombre débil y debe demasiado dinero a los judíos —dijo Reuben—. No creo que sienta demasiados remordimientos si todos nosotros somos asesinados y él queda libre de deudas. Pero puede que sea injusto con él. En estos días, es difícil distinguir entre amigo y enemigo; todos los cristianos me parecen iguales.

Sonrió a Robin para dejar claro que hablaba en broma, por lo menos en parte.

—Pero tú has venido aquí a hablar de dinero —continuó—. Hablemos de oro y de plata, y no de muertes. ¿En qué podemos servirte mis amigos y yo?

Robin me hizo una seña y yo me apresuré a excusarme y levantarme de la mesa —Robin prefería que sus tratos financieros fueran privados—, y me encaminé al extremo más alejado de la sala para examinar un tapiz particularmente bello que colgaba en aquel lugar: mostraba la Ciudad Santa de Jerusalén, en lo alto de una colina, contemplada desde el cielo por los ángeles, los arcángeles y los antiguos profetas, y al verlo, me asombró comprobar lo mucho que tenían en común, en materias de fe y de tradición, los judíos y los cristianos. Tuck me había dicho que la mayor parte de la Biblia era sagrada también para los judíos. Desde luego yo estaba convencido entonces, y sigo estándolo ahora, de que los judíos están condenados para

la eternidad por no haber aceptado a Jesucristo Nuestro Señor en sus corazones. Pero también sabía que Reuben era un buen hombre, un hombre amable y un amigo leal de Robin, y no veía ningún motivo para que él y su pueblo fueran perseguidos y asesinados. Me volví a mirar a Robin y Reuben, con las cabezas muy juntas y hablando en voz baja en el extremo de la sala. Sabía qué opinión tenía Robin de la muerte de los judíos: prestaba poca atención a los dogmas religiosos y le importaba una higa que murieran mil judíos, o mil cristianos, si no tenía con ellos una relación personal; pero Reuben era un amigo, un antiguo aliado, y lo defendería hasta la muerte frente a cualquier enemigo, cristiano, judío, pagano o sarraceno.

Al observar a Robin y Reuben, me di cuenta de algo curioso. Reuben mostraba a Robin una bolsa pequeña llena de cristales blanquecinos. Robin tomó uno y lo olisqueó antes de devolvérselo a Reuben. Este tomó una pizca de aquella masa blanco amarillenta con unas tenacillas de plata, y la acercó a la llama de una vela colocada sobre la mesa. Hubo un chasquido, y brotó una pequeña nube de humo blanco sobre la mesa; unos instantes después, llegó hasta mí el aroma —rico, fragante como de flores quemadas, y familiar—, y supe que lo había olido antes en un contexto diferente. Pero no conseguí precisar dónde.

Robin vio que los miraba a ellos y la rápida desaparición del humo blanco, y frunció el ceño. Me di la vuelta otra vez y reanudé mi estudio del hermoso tapiz. ¿Qué era aquella misteriosa sustancia aromática, y por qué estaban tan interesados en ella Reuben y Robin?

Un cuarto de hora más tarde, más o menos, Robin me llamó. La bolsita de cristales blancos había desaparecido, supuse que en alguno de los pliegues del voluminoso manto de Reuben, y Robin y el prestamista curandero se estrechaban las manos con solemnidad.

—De acuerdo, entonces —dijo Robin—. Alan, tenemos un pequeño encargo que cumplir antes de volver a casa: vamos a escoltar a Reuben y a Ruth al castillo. Allí estarán a salvo hasta que pase este arrebató homicida de fervor religioso.

Mientras Reuben recogía sus rollos de pergamino, sus libros de cuentas y otros objetos valiosos, y Ruth empaquetaba la comida y la ropa, me asomé a mirar afuera desde una ventana del segundo piso. Disfrutaba de una buena vista de la ancha calle que pasaba frente a la casa y de la puerta fortificada del puente sobre el Foss. Del otro lado de las murallas de la ciudad, hacia la derecha, vi brillar el Minster a la luz del sol poniente; mientras lo miraba maravillado, las grandes campanas de la catedral empezaron a llamar a vísperas, seguidas de inmediato por las de todos los campanarios de York. En el atardecer dorado quedaron suspendidos los ecos de la música de Dios, que convocaban a las oraciones de la noche, y aquel sonido confortó mi corazón. ¿Cómo puede nadie pensar en odios y muertes con ese glorioso repique en los oídos?



—Vamos, Alan, deja de soñar despierto o nos cerrarán la poternas —gritó Robin desde abajo. Tenía en las manos las bridas de los caballos, incluido uno de carga con el equipaje de Reuben, y yo corrí a reunirme con mis amigos.

Llegamos a la poterna en el momento en que la guardia empezaba a girar las grandes puertas de roble para cerrarlas. Nos dejaron pasar con un gruñido y una mirada sombría a Reuben y Ruth, que, a pesar de estar bien embozados en sus mantos, de alguna manera fueron reconocidos al instante como judíos. Cuando entramos en la ciudad y nos dirigimos hacia el castillo, al sudoeste, me di cuenta con creciente alarma de que seguía habiendo mucha más gente en las calles de lo natural a aquella hora. Algunos paseantes gritaron insultos contra Reuben y su hija, pero lo más inquietante fue que muchos empezaron a seguirnos mientras conducíamos al paso a nuestras monturas por las estrechas calles que llevaban al castillo. En aquellas callejas cada vez más oscuras, empezamos a arrastrar una procesión de pésimo aspecto. Me llevé la mano a la empuñadura de la espada, pero Robin me vio y sacudió negativamente la cabeza. Un joven airado vestido con una túnica roja y parda de campesino se alzó la falda e hizo un gesto obsceno, empujando con las caderas, en dirección a Ruth.

—¡Amigos de los judíos! —nos gritó a nosotros, y el resto de la multitud que se iba juntando repitió el grito: «¡Amigos de los judíos, amigos de los judíos!». Un hombre que pasaba escupió un enorme salivajo hacia nosotros, que salpicó la grupa del caballo de carga. Quise poner mi montura al trote, pero de nuevo Robin me hizo seña de que continuara avanzando al paso. Luego, por el rabillo del ojo vi que otro hombre recogía del suelo una piedra suelta y, al grito de «¡Muerte a los que mataron a Cristo!», la lanzaba en nuestra dirección. Acertó a dar a Ruth en la espalda, y ella gimió de dolor. De inmediato, hundí el talón en el flanco de *Fantasma*, me volví contra el agresor de Ruth y, picando espuelas, cargué directamente contra aquel bellaco. *Fantasma* lo embistió, y el hombre rodó por el suelo y fue a caer bajo los cascos de mi montura. Oí con toda claridad el crujido de un hueso al romperse y un gemido ahogado, y entonces desenvainé mi espada, me detuve un instante sobre su cuerpo retorcido, y busqué durante unos instantes a alguien en la multitud cada vez más compacta que se atreviera a sostener mi mirada. Nadie lo hizo. De manera que hice volver grupas a *Fantasma* de nuevo y troté hasta ocupar mi lugar en nuestro pequeño cortejo.

Me sentía complacido conmigo mismo, pero al derribar al apedreador desencadené algo peor. Los gritos de aquel gentío cambiaron, y de aislados pasaron a ser aullidos masivos, y se hicieron más y más fuertes. Otro guijarro pasó silbando junto al cuello de *Fantasma*, y otro más, y luego uno golpeó a Robin en el muslo, con un ruido sordo. El no abrió la boca, se limitó a empuñar su espada y a indicarme que ahora debíamos avivar el ritmo. Empezamos a trotar, y las herraduras metálicas de los

caballos resonaron contra los guijarros, y forzaron a apartarse de nuestro camino a aquella turba furiosa. Volaron algunas piedras más, que cayeron en el camino delante de nosotros, pero aunque poco a poco dejábamos atrás a la multitud rabiosa que nos seguía, más y más personas aparecían al frente. Un inválido, con la espalda retorcida de un modo innatural, que se ayudaba para caminar de una gran muleta de madera, se interpuso directamente en nuestro camino señalando con el índice a nuestro grupo y gritando: «Judíos, judíos, judíos...». Cuando nos acercábamos al trote, levantó su muleta contra Robin, que era el que tenía más cerca, y lanzó un golpe de lado que le habría aplastado el cráneo de llegar a su objetivo. Pero Robin paró el golpe con facilidad con su espada, y respondió con otro de arriba abajo, un movimiento clásico que Little John me había hecho practicar cientos de veces. La hoja penetró en el cuero cabelludo del jorobado, surgió un chorro de sangre y el hombre cayó como un saco sobre el suelo empedrado.

Hubo un rugido de rabia en la multitud que nos seguía, un sonido profundo, bestial, que erizó los cabellos de mi nuca, y luego un grupo se colocó al frente y nos cerró el paso.

—Más cerca —dijo Robin, alzando la voz por encima del tumulto—. Más cerca, Alan, y tienes permiso para atacar a cualquiera que se cruce en nuestro camino.

Yo le respondí con una sonrisa nerviosa. Mientras él hablaba, un hombre saltó desde la ventana de la casa ante la que pasábamos. Se tiró sobre mí, y estuvo a punto de derribarme de la silla; hizo presa en mi cintura, y antes de que yo tuviera tiempo de reaccionar, se había plantado sobre los cuartos traseros de *Fantasma* y me apuñaló en la espalda con un cuchillo corto, buscando los riñones. Por fortuna, Dios sea loado, la cota de malla que llevaba debajo de la capa impidió que la hoja penetrara en mi carne. Sin pensar, me giré deprisa y le propiné un fuerte codazo en la sien. Sentí que su presa se aflojaba, y entonces cambié el sentido de la espada que empuñaba en mi mano y la dirigí contra mi propio cuerpo, empujé hacia atrás pasándola por el hueco entre mi brazo y mi costado izquierdo, y la hundí en su costado. Cayó hacia atrás, gritando y chorreando sangre. Picamos espuelas y nos libramos de la presión de los atacantes; de pronto, estábamos solos y galopábamos sin obstáculos, con las espadas ensangrentadas en nuestros puños, en dirección al castillo, cuyas puertas estaban ya a tan sólo doscientos pasos. Detrás de nosotros, la multitud aullaba como una manada de lobos, y nos perseguía a la carrera.

Vi a un hombre grueso, de pelo negro, colocado en mitad del camino, acariciando una enorme hacha danesa y que se balanceaba ligeramente, pasando de uno a otro pie la carga del peso del cuerpo. Lucía una gran sonrisa maligna, mientras esperaba a que nos abalanzáramos sobre él; sin duda su plan era echarse a un lado en el último momento y desjarretar a uno de nuestros caballos a su paso, haciendo caer al suelo al jinete. De pronto, su expresión cambió, la sonrisa desapareció y los rasgos de la cara

se fundieron como la cera de una vela al entrar en contacto con el fuego. En el mismo instante, vi brotar de su ancho pecho el mango negro de un cuchillo lanzado de frente; dobló las rodillas, el hacha resonó al caer sobre el empedrado, y pasamos de largo. A mi izquierda, apareció entonces un hombre que me atacó con su lanza; aparté a un lado la punta herrumbrosa, y lo rajé con mi puñal. Robin tajó en dos sin esfuerzo aparente a un hombre que blandía un gran mandoble antiguo, y un instante después cruzamos las puertas de la muralla exterior y entramos sanos y salvos en las lizas, el recinto situado entre los muros exterior e interior del castillo de York.

Jadeantes, refrenamos a nuestras monturas en el centro de aquel amplio espacio..., y nos dimos cuenta de inmediato de que algo iba mal. No había hombres de armas montados para recibirnos y preguntarnos qué deseábamos; de hecho, casi no había nadie, y las pocas personas a la vista vestían ropas de criados. ¿Dónde estaba sir John Marshal? Habíamos esperado que mesnaderos bien adiestrados cerraran las puertas a nuestra espalda, decididos a guardar el castillo frente a la turba enfurecida. Pero el lugar aparecía ante nuestros ojos casi desierto. Me volví a mirar hacia la puerta. Seguía abierta de par en par, y una columna de ciudadanos furiosos y vociferantes que ocupaba todo el ancho de la calle, cientos de ellos, se acercaba rápidamente. Habían encendido antorchas para iluminarse, y al parpadeo de su luz pude ver por un instante un hábito blanco sucio en las primeras filas del gentío. Luego me encogí instintivamente, al ver un aluvión de palos, piedras e incluso algunas flechas que venían volando hacia nosotros.

—A la Torre, a la Torre del Rey —dijo Reuben sin aliento—. Todos los demás están en la Torre.

Volví la vista a la derecha, hacia la severa y altiva mole de la Torre del Rey, la robusta atalaya de madera del castillo de York. Y picamos espuelas para dirigirnos a ella. Se alzaba sobre un montículo de tierra de casi diez metros de altura, y sus muros altos y gruesos se elevaban unos siete metros más desde el suelo. Parecía lo bastante fuerte para durar hasta el día del Juicio Final, y cuando entramos en la rampa de troncos y tierra apisonada que comunicaba las lizas con la torre, empezamos a sentirnos un poco más seguros. Guiamos a nuestros caballos por el empinado tramo de escaleras final que daba acceso a la atalaya, y después de cruzar la estrecha puerta forrada de hierro que se abría en el muro, fuimos recibidos por un hombre alto y calvo, de barba gris y con el cráneo cubierto con una gorra negra, que nos saludó amablemente.

—*Shalom aleichem* —dijo el anciano—. Mi nombre es Josce de York, y sois bienvenidos a este lugar.

La gran puerta de roble se cerró con estruendo detrás de nosotros, amortiguando el zumbido de la muchedumbre enfurecida, y el pesado cerrojo se corrió hasta encajar en su posición con un chasquido tranquilizador.

## Capítulo IV

**E**n la Torre del Rey, se habían refugiado todos los judíos de York que habían podido hacerlo. Desde ancianos vacilantes hasta jóvenes robustos y bebés que mamaban en brazos de sus madres, podía haber en total unos ciento cincuenta apretujados en los tres pisos de la torre como arenques en un barril. Y dos buenos cristianos, además. En fin, un cristiano y Robin. Nunca antes había visto tantos judíos juntos, y para mí fue una experiencia extraña. Hablaban entre ellos en francés o en inglés, pero de vez en cuando dejaban caer algunas palabras en una lengua gutural que no conseguí entender; muy pocos de ellos habían venido armados a la Torre, lo que me pareció extraño en hombres que estaban expuestos a la amenaza de una violencia extrema, aunque aquel detalle no tenía importancia porque la fortaleza estaba bien provista de armas de todo tipo. Además, discutían por cualquier motivo, pero lo extraño era que podían estar reprendiendo a gritos a sus amigos o a los miembros de su familia en un momento dado, y un instante después los abrazaban y los besaban y todo volvía a la calma; por otro lado, nunca se enredaban a golpes entre ellos, por fuertes que fueran los insultos que se intercambiaban. Yo estaba atónito. En una comunidad cristiana, el tono agresivo de sus disputas habría bastado para que empezaran a volar los puños.

Eran un grupo sobrio y disciplinado, cortés y amable conmigo, y me gustaron por eso. Además, todos habían traído comida y era un consuelo saber que, mientras nos viéramos obligados a refugiarnos en la Torre, tendríamos comida de sobra.

Había un pequeño espacio en la parte baja de la Torre que resultó precioso para instalar a los caballos; conseguimos que estuvieran razonablemente cómodos, con bolsas de grano y agua al alcance de sus morros. Luego Robin y yo subimos los tres pisos hasta el techo de la Torre por una escalera estrecha situada en una esquina del edificio. Cuando inspeccionamos toda la zona contigua a la atalaya, pude darme cuenta de que estábamos rodeados. La Torre del Rey había sido levantada como defensa, y era sin lugar a dudas una fortaleza segura, pero para nosotros era también una trampa de la que no íbamos a poder escapar con facilidad. Hacia el sudoeste, fluía el río Ouse, de aguas lentas y profundas; un hombre en buena forma física podía cruzarlo a nado, pero ¿cómo iba a hacerlo una horda de abuelas y niños de pecho judíos? Por ahí no había escape para nosotros. Al este, corría el río Foss, también imposible de cruzar salvo por un pequeño puente. Hacia el norte, una línea de fuegos

de campamento iluminaba la oscuridad de la noche, y en torno a ellos grupos nutridos de soldados y gentes del pueblo empezaban a preparar su cena. Al sur, estaban las lizas del castillo, ahora repletas de aquellos enloquecidos antisemitas de los que habíamos tenido que escapar en la calle. Ya era noche oscura, pero las lizas estaban tan bien iluminadas con antorchas y hogueras que era fácil apreciar la escena en todos sus detalles. Cientos de personas ocupaban en un desorden total el espacio abierto entre las murallas, pero un grupo más compacto se había reunido en torno a un orador de corta estatura y hábito de color claro, junto a la capilla del costado occidental; el hombre enarbolaba un largo cayado de madera con una pieza sujeta en sentido transversal para formar el símbolo sagrado de la cruz. Estaba arengando a la multitud, y golpeaba el suelo con la contera de su cruz para dar más fuerza a sus palabras. Reconocí en él al fraile al que habíamos oído hablar en la plaza por la tarde. Su mensaje parecía ser la misma especie de acusación venenosa de entonces, porque de vez en cuando extendía el brazo y señalaba la Torre. A su lado se había colocado un caballero enfundado en cota de malla y con una espada larga a la cintura, que llevaba un escudo con el blasón de un puño rojo apretado sobre un campo azur pálido. Me pareció conocido, pero sólo pude verle la cara en el momento en que dos hombres de armas se acercaron con antorchas encendidas y se colocaron a su lado. Tenía un mechón de pelo blanco en el centro de la frente, que destacaba en la masa rojiza del resto de su cabellera, y reconocí en él al caballero analfabeto de ojos de zorro, cuando fui recibido por el príncipe Juan.

En ese momento, Josce de York apareció a nuestro lado, temblorosa su barba gris y sin resuello por haber subido las escaleras demasiado deprisa, y los tres, desde el amparo de las almenas, examinamos las lizas. Yo estaba tratando de aguzar los oídos para poder oír las palabras cargadas de odio del fraile, cuando Robin habló:

—¿Quién es ese caballero de tan mal aspecto? —preguntó a Josce.

—Es sir Richard Malvête, y suelen llamarle Mala Bestia —contestó el judío—. Algunos dicen que es medio demonio, porque se rumorea que siente más placer viendo el dolor de otros hombres que comiendo y bebiendo. Mi amigo Josef de Lincoln tiene un recibo suyo por veinte mil marcos. Malvête es un hombre feroz que odia a toda la humanidad, pero sobre todo odia a los judíos. Y no sólo por las grandes deudas que tiene contraídas con nosotros, creedme; nos odia con una pasión que excede la razón humana. Puede que sea cierto que es un demonio.

—Es partidario y amigo íntimo del príncipe Juan —añadí yo, y tanto Josce como Robin me miraron sorprendidos—. Estaba en Nottingham hace dos semanas.

Robin asintió, y luego preguntó a Josce:

—Y el otro hombre, el monje del hábito blanco. ¿Quién es?

—Es el hermano Ademar, un lunático vagabundo que, en tiempos, formó parte de un cabildo premonstratense; escapó de los muros del claustro y lleva más de un mes,

desde que empezó vuestra estación cristiana de la Cuaresma, predicando el odio a los judíos. Pero el pueblo le escucha, a pesar de su evidente extravío mental. Dicen que ha sido tocado por Dios.

Robin no dijo nada, pero recordé el comentario que había hecho antes, ese mismo día: «Alguien tendría que rebanar el cuello de ese loco, antes de que ahogue al mundo en sangre».

—¿Podremos resistir aquí hasta que las cosas se calmen..., o hasta que el rey envíe algún contingente? —preguntó Josce; su acento era más de cansancio que de preocupación. Robin recorrió el espacio cuadrado de las almenas de la Torre. Más o menos una veintena de furiosos judíos jóvenes observaban las lizas parapetados en las almenas y, de vez en cuando, respondían en el mismo tono a quienes les insultaban desde abajo. A lo largo del parapeto, más o menos cada cinco metros, había montones de piedras, cada una de ellas del tamaño de la cabeza de un hombre, que podían ser arrojadas sobre potenciales asaltantes con un efecto devastador. Robin siempre decía que el arma principal de todas las que se almacenan en una fortaleza es la altura, y nos encontrábamos a unos buenos dieciocho metros por encima de nuestros adversarios. Las piedras, que habían sido laboriosamente cargadas por los miembros de la anterior guarnición, podían ser arrojadas abajo de nuevo y producir serias bajas al enemigo.

—Creo que sí —dijo Robin—. Contamos con hombres suficientes para mantenerlos a raya hasta que lleguen refuerzos o recuperen la razón. Sería mejor si esta torre estuviera hecha de piedra, pero creo que de todos modos podremos contenerles. Por lo menos mientras esa chusma no disponga de artillería.

Me miró. Y recordé con un estremecimiento que, en la batalla de Linden Lea, sir Ralph Murdac había aparecido con una máquina que lanzaba piedras de gran tamaño, y también cómo, una vez que ajustó el alcance, los proyectiles habían hundido nuestra empalizada de madera como si estuviera hecha de paja.

Josce pareció satisfecho.

—¿Queréis bajar y hablar a todo el mundo? —sugirió—. Creo que sería de gran ayuda.

Robin lo miró durante un segundo. Sus ojos metálicos carecían de expresión, y el silencio se prolongó durante tanto rato que empezó a hacerse incómodo.

—Bajaré dentro de unos momentos. Primero tengo que hablar con Alan —dijo, por fin.

Josce inclinó su cabeza calva.

—Gracias. Llamaré a todos para que se reúnan en el piso de abajo —dijo, y se recogió la túnica para poder descender por la escalera.

Cuando el anciano se hubo ido, Robin me tomó del brazo:

—Tienes que irte de aquí, Alan. Puedes hacerlo, ya sabes. —Yo me limité a

mirarlo, incrédulo. El continuó—: Espera a la medianoche y coge una soga del almacén. Sólo tendrás que descolgarte por el muro y cruzar a nado el Ouse; incluso si te atrapan, como eres cristiano no te pasará nada.

—Podemos ir los dos —respondí para probarle, aunque ya sabía cuál iba a ser su respuesta.

—No puedo marcharme —me dijo Robin, mirándome a los ojos—. Necesito a Reuben. Reuben representa el dinero y las relaciones; necesito que Reuben siga con vida, o... en fin, le necesito vivo —dijo simplemente, y luego añadió—: Creo que esto va a ir muy mal, muy mal de verdad, y por eso quiero que te vayas esta misma noche. Esta no es tu lucha.

Cuadré los hombros y le devolví la mirada, directamente a sus ojos de color gris pálido.

—Cuando entré por primera vez a tu servicio —dije, en tono tenso—, te juré lealtad hasta la muerte. No voy a romper ese juramento. Si tú te quedas y afrontas la batalla contra estos dementes, yo me quedo contigo.

—Eres un completo idiota —dijo Robin, pero su tono era amable—. Un idiota sentimental. Pero gracias. —Sonrió y me dio una palmada en el hombro—. Así será, entonces. Lucharemos. Ahora creo que lo mejor será bajar y arengar a la «tropa».

Dicho lo cual, se fue. Yo seguí en las almenas, mirando la oscuridad y preguntándome si no había cometido un error enorme, posiblemente fatal. En las lizas se preparaban para pasar la noche, y vi a la luz de las pocas antorchas que seguían encendidas que cientos de personas se preparaban camas improvisadas bajo los aleros de las dependencias del castillo, mientras otros, armados con hachas o lanzas herrumbrosas, con horcas y hoces, montaban la guardia casi como soldados regulares. El monje del hábito blanco había dejado de gritar, y ahora no se veía a sir Richard Malvête por ninguna parte. Miré abajo, hacia el río Ouse, y vi docenas de fuegos de campamento, encendidos ahora entre la colina del castillo y el río. La banda de los antisemitas no se había dispersado, al contrario; parecía haber engrosado, y alguien los estaba organizando, casi con toda seguridad un hombre de armas, porque se comportaban como un ejército sitiador. Pese a lo que me dijo Robin, no me habría resultado fácil escapar. La chusma sedienta de sangre no había vuelto a sus casas, apaciguada por la caída de la noche. Seguía allí. Y cuando llegara la mañana, sin duda intentaría asaltar la torre. Nos esperaba una dura batalla. Mis manos se dirigieron a mi cintura, a las empuñaduras de la espada y el puñal a uno y otro costado de mi cuerpo. Si había de morir al día siguiente, me llevaría por delante a algunos de esos condenados lunáticos, me dije a mí mismo con jactancia; pero en mi estómago sentí reptar levemente la serpiente helada del miedo.

Justo en ese momento, una manita tocó mi brazo, y salté como un conejo asustado, al tiempo que sacaba a medias el puñal de su vaina. Era Ruth quien estaba a

mi lado, y me tendía una escudilla de madera repleta de comida humeante.

—No vuelvas a hacer eso —le dije irritado—, no te acerques sin avisar a la gente. Podría haberte matado.

—Lamento haberte asustado tanto —dijo, con el ceño fruncido.

—No me has asustado —dije, molesto—. Estaba observando al enemigo y pensando cuál sería la mejor estrategia para mañana.

Me estaba mostrando algo altivo, y lamenté mis palabras tan pronto como salieron de mi boca.

Ella no dijo nada, pero me tendió la escudilla con un guiso de pescado, y me invitó a comer. Yo me senté en el suelo, apoyado en el grueso muro de madera del parapeto, y empecé a llevarme a la boca el guiso con una cuchara. Ella se acurrucó a mi lado, observándome. El guiso estaba delicioso, y me sorprendió que alguien se hubiera tomado la molestia de preparar una comida caliente decente en unas circunstancias tan difíciles. Le dirigí una sonrisa, y ella me respondió con otra. Amigos de nuevo.

—No te había dado las gracias por escoltarnos hasta aquí —dijo. Sus ojos castaños, que asomaban por encima del velo, estaban llenos de calor y de gratitud—. Estaba muy asustada, y tú fuiste tan valiente, como un héroe, como Jonatán contra los filisteos...

Noté que mi apetito desaparecía al mirar aquellos dos almendrados estanques gemelos. Balbuceé:

—No soy ningún Jonatán. Sólo cumplí con mi deber.

No se me ocurrió ninguna otra cosa que añadir. Sentía un nudo en la garganta y mis mejillas ardían. En mi fuero interno, me encantaba que ella me considerara un héroe. Pero esperaba que no viera mi rubor en la oscuridad.

—¿Te quedarás para protegernos contra... —mover la cabeza de lado, para indicar las lizas del castillo— ellos?

Yo dejé a un lado la escudilla casi vacía y le tomé la mano.

—Mi señora —dije con torpeza, en voz demasiado alta para la atmósfera silenciosa de la noche—, yo os protegeré de esas gentes malvadas aun al precio de mi propia vida. Nunca os harán el menor daño.

Ruth alzó su mano libre hasta mi mejilla y acarició con suavidad el ligero vello de la piel.

—Gracias, Alan —susurró.

Tiemblo ahora, pasados más de cuarenta años, al recordarme de joven y oírme hacer promesas tan insensatas. Y me cuesta y me pesa recordar lo que ocurrió después... Pero lo contaré todo, como me he jurado a mí mismo hacerlo. Y tal vez si lo escribo todo sin complacencias mereceré el perdón de Nuestro Señor por mis pecados de aquellos días oscuros.



Seguí a Ruth cuando bajó por la escalera de caracol de una de las esquinas de la torre, y observé con gran interés su estrecha cintura y su forma de balancear las caderas al caminar. Cuando llegamos al piso bajo, encontramos reunidos allí a todos los varones judíos en edad de combatir. No parecían una fuerza muy formidable. Eran en total una cuarentena, de edades entre los catorce y los cincuenta años, la mayoría de cabellos negros o grises y con una mirada sumisa, de perros apaleados. Parecían avergonzados, temerosos; todos rehuían la mirada de los demás. Ruth se marchó, y entonces vi cómo Robin, la confianza personificada, se adelantaba hasta el centro de aquel espacio cuadrado y subía a un viejo cajón de madera para que todo el mundo pudiera verle. Llevaba al hombro, como al descuido, una ballesta sin montar, y empezó, tal como había dicho, a «arengar a la tropa».

—Amigos míos, callad y escuchadme un instante —dijo en voz alta—. Prestadme oídos, amigos, y os daré las buenas noticias, las excelentes noticias de la situación en la que nos encontramos. —Los judíos lo miraron con curiosidad, como si un loco se hubiera colado entre ellos—. Somos afortunados —empezó de nuevo Robin, en voz más alta incluso que antes, y hubo gestos y murmullos entre los reunidos—, digo, somos afortunados por estar aquí...

Un hombre se adelantó, separándose del círculo que se había formado alrededor de Robin. Era un hombre alto y grueso, vestido con una túnica de color azul oscuro y con una magnífica barba frondosa roja. Su voz furiosa interrumpió el discurso de Robin.

—¿Por qué afortunados? ¿Somos afortunados porque nos cazan como a jabalíes en nuestra propia ciudad? ¿Afortunados por vernos expulsados de nuestros hogares, por ver masacrados a nuestros amigos y nuestras familias, y robadas nuestras propiedades?

—Sois afortunados por no estar muertos —le interrumpió a su vez Robin en tono frío—. ¿No estás de acuerdo? —Hizo una pausa de uno o dos segundos, pero el hombre del pelo rojo no dijo nada—. Afortunados porque esa banda de lunáticos asesinos —Robin extendió el brazo y señaló la puerta que daba al exterior, a la escalera que bajaba a las lizas— no os ha hecho pedazos. —Hubo rugidos furiosos entre los reunidos—. Pero dejando esa cuestión aparte —siguió diciendo Robin en tono tranquilo—, en este momento sois también afortunados por otras razones. En primer lugar, por esta torre; es una fortaleza construida para ser defendida por un puñado de guerreros contra un enemigo muy superior en número. Y contamos con esos guerreros. Veo ante mí a hombres valerosos; hombres dispuestos a luchar con tanto ánimo como un noble, y a morir, si es necesario, en defensa de sus familias y de su honor.

Vi que algunos judíos hacían gestos de asentimiento.

—Tengo ante mí a hombres valerosos, hombres dispuestos a combatir, y en eso

somos muy afortunados —siguió diciendo Robin—. Con hombres buenos como vosotros, podemos defender esta torre hasta que los cielos se derrumben. Tenemos víveres, tenemos agua y cerveza, y tenemos hombres bravos. De modo que, como he dicho, somos afortunados.

Vi entonces que el humor de aquellos hombres había cambiado sutilmente; era algo que había visto antes cuando Robin hablaba. El podía manejar los sentimientos de las personas; tenía el don de hacerles creer que eran mejores de lo que eran. Los judíos le escuchaban ahora más erguidos, no como ovejas conducidas al matadero por una chusma llena de odio, sino como guerreros fuertes, hombres de hierro con sangre en las venas.

—La segunda razón por la que somos afortunados es ésta —dijo Robin, y levantó en el aire la ballesta que llevaba al hombro para mostrarla a todos—. Tenemos más de tres docenas de estas armas, y proyectiles suficientes para enviar a mil almas al infierno. —Bajó el arma y la sopesó en sus manos—. Con esta ballesta, y las demás que tenemos aquí, podremos resistir fácilmente hasta que desaparezca la locura enfermiza que ha atacado a esos hombres. Podremos contener al diablo que llevan dentro hasta que recuperen el sentido o hasta que llegue el socorro. Por eso repito una vez más que somos afortunados. Tenemos hombres, tenemos armas, tenemos el valor necesario para usarlas. Dios nos sonrío. Somos... muy... afortunados.

Los judíos le vitorearon. Se había producido un vuelco asombroso: unos momentos antes habían sido un rebaño abatido y temeroso de corderos perseguidos, y ahora se veían a sí mismos como una banda de nobles guerreros dispuestos a vencer o morir.

—Ahora escuchadme con atención, amigos —dijo Robin—. Esta arma es muy fácil de usar, y sin embargo es una de las más letales que el hombre ha construido.

Mientras yo le observaba hacer una demostración de cómo cargar la ballesta, me miró a los ojos y me dirigió una sonrisa subrepticia y un guiño.

En efecto, era un arma de fácil manejo. La cuerda de la ballesta se tensa tirándola hacia atrás mediante el peso del cuerpo del hombre que la maneja. Colocas el pie derecho en el estribo situado en el extremo de la máquina, y tiras de la cuerda con las dos manos al tiempo que extiendes la pierna derecha, hasta montar la cuerda en posición, enganchada en un par de dientes de hierro que hay cerca de la culata. Luego cargas un virote en la acanaladura que recorre la parte superior del arma, colocas en posición la ballesta bien apoyada en el hombro, apuntas y accionas el disparador, o gatillo como lo llaman, que suelta la cuerda; ésta salta hacia adelante y proyecta el virote a una velocidad suficiente para matar a un hombre. A corta distancia, es un arma bastante precisa, y con potencia suficiente para atravesar una cota de malla de acero a cincuenta pasos.

—Quítate el gorro, Alan, y sujétalo a un lado con el brazo extendido. —Robin se

dirigió de pronto a mí, que estaba recostado en una pila de cajas colocada junto a la pared, simulando confianza. Sentí que el corazón me daba un vuelco. Supe qué era lo que se proponía hacer, pero, leal como siempre, me quité el gorro azul celeste y lo sostuve lo más lejos que pude de mi cuerpo, junto a las planchas de madera sin desbastar del muro.

Se oyó un «twang», y mi hermoso gorro voló de mi mano y quedó clavado al muro por un vástago de madera de roble de un pie de largo, con la punta forrada de hierro.

—¿Lo ha visto todo el mundo? —preguntó Robin—. Muy bien, poneos en fila, y cada uno disparará una vez contra el gorro —me dirigió una sonrisa llena de travesura—. Luego Alan os repartirá a cada uno de vosotros una ballesta y una docena de virotes.



Pasé una noche incómoda, pero tranquila en buena medida, acurrucado bajo las almenas y durmiendo sólo a ratos. Sin mi gorro, sentía frío en la cabeza. La única novedad reseñable en el curso de la noche fue que uno de los audaces nuevos guerreros de Robin consiguió dispararse a sí mismo en el pie un virote con la ballesta, y tuvieron que bajarlo por la escalera llorando de dolor, mientras sus compañeros se reían de su ineptitud.

El alba iluminó una escena que no invitaba al optimismo. Parecía haber llegado más gente de la ciudad durante la noche, para engrosar las filas de los sitiadores: ahora eran tal vez quinientas o seiscientas las personas reunidas debajo de la torre, y ocasionalmente gritaban insultos y hacían gestos amenazadores, pero en general nos ignoraban.

No había rastro de la guarnición del castillo, ni de sir John Marshal, alguacil del condado de York. Uno de los judíos jóvenes me contó que en la torre había un puñado de soldados cuando llegaron los primeros refugiados, pero que se marcharon tan pronto como el lugar empezó a llenarse de judíos. Eso me inquietó. Se diría que habían recibido órdenes de dejar la torre para los judíos, ¿por qué si no habían de abandonar sus puestos? ¿Era un plan ideado por alguien para atraer a los judíos a un lugar donde matarlos con más facilidad? No, seguro que estaba siendo demasiado suspicaz.

El sol estaba ya alto en el cielo, tal vez a mitad de su camino hacia el cénit, y las campanas de York sonaban para llamar a tercias, cuando el hermano Ademar, el monje loco del hábito blanco, empezó a predicar de nuevo. Como la noche anterior, el caballero zorruno, el tal Malvête, se colocó a su lado, dominando con su estatura al fraile retaco mientras éste se regodeaba con Dios y el diablo, la Gran Peregrinación y

las muertes de judíos. No conseguí comprender del todo las palabras del monje, pero por algunos fragmentos que traía la brisa me pareció percibir el mismo olor a basura quemada, aderezada con odio. A su auditorio, sin embargo, parecía gustarle el sermón. En un determinado momento, invitó a todos a arrodillarse y les bendijo, para entonar después un *Pater Noster* acompañado por toda la multitud. Luego reanudó su diatriba rezumante de odio, acompañándola con sonoros golpes de la contera de su cruz en el suelo.

Robin había dividido a sus hombres en tres grupos, o compañías, de unos quince hombres cada una, mezclando en cada una de ellas distintas edades y capacidades. En todo momento habría una compañía descansando en el primer piso, y dos en las almenas, dispuestas para la defensa del castillo. Había ballestas suficientes para armar con una a todos los hombres de guardia, y varios hombres habían encontrado espadas e incluso alguna lanza para defenderse.

—Cuando vengan —dijo Robin a su extraña treintena de defensores judíos, las dos compañías del primer turno de guardia para la defensa de la torre—, estarán confiados: no esperarán una resistencia organizada. Les dejaremos acercarse mucho, bastante más de lo que sería prudente, y entonces golpearemos. Todos al mismo tiempo, a mi orden. Con suerte, podemos hacer que lamenten habernos desafiado alguna vez. ¿Lo ha entendido todo el mundo?

Hubo murmullos de asentimiento.

—De todas formas, voy a repetirlo. Cuando vengan les dejaremos acercarse mucho. Nadie debe disparar ni mostrar las ballestas hasta que yo dé la orden. ¿Está claro? Si alguien dispara antes de que yo dé la orden, me ocuparé personalmente de arrojarlo desde las almenas a los cristianos. ¿Está claro?

El hombre que había interrumpido la arenga de Robin la noche anterior murmuró algo inaudible bajo su frondosa barba roja, pero cuando Robin le dirigió una dura mirada, calló. Mi mirada se encontró con la de Reuben, que formaba parte del grupo de guerreros judíos, e intercambiamos sonrisas tensas. Parecía cansado, pero sostenía la ballesta con tanta desenvoltura como si hubiera nacido con ella en las manos.

—Ahora sólo es cuestión de esperar —dijo Robin, y tomó asiento a la sombra de las almenas, con sus largas piernas extendidas. Se bajó la capucha sobre los ojos, y pareció disponerse a echar una cabezada. Tenía su arco largo de guerra sin montar a su lado, y puso una mano sobre él. Luego levantó una esquina de su capucha con la otra mano, y me miró.

—Echa un vistazo a cómo va todo, ¿quieres, Alan? —dijo, y bostezó—. Despertadme dentro de dos horas si hasta entonces no ocurre nada.

Y se quedó dormido.

Los judíos se quedaron boquiabiertos al ver su despreocupación. Pero empezaron a buscar sitios cómodos para sentarse, con la espalda apoyada en las almenas.

Pasaron comida de mano en mano, y pellejos de vino, y algunos hombres incluso empezaron a canturrear, en voz baja para sí mismos, una tonada hermosa y extraña que no se parecía a nada que yo hubiera oído antes. Aquella música fantasmal no parecía obedecer a las reglas de oro del arte que yo había aprendido esforzadamente de mi antiguo maestro de música, el *trouvère* francés Bernard de Sézanne, ahora al servicio de la reina Leonor de Aquitania, la madre del rey Ricardo... Pero era una música verdaderamente hermosa.

Mientras fluía a través de mí aquella antigua música judía, observaba en las lizas a la multitud de bobos cristianos malaconsejados que escuchaban la prédica trufada de odio del hermano Ademar, y entresaqué de sus vainas mis dos armas. Mi propia ballesta montada estaba apoyada en el parapeto, y tenía doce virotes sujetos al cinto. Había momentos en los que casi podía comprender la desconfianza de Robin hacia la fe cristiana —momentos como aquél, en que un representante sagrado de Dios en la tierra exhortaba a los cristianos a dar muerte a sus compatriotas—, pero sabía en el fondo de mi corazón que aquéllas no eran las enseñanzas de Jesucristo. El mal no venía de Él, tenía que venir del diablo o bien del pecado original del hombre. Sólo Cristo sabía la respuesta, sólo Cristo podía erradicar el mal presente en el mundo, estaba seguro de ello. O casi seguro.



El ataque se produjo no mucho después del mediodía. Yo había estado escuchando a medias los ruidos que emitía la multitud cuando Ademar les azotaba con sus palabras, mientras Robin roncaba suavemente a mis pies. El gentío sonaba como el oleaje al romper en una playa pedregosa; de una manera extraña y horrible, era un ruido adormecedor; sólo una especie de rugido ronco e incesante que no parecía estar relacionado con nada peligroso. Y luego, de pronto empezó a haber movimiento en las lizas; el hermano Ademar había terminado su larga arenga con un gran grito, el rugido de las masas se elevó por encima del volumen habitual y él se metió decidido en medio de su auditorio y se abrió paso entre la gente como un nadador braceando en un mar de humanidad. Malvête siguió su estela por entre la multitud, rodeado por un grupo de media docena de hombres de armas uniformados de escarlata y azul celeste, los colores de la propia Mala Bestia.

Ademar surgió de entre el gentío delante de la puerta que daba al terraplén de tierra y troncos que conducía a la torre. Se volvió a las masas que se agolpaban tras él, y gritó una última consigna; a pesar de la distancia, pude oírle con claridad, y juro que dijo: «¡Estos piojos asesinos de Cristo han de ser barridos de la faz de la tierra! ¡La tierra debe ser purificada! ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!»». Y sus palabras fueron coreadas por otro enorme rugido de la turba que lo rodeaba. Levantó su cruz

de madera de dos metros y, en solitario, subió la rampa de tierra y los peldaños de madera de los últimos metros del acceso a la torre. Y con un aullido enloquecido que me heló el corazón, la multitud de cristianos vociferantes, los buenos ciudadanos de York, se precipitaron tras él como un río que se desborda.

Hacía rato que ya había despertado a Robin, y en ese momento él pasaba revista a la fila de judíos situados en el parapeto, dándoles ánimos. Cada judío empuñaba una ballesta, pero muchos de ellos parecían aterrorizados.

—No disparéis aún, no disparéis —les gritaba Robin, con su arco de batalla recién montado en una mano, y era difícil oírle por encima del sordo rugido lleno de odio de la multitud de abajo—. Cuando yo dé la señal aplastaremos a esa plaga, no antes, todos quietos hasta que yo dé la orden. No... Disparéis... Aún.

Milagrosamente, ningún judío disparó su ballesta, nadie lanzó una sola jabalina ni una piedra.

—Esperad... esperad... —iba gritando Robin, y fue entonces cuando me di cuenta de que hacía algo extraño. Dejó en el suelo su arco y levantó una piedra, uno de los cientos de ellas apiladas en montones detrás de las almenas. La agarró con las dos manos, y la sostuvo contra el pecho. Era más o menos del tamaño de la cabeza de un hombre. Entonces miró por encima del parapeto hacia abajo, al gentío que se amontonaba. El monje del hábito blanco estaba delante de la puerta forrada de hierro de la torre; golpeaba la puerta con la contera de su báculo-cruz y ordenaba a los judíos que abrieran en nombre de Cristo, sin el menor resultado aparente. Robin se inclinó por encima de la almena, alzó la piedra hasta colocarla en el borde, se detuvo un segundo a afinar la puntería y luego dejó caer la gran piedra casi en vertical sobre la cabeza del monje.

La cabeza de aquel hombre estalló como un huevo, y sangre y sesos salpicaron la madera sucia de los peldaños. Su cuerpo se derrumbó, los pies se agitaron en un último espasmo, y quedó inmóvil.

Juro, juro por María Madre de Dios que por un instante brevísimo toda aquella horda sedienta de sangre se quedó quieta, paralizada por la conmoción de la muerte del hombre santo. Y entonces Richard Malvête, que estaba más o menos en el centro del gentío, alzó su espada y rugió:

—¡Matadlos, matadlos a todos!

La multitud aulló como atenazada por un dolor terrible, y se lanzó adelante de nuevo.

—¡Disparad ahora! —gritó Robin—. ¡Disparad! ¡Recargad, y volved a disparar!

Y con un restallido de cuero al soltarse, los defensores dispararon como un solo hombre, y una nube de virotos negros se abatió desde lo alto de la torre e impactó en la multitud de abajo. Docenas de cristianos cayeron delante de la puerta, otros retrocedieron tambaleantes con profundas heridas en el cuello, en los hombros, en la

cabeza. Un hombre que llevaba una capucha roja e insultaba a los judíos de las almenas recibió un virote en el ojo. Cayó de rodillas y fue pisoteado por la multitud. Algunos de nuestros hombres siguieron el ejemplo de Robin y, después de disparar sus ballestas, cogieron piedras de los montones junto a las almenas y las lanzaron sobre los atacantes con una fuerza terrible. Otros recargaron metódicamente su arma, tirando hacia atrás de las poderosas cuerdas con los músculos de la pierna y de la espalda, montaron un nuevo virote en la acanaladura, se inclinaron sobre el parapeto y dispararon una y otra vez contra la masa que se agitaba abajo.

La rampa estaba ahora sembrada de ciudadanos muertos y heridos, incluidas algunas mujeres arrastradas al combate por el fuego del fanatismo. Más y más cristianos avanzaban por la rampa desde las lizas y ocupaban el lugar de sus vecinos caídos, bullendo en torno a la pequeña puerta forrada de hierro y golpeándola con hachas, espadas e incluso simples estacas de madera. No servía de nada. Las nubes veloces y espesas de virotos negros se abatían como un enjambre mortal sobre los cuerpos desprovistos de armadura de las gentes de abajo, y el resultado era una terrible carnicería. Robin, a mi lado, había recuperado su arco. Tenía una flecha enhebrada en él y buscaba entre la multitud un blanco especial. Yo sabía a quién buscaba. Richard Malvête, rodeado por sus hombres, animaba a la multitud a avanzar desde detrás de la escalera de acceso a la puerta, con juramentos y grandes gritos de «¡Dios lo quiere!». Vi a Robin apuntar, tirar de la cuerda hacia atrás para tensarla el último par de pulgadas hasta rozar la comisura de sus labios, y soltar. La flecha voló recta y precisa, pero en el último momento el soldado que estaba junto a Malvête interpuso su escudo en forma de cometa y la flecha fue a impactar en él con un golpe sordo, una o dos pulgadas por debajo del borde superior curvado. Robin soltó una maldición y extrajo otra flecha de su bolsa. Vi que Malvête nos miraba directamente a nosotros, y sus ojos ferinos se iluminaron con un relumbre de locura; luego empezó a retroceder agachado, abriéndose paso de espaldas entre la gente, como una anguila. Nos dedicó una mirada llena de puro odio como despedida, se dio media vuelta y desapareció por el terraplén que bajaba a las lizas.

La lucha no había concluido aún, pero había signos de que el ardor de los asaltantes se apagaba ante la terrible avalancha de virotos y piedras. Un hombre joven, delgado y ágil, con la cara encendida de fervor religioso, intentó a la desesperada trepar por el exterior de la torre con la ayuda de dos grandes cuchillos; los clavaba en la madera de la construcción y los utilizaba como puntos de apoyo en la escalada. Me incliné sobre el parapeto y le disparé en la garganta un virote de mi ballesta. Era mi primer disparo, y vi con algún vago remordimiento cómo caía hacia atrás y rodaba por el terraplén, escupiendo su propia sangre, moribundo, aferrado al grueso palo negro que sobresalía de su cuello.

Y de pronto, todo acabó. Los ciudadanos se retiraron por el terraplén hacia las

lizas, ayudando a sus amigos heridos a bajar cojeando, pero dejando medio centenar de cuerpos desperdigados por la hierba ensangrentada de la colina que servía de asiento a la torre. Algunos judíos dispararon aún contra las espaldas de los que se retiraban, pero sin puntería, y Robin gritó:

—¡Dejad de disparar, alto! ¡Ahorrad proyectiles!

Y de pronto fuimos un grupo de hombres sonrientes, jadeantes, sudorosos, que nos felicitábamos y nos dábamos palmadas en el hombro, temblorosos pero vivos y, de momento, victoriosos.



El ruido de martilleo era continuo, un batir incesante que parecía atacar directamente un punto situado en la base de mi cráneo. Empezó tan pronto como el último ciudadano se hubo retirado a las lizas, y continuó durante horas. Peor aún que el ruido era saber lo que estaban construyendo: escalas. No les habíamos derrotado en la sangrienta escaramuza desarrollada delante de la puerta; iban a volver, y ahora con una mentalidad mucho más práctica.

Sin embargo, los judíos estaban eufóricos, y cuando una de las compañías fue enviada abajo a descansar, reemplazada arriba por un grupo de guerreros de refresco, hubo muchos cantos y bromas, y hombres que exageraban el número de los que habían matado personalmente. Yo bajé con ellos, fuera de la luz del sol, y tomé pan y queso y una jarra de cerveza que me ofreció Ruth en la sala en penumbra del piso bajo. Ella estaba radiante de felicidad y sus ojos brillaban mientras repartía comida a los hombres hambrientos.

Tuve la incómoda sensación de que pensaba que la batalla había terminado. Pero no pude decidirme a desilusionarla: sabía que tendríamos que superar una lucha mucho más ardua antes de poder considerarnos vencedores. Y cada cristiano que matáramos enconaría los ánimos en nuestra contra cuando sir John Marshal y sus tropas regresaran por fin de dondequiera que hubieran ido.

Robin me encontró dormitando recostado en la pared de la sala; traía consigo a Reuben y a otros tres judíos. Estaban armados con espadas, y dos de los hombres desconocidos para mí llevaban también escudo. La espada de Reuben era distinta de las que yo había visto hasta entonces: era delgada, delicada incluso, y de una forma ligeramente curvada. Asombrado, me pregunté cómo podía empuñar un hombre un arma tan femenina.

—Volverán a atacarnos pronto —dijo Robin sin más preámbulo—. Y atacarán desde todos los lados, con escalas. —Se detuvo y miró pensativo a los tres hombres que acompañaban a Reuben—. Puede que consigamos contenerlos, pero si superan el parapeto, tú, Alan, con la ayuda de Reuben y de estos tres hombres, tendrás que



pararlos. Manteneos apartados de la lucha vosotros cinco, y estad atentos a las posibles brechas. Tu tarea será la de un dique, Alan, para taponar como el corcho de una botella cualquier grieta que pueda abrirse en nuestras defensas. ¿Está claro?

Asentí, y Robin me dirigió una sonrisa.

—Alan, tú estás al mando de este piquete, y recuérdalo, todos dependemos de ti.

Otra sonrisa, y se fue. Trepamos por las escaleras hasta el techo y tomamos posición en el centro de aquel espacio abierto. La tarde estaba mediada, e incluso al pálido sol de marzo el ambiente era agradablemente templado allí arriba. Estábamos a unos quince pasos de cada uno de los cuatro costados almenados de la torre, y era fácil comprender la lógica de la decisión de Robin de reservarnos de aquella manera. Si el enemigo conseguía saltar el muro, los cinco podríamos cargar contra él en pocos segundos, y rechazarlo. Saqué de la vaina mi vieja espada mellada y empecé a pasar una piedra de afilar a lo largo de la hoja. El chirrido de la piedra contra el metal sirvió de contrapunto al martilleo de las lizas, en una especie de música marcial irreal. Me di cuenta de que, sin pretenderlo, acompasaba el ritmo de mi trabajo con el eco de los martillos. Y entonces, de repente, el martilleo paró.

Me levanté y me acerqué al parapeto después de decir a mi pequeña tropa de «tapones» que se quedaran quietos donde estaban. El espacio de las lizas estaba de nuevo lleno de gente, pero ahora parecía haber entre la multitud muchos más soldados que lucían los colores escarlata y azul pálido, y menos civiles. Pude ver que las escalas pasaban de mano en mano por encima de las cabezas de la gente, y de pronto sonó una trompeta y toda aquella masa de humanidad empezó a avanzar hacia la torre.

—Aquí vienen otra vez —gritó alguien, y al mirar a derecha e izquierda, vi la angustia en los rostros de los defensores judíos, y sus nudillos blancos aferrados a las culatas de sus ballestas, bien asentadas las piernas sobre el suelo de madera como para resistir un impacto físico. De nuevo insistió Robin en que no dispararan.

—Esperad hasta que empiecen el asalto —gritó—. Esperad a que dé yo la señal... Esperad...

Los atacantes se dividieron en dos grupos e, ignorando la rampa empinada y los peldaños que conducían a la pequeña puerta forrada de hierro que les había derrotado antes, dos torrentes humanos rodearon la base del gran montículo de tierra sobre el que se asentaba la torre. Se mantenían casi fuera del alcance eficaz de las ballestas, y de todas formas Robin insistió en que se economizasen los proyectiles para el momento del ataque. Pero sí estaban al alcance de la voz. Algunos nos lanzaban maldiciones al pasar junto al pie de la colina, otros agitaban lanzas y espadas en el aire y gritaban, y otros aún, ceñudos, nos ignoraban. Formaron en dos cuerpos bastante laxos, uno al oeste, hacia el lado de la orilla del Ouse, y el otro al norte, mirando al terreno raso situado entre la fortaleza y el inicio de la ciudad misma.

Entonces se adelantó una figura de la masa de hombres situados al norte, acompañada por un hombre de armas que enarbolaba una bandera blanca. Era sir Richard Malvête. Vi que Robin, con su arco de batalla en la mano izquierda, buscaba una flecha en la aljaba de tela que llevaba colgando de la cintura, y que Josce le ponía una mano en el brazo para retenerlo.

—Oigamos primero lo que quiere decirnos —dijo el anciano judío, en voz baja y tono responsable. Robin frunció el ceño, pero dejó caer en la bolsa la flecha que había cogido.

—Judíos de York —gritó Malvête; su voz llegaba débil pero claramente audible—. Soltad a los niños cristianos que tenéis cautivos, bajad de la Torre del Rey y seréis perdonados.

Hubo un murmullo colectivo de asombro en el techo de la torre.

—¿Qué niños? —gritó alguien—. ¿De qué estás hablando? ¿Te has vuelto loco?

—Soltad a los niños cristianos; devolvednos a los dos chicos que habéis raptado. Dejad que vuelvan sin daño a los brazos de su madre y seremos misericordiosos —tronó sir Richard.

Josce se asomó al parapeto. Hizo bocina con las manos alrededor de la boca y gritó:

—No hay niños cristianos aquí. Quien lo haya dicho, miente. No hay ningún niño cristiano en este lugar. ¿Por qué nos hacéis la guerra?

Malvête volvió la espalda a la torre y se dirigió a la muchedumbre. Un mesnadero se colocó a su espalda para protegerlo, con el escudo levantado para cubrir al caballero.

—Los han asesinado —gritó—. Han asesinado a nuestros ángeles. ¿Les dejaremos en paz? ¿Nos iremos dejando que estos asesinos de inocentes, estos herejes, sigan urdiendo sus conjuras malignas?

Al unísono, la masa aulló una negativa. La trompeta emitió dos toques, y las dos fuerzas del enemigo, la del oeste y la del norte, se abalanzaron hacia la torre con las escalas en alto.

Apenas vi nada del ataque, situado como estaba espalda contra espalda con mis hombres, las espadas en alto, en el centro de la terraza. Pero el ruido fue casi ensordecedor: los gritos de rabia de los atacantes, los gemidos de los heridos, el latigazo y el zumbido de los virotos de las ballestas al ser disparados contra el enemigo, el chasquido ocasional de una espada al chocar con un escudo. Las tres compañías de ballesteros judíos fueron llamadas a la terraza para defender la torre, pero mis piquetes y yo nos manteníamos al margen de la refriega. Un par de postes paralelos con tal vez uno o dos travesaños aparecían por encima de las almenas, y de inmediato un grupo de judíos corría hacia allí, disparaba, recargaba y volvía a disparar a lo largo de la escala, hasta vaciarla de asaltantes. Luego, alguien aferraba la

escala y la empujaba al vacío. Aparecía entonces el extremo de otra escala y el mismo juego se repetía. Robin disparaba su arco de batalla, pero con parsimonia. Yo sabía que sólo se había traído dos docenas de flechas y, por su aspecto, la bolsa de los proyectiles estaba ya medio vacía.

A pesar de la feroz energía de nuestros ballesteros, los enemigos eran varios centenares y contaban con docenas de escalas. El lapso que mediaba entre la aparición de una escala y su rechazo por los judíos empezó a crecer, y a veces llegamos incluso a ver asomar alguna cabeza en el extremo de la escala, antes de que un virote se apresurara a atravesarla. Y luego, de pronto, como en un sueño, los enemigos saltaron el parapeto por el oeste y, en un instante, hubo media docena de cristianos en la terraza, y más hombres se aferraban a las almenas, tiraban de otros para ayudarles a subir, enarbolaban sus armas...

Nos lanzamos hacia adelante formando un grupo compacto, conmigo a la cabeza, la espada desenvainada en mi mano derecha y el puñal en la izquierda. Di un duro revés a un hombre en el momento en que se levantaba del suelo de la terraza y le herí en el cuello; luego giré sobre mí mismo y clavé el puñal, de abajo arriba, en el vientre de otro hombre. Sentí el chorro caliente de sangre en mi puño, removí en la herida la hoja de un pie de largo y tiré de ella para sacarla. Paré un golpe dirigido a mi cabeza con la espada, y di una nueva estocada con mi puñal. Oí entonces un grito junto a mi oído, al hundirse la hoja en la carne del muslo de un hombre. Me movía de forma automática, paraba, cortaba, golpeaba, rajaba sin parar, siempre atento, como me habían enseñado, no al golpe de ahora sino a anticipar el contragolpe que iba a venir, la secuencia natural de cada movimiento, y a veces incluso el tercer o cuarto golpe futuros también.

Me sentía como si otro hombre controlara mi cuerpo; los miles de horas de instrucción hacían que mi cuerpo se moviera y reaccionara como un ingenio mecánico. Mi cabeza estaba libre de pensamientos; sólo tajaba, paraba y estoqueaba, y fintaba a un lado y otro en medio de mis enemigos. Brotaba la sangre, gemían los hombres, los rostros aparecían frente a mí y yo los golpeaba con mi espada. Era consciente de que tenía a mi alrededor a varios hombres de armas, pero los dejé para Reuben y el resto de los piquetes y me abrí camino a cuchilladas, adelante, tajando, gruñendo, apartando a empujones a hombres enfundados en armaduras de malla, hasta alcanzar el extremo de la escala que seguía vomitando enemigos armados. Resbalé en un charco de sangre y estuve a punto de caer, pero me rehice y golpeé con el puño de mi espada una cara barbada en el extremo de la escala. Desapareció, y yo me asomé al parapeto y di un tajo al antebrazo de otro hombre situado algo más abajo, aferrado a un travesaño. Una flecha lanzada desde abajo pasó silbando junto a mi cara, y me eché atrás de un salto. La sangre cantaba en mis venas, me sentía exaltado como si estuviera bajo los efectos de una droga poderosa; oía a Reuben y a

los otros hombres gruñir y forcejear a mi espalda, en combate contra enemigos a los que yo había herido antes. Pero ignoré aquellas escaramuzas y me concentré en la tarea de derribar la escala, con mis armas todavía en las manos.

Un soldado que estaba ya en la terraza se me echó encima de pronto desde la izquierda, con un hacha en las manos ensangrentadas, y yo lo despaché con dos fintas sucesivas y una estocada a fondo que le atravesó la garganta. Cuando doblaba ya las rodillas, gorgoteando y escupiendo sangre, apareció otra cabeza sobre el parapeto, y yo me volví a la desesperada y lo acuchillé en los ojos con mi daga. Se echó atrás para esquivar el golpe y mi espada impactó en el lateral de su cabeza, protegida por el casco. Debió de quedar medio aturdido porque su mano soltó el travesaño de la escala y cayó al vacío como una piedra, llevándose con él al hombre que le seguía en aquel precario apoyo. Miré por encima del parapeto y vi que la escala estaba casi vacía, a excepción de un hombre muy nervioso en uno de los peldaños más bajos, que no tenía prisa en subir al encuentro de la muerte; de modo que dejé en el suelo mis armas, aferré la escala, y tiré del travesaño superior a la izquierda y luego a la derecha, hasta desclavarlo; luego empujé toda la estructura de madera hacia fuera del muro con todas mis fuerzas.

Recogí mis armas ensangrentadas y me volví para ver lo que ocurría con mis hombres. La terraza estaba ahora cubierta de cadáveres de enemigos, tal vez una docena entre civiles y soldados, postrados en el charco formado por su propia sangre, y unos pocos hombres más se retorcían y gemían, malheridos. Un soldado estaba arrodillado, desarmado y malherido, y dos judíos furiosos le daban golpe tras golpe a dos manos con sus espadas, en la cota de malla agujereada o en las manos desnudas y destrozadas con las que intentaba en vano parar los golpes. El tercer judío de mi pequeño grupo de piquetes estaba de pie, aunque ligeramente vacilante, la espada limpia de sangre a un lado, y en el costado una gran mancha carmesí en el lugar donde le había alcanzado una espada enemiga. Se estaba muriendo de pie, con los ojos muy abiertos por el miedo a las tinieblas, y la mancha húmeda crecía y crecía hasta que todo el costado de su túnica quedó empapado. Dobló las rodillas y luego cayó hacia adelante, su rostro se estrelló en el suelo y su cuerpo quedó inmóvil.

Entonces vi a Reuben. El boticario mantenía un duelo con un mesnadero enfundado en una cota de malla, no un simple civil armado con un rastrillo herrumbroso, sino un soldado profesional. La delgada y femenina espada de Reuben estaba en todas partes, fintaba arriba y tajaba a la altura del tobillo, apuntaba a los ojos y de pronto golpeaba el cuello. Era un maestro; podía acudir en su ayuda, pero estaba claro que no me necesitaba. El soldado no tenía la menor opción, sus torpes golpes con la pesada espada recta no se aproximaban siquiera al cuerpo de Reuben. De pronto, en un instante todo acabó: Reuben avanzó dos pasos cortos, apartó el arma de su enemigo con un giro relampagueante de la muñeca y casi con delicadeza le

atravesó la garganta con la hoja curva de su espada de juguete. El hombre dobló una rodilla, sus manos blancas volaron a su cuello, y su vida se acabó entre profusos y repetidos borbotones de sangre.

También el ataque había acabado. Vi que los hombres derrotados —civiles y soldados— retrocedían hacia las lizas, y atisbando por encima del parapeto vi los cadáveres amontonados, decenas y decenas, algunos tan erizados de virotes que parecían puercoespines, mientras se arrastraban entre ellos los heridos incapaces de caminar. Muchos se habían roto las piernas al caer de lo alto de las escalas. Los judíos eran despiadados, y Robin no intentó detenerlos. Cargaban sus ballestas, se asomaban al parapeto y disparaban un virote tras otro a los heridos de abajo. Y luego arrojaban a los enemigos muertos, y a los heridos también, por encima del parapeto, y sus cuerpos se estrellaban veinte metros más abajo y rodaban por la pendiente herbosa de la colina.

También nosotros habíamos sufrido bajas. Además de mi piquete, que estaba siendo atendido por sus compañeros, teníamos dos hombres muertos por heridas de lanza, uno con una herida de flecha muy mala, y varios hombres heridos por tajos de las espadas de nuestros asaltantes cuando intentaban empujar las escalas hacia fuera. Pero en conjunto, los daños sufridos por nuestro bando eran leves; y de nuevo les habíamos rechazado.

Mientras el sol se ponía sobre nuestro campo de batalla, los ánimos en el interior de la torre eran orgullosos y desafiantes. Los hombres habían sido atacados dos veces y habían derrotado a sus enemigos con enorme valor. En cuanto a mí, como me ocurría siempre después de una batalla, me sentí inundado por una enorme tristeza y casi rompí a llorar. Y cuando pasó la excitación y mi corazón volvió a latir a su ritmo normal, sentí gravitar un peso inmenso sobre mi alma: el dolor por tantos cristianos que no volverían a ver salir el sol. Hiqué las rodillas en aquella terraza y recé a Dios Todopoderoso para que recibiera las almas de los fallecidos en su Gracia, y les perdonara sus pecados. También recité una corta oración de gratitud por haberme salvado de la sangre y la carnicería de aquel día. Luego me puse a limpiar y engrasar mis armas. Sabía que volvería a necesitarlas muy pronto.

## Capítulo V

**M**antuvimos la vigilancia toda la noche por compañías: dos compañías de guardia y la tercera descansando, pero no volvieron a lanzar ningún ataque. Los piquetes enemigos siguieron desplegados alrededor de la torre; vimos movimiento de gente a la luz de pequeños fuegos de campamento, pero no hubo nuevos intentos de tomar la torre. En cambio, en el centro del espacio de las lizas encendieron una gran hoguera y, por medio de unas grandes trébedes, colocaron un enorme caldero sobre las llamas y lo llenaron con agua del río. El agua de aquella gran olla de hierro tardó varias horas en hervir; cuando empezó a borbotear alegremente ya era noche cerrada, y en torno al caldero se había reunido una multitud. Supuse que los cristianos iban a preparar algún potaje con el que dar de cenar a los cientos de personas reunidos allí para ser testigos de la muerte de los judíos de la torre, pero estaba equivocado. Horriblemente equivocado.

Entre el gentío que rodeaba el caldero vi a dos hombres con los hábitos oscuros de los frailes, entre los que destacaba la figura elevada de sir Richard Malvête; uno de los clérigos parecía celebrar algún tipo de ceremonia, cantaba salmos y dirigía los rezos de la multitud. Luego hubo un reflujó en el gentío, y apareció entre los asistentes un gran paquete de forma extraña que fue depositado en el suelo junto a la hoguera. Entonces se movió y vi que se trataba de una niña, flaca, aterrada, molida a golpes y atada con fuertes ligaduras.

Alguien que estaba colocado a mi lado en el parapeto lanzó un agudo grito de dolor, y al volverme vi a un judío entrado en carnes y vestido con ropa de buena calidad, con la boca abierta de angustia, señalando la zona de las lizas y a la niña atada en el suelo. Muy pronto lo rodearon sus compañeros, que lo consolaron e intentaron apartarlo de las almenas.

—Es su hija —dijo una voz a mi lado, y al volverme vi a Robin, ceñudo, recostado en su arco sin montar—. Sea lo que sea lo que van a hacerle, el espectáculo no le va a hacer ningún bien a él —dijo. Aquella voz era gélida y sin inflexiones.

Un joven se inclinó sobre el muro y gritó hacia la oscuridad, en dirección a la fogata de los sitiadores más próximos:

—¡Eh, cristianos! ¡Eh, vosotros!

No hubo respuesta. El hombre se asomó más aún, y sus compañeros lo sujetaron por las piernas.

—¡Eh, cristianos, contestadme!

Hubo un breve silencio, y luego respondió una voz desde la oscuridad:

—¿Qué es lo que quieres, condenado judío? Para de alborotar y déjanos dormir.

—¿Qué está pasando allí, en el castillo? Tienen atada a la hija de Mordecai el platero, ¿qué van a hacer con ella? Decídmelo, cristianos, por el amor de Dios, decídmelo. Sólo tiene diez años y nunca ha hecho daño a nadie.

Hubo un cuchicheo de consultas abajo, en la oscuridad. Luego una risa ronca, y fue una voz distinta la que contestó.

—Es una sucia judía, y van a purificarla a fondo, cerdo. La bautizarán y enviarán su alma a Jesús. ¡Y a Él le bastará sin duda una ojeada para mandarla al infierno al que pertenece!

Hubo más carcajadas, nada agradables, una especie de cacareo entrecortado que sin duda se parecía a la risa del diablo.

Robin y yo miramos hacia el extremo más alejado de las lizas, donde la ceremonia religiosa parecía a punto de terminar.

—¿Qué distancia dirías que hay desde aquí hasta ese caldero, Alan, unos doscientos veinticinco metros?

Podría estar haciendo un comentario irrelevante sobre el tiempo, a juzgar por el tono de su voz.

—Doscientos treinta por lo menos, diría yo —respondí, tratando de imitar su despreocupación. Pero enseguida quedé sobrecogido de horror por la escena que se desarrollaba ante mis ojos.

Dos soldados levantaron a la niña atada, y en ese momento ella echó la cabeza atrás y pude ver su rostro aterrorizado, libre de la cabellera oscura que lo ocultaba. Los soldados la sostuvieron en pie, el sacerdote hizo la señal de la cruz, sonaron algunos gritos aislados entre el gentío..., y de un empujón la sumergieron en el agua hirviendo. Incluso ahora, después de cuarenta años, aún puedo oír su terrible grito de dolor, capaz de helar la sangre. Sentí un temblor irreprimible, mi escroto se contrajo violentamente y todos los músculos de mi cuerpo quedaron tan tensos y duros como si fueran de hierro. Pero a mi lado, Robin se movió. Mientras los gritos espantosos de la niña escaldada despertaban en torno a la torre ecos fantasmales que el viento esparcía, Robin sacó una flecha de su bolsa, la montó en el arco y la soltó con un solo movimiento fluido. La flecha trazó una curva pronunciada, la blanca vara de fresno relució al pasar sobre la luz de las hogueras que punteaban la oscuridad reinante, y fue a clavarse con precisión en el pecho de la infortunada niña. Los gritos cesaron de forma tan repentina como si le hubieran cortado la cabeza con un hacha. Fue un tiro asombroso, imposiblemente preciso a aquella distancia y con aquella luz, milagroso... y sin embargo Robin lo hizo. La conmoción paralizó a las personas que rodeaban el caldero; hacía un instante contemplaban los gritos de una niña judía

sometida a una tortura insoportable, y de pronto era sólo un cadáver que flotaba en el agua burbujeante, saltando en aquel hervor como un buñuelo al freírse en una sartén.

Robin volvió a disparar, y de nuevo su tiro fue casi sobrenatural. La flecha se clavó en la barriga del clérigo que había dirigido la ceremonia; su expresión de horror cuando un palo blanco apareció en su voluminosa tripa fue realmente cómica, pero mientras miraba incrédulo a su alrededor, la multitud se dio cuenta del peligro y se dispersó, buscando cada cual protegerse como pudo. No había señales de la presencia de sir Richard Malvête. Una vez más, había desaparecido ante los primeros síntomas de peligro.

Oí a Robin maldecir en voz baja a mi lado, y me volví hacia él. Miraba su bolsa vacía de flechas y murmuraba para sí mismo una sarta de obscenidades. Vi entonces que sólo le quedaba una flecha, la que tenía en la mano. Se dio cuenta de que le estaba mirando, se encogió de hombros, la montó y la lanzó contra un soldado que cruzaba agachado las lizas en busca de la protección de la capilla. La flecha alcanzó al hombre en mitad de la espalda, e incluso a una distancia de más de doscientos metros perforó su cota de malla y lo derribó al suelo. Aún se movía débilmente, pero Robin lo ignoró y se volvió para decirme:

—Debería haber traído más flechas, Alan. Ha sido un error.

—Nuestro plan no era combatir en una batalla de gran formato —dije.

—Cierto. Pero errores como ése provocan muchas veces la muerte de los hombres.

Y con una sonrisa triste se alejó y empezó a bajar las escaleras hacia la sala del primer piso.

Yo me quedé en el parapeto, y pasé en vela la noche entera como un homenaje loco, sin sentido, absurdo, a aquella niña pequeña; pensando en ella y en la muerte rápida y piadosa que Robin le había proporcionado, y pensando también en sir Richard Malvête.

A la primera luz gris del alba, Ruth vino a traerme cerveza y pan, y finalmente doblé mis piernas entumecidas, me senté en el suelo y me puse a comer. Pero mi desayuno se vio pronto interrumpido por un toque de trompetas. Yo y los hombres que me rodeaban corrimos al parapeto, y vimos un desfile de cincuenta jinetes y un centenar aproximadamente de infantes, seguidos por una gran caravana de carretas tiradas por bueyes y cargadas con lo que parecían ser grandes cantidades de maderos aserrados, que entraban en las lizas por la puerta oriental. Sir John Marshal había vuelto a su castillo.

Entre los judíos sitiados en la torre, las opiniones se dividieron: algunos nos consideraban ya a salvo ahora que el representante del rey había vuelto; otros, más pesimistas, sólo vieron que habían llegado refuerzos para nuestros enemigos.

—Por lo menos, ahora podremos negociar —dijo Reuben, hombro con hombro



conmigo en el parapeto, inclinado sobre la almena para ver mejor las lizas. Se había traído su propio desayuno y roía un mendrugo de pan mientras veíamos desfilar a los soldados en el patio. Debajo mismo de nosotros, seguían tendidos los cuerpos de los muertos sin recibir más atención que la de los cuervos reunidos en grupos numerosos para picotear la carne de los cadáveres con un patente desprecio aviar por la dignidad humana.

—¿Puedo ver tu espada? —pregunté entonces a Reuben. Y él accedió gentilmente a desenfundar la delgada hoja curva de su vaina y tendérmela con la empuñadura hacia mí. Me pareció ligera, muy ligera, al sopesarla. Ensayé algunos golpes experimentales, en el aire. Era como agitar una vara de fresno; no tenía nada del poder brutal de mi propia arma. Pero por Dios que un hombre podía golpear muy velozmente con aquella hoja. Luego Reuben se quitó un pañuelo de seda que llevaba al cuello y me pidió que sostuviera su espada con el brazo extendido. Colocó el pañuelo sobre el arma, y lo dejó caer. La seda quedó cortada en dos, únicamente por el impulso de su propio peso. Quedé asombrado. Nunca había visto un filo tan agudo en mi vida; lo probé con el dedo pulgar, y de inmediato me hice un corte en la yema. Mientras me apresuraba a chupar el dedo herido, pregunté a Reuben dónde había conseguido un arma tan fina.

—Es una cimitarra como las que se fabrican en Arabia —dijo, como toda respuesta a mi pregunta—. Si sobrevivimos a este cerco y viajas con el rey a Ultramar, verás muchas espadas de este tipo..., y tal vez desearás no haberlas visto. Es un arma corriente en el gran ejército del sultán al que los cristianos llamáis Saladino.

Le pregunté de nuevo, ahora mirándole directamente a los ojos:

—Pero ¿dónde la conseguiste tú?

Suspiró.

—¿De dónde crees que soy, Alan?

—Pues de York, naturalmente. Aunque me han dicho que también tienes una casa en Nottingham.

—Mira mi piel, mis ojos, mi cabello... ¿Tengo aspecto de venir del norte de Inglaterra?

—Bueno, eres judío —contesté, después de observar el tono avellanado de su tez y sus ojos oscuros—, de modo que supongo que en tiempos tu familia debió de venir aquí desde Tierra Santa.

—¿Me parezco a estos otros? —preguntó, y señaló a los judíos que estaban junto a nosotros en las almenas.

—Claro que sí, bueno, un poco..., la verdad es que no mucho.

No pude explicarme por qué hasta entonces no me había dado cuenta, pero Reuben tenía la piel mucho más oscura que los otros judíos, y algunos de los

ballesteros del parapeto tenían el pelo rubio rojizo, e incluso ojos azules.

—Todos nosotros somos hijos de Israel —dijo Reuben—, pero estos buenos judíos proceden del norte de Francia y sus familias vivieron allí a lo largo de muchas generaciones antes de venir a Inglaterra a probar suerte.

—¿De modo que *tú* vienes de Ultramar? —pregunté. Estaba fascinado. Nunca antes me había parado a pensar en los antecedentes de Reuben. Sólo era el amigo de Robin, el judío, el mercader y prestamista de York. Que viniera de Ultramar, la tierra que habían pisado los pies benditos de Cristo, la de Juan Bautista, Moisés, el rey David, y Sansón y Dalila, y todos los demás personajes de la Biblia..., me parecía exótico y misterioso en extremo.

—Soy un temanim, un judío del extremo sur. Vengo de una tierra situada más allá de Ultramar, a la que los árabes llaman Al-Yaman..., conocida desde antiguo como el país de la reina de Saba —dijo, con una nota de orgullo en la voz.

Aquello me pareció todavía más fabuloso. ¿Más allá de Ultramar? Podía haberme dicho que venía de la Luna. Tuck me había contado la historia de Salomón y la reina de Saba, pero todo parecía muy remoto, muy lejano. Una leyenda. Era como si me hubiera topado de frente con un unicornio.

—¿Cómo es... Al-Yaman? —pregunté, inseguro aún acerca de aquel nombre desconocido, pero imaginando una tierra perfumada en la que fluían ríos de vino, donde las piedras preciosas brotaban del suelo como las flores y de las ramas de los árboles colgaban pasteles.

—La mayor parte es un desierto, arena, rocas y un sol despiadado. Pero es mi hogar, supongo, en cierto sentido. O lo sería si alguien de mi familia viviera todavía allí.

No dije nada, me limité a mirarlo ansioso por oír de su boca el resto de la historia, escuchándole con los ojos. Me sonrió de nuevo, me invitó con un gesto a tomar asiento, y luego, sentado a su vez a mi lado con la espalda recostada en las almenas y su hermosa cimitarra sobre las rodillas, empezó.

—Mi padre, Dios le haya concedido el descanso eterno, era un espadero. Él fue quien fabricó esta arma —dijo, al tiempo que posaba una mano respetuosa sobre la hoja, profusamente decorada con incrustaciones de plata—. Éramos una familia acomodada, el negocio marchaba muy bien, y en general había armonía entre los judíos de nuestra ciudad y los árabes. Yo fui adiestrado en el manejo de las armas por los mejores maestros que pudo comprar el dinero de mi padre, y aprendí lenguas (el griego y el latín), además de historia, filosofía, un poco de medicina y buenos modales. Era feliz. Mi padre soñaba con que yo fuese un caballero, tal vez un poeta o un músico como tú, Alan, y no un artesano, un espadero como él mismo, todo el día sudoroso sobre el fuego de la forja vestido con un delantal de cuero. Y a mí me satisfacía esa ambición; asistía a las mejores fiestas, mezclado con los hijos de los

ricos, y se hablaba de un posible matrimonio mío con la hija de un rico comerciante de una ciudad vecina. Era una buena vida. —Hizo una pausa y cerró los ojos durante un instante, como para saborear mejor aquella juventud dichosa. Luego continuó—: Cuando tenía dieciséis años, llegó a nuestra ciudad un clérigo musulmán viajero. Iba vestido casi con harapos, pero en sus ojos ardía la pasión y predicaba con gran elocuencia a los fieles en la mezquita local. Sus prédicas eran consideradas sublimes; desde muy lejos venían gentes para escuchar sus enseñanzas. El Profeta mismo, alabado sea, lo ha inspirado, decían. Pero lo que predicaba era la pureza. Sólo manteniéndose puro, decía, puede un musulmán alcanzar el paraíso al final de su vida. Sólo viviendo una vida santa y evitando cualquier desvío, podía un verdadero musulmán honrar a Dios de la forma adecuada. Toda impureza debía desaparecer; debía ser barrida, prohibida, y si no podía prohibirse, había que destruirla. Y nosotros los judíos, dijo el así llamado hombre santo, éramos impuros.

Empecé a adivinar la conclusión de aquella historia. Había una nota de profunda amargura en la voz de Reuben, y recordé que la noche en que llegamos a su casa fuimos recibidos con un cuchillo lanzado. Pero seguí en silencio y esperé que Reuben continuara.

—Al principio, el clérigo se limitó a predicar que se evitara a los judíos, pero en nuestra ciudad llevábamos muchos cientos de años conviviendo en paz. Los judíos vivíamos puerta con puerta con los musulmanes, nos invitábamos a comer, asistíamos a celebraciones comunes; había un respeto mutuo, nuestros hijos jugaban juntos en la calle. De modo que, al ver que la mayor parte de su rebaño no hacía caso de su mensaje de separación, el clérigo empezó a dirigir sus sermones a los varones jóvenes de la ciudad. Iba a buscarlos de noche, predicaba casi en secreto, y les decía que a ellos les correspondía la misión sagrada de purificar la ciudad de judíos. Lo llamaba *yihad*. —Reuben escupió la palabra como si fuera veneno en su lengua—. Muchos jóvenes no hicieron caso de aquel *mullah* y se alejaron de él; a pesar de su elocuencia, era evidente que estaba loco: ¿cómo podía depurarse una ciudad de la cuarta parte de sus habitantes? Pero algunos jóvenes, los más radicales, los infelices, los alocados, le escucharon. Y empezaron a odiar.

«Una noche, un grupo de hombres, entre quince y veinte jóvenes, vinieron a nuestra casa; estaban drogados con hachís, y tal vez también un poco borrachos, y quemaron nuestra casa y también mataron a mi padre y a mi madre cuando salieron a protestar. Mi hermano menor luchó con ellos, y mató a dos antes de ser derribado y muerto a su vez. Quemaron también las casas de otros judíos, y muchas familias perdieron seres queridos en aquella noche terrible. La casualidad quiso que yo estuviera lejos, de visita en casa de unos amigos de una ciudad situada a unos ochenta kilómetros de distancia, y supongo que eso me salvó la vida. Al día siguiente, el *mullah* fue expulsado de la ciudad a pedradas acompañadas por maldiciones. Tanto

los judíos como los musulmanes quisieron que se marchara, y los jóvenes autores de la fechoría fueron condenados por los ancianos de la ciudad; dos, los cabecillas, fueron ejecutados, y los demás perdieron un ojo, como castigo y como señal de su vergüenza. Pero a pesar de esa restitución, la ciudad no volvió a ser la misma de antes. Quienes tenían hijos tuertos empezaron a odiar a los judíos, y los judíos cuyos amigos habían sido asesinados por aquellos jóvenes insensatos empezaron a odiar y temer a sus vecinos musulmanes.

»Yo no pude seguir viviendo en aquella ciudad después de la muerte de mi familia. Me afligía un horrible sentido de culpa; de haber estado allí, habría podido protegerles, me decía a mí mismo. No era cierto, desde luego, y una parte de mí lo entendía así; habría muerto como ellos de no haber estado lejos. Pero me quedó el sentimiento de culpa del que ha sobrevivido a una catástrofe. No pude permanecer en aquella ciudad, era inconcebible para mí. Reuní el dinero, los caballos y los camellos que mi padre me había dejado, y me puse en camino. Durante tres años, recorrí Arabia y los países vecinos. Visité Alejandría y Bagdad, Jerusalén y La Meca; viví como el joven príncipe que mi padre había querido que fuese, viajando con todos los lujos, alojándome sólo en las mejores casas, gastando una fortuna en comida y vino, perfumes y joyas..., hasta que un día, inevitablemente, el dinero se acabó. Y yo me encontré en Acre, una ciudad cristiana de la costa de Palestina, con la bolsa vacía y sin la menor idea de qué hacer con el resto de mi vida.

Reuben cerró los ojos durante un instante, perdido en sus recuerdos.

—¿Y qué hiciste entonces? —le pregunté.

Reuben suspiró.

—Has de entender mi vergüenza, Alan, pero aunque no tengo excusa, puedo dar un comienzo de explicación: yo estaba aún desesperado por la muerte de mis padres, y no seguía ninguna dirección clara en mis viajes, carecía de objetivos y de dinero, de modo que durante un tiempo me convertí en bandido, en ladrón, y asalté las ricas caravanas de camellos en los caminos de Ultramar. Me cobré muchas vidas inocentes en ese año, y aprendí a conocer los senderos secretos del desierto. Sin embargo, al cabo de un año me sentí tan asqueado de mi conducta que me ofrecí como vigilante de las caravanas que recorrían los polvorientos caminos que conducen al sur, a Al-Yaman. Yo era, podríamos decir, un tahúr convertido en vigilante del juego, un cazador furtivo pasado a las filas de los guardas forestales. Pensé que, si podía proteger a los mercaderes a los que antes había robado, de alguna manera, a los ojos de Dios, aquello sería una penitencia por mis pecados.

«Después de dos años de tragar el polvo de las caravanas y de despachar a frustrados depredadores (muchos de los cuales se llamaban a sí mismos cristianos, debería añadir), después de dos años de ampollas por el roce de la silla de montar, de sed y de heridas mal curadas, también me cansé de aquello. Ocurrió cuando por un

azar estaba de nuevo en Acre, sin empleo, y descansaba oculto al ardor del sol en un jardín hermoso, con césped bien recortado y naranjos podados que perfumaban el aire. Era todo tan verde, tan sedante. Cerca oía el murmullo del agua de una fuente, y me invadió una profunda sensación de paz».

Oí el canto de unos monjes cristianos, un sonido hermoso, puro y divino; a pesar de ello, Alan, créeme, nunca me vi tentado a abandonar la fe de mis padres. Pero admito haberme sentido cerca de Dios en aquel jardín cristiano. Bajé la vista a mis pies (estaban muy sucios, arañados, deformados por los callos, y una sandalia tenía una tirilla rota), y llegué a una conclusión. Quería dos cosas en esta vida. Quería vivir en algún lugar donde no hiciera tanto calor, y quería ser rico.

—¿Y entonces te viniste a Inglaterra? —adelanté, con una nota de incredulidad en mi voz.

—Como bien has dicho, joven Alan —replicó Reuben—, me vine aquí. Me costó dos años llegar, y a mi arribada no tenía un solo penique y casi todos me motejaron de judío errante, pero he prosperado desde entonces.

Supe lo que iba a decir a continuación, antes incluso de que pronunciara las palabras.

—Fue Robin, de hecho, el primero que me ayudó. Y nunca olvidaré su gentileza. Fue Robin quien me prestó el dinero necesario para poner en marcha mi negocio, y le estoy reconocido por ello. Valgan lo que valgan mi lealtad y mi amistad, siempre podrá contar con ellas, a despecho de todo lo que pueda hacer.

—Usura —dije en tono áspero. Era un pecado mortal, y no me gustaba el hecho de que Robin estuviera mezclado en un asunto así.

—¿Lo desapruebas? ¿Qué otra cosa podía hacer yo? Por mi condición de judío, tengo cerrado el acceso a casi cualquier otra profesión. Poseo bastantes conocimientos de medicina, pero no puedo tratar a los cristianos como médico; tengo una buena instrucción militar, pero no sería bien acogido en las filas de un ejército cristiano. De modo que sí, usura. —Me miró a los ojos, con su cabeza morena inclinada a un lado—. Considéralo un servicio —dijo—. La gente necesita pedir dinero prestado de cuando en cuando, y yo proporciono ese servicio. Ya en la Roma cristiana había prestamistas.

No tenía intención de ponerme a discutir con él después de que hubiera compartido con tanta generosidad la historia de su vida conmigo, y un repentino toque de trompeta me ahorró la necesidad de hacer algún comentario. Nos pusimos en pie a toda prisa, y al mirar por encima del parapeto vi una delegación de caballeros montados y soldados de a pie que cruzaba el puente bajo una bandera blanca de tregua. Al frente del desfile, venía un caballero ricamente vestido, armado con todas sus relucientes armas. Era sir John Marshal. Y a su lado, sobre un corcel manchado y flaco, estaba la alta silueta de sir Richard Malvête.

El alguacil mayor de Yorkshire detuvo su caballo a pocos metros de la puerta de la torre, dentro del alcance de un tiro de ballesta pero confiado en la protección de su bandera blanca, y levantó la vista hacia las almenas.

—Judíos de York —gritó—, tenéis que liberar a los niños cristianos que tenéis en vuestro poder y bajar de la torre. Os perdonaremos la vida si aceptáis el bautismo en la verdadera fe de Nuestro Señor Jesucristo.

Vi la ligera sonrisa taimada que insinuó a su lado Malvête, también con la cabeza vuelta hacia arriba. Y temblé al recordar el «bautismo» de agua hirviendo que había sufrido la niña judía la noche anterior.

—¿Por qué siguen hablando de esos niños? —pregunté a Reuben.

Él me miró con dureza.

—Es evidente que alguien nos ha estado difamando. Suele ocurrir. Sin duda andan contando que hemos raptado a dos niños para comérmolos como aperitivo antes de la cena, y esos bobos cristianos se lo han creído.

Vi a Josce puesto en pie entre dos almenas, mirando a sir John Marshal. Robin no aparecía por ninguna parte. Concluí que se mantenía deliberadamente fuera de la vista de sir John.

—Como he dicho ya a vuestro camarada sir Richard Malvête, no tenemos aquí a ningún niño cristiano —gritó el anciano judío—. Y no tenemos intención de abandonar nuestra fe. ¿Qué garantía podéis darnos para nuestra seguridad si salimos de aquí? ¿Podéis protegernos contra ellos?

Señaló, más allá de sir John y sus tropas, el lugar donde las gentes de York se habían ido reuniendo en masa, al final de la rampa. Aquella multitud tenía un feo aspecto. Muchos llevaban vendajes ensangrentados o caminaban con muletas. Muchos iban armados. Hubo algunos gritos furiosos y se alzaron puños amenazadores en el aire, en respuesta a las palabras de Josce.

—Esta es la Torre del Rey. Os ordeno en nombre del rey que bajéis y entreguéis vuestras armas. Si no, os desalojaré de la propiedad real por la fuerza. Lo digo por última vez: rendíos y deponed las armas.

—Ven y cógelas tú —murmuró Reuben, y luego dijo algo en una lengua extraña que no comprendí—: *Molon labe* —dijo—. *Molon labe*, bastardos.

Josce conferenció brevemente con un anciano rabino, que es el nombre que reciben los sacerdotes judíos. Se inclinó sobre el parapeto y gritó:

—No podemos rendir nuestras armas a menos que recibamos garantías sobre la seguridad de nuestras familias.

—Tenéis de plazo hasta mediodía para salir desarmados bajo una bandera de tregua. Pasada esa hora, os desalojaré por la fuerza —gritó furioso sir John. Hizo dar la vuelta a su caballo y bajó la rampa. Sir Richard Malvête nos dirigió otra sonrisa cínica y le siguió hasta las lizas.

Levanté la vista al cielo; era media mañana. Y de nuevo en el patio de las lizas empezaron a sonar los martillos.



En la penumbra permanente del piso bajo de la torre, se desarrollaba una discusión acalorada. Media docena de judíos gritaban con todas sus fuerzas sin escucharse unos a otros, algunos se retorcían las manos con desesperación, otros gesticulaban con los brazos levantados. Robin y yo nos sentamos al margen del tumulto y compartimos una hogaza de pan en un banco de un rincón, sintiéndonos ajenos al caos de los gritos de los judíos. Por fin Josce consiguió establecer una especie de orden, después de aullar pidiendo silencio y de golpear la mesa con una jarra de peltre.

—Hermanos —dijo, cuando por fin consiguió un relativo silencio—, os ruego que permanezcáis callados y oigáis lo que tiene que decir nuestro reverendo rabino Yomtob.

El anciano sacerdote judío, que había permanecido sentado a la mesa inmóvil, se levantó con dificultad. Era un hombre de mucha edad, de piel gris y barba abundante, venerable, con ojos inyectados de rojo que parecían más viejos aún que su cuerpo inclinado.

—Amigos míos —dijo en tono pausado, y todos los ruidos del interior de la torre se apagaron de pronto por la atención con la que la gente seguía sus palabras—, yo nací judío. He vivido toda mi vida según los mandamientos de Moisés y las leyes de la Torá; nunca abandonaré la fe de mis padres. Toda esa cháchara de bautismo y perdón de los cristianos es mentira; si salimos hoy de este lugar, mañana estaremos muertos, y morirán nuestras esposas, nuestros hijos... Puede que no todos suframos torturas indecibles antes de morir, pero moriremos. Y prefiero morir como lo que siempre he sido, un judío devoto, que sufrir la indignidad de morir a manos de esos maníacos sedientos de sangre. Recordad a nuestros antepasados de Masada, los seguidores de Eleazar ben Ya'ir; cuando se vieron rodeados por las legiones del todopoderoso imperio romano, eligieron quitarse ellos mismos la vida, como judíos libres, antes que aceptar la esclavitud o una muerte degradante a manos de sus opresores. Yo propongo que sigamos su ejemplo.

Me di cuenta de que Reuben, en el otro lado de la sala, miraba al rabino con fijeza, y su rostro moreno aparecía extrañamente pálido. Toda la torre estaba ahora silenciosa como una tumba.

—Esta noche, como sabemos todos, es Pesach —siguió diciendo el anciano—, la noche santa en la que, bajo la protección del Todopoderoso, el Ángel de la Muerte tomó las vidas de los primogénitos de Egipto pero pasó de largo delante de los hijos de Israel, y nos trajo la liberación de la esclavitud. Esta noche, después de haber

comido nuestro pan ázimo y bebido un vaso de vino, empuñaré un cuchillo y tomaré la vida de mi propio hijo primogénito, Isaac, aquí presente —un joven de aspecto asustado que estaba en medio del grupo dio un involuntario paso atrás—, y tomaré la vida de mi amada esposa de cincuenta años, y de mi hija. Os invito a todos a hacer lo mismo. Luego echaremos a suertes entre los supervivientes para ver quién mata a quién. Esta noche todos seremos ángeles de la muerte y daremos la libertad a nuestras familias, y rezo porque el Dios de Moisés y de Isaac nos perdone. He hablado.

Y se sentó de nuevo.

Durante unos instantes se mantuvo el silencio, y luego hubo una babel de gritos. La mitad de los judíos gemían y repetían las extraordinarias palabras del rabino Yemtob, algunos lloraban, y otros gritaban furiosos que había que luchar hasta la muerte y llevarse por delante a los perros cristianos. Robin me tomó del brazo y dijo:

—Subamos a las almenas.

Yo estaba consternado por el discurso del rabino Yemtob; me parecía que me faltaba el aliento mientras subía las escaleras. Era una decisión extraordinaria, y un pecado muy grave, a mi entender. Yo me había encontrado antes en situaciones desesperadas —bueno, en una por lo menos, en Linden Lea—, pero nunca se me ocurrió quitarme a mí mismo la vida.

Ya en la terraza, ocupé mi posición habitual para observar las lizas y mi corazón dio un vuelco aún mayor.

—¿Sabes lo que es eso? —preguntó Robin señalando un lugar de las lizas donde muchos carpinteros de la ciudad se atareaban en levantar un gran armazón. La pregunta no era de las que necesitan respuesta. Una vez más, el martilleo me daba una jaqueca colosal. Los obreros habían terminado el marco, un cuadrado hecho con vigas de un pie de grueso unidas entre sí con clavos y cuerdas, y montadas sobre sólidas ruedas de madera. También las barras superiores habían sido colocadas en su lugar, rematadas por una pieza transversal que tenía todo el aspecto del travesaño de una horca. En el centro de la estructura, en medio de una maraña de sogas gruesas y poleas, había un gran brazo de madera con lo que parecía una cuchara gigantesca sujeta a un extremo. Yo sabía muy bien lo que era aquello. Y empecé a temblar. Era un mangonel, una máquina de asedio capaz de arrojar piedras pesadas contra la torre, una especie de catapulta como la que había visto utilizar para reducir a astillas la gruesa empalizada de una mansión fortificada.

—Cuando empiecen con eso —dijo Robin—, en cuestión de pocas horas este lugar caerá sobre nuestras orejas.

Parecía completamente indiferente, casi relajado, como si se limitara a señalar un fenómeno curioso.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunté, esforzándome por mantener la voz firme y hablar en tono práctico, aunque sentía enroscarse un nudo dentro de mi estómago.



—Si tuviera una docena de flechas, podría retrasar un poco las cosas —murmuró Robin. Luego se encogió de hombros—: Voy a decirte una cosa, Alan. No nos daremos muerte a nosotros mismos.

Y me dirigió una sonrisa a la que yo intenté corresponder tan esforzadamente como pude.



No hubo más parlamentos con sir John Marshal, como admito que yo había esperado en secreto. Al parecer tenía el propósito de cumplir su palabra porque, cuando el sol llegó al punto más alto de su órbita, el mangonel lanzó su primer proyectil, que cruzó el aire casi perezosamente y fue a golpear la parte baja de la torre con un crujido ensordecedor que hizo temblar todo el edificio. Yo había visto cómo los civiles, supervisados por un pelotón de soldados, tensaban hacia atrás la gran cuchara del brazo del ingenio, cargaban en su parte cóncava una enorme roca y soltaban las cuerdas que la mantenían cautiva.

Sólo había una chispa de esperanza; la tarea de cargar la máquina era muy laboriosa, tal vez porque como civiles no estaban acostumbrados a ese género de ejercicio, y también parecían ir escasos de proyectiles. Aun así, los peñascos que lanzaban tenían un efecto devastador en la torre. Mediada la tarde, habían conseguido cinco impactos. Una esquina del edificio se había combado ligeramente, y de ella colgaban libres varios maderos astillados; una saetera del segundo piso había sufrido un impacto directo y taponamos como pudimos el enorme boquete con tablones claveteados. Y un tiro alto había derribado una sección de las almenas, en la fachada que daba a la izquierda de las lizas, matado instantáneamente a dos hombres y hundido el suelo de la terraza y de los dos pisos inferiores para caer sobre una mujer que preparaba comida en la planta baja, a la que hirió gravemente. Luego, gracias a Dios, el bombardeo se detuvo. Los servidores de aquella enorme máquina de matar estaban sentados, ociosos, a su alrededor, bebiendo de un gran barril de cerveza que les habían traído, y al cabo de un rato, cuando la cerveza excitó sus ánimos, se dedicaron a bailotear y a bajarse los calzones para enseñar sus traseros a los judíos de la torre. Me di cuenta de que se les habían acabado los proyectiles. Pero cuando apenas había empezado a florecer en mi pecho la esperanza de que tal vez no habría más estragos por hoy, se marchitó de pronto al ver pasar traqueteando por las puertas abiertas un gran carro cargado de enormes piedras. Los hombres se desperezaron, el brazo del mangonel fue de nuevo tensado hacia atrás con la ayuda de gruesas sogas, la cuchara recibió un bloque de piedra gris, se soltaron las cuerdas y hubo un nuevo destrozo en nuestras defensas. Y otro. Y otro. A cada nuevo golpe volaban más tablones astillados y se abría un nuevo boquete, ahora en las almenas, ahora en el

muro de la derecha, un poco por encima de la puerta forrada de hierro. Lo taponamos lo mejor que pudimos con una gran mesa de roble y un par de bancos, pero yo sabía, mientras sudaba para colocar en su lugar aquellos pesados muebles, que un simple golpe en nuestro laborioso parche volvería a dejar al descubierto el boquete... sin remedio. Como Robin había predicho, aquel lugar se estaba cayendo sobre nuestras orejas. Cuando una nueva roca impactó en nuestra muralla, sentí clavarse en mi corazón la garra negra de la desesperación. Si aquella poderosa torre quedaba reducida a un montón de madera astillada y serrín, nada impediría que los soldados, a hachazos y lanzadas, nos ahogaran en una gran ola roja de odio atizado por los frailes.

De nuevo en la terraza, y mientras procuraba apartar la vista del gran agujero abierto en el suelo, noté que las almenas se movían inseguras al simple contacto de mi mano. El piso bajo del que acababa de subir estaba ahora lleno de heridos, la mayoría con astillas clavadas; cuando las piedras chocaban contra los muros con una fuerza demoníaca, astillas de madera afiladas como la navaja de un barbero salían despedidas de la parte interior del muro, y atravesaban los cuerpos desprovistos de armadura con la facilidad con que una aguja al rojo penetra en la mantequilla. El hedor de la sangre llenaba el aire espeso del interior de la torre, y los gritos y lamentos de los heridos y sus parientes, de mujeres y niños asustados, y también de algunos hombres, levantaban ecos como si fueran gemidos de almas condenadas. Estábamos en el infierno. Y no había escapatoria.

Entonces ocurrió lo que en aquel momento me pareció un milagro. Oí repicar las grandes campanas del Minster, y su son alegre me pareció una broma siniestra en medio de la sangre y la carnicería de la torre. Eran las vísperas. Las campanas prosiguieron su toque interminable, y mientras yo las escuchaba y dirigía a la Virgen una plegaria para que me mantuviera a salvo, me di cuenta de que el bombardeo había cesado. El sol estaba ya muy bajo en el cielo, y vi que el mangonel había sido casi abandonado por los hombres que lo servían. Sólo quedaba un soldado sentado en la barra delantera de la máquina, mirando los restos maltrechos de la torre, hundidos, rotos y sangrantes, con tablones partidos sobresaliendo de la estructura en formas extrañas. Mi plegaria a la Madre de Dios había sido escuchada..., pero mientras las campanas seguían llamando a vísperas comprendí que podía haber otra explicación para aquel respiro milagroso. De pronto me di cuenta de que estábamos en Viernes Santo, y que los cristianos que nos atormentaban estaban observando la Tregua de Dios en aquel día sagrado. Las lizas estaban menos llenas de gente que antes, aunque el círculo alrededor de la torre de soldados enfundados en sus armaduras seguía intacto; todos los que podían excusarse de la tarea de mantenernos encerrados, habían ido a asistir a los oficios.

## Capítulo VI

Cuando fue ya noche cerrada, quedó claro que no habría por el momento más ataques con el mangonel. Y supuse que nos veríamos libres de sus destrozos durante la noche, aunque sin duda empezarían de nuevo a la mañana siguiente. Cuando la torre quedara reducida a una ruina irreconocible, los civiles sedientos de sangre, apoyados por los bien entrenados soldados de sir Richard y sir John sin duda iniciarían el asalto final. Robin estuvo de acuerdo conmigo.

Sugerí a mi señor que bajáramos para ayudar a reparar el interior de los muros, pero sacudió negativamente la cabeza.

—No van a reparar nada —dijo con una voz extrañamente gélida—. Han decidido morir. En este momento, rezan y siguen el ritual de su fe en este día santo; hemos de dejarles en paz esta noche.

Le miré horrorizado:

—¿Todos? —pregunté.

—Todos menos unos pocos —contestó—. Mañana tú y yo, con Reuben y Ruth, saldremos de aquí con un puñado de judíos y nos entregaremos a la merced de sir John Marshal. No te preocupes, Alan, no nos hará daño..., ni a ti ni a mí. Por lo menos, no creo que se atreva. Habría... ciertas repercusiones, y yo valgo más con la perspectiva de la paga de un rescate que como cadáver. En cuanto a Reuben y Ruth, les he convencido de que acepten el bautismo, y he prometido protegerles. Es preferible a cierta clase de muerte...

—Esperemos que sir John Marshal no se haya enterado del magnífico premio en plata alemana que ha ofrecido Ralph Murdac por tu cabeza —dije, ceñudo.

—Bueno, si tienes un plan mejor, dímelo —estalló Robin. Me di cuenta de que debía de sentirse tan impotente como yo mismo, pero de todas formas fue una respuesta cortante muy poco habitual en mi señor. No tenía nada práctico que sugerir, de modo que guardé silencio.

Pasamos las horas juntos, sentados al resguardo inseguro de las almenas tambaleantes, bajo las estrellas. Yo pensaba en Ruth, en el tacto de su mano en mi cara, en la forma en que se movía su cuerpo al caminar, en mi promesa idiota de mantenerla a salvo. Abajo, en la torre, oía el canto solemne de los judíos que celebraban su Pascua y se preparaban para el horrendo, inimaginable baño de sangre inminente. Me resultó insoportable tan sólo pensar en el venerable rabino de rostro

bondadoso al rebanar las gargantas de su familia, empuñando el cuchillo con sus manos temblorosas de venas purpúreas, en la sangre inocente manando a chorros y empapando su manga parda, y al ser amado derrumbándose en sus brazos... Luego los cantos de abajo cesaron. Durante largo, largo tiempo, sólo hubo el silencio; sólo los ruidos lejanos de los soldados de las lizas y de los piquetes encargados del bloqueo de la torre, que bromeaban y maldecían, ignorantes de la tragedia que se desarrollaba a apenas cincuenta metros de distancia: el débil rumor ronco de la soldadesca y el ulular de un búho a lo lejos. Sentí que se me erizaba el cuero cabelludo cuando oí los primeros gritos de agonía. Hubo un solitario y largo grito agudo, lleno de angustia, que un instante más tarde fue repetido por otras muchas gargantas: un coro de condenados enfrentados a un tormento insufrible.

No pude soportarlo. Me puse en pie y crucé aquel espacio en ruinas, alfombrado por armas abandonadas, ropas innecesarias y astillas de madera, hasta la escalera.

—¡Alan! —gritó Robin a mi espalda, en tono duro—, ¡Alan, no debes bajar...!

Pero yo ignoré la orden de mi señor y con pies pesados por la reticencia, con el caminar incierto de un condenado, empecé a descender a aquel matadero humano.

He visto algunos espectáculos, he visto tal vez más horrores de los que suelen corresponder a un alma de paso por este mundo, pero aquél fue uno de los más sobrecogedores. Incluso en estos días, con la mente encallecida, viejo y estragado como estoy, y recogido a salvo en Westbury, apenas me atrevo a recordar la visita a aquel piso bajo.

Sin embargo, así debo hacerlo: se lo debo a Ruth. Es una deuda que tengo que pagar.

Después del ruido, del aullido animal que expresaba un dolor inimaginable, la primera sensación que me asaltó fue el olor: mucho antes de bajar los últimos peldaños de la escalera de caracol, el olor de la sangre se me había pegado a la garganta, acerado, cálido y desagradablemente dulce. Al mirar aquella sala cuadrada, vi que el suelo de tierra se había convertido en un lago carmesí cuya superficie trémula reflejaba las luces de las antorchas. Y en aquel enorme charco de sangre yacían docenas, veintenas de cuerpos; encogidos como niños, con manos y dedos engarriados en las gargantas como en un último intento por retener aquel fluido vital que empapaba sus cabellos y bañaba con su flujo los rostros sin vida y los ojos fijos y vacíos. Algunos hombres estaban aún de pie y parecían mareados, aterrorizados por lo que habían hecho; otros, de rodillas, lloraban y acariciaban la cara salpicada de rojo de la esposa o el hijo amados. Y en el centro de la sala estaba Reuben con los ojos desorbitados de un loco, el brazo izquierdo aferrando a su hija, mi dulce Ruth, y una daga de acero reluciente en la mano derecha.

Grité «¡No!» y me lancé a través de la habitación, patinando en el suelo resbaladizo de sangre. Reuben vaciló al verme, y así pude llegar a su lado y sujetar su

brazo derecho con mis dos manos. Él era fuerte en una medida temible, pero Ruth fijó sus ojos aterrorizados en los míos y yo conseguí apartar de ella aquella daga. Ruth se abalanzó hacia mí y yo la estreché en mis brazos y apoyé su cara llorosa en mi pecho, apreté su mejilla contra mi cota de malla, y miré con reprobación infinita el rostro exhausto, gris, casi agradecido de Reuben. Un instante después, Robin estaba allí, colocaba sus manos sobre los hombros de Reuben y sus ojos centelleantes se cruzaban con los del judío.

—Estábamos de acuerdo —gritó—. Lo acordamos los dos. Tú saldrás conmigo. Tu vida está en mis manos; yo te salvaré, tienes mi palabra solemne.

Dio a Reuben un bofetón en la cara; el golpe resonó e impulsó hacia atrás la cabeza de Reuben. Una vez más, la habitual frialdad de Robin pareció haberle abandonado. Reuben sacudió la cabeza para reponerse del aturdimiento del golpe, pero no dijo nada. No creo que en aquel momento fuera capaz de hablar. Acababa de apartarse del borde mismo de un pozo infernal, de un estado mental en el que no deseo volver a ver a nadie. Y Robin, que lo intuyó, recuperó el dominio sobre sí mismo y empezó a tirar de su amigo para apartarlo de aquel ambiente de muerte, y volvió a subir las escaleras con él. Yo le seguí con Ruth, que lloraba y temblaba sin control en mis brazos.

Nos instalamos para pasar la noche en un cuarto de almacén del segundo piso, Ruth envuelta en mi capa verde y Reuben sentado con las manos en la cabeza, llorando en silencio. Robin y yo montamos la guardia, a pesar de que no había en la torre nadie que pudiera atacarnos, y de que si los cristianos que nos rodeaban supieran lo que estaba ocurriendo, podrían tomar la torre en el momento que eligieran. Pero tal vez nuestra vigilancia se debió al temor a algo distinto de un enemigo humano. El diablo rondaba la torre aquella noche, estoy seguro. Los gemidos que nos llegaban con el hedor de la sangre del piso bajo continuaron esporádicamente durante toda la noche. Luego, por fin, se hizo el silencio, un silencio pesado y espeso.

Varias horas después de la medianoche, descargó una gran tormenta, los relámpagos rasgaron el cielo y el poderoso estruendo de los truenos sobre nuestras cabezas se hizo casi ensordecedor. Cayó la lluvia como una cortina de lanzas caídas del cielo. Supe entonces que aquello era el Juicio de Dios. Estaba furioso porque sus servidores cristianos habían causado la muerte, y una muerte horrible, de tantos judíos. Me estremecí envuelto en una vieja manta, empapado por el agua que se colaba a través de los agujeros abiertos en el techo, y contemplé la ira vengadora del Todopoderoso desde el estrecho hueco de una saetera.



Con la primera luz del día, incendiábamos la torre; colocamos montones de leña y aserraduras en cinco puntos distintos, y les prendimos fuego con la intención de levantar una pira funeraria por los judíos muertos. Luego salimos a caballo por la maltrecha puerta forrada de hierro, bajo una espesa columna de humo y enarbolando una camisa mugrienta que en tiempos fue blanca atada a una lanza. Robin, Reuben, Ruth y yo mismo, acompañados por una pareja judía muy joven con un bebé, a los que encontramos escondidos en la despensa. Sentí alivio al salir de aquel lugar de sangre y de horror, aunque cabalgáramos para rendirnos a nuestros enemigos. Fui el último en cruzar la puerta de hierro, y al volver la vista atrás hacia aquella horrible escena de sacrificio, vi a través del humo cada vez más denso a Josce, sentado en una banqueta en un rincón oscuro, con sus ojos amables y dolientes fijos al parecer en los míos. Retuve a *Fantasma* y estuve a punto de pedir a Robin que esperara, cuando me di cuenta de que la postura del anciano era innatural y de que su barba y toda la pechera de su túnica estaban empapadas de sangre oscura. Miré por un instante sus ojos judíos ciegos, y luego di media vuelta y guié a *Fantasma* por los empinados peldaños de madera hacia mis colegas «cristianos».

Nuestra aparición provocó que se diera la alarma en las lizas, y los soldados acudieron a la carrera mientras nosotros bajábamos rápidamente el terraplén de tierra y entrábamos en el patio. Robin encabezaba el patético grupo con la barbilla levantada; con su cabello castaño claro, sus ojos plateados y su cota de malla finamente trabajada, parecía todo lo contrario que un judío sitiado y vencido, lo cual supongo que era precisamente su intención. Yo cabalgaba a retaguardia del grupo, atento a las tropas que se agolpaban a nuestro alrededor y procurando no dar muestras de temor. Todos íbamos armados, en contravención directa a las órdenes de sir John, pero Robin nos había dicho que, si las cosas se ponían feas, tendríamos que romper el cerco y correr hacia la puerta abierta de las lizas que conducía al puente sobre el Foss y, más allá, al camino de Walmgate. Y ningún argumento en este mundo de pecado me habría convencido de salir de la torre sin mis armas. Estaba plenamente decidido a luchar y morir, si era necesario, para proteger a Ruth, que todavía no había dicho una palabra desde el momento de la noche anterior en que estuvo a punto de morir a manos de su padre. Yo ni siquiera podía mirar a Reuben.

—Soy el conde de Locksley y deseo hablar con vuestro comandante, sir John Marshal —dijo Robin con su voz más altiva al respetuoso círculo de mesnaderos de a pie que nos rodeaban en el centro de las lizas. La soldadesca parecía insegura, nos miraban boquiabiertos, sin saber qué hacer. A nuestra espalda, la torre ardía ahora por los cuatro costados: las llamas mordían con avidez en las maltrechas defensas de madera; el humo negro ascendía recto hacia el cielo. No representábamos una amenaza seria para aquellos soldados, pero la actitud de Robin y su noble porte los mantenía a una distancia respetuosa. Detrás de los soldados vi que algunos paisanos,

vestidos con túnicas y mantos de tonos pardos, empezaban a salir de los edificios situados en el perímetro de las lizas, frotándose los ojos soñolientos, y entonces el corazón me dio un vuelco. No había señales de la presencia de sir John Marshal, el alguacil mayor del Yorkshire, encargado del mantenimiento de la paz del rey en la región, pero sí vi a otro personaje noble, de elevada estatura y con un mechón de pelo blanco en el centro de la frente, montado a caballo y empuñando una espada, que se acercaba al trote a nuestro grupo. Los paisanos le seguían en número cada vez mayor, saliendo de sus madrigueras como las repugnantes ratas de letrina que eran en realidad.

Sir Richard Malvête no perdió tiempo.

—¿Qué esperáis? —gritó a los soldados cuando aún estaba a veinte pasos—. ¡Apresad a los judíos!

Un soldado alargó con tiento la mano con la intención de apoderarse de la brida del caballo de Robin, pero mi señor hizo volver la cabeza a su montura, impidiéndolo. Alguien gritó en medio de la multitud: «¡Matad a los judíos!», y el grito fue repetido por muchas voces. Y de pronto nos encontramos en medio de una refriega general.

—¡Corred a la puerta! —aulló Robin, que tiró de espada y dio un tajo salvaje al soldado que aún intentaba apoderarse de las riendas de su caballo. Un hombre se aferró a mi pierna, y yo la liberé dándole una patada en la cara. Para entonces ya había desenvainado mis dos armas; tenía el puñal en la mano izquierda, la espada en la derecha y las riendas sujetas al pomo de la silla. Golpeé de plano con la espada la grupa del caballo de Ruth, que respondió coceando a un soldado que se había agarrado a la cintura de la joven e intentaba desmontarla. Los caballos se lanzaron, a Dios gracias, en dirección a la puerta, y yo me precipité detrás de Ruth, tajando con mi espada el brazo enfundado en malla de acero de aquel hombre al pasar *Fantasma* a su lado. Algunos soldados se me echaron encima, por la derecha y por la izquierda, y yo rajé y pinché y golpeé caras y miembros hasta que se creó momentáneamente un círculo de vacío a mi alrededor; pero eran demasiados los hombres a los que nos enfrentábamos para que aquello durara mucho más. Un soldado insensato se abalanzó sobre mí por detrás. Di a *Fantasma* la señal de batalla que con tanta paciencia le había enseñado, y proyectó hacia atrás las dos pezuñas herradas de sus patas traseras: con un terrorífico crujido de huesos rotos y el pecho hundido, el hombre salió despedido y se estrelló contra el muro. Di un tajo de arriba abajo a otro hombre con la espada y hundí el puñal en la espalda de un tercero; el fino y fuerte acero español atravesó con facilidad las mallas de su armadura, tal y como lo había previsto quien lo diseñó. No había señales de la pareja judía y su bebé; la única prueba de que habían existido alguna vez era un remolino de soldados que acuchillaban una y otra vez con sus espadas un bulto de ropas ensangrentadas que apenas conseguí entrever.

Miré a otra parte. Reuben, todavía a caballo, esgrimía su mortal cimitarra, y los hombres retrocedían ante sus golpes, con grandes cortes en la cara y la parte superior del cuerpo. Robin había conseguido ya abrirse paso a través de la melé. Estaba cerca de la puerta y vi que volvía la cabeza para mirar hacia atrás. Habíamos acordado que, de darse las circunstancias, cada hombre había de mirar por sí mismo, pero tiró de las riendas al ver que Reuben seguía rodeado de soldados y de un grupo de paisanos que lo atacaban con hoces y horcas, insultándole y llamándole judío. Luego Robin miró a su izquierda, y yo al volverme vi lo mismo que estaba viendo él. Mi encantadora Ruth estaba siendo derribada del caballo por muchas manos que la aferraban. Intercambié golpes de espada con un soldado que se arrojó sobre mí, le hice caer hacia atrás y miré de nuevo a Robin. Estaba más cerca de Ruth que de Reuben, y los dos necesitaban desesperadamente su ayuda, aun así (y recordaré ese breve instante durante el resto de mi vida) tiró de las riendas, hizo girar a su caballo, levantó su espada y cargó contra la chusma para rescatar... a Reuben. Yo lancé un gran grito de rabia, aparté de un golpe a un paisano que se interponía en mi camino, y piqué espuelas a *Fantasma* para hacerlo avanzar. Pero Ruth había desaparecido entre las garras de la multitud. Vi alzarse manos y destellar en ellas el acero, e imaginé que oía el horroroso ruido de las espadas al morder en la carne fresca.

De pronto se abrió frente a mí un espacio libre, y el soldado más próximo estaba a unos diez pasos de distancia. Me volví y vi que también Reuben y Robin se habían librado del acoso de la multitud y corrían hacia la puerta abierta, e intenté seguirles, pero un hombre a caballo me cerró el paso por la derecha: era sir Richard Malvête. Sonrió al levantar la espada contra mi cabeza, seguro ya de cercenármela de un tajo; aun así, mi instinto y mi entrenamiento pararon el golpe y, girando mi muñeca, convertí la parada en espolonazo, de modo que el filo de la espada chocó con su mejilla. No fue un golpe mortal, pero tuvo la fuerza maníaca de una rabia como nunca había sentido antes. Brotó un gran chorro de sangre, hubo un grito ahogado y sir Richard se tambaleó en su silla de montar. Sabía que ya no tenía tiempo para que *Fantasma* volviera grupas, de modo que pude rematar a mi enemigo. Un grupo de hombres de Malvête con los colores escarlata y azul celeste en las sobrevestes venía corriendo hacia mí. Con una última mirada desesperada al caballo de Ruth, que estaba inmóvil, solo, con la cabeza gacha como en señal de duelo, taloneé los ijares de *Fantasma* y galopé hacia la puerta y la libertad.



Juro que, de haberme tropezado con Robin junto a la puerta de las lizas del castillo de York, le habría matado... O por lo menos habría intentado hacerlo. Al cruzar la puerta a uña de caballo, iba llorando como un niño al pensar en la imagen de Ruth



sucumbiendo en aquel mar de puños alzados y caras desfiguradas por el odio. Pero sequé mis lágrimas —no era momento para debilidades—, y galopé hasta cruzar el puente sobre el Foss para doblar luego a la derecha y tomar el camino real que conduce a Walmgate. Delante de mí, y muy lejos del alcance de mi espada, Robin y Reuben avanzaban a galope tendido y no se entretuvieron para tomarse un respiro de unos instantes en Walmgate, sino que la cruzaron a toda velocidad, pasando delante de un par de soldados atónitos, y siguieron su camino hacia el campo abierto que se extendía más allá.

¿Cómo pudo hacerlo?, me he preguntado a mí mismo una y otra vez. ¿Cómo pudo Robin elegir esa opción? ¿Cómo pudo decidir, llegado a aquella encrucijada en las lizas, salvar la vida de un hombre, un guerrero hábil y muy competente, y sacrificar en cambio la vida de una muchacha dulce e inocente? Yo sabía la razón, desde luego, sabía en mi interior por qué Robin había obrado así. Robin necesitaba a Reuben, necesitaba el dinero de los judíos para el plan, cualquiera que fuese, que había ideado. Reuben era su vía hacia la riqueza, y la chica carecía de todo valor para él. Pero incluso sabiendo sus motivos, no conseguía creerlo. Yo había visto a Robin cometer algunos actos terribles mientras estuve con él. Había permitido la muerte ritual de un hombre para celebrar un rito a una falsa divinidad pagana, había cortado a un hombre un brazo y las dos piernas para inspirar terror en una comunidad, pero esto... Esto era el sacrificio deliberado, el asesinato debería decir, de una joven cuyo único delito había consistido en ser judía.

Cuando alcancé a Robin y Reuben, y redujimos la marcha a un trote corto, no quise hablar con ninguno de ellos. Me pareció que también ellos lidiaban con sus fantasmas. Reuben lloraba en silencio mientras cabalgábamos, y Robin, después de comprobar que los tres estábamos ilesos —yo tenía un corte superficial en la mano, y ni siquiera recordaba quién me había herido; Reuben había sido acuchillado en la pantorrilla, pero parecía no haberse dado cuenta—, nos condujo de vuelta a Kirkton en silencio, con nuestras tres cabezas gachas por la vergüenza y la pena, cada cual sumido en sus propios pensamientos melancólicos.

A la mañana siguiente, después de una noche fría y silenciosa al raso, mientras trotábamos por el camino de Kirkton, que corre en dirección norte a través del hermoso valle de Locksley, oí tocar las campanas de nuestra pequeña iglesia de San Nicolás, despertando ecos en las colinas vecinas. Y me di cuenta de que era el domingo de Pascua: el día más santo del año.

# Segunda parte

## Sicilia y Chipre

## Capítulo VII

**M**arie, mi nuera, está enamorada. Canta mientras da de comer a las gallinas en el corral, me ha dado una cucharada extra de miel con las gachas esta mañana y, en un gesto de rara ternura, acarició el fino pelo gris del flequillo que me caía sobre la frente, al traerme una jarra de cerveza caliente anoche antes de acostarme. Sus ojos brillan, aparecen incluso alegres; tiene las mejillas sonrosadas y ríe sin motivo; a veces incluso da un par de pasos de baile, recogiendo con garbo su falda, cuando piensa que nadie la ve.

¿El objeto de sus afectos? Osric. Su primo lejano, mi voluminoso administrador, ha traído el gozo a su corazón después de varias semanas de torpe cortejo, con frecuencia demasiado patético para ser presenciado por un anciano. Finalmente, ella ha accedido a sus rotundos avances, y ahora se ha trasladado a las pequeñas habitaciones de invitados situadas en el extremo más alejado del patio, donde residen él y su hijo, y se habla de una boda en la próxima primavera. Estoy contento por ella, pero no puedo decir que entiendo las razones de su amor por él: es un cazurro feo, escrupuloso hasta la exasperación, y la última flor de la juventud se ha marchitado en él hace largo tiempo. Es una de las últimas personas que elegiría como compañía para los años que me restan sobre la tierra; en tanto que ella, tan sólo cinco años más joven que Osric, conserva aún la cintura y los ánimos de una novia juguetona. Pero le ama. ¿Qué es lo que puede haber suscitado ese ardor en ella?

—Es un buen hombre, Alan, y por eso he decidido casarme con él. Es sólido, honrado y cariñoso, y nunca me abandonará —me dijo Marie con una sonrisa orgullosa— y quiero que tú también le quieras. Ha salvado Westbury trabajando muy duro; has de intentar pensar en él como en otro hijo.

Eso, pienso, es muy improbable. Pero, por el bien de Marie, intentaré tener con él una actitud más amistosa.

Se acercan las Navidades: la época de las fiestas y de la frivolidad. Hemos matado a la mayoría de los cerdos adultos, y grandes jamones redondos, lonchas de tocino y largas ristras de gruesas salchichas cuelgan de unos ganchos de hierro, secándose y ahumándose encima del hogar, situado en el centro de la sala. Tenemos leña cortada más que suficiente para pasar el invierno; Osric y sus hijos pasaron una semana cortando árboles muertos del bosquecillo del arroyo y acarreado la leña hasta la casa, en la carreta tirada por los bueyes. La despensa está repleta de barricas

de buen vino de Aquitania, y Marie ha cocinado grandes empanadas de carne y pasteles en el gran horno del patio. La semana pasada, tuvimos la primera nevada, y se avecinan más: puede parecer extraño, pero espero con delicia una gran tormenta de nieve que me deje bloqueado en la sala, delante de un fuego rugiente y provisto de comida y bebida en abundancia.

Sin embargo, en mi horizonte hay una nube negra: Osric me ha informado de que Dickon, mi veterano porquero, me ha estado robando. Al parecer, pocas semanas después de que las marranas parieran, apartó a uno de los lechones de su madre, y no es la primera vez que lo hace, por lo visto, o bien lo vende de inmediato, o bien, si es lo bastante grande, lo cría él mismo para su propio consumo. Siempre cuenta que la madre ha aplastado a su cría estando dormida y que el lechón ha muerto, y como mis marranas pueden tener entre ocho y dieciséis crías en un parto, nadie se había dado cuenta del robo hasta ahora. Según me cuenta, Dickon, ese viejo loco manco, alardeó de su robo después de emborracharse en la taberna, y Osric lo oyó. Ahora Osric pretende reunir a un jurado de doce hombres del pueblo y juzgar a Dickon por sus crímenes en la próxima sesión del tribunal de la mansión, justo antes de Navidad. A mí el asunto me disgusta: ¿por qué tanto jaleo por un lechón robado de cuando en cuando? No los he echado de menos antes, todavía me quedan muchos cerdos por criar, y tengo toda la carne de cerdo que necesito, y más aún. Marie dice que lo que está en juego es el principio, y que soy demasiado blando con los aldeanos; asegura que fue culpa mía que Westbury decayera tanto en los años anteriores a la llegada de Osric. Como señor de la mansión, dice, debo hacerme temer y respetar por los aldeanos. ¿Cómo, si no, se abstendrán de robar y de reírse de mí a mis espaldas? Osric dice que, como a lo largo de los años Dickon ha plantado su única mano buena sobre ganado de mi propiedad por valor superior a un chelín, puedo acusarle de felonía: si lo declaran culpable, la pena para el viejo Dickon sería la muerte en la horca. A veces me pregunto lo que haría Robin en mis circunstancias. ¿Colgaría a un hombre por un lechón? En los viejos días de Sherwood, tocar siquiera el cofre del dinero de Robin significaba pena de muerte. El tribunal de la mansión se reunirá dentro de dos semanas: tengo que pensar más sobre el asunto hasta entonces.

Encuentro encantador, aunque me desconcierta por completo, observar juntos a Marie y Osric: ella tan feliz y rejuvenecida, él un bobo sin remedio con cara de topo. Parapetado en mi ceño, contemplo sus tiernas miradas y la manera en que juntan sus manos y sus hombros, con discreción, siempre que les es posible. Me recuerda la época de mi primer auténtico amor, la primera vez que experimenté aquel sentimiento sobrecogedor y vertiginoso, el vacío en mi pecho en presencia de mi amada, el gozo exultante al verla sonreír y el dolor físico de su ausencia. Creo que, como viejo chocho que soy, su felicidad me pone en verdad un poco celoso.



Cuando hablo de mi primer verdadero amor, desde luego no me refiero a la hija de Reuben, Ruth, Dios la tenga en su seno. Sólo la conocí durante unos pocos días, en circunstancias extraordinarias y terribles, y aunque su muerte dejó en mi espíritu una huella indeleble, lo que predominaba sobre todo lo demás era el sentimiento de culpa. Me había gustado, admiré su belleza y, deseoso de representar al héroe caballeresco, le prometí defender su vida con la mía. En los meses siguientes, me sentí abrumado por una acuciante sensación de culpa por su muerte, que caía sobre mis hombros como una pesada capa de plomo, y por un enjambre de preguntas sin respuesta que revoloteaban por mi cabeza: ¿No pude ser más rápido en el manejo de la espada? ¿Debía huir de las lizas del castillo de York en el momento en que lo hice? ¿Habría sido más honroso quedarme y morir a su lado? También sentía una punzada de odio... hacia Robin. Estaba convencido de que él hubiera podido salvarla de haber decidido hacerlo, aunque probablemente eso habría significado abandonar a Reuben a su suerte.

Hablé con mi buen amigo Tuck a nuestro regreso a Bradfield, extensamente y en privado. O tan en privado como es posible en un castillo abarrotado por cuatrocientos hombres atareados en la preparación de una campaña inminente.

—Es un hombre con un gran sentido práctico —me dijo Tuck cuando le hube contado toda la historia y le confesé mis sentimientos de vergüenza, culpabilidad y rabia. Estábamos los dos sentados sobre un gran arcón de madera, en el rincón en penumbra de la esquina nordeste de la iglesia de San Nicolás—. Y en su corazón no queda mucho espacio para el sentimentalismo. Cuando ve que es necesario hacer algo, lo hace, sea cual sea el precio para sí mismo o para otro. Como los dos sabemos muy bien, puede ser despiadado.

Había un grupo de arqueros de pie junto a la pila bautismal mientras el sacerdote, un hombre inocuo y un poco simple llamado Simón, salpicaba sus armas con agua bendita antes de nuestra marcha a la guerra; pero quedaban fuera del alcance de nuestras voces.

—Y habrás de interrogarte a ti mismo, Alan, con toda honestidad, y preguntarte de qué te habría servido salvar a la chica —añadió el monje. Yo lo miré confuso. ¿No era sin la menor duda salvar a la chica, o a cualquier ser humano, un fin noble en sí mismo?

—Quiero decir, en una perspectiva a largo plazo. —Tuvo la gentileza de bajar los ojos al suelo, pero aun así era evidente la vergüenza que sentía al pronunciar esas palabras—. Al salvar a Reuben, Robin estaba protegiendo a su ejército. Sin los contactos de Reuben con los judíos de Lincoln, que desde entonces nos han prestado cantidades fabulosas de plata, no habríamos podido partir hacia Francia el mes que

viene ni sumarnos a la Gran Peregrinación para rescatar Tierra Santa. De haber salvado él a la chica pero perdido a Reuben, al no tener su soldada nuestros hombres de armas se habrían vuelto a sus casas o a los bosques, y el ejército se habría desintegrado; y Robin habría decepcionado al rey Ricardo con su desobediencia. Habría perdido su favor; es posible incluso que fuera proscrito de nuevo por deserción de sus obligaciones. No, tal como lo has contado y con tantos enemigos rodeándole, y tan poco tiempo a su disposición, su obligación era salvar a Reuben...

Yo seguí con la vista clavada en el suelo. Tuck calló durante un rato y luego dijo:

—Recuerda siempre que, aunque nosotros no podamos verlo ni comprenderlo, Dios Todopoderoso siempre tiene un plan, Alan. Tal vez esa pobre chica debía morir, y sin esa muerte quizá Robin no hubiera podido llevar a sus hombres a rescatar la ciudad santa de Jerusalén para la verdadera fe.

Entendí el razonamiento de Tuck, pero no quise mostrarme de acuerdo con él; todavía sentía en la boca del estómago un nudo enorme hecho de rabia por la facilidad aparente con la que Robin había decidido sacrificar a la muchacha.

—Dime una cosa con sinceridad, Tuck —dije por fin—. ¿Será acogida Ruth en el cielo por Nuestro Señor Jesucristo? Sin duda era un alma inocente.

Tuck emitió un largo suspiro, parecido a la última exhalación de un moribundo; luego me miró, y sus bondadosos ojos de color avellana buscaron los míos.

—Me temo que no —dijo por fin—. Era judía, y Nuestro Señor nos ha enseñado que el único camino para alcanzar un lugar en el paraíso es el de Su gracia.

Yo aparté la vista de mi amigo, con lágrimas en los ojos, y me encontré mirando en el muro una gran pintura de Cristo en la cruz, una hermosa imagen del Salvador sufriendo y muriendo por nuestros pecados. Sólo pude sentir agradecimiento hacia Tuck por no haberme mentado. Pero entonces, para mi sorpresa, añadió:

—Pero Dios es inefable y misericordioso, Alan, y su capacidad de perdón no tiene límite. En su sabiduría, tal vez encontrará una forma de acogerla en su seno.

Sus palabras me consolaron. Cristo predicó el amor. ¿Cómo podía dejar de mostrar su amor hacia una persona tan claramente inocente, asesinada por enemigos poseídos por el diablo?



Partimos de Kirkton el último día de abril y nos dirigimos a Southampton para embarcar allí hacia Normandía. Robin cabalgaba al frente de una larga doble hilera de jinetes, ciento dos hombres aguerridos, cada uno de ellos enfundado en una cota de malla recién bruñida, provisto de un yelmo de acero claveteado de cimera plana, y armado con un gran escudo en forma de cometa, una espada y una lanza de doce pies. Junto a Robin, cabalgaba sir James de Brus, el comandante de la caballería, ceñudo

como de costumbre y mascullando para sí mientras se revolvía en la silla de montar para vigilar las filas de nuestros jinetes. Detrás de la caballería, desfilaban los arqueros, ciento ochenta y cinco hombres con sus arcos largos sin montar, que llevaban bolsas repletas de flechas y espadas cortas a la cintura, y reían y bromeaban al tiempo que caminaban animosos bajo el sol primaveral. Eran el orgullo de Owain, hombres que él mismo había seleccionado por su fuerza y su habilidad en el manejo del arco de batalla; el canoso capitán galés presumía de que eran capaces «de colocar una punta de acero entre los ojos de un hombre a cien pasos, y otra en su vientre antes de que caiga al suelo».

Después venía el tren de la impedimenta: diez grandes carretas tiradas por bueyes grandes y de movimientos lentos, cargadas hasta un punto inconcebible de víveres, vino, cerveza, tiendas de campaña, ropa, arreos para los caballos y armas de repuesto. Cuatro de las carretas iban cargadas sólo con flechas, en paquetes de a docena apilados y cuidadosamente atados a los traqueteantes vehículos de madera. Por último, desfilaba la retaguardia; noventa y tres lanceros con uniforme de cuero mandados por Little John, con lanzas de dieciséis pies de largo y punta triangular afilada, hachas de combate en el cinto y, a la espalda, escudos redondos a la antigua usanza. Eran los responsables de la seguridad del tren de la impedimenta, y de conducir el rebaño de ovejas que nos alimentaría de camino; tenían órdenes de avanzar a su propio ritmo, sin preocuparse de mantener el contacto con el grueso de las fuerzas de Robin.

Nuestros ánimos estaban tan altos como un halcón en el cielo: partíamos para cumplir una noble misión, obedientes a la voluntad de Dios y con la perspectiva frente a nosotros de aventuras, gloria, botín y mujeres fáciles... y la seguridad del paraíso para aquellos que murieran en la empresa. No había entre los nuestros un solo soldado que no se sintiera orgulloso de formar parte de nuestra compañía.

Arrastrado por la excitación de la marcha, me olvidé momentáneamente de que estaba furioso con Robin; la sombra de Ruth se hizo más tenue y cabalgué detrás de él y de sir James con la espléndida sensación del inicio de un viaje grande y apasionante.

La alegría, sin embargo, no era universal. A mi lado cabalgaba Reuben. Parecía haber envejecido diez años desde los días terribles del castillo de York y, para ser sincero, a pesar de que su edad sólo alcanzaba la mitad de la treintena, empezaba a parecer un anciano con su delgado rostro moreno surcado por las profundas arrugas de aquel dolor reciente. Robin le había convencido de que nos acompañara a esta gran misión a Tierra Santa como nuestro tesorero y físico personal de Robin, y Reuben, quizá por sentirse demasiado deprimido para discutir, había aceptado venir con nosotros y velar por las cuestiones financieras del ejército de Robin, además de cuidar de la salud de mi señor. Me contó con voz apagada que, ahora que su hija

había muerto, nada le retenía ya en Inglaterra, y deseaba ver los desiertos de su patria natal una vez más, antes de ser demasiado viejo. Ahora rara vez hablaba, y cuando miré sus ojos enrojecidos mientras cabalgábamos juntos aquella mañana de primavera, me di cuenta una vez más de que había estado llorando..., y sentí una nueva punzada de mi sentimiento de culpa.

Dejamos detrás de nosotros, en Kirkton, a Goody, a Marian y al hijo recién nacido y heredero de Robin, Hugh. La condesa de Locksley había dado a luz dos semanas antes de nuestra marcha; el parto fue laborioso, un día entero de encierro en sus aposentos con Goody, una sirvienta y la comadrona del pueblo, sin que trascendiera a la sala nada más que algún raro gemido ahogado y la petición de más agua caliente. Robin, siguiendo su costumbre en los momentos en que cabía esperar que se vería arrastrado por la fuerza de emociones muy intensas, había mantenido una calma helada a lo largo de todo el proceso, y esperado hora tras hora en la sala, leyendo un pergamino con romances sentado en un gran sillón profusamente decorado con figuras talladas, casi un trono, y rogándome en ocasiones que le cantara algo o charlara con él de cosas intrascendentes. Comió y bebió muy poco, y no se movió de su asiento hasta que Goody abrió la puerta de la alcoba y salió corriendo, chispeantes los ojos, el rostro sofocado, y gritó:

—¡Es un varón, Robin, un chico sano! Oh, ven a verlo. Ven a abrazarlo. ¡Es precioso!

El hijo de Robin era un bebé robusto con ojos de color azul claro, pelo negro como el azabache, y haciendo tantos mohines como un mono. A mí el pequeño Hugh no me pareció guapo en lo más mínimo, y al principio me extrañó el color de su pelo: Robin tenía los cabellos de un tono castaño claro, y Marian rizados de un rubio avellana. Pero Goody me explicó los misterios de la naturaleza, estando los dos juntos e inclinados sobre la cuna en la alcoba de Marian, uno o dos días más tarde.

—Oh, Alan, los hombres no sabéis nada de bebés —quien me lo decía era una doncella de poco más de doce años de edad—. Algunos niños nacen con el pelo negro. Me ocurrió a mí, así me lo contó mi madre. Y mírame ahora.

Agitó delante de mí su cabellera de un rubio sajón, sujeta en dos trenzas a ambos lados de sus mejillas rosadas, bailoteando al girar.

Yo extendí la mano y acaricié una trenza al paso; tenía el color del oro en polvo, y era suave como una pluma. Goody se echó atrás.

—He dicho «mírame», no «tócame». —Y de pronto todo fueron urgencias—. Ahora necesito que te quites de en medio, Alan; tenemos que limpiar bien la habitación para el bebé...

Y me empujó a toda prisa fuera de la alcoba como lo haría un ama de casa de edad mediana con un escolar travieso.





Viajar formando parte de un ejército es, desde luego, algo muy distinto a viajar en solitario o en compañía de un grupo pequeño de personas, como solía hacerlo yo. Nos acompañaba una sensación difusa de amenaza que nada podía disipar, ni siquiera en nuestra propia tierra. Los pastores huían a nuestro paso en los plácidos prados, y los aldeanos atrancaban sus puertas y ventanas cuando nos acercábamos, incluso en los pacíficos condados del sur de Inglaterra. No hacía tanto tiempo —los abuelos podían recordarlo perfectamente— que, durante la Anarquía de Stephen y Maud, bandas de hombres armados merodeaban por el país dedicadas al saqueo. Y la gente de los pueblos tiene buena memoria.

Pero nosotros no robamos a nuestra propia gente; teníamos gran cantidad de víveres, gracias al préstamo de la plata de los amigos de Reuben, y cada noche, cuando acampábamos en un campo en barbecho o en un bosque comunal, matábamos uno o dos corderos y nos divertíamos. Mi música era muy solicitada. Casi cada noche me llamaban para cantar y tocar durante la cena, y a mí me encantaba hacerlo. Casi siempre cantaba viejas baladas del país. Chanzas rurales jocosas sobre maridos infieles y esposas furiosas, canciones sobre el granjero y sus animales, o relatos de las grandes batallas libradas siglos atrás por el rey Arturo y sus caballeros. Las *cansós* y los *sirventés*, es decir las canciones sobre el amor cortés y los poemas satíricos que acostumbraba cantar en los salones de la nobleza, eran mucho menos populares entre la soldadesca. De vez en cuando, Robin reunía a sus oficiales, y mientras cenábamos hacíamos planes para los días o las semanas siguientes. Al final de esas asambleas, yo desgranaba ante mi auditorio una oferta musical más sofisticada. De una canción que compuse por entonces me siento especialmente orgulloso: trata de un hermoso broche de oro, con una aguja en forma de espada, que lleva una noble dama. El broche está enamorado de la *domina* cuyo pecho adorna —y defiende del tacto de otros amantes—, pero por supuesto no puede existir un gran amor entre una joya, por hermosa que sea, y una gran dama, de modo que el broche únicamente podía servir a su señora, no poseerla, y aun así está contento con su papel. El final de la *cansó* es trágico: la dama, tal vez cansada del broche, se deshace de él y lo tira desde las almenas, y la hermosa joya queda enterrada en una zanja profunda y embarrada, recordando su amor hasta el día del Juicio, a los pies del castillo de su señora.

Tal vez pensaréis que, cuando compuse aquella canción de joyas parlantes y amores trágicos, me sentía especialmente abatido y de un humor negro, pero la verdad es que me sentía muy optimista. Mis relaciones con Robin habían vuelto más o menos a la normalidad. Había decidido perdonarle —me dije a mí mismo que tenía que esforzarme en ser un vasallo leal y acatar todas sus decisiones, tanto si estaba de acuerdo con ellas como si no—, y me sentía feliz en la compañía del resto de

capitanes y vintenars, con la clara excepción de sir James de Brus. Pero no había problema: yo me limitaba a mostrarme cortés y distante con el escocés, y él hacía lo mismo conmigo. Además, contaba con un nuevo escudero que me hacía sentirme muy cómodo. A William —el chico que me ayudó a robar el rubí de sir Ralph Murdac— fuimos a buscarlo al castillo de Nottingham. Aquel compañero leal nos había estado mandando informes regulares de las actividades de Murdac a través de alguna misteriosa red de espías de Robin, y como recompensa, cuando cruzamos Nottingham de camino hacia el sur, el joven William se unió a nosotros como sirviente personal mío. Era un chico diligente, avispado y deseoso de agradar, muy inteligente a pesar de un ligero tartamudeo, y que solía anticiparse a mis deseos. Mantenía mi viola de madera de manzano y el arco de crin de caballo, un regalo enormemente valioso de mi antiguo mentor musical Bernard, en un estado impecable, y siempre estaba a mano para transmitir mensajes o cargar con cosas. Sin embargo, era un chico serio que rara vez sonreía, y que nunca se permitía las travesuras que yo mismo había hecho a su edad. Pero me gustaba así, y estaba encantado de tenerlo a mi servicio.

La única nube que oscurecía mi cielo era que Tuck no nos acompañaba a la gran aventura. Sin duda ello se debía a los informes de William —al parecer Murdac había insistido en su oferta de cien libras de plata por la cabeza de mi señor—, Robin había pedido a Tuck que se quedara en el castillo de Kirkton para cuidar de Marian y del bebé con sus dos enormes perros entrenados para la batalla, *Gog* y *Magog*. Aquellos gigantescos animales eran capaces de arrancar un brazo a un hombre con la facilidad con que yo arrancaba la pata de un capón asado, pero eran tan pacíficos como el Niño Jesús con los amigos de Tuck. Robin también dejó a una veintena de arqueros, diez jinetes y diez lanceros veteranos como guarnición. No eran una fuerza suficiente para defender el recinto exterior amurallado del castillo en caso de ataque, pero, como yo bien sabía por mi experiencia en York, eran más que suficientes para resistir en el torreón.

En lugar de mi amigo el alegre fraile guerrero, nos acompañaba el padre Simón, cura de la parroquia de San Nicolás de Kirkton, un hombre poco fiable en mi opinión, que parecía haber nacido sin barbilla; desde su boca, la parte inferior de su cara se unía al cuello sin obstáculo, como si alguien se hubiera llevado su mandíbula inferior. El padre Simón rezaba cortas plegarias todas las mañanas antes de nuestra partida, musitadas en un mal latín e incomprensibles para los hombres, y los domingos cantaba la misa, desafinando si se me permite el comentario, para todo el ejército. Yo tenía la sensación de que aquel hombre no quería demasiado a Robin; de hecho, en algunas ocasiones llegué a pensar que lo odiaba, aunque, como cualquier mortal consciente que deseara permanecer algún tiempo más sobre la tierra, temía a mi señor y lo trataba con respeto.

Me pareció conocer el motivo del desagrado del cura: sabía, como la mayoría de nosotros, que Robin había participado en la antigua adoración pagana a la Diosa Madre durante su etapa de proscrito, y aunque ahora prestaba el homenaje debido a la verdadera religión de Cristo, sus diabólicos antecedentes no habían sido olvidados. Fuera lo que fuere lo que sentía Robin a su vez respecto del padre Simón, o lo que pensaba en privado, participábamos en una peregrinación santa al lugar del nacimiento de nuestro Señor, y habría sido impensable viajar sin un sacerdote por lo menos. De modo que el clérigo sin barbilla se vino con nosotros.

Tengo una cosa que decir en favor de ese hombre. No se colocó a sí mismo por encima de los demás, como suelen hacer algunos clérigos. Se limitaba a cumplir con las tareas que le correspondían. Antes de embarcarnos en tres grandes barcos mercantes en Southampton, el padre Simón insistió en bendecir las naves para protegernos de los peligros del mar, y al parecer, sus ritos funcionaron. La travesía fue feliz, sin contratiempos, y tan sólo un día y una noche después de embarcar desfilábamos por el muelle de Honfleur, el puerto del rey Ricardo en la desembocadura del gran río Sena, en Normandía.

Yo nunca había salido antes de Inglaterra, y me asombró ver que Normandía era casi exactamente igual a mi país. Tal vez había esperado que la hierba fuera azul y el cielo verde, no lo sé. Pero la sensación de familiaridad fue extraordinaria. Los campos parecían los mismos, las casas eran iguales y las personas, hasta el momento en que abrían la boca y hablaban en francés, podían ser confundidas fácilmente con buenos y honrados campesinos ingleses.

Durante nuestra marcha a través del país normando, siempre en dirección sur, algunos elementos de nuestro ejército —sobre todo los que anteriormente habían sido proscritos— opinaron que los campesinos franceses sólo existían para proporcionarnos comida y bebida gratis. Robin tenía otras ideas y estaba decidido a mantener una disciplina estricta. Esta tierra era patrimonio de nuestro rey, dijo, y no íbamos a saquearla. Little John capturó y ahorcó sumariamente a dos jinetes por robar una gallina en nuestro primer día en suelo normando, y Robin reunió a los hombres y les habló en tono tranquilo y determinado bajo los mismos pies oscilantes de los saqueadores.

—¿Acaso creéis que he sido demasiado duro? —preguntó a los cuatrocientos hombres furiosos alineados delante de él. Utilizó su voz más estentórea, la de las arengas antes de la batalla—. ¿Acaso creéis que he sido injusto? ¡Me importa un ardite! Ningún hombre bajo mi mando robará ni siquiera un penique, ni profanará una iglesia, ni se encamará con ninguna mujer sin consentimiento de ella..., a menos que yo le haya dado permiso para hacerlo. Colgaré del árbol más próximo al bastardo que lo haga. Sin juicio, ni piedad; sólo un último baile en el extremo de una cuerda. ¿Está claro?

Hubo algunos refunfuños entre los hombres, pero todos sabían que la disciplina era necesaria, y los antiguos proscritos sabían también que Robin podía ser mucho más brutal si decidía serlo.

Aun así, Robin no había terminado:

—Y eso vale también para los oficiales. Cualquier capitán que robe o viole será azotado delante de sus hombres como lección para todos, y luego será degradado.

Era algo muy desacostumbrado, insólito. Lo habitual era que los oficiales fueran castigados de forma distinta que sus hombres, y que las penas por sus delitos nunca incluyeran castigos corporales. Puede que Robin dijera aquello porque nos encontrábamos en una situación también desacostumbrada, como un contingente más del ejército del rey Ricardo. Aunque encabezados por un conde, éramos mercenarios..., o lo seríamos cuando Ricardo pagara a Robin el dinero que le había prometido. Vi la mirada furiosa que sir James de Brus dirigió a Robin, y la forma en que acarició la vaina de su espada. Era el único hombre de todos nosotros, aparte de Robin, noble de nacimiento, y casi le pude oír pensar: «Moriré con mi espada clavada en tu vientre antes que soportar ser azotado como un siervo fugitivo». Pero no dijo nada. Era, después de todo, un buen soldado profesional, y sabía cuándo era necesario morderse la lengua.

No resultó estrictamente necesario violar a nadie: a lo largo de nuestra marcha por Normandía, las mujeres parecían brotar de la nada y sumarse a nuestra columna como abejas atraídas por la miel. Algunas eran ramera en busca de dinero fresco, pero también había mujeres hasta entonces virtuosas que buscaban aventuras y creían que, si se unían a un robusto gañán en armas, verían mundo. Y como nadie iba con quejas a Robin, él no tuvo necesidad de imponer castigos. Una criatura extraordinaria atrajo mi atención, aunque no por las razones por las que cabría esperar que un joven encontrara interesante a una mujer. Era una moza muy alta de treinta años o más, extremadamente flaca y con manos y pies muy grandes. Llevaba puesta una túnica verde, larga y sucia, que la cubría de los hombros a los tobillos, y no parecía tener pechos ni ninguna otra clase de curvas femeniles. Sin embargo, su cabello era una magnífica explosión de rizos blancos en desorden y sin peinar. A nada se parecía tanto como a un diente de león maduro, a punto de desprenderse de sus semillas. Y su nombre era Elise.

—¿Te digo la buena fortuna, señor? —me susurró en el campamento una noche en que reemplazaba un estribo roto en la silla de *Fantasma*. Divertido, le dejé leer la palma de mi mano.

—Veo un gran amor en tu futuro —dijo Elise, mirándome a los ojos. Yo asentí distraído: era una predicción previsible, casi obligatoria, para un joven. Ella siguió diciendo—Y veo un gran dolor. Piensas que eres fuerte en tu amor; que tu amor es un castillo que no puede derrumbarse, pero no eres tan fuerte como crees. Y

traicionarás tu amor con la vista de tus ojos. El amor entra por los ojos..., y se va por el mismo camino. Ese día querrás ser ciego porque tu vista habrá matado todo el amor que guardabas en tu corazón.

Retiré la mano de inmediato. Todo aquello no tenía sentido, por supuesto, pero sonaba de forma sospechosamente parecida a una maldición. Y para ser sincero, las mujeres que aseguran tener un sexto sentido me ponen nervioso; algunas poseen un poder real, que les ha prestado el mismo diablo, y es preferible no cruzarse en su camino.

—No te ha gustado mi profecía —dijo, y me miró con curiosidad—. Muy bien, te diré otra: morirás ya viejo, en tu propio lecho, en tu hogar.

Era otra de las tonterías que solían decirse habitualmente a los guerreros, para ganarse sus simpatías. No pensé más en el asunto. Sonreí, le di unos céntimos y le dije que se fuera.

Pero Elise se quedó en nuestra columna; rara vez me hablaba y yo la evitaba, pero se convirtió, por lo que pude ver, en la cabecilla y portavoz de las mujeres que se habían unido a nuestra peregrinación. Robin vio que mantenía la paz entre las mujeres, que antes de su llegada reñían continuamente como perros y gatos, y no le importó que reuniera unas pocas monedas de cobre aquí y allá, contando historias y leyendo líneas de la mano; la consideró inofensiva y toleró su presencia, así como la de las demás mujeres, en nuestra compañía.

Pero a las dos semanas de nuestro viaje a través de Francia, Robin se vio obligado a enseñar los dientes. Will Scarlet fue acusado de robo por sir James de Brus. Peor aún, de haber robado en una iglesia. Fue pura debilidad de carácter: Will siempre había sido un ratero consumado, y en su época de proscrito había recibido el apodo de «burlacerrojos» por el desprecio que mostraba por las cerraduras de hierro que utilizan los ricos para defender los cofres en los que guardan el dinero. Con herramientas adecuadas, podía abrir cualquier cerrojo con la facilidad con que una puta se abre de piernas. Pero ahora ya no era un proscrito, sino un soldado santo de Cristo, un peregrino, y Robin estaba dispuesto a dejar claro ese punto por la fuerza bruta.

Will había tenido a su cargo una patrulla de veinte hombres montados, un *conroi*, como se llaman esos escuadrones, pero yo había oído que tenía dificultades para que sus hombres le obedecieran. Era más joven que la mayor parte de sus subordinados, y si ha de decirse toda la verdad, por más que fuera un ladrón de talento, como soldado carecía por completo de él. Ni siquiera era un buen jinete. Al parecer, sus hombres habían llegado a una iglesia vacía en una patrulla de exploración, y habían convencido a Will de que hiciera saltar el cerrojo del cofre donde se guardaba la plata de la iglesia. Era una locura cuando apenas se había cumplido una semana del edicto de Robin, sobre todo porque sus propios hombres le traicionaron luego e informaron

del caso a sir James. Pero supongo que Will quería demostrar a los hombres bajo su mando que había algo que sí sabía hacer bien.

En buena parte, la culpa era de Robin. Will Scarlet no era el hombre adecuado para mandar un *conroi* de veinte jinetes rudos y veteranos, y Robin tendría que haberlo previsto. El joven pelirrojo —tenía mi misma edad, quince primaveras— había recibido aquel mando como recompensa por haber servido fielmente a Robin durante su época de proscrito. Pero Will fue tonto, además: en primer lugar, confió en que sus hombres mantendrían en secreto el robo; también creyó que si se mostraba buen compañero con ellos, se ganaría su respeto; por último, estaba convencido de que su larga relación con Robin le serviría de protección. Se equivocó en las tres cosas.

Fue desnudado sin contemplaciones hasta quedar sólo con las *braies* y las calzas puestas, y atado al tronco de un árbol en un tranquilo claro de un bosque. Y ante la vista de sir James, de Robin y del *conroi* de William, Little John hizo trizas su espalda con un látigo de montar. Aunque eran viejos amigos, Little John golpeó con furia: no tenía escrúpulos sobre robos en iglesias, pero no le gustaba que se desobedeciesen las órdenes de Robin.

Will gritó desde el primer latigazo, que despertó ecos de carne tajada en el claro, y para cuando Little John llegó al número asignado de veinte latigazos, y la sangre corría en abundancia por su blanca espalda desollada y empapaba sus *braies*, Will había perdido misericordiosamente la conciencia.

El muchacho fue atendido luego por la extraña mujer Elise, que lavó con mucha suavidad su espalda hasta limpiarla de sangre, la cubrió luego con un unguento preparado con grasa de oca, y la vendó con una tela limpia. Se dio a toda la columna un día de descanso. Antes de que el *conroi* de Will rompiera filas, Robin se dirigió a ellos:

—Habéis caído en desgracia —dijo en tono frío—. No sólo habéis robado una iglesia, contra mis órdenes expresas, sino que habéis traicionado a vuestro capitán, cosa que en mi concepto es un crimen mucho peor. Debería colgaros a todos. —Los hombres clavaban la vista en el suelo mientras sujetaban las bridas de sus monturas, con la vergüenza escrita en el rostro—. Pero no voy a hacerlo. —Hubo un suspiro colectivo de alivio, audible desde el lado opuesto del claro, donde estaba yo montado en *Fantasma*—. En lugar de eso —siguió diciendo Robin—, he decidido eliminar este *conroi*. Esta unidad no forma ya parte de mi ejército. Los hombres que deseen marcharse podrán devolver su caballo, su silla de montar y sus armas a John Nailor y abandonar esta compañía de inmediato, al punto, a pie, para no volver nunca. A los que deseen quedarse, sir James los asignará a un nuevo *conroi*; si es que el oficial admite a traidores como vosotros. Estáis despedidos.

Calló, les volvió la espalda y se alejó.

Los hombres del *conroi* caído en desgracia, algunos de ellos con aire de haberse quitado un gran peso de encima, fueron repartidos entre otros escuadrones; sin embargo, me pareció interesante el hecho de que ni uno solo de ellos eligió abandonar el ejército. También me gustó que Robin se hubiera mostrado benigno; pero una voz en mi interior me decía que mi señor era consciente de que no podía permitirse sacrificar tantos hombres por algo que, la verdad, no dejaba de ser un asunto muy trivial.

Will se recuperó con rapidez y, al cabo de dos días, estaba de nuevo en la silla, como jinete ordinario, desde luego. Se curó de sus heridas sin quejarse, pero se mantuvo extrañamente silencioso, y no hablaba más que cuando era necesario. El episodio dejó un poso amargo en todos nosotros, pero pronto cayó en el olvido debido a una nueva crisis: una semana más tarde, alguien intentó, una vez más, matar al conde de Locksley.



En nuestra marcha a través de Francia y Borgoña hasta Lyon, evitábamos castillos y ciudades, en parte para mantener a los hombres apartados de la tentación y en parte porque, como ya nos había ocurrido en Inglaterra, un grupo numeroso de hombres armados hasta los dientes no suele ser bien recibido en ningún lugar habitado. De modo que cada tarde nuestros exploradores nos guiaban hasta el lugar elegido para acampar aquella noche, por lo común un prado extenso junto a un río o unos terrenos comunales. Muy de tarde en tarde, nos dejábamos caer por alguna granja aislada, donde Reuben silenciaba las protestas del granjero con un regalo de plata, y nos apretujábamos todos para pernoctar en las dependencias, que nos garantizaban una noche pasada en seco. Pero la mayor parte de las veces montábamos las tiendas de campaña, veinte hombres en cada una, y preparábamos la cena en grandes fogatas. Robin tenía su propia tienda, y un par de arqueros montaban guardia permanente ante ella. La tienda era en principio sólo de Robin, pero hasta que se retiraba a descansar era el centro de todas las idas y venidas del campamento. Los oficiales, e incluso algunos de los hombres, los que le conocían desde su época de proscrito, entraban y salían de aquella tienda libremente cuando les parecía. Sólo cuando él se retiraba a dormir, por lo general bastante después de la medianoche, aquel recinto quedaba para él en exclusiva.

Una noche, nos encontrábamos en algún lugar próximo a la gran ciudad de Tours y, después de haber interpretado una *cansó* nueva para mi señor, vi que estaba cansado, de modo que recogí mi viola y mi arco, y le dejé descansar solo. Anudé los lazos de la pieza de tela que servía de entrada a la tienda, y cuando había dado apenas un par de pasos en dirección a la mía, oí un agudo grito de dolor seguido de una serie

de ruidos de golpes metálicos, exactamente como si alguien se batiera a espada en el interior de la tienda. Sin molestarme en volver a desatar los nudos, rasgué con mi puñal la lona y entré a gatas en la tienda con un arma en cada mano.

La vela estaba aún encendida y su luz me permitió ver a Robin, con el torso desnudo, sentado en el borde de su litera, con la espada en el suelo frente a él, apretándose el antebrazo y maldiciendo en voz baja, entre dientes. El escaso mobiliario de la tienda parecía haber sido desplazado hacia los lados, y en el centro del espacio libre se retorcía una serpiente delgada de color negro reluciente, que originalmente tendría más de dos o tres pies de largo, aunque ahora había sido cortada en tres pedazos sanguinolentos.

—Llama a Reuben —balbució Robin. Su brazo derecho se había vuelto de un color rojo intenso y empezaba a hincharse.

—¿Estás bien? —pregunté, estúpidamente.

—No, no lo estoy..., ve... y trae a Reuben... deprisa —dijo Robin de forma entrecortada por el dolor, y yo me maldije a mí mismo por mi vacilación y corrí fuera de la tienda. En menos de treinta segundos, tuve a Reuben, con el pelo revuelto por el sueño y los ojos enrojecidos, arrodillado al lado de Robin y examinando dos orificios hinchados en la parte exterior de su antebrazo derecho. El judío empuñó un cuchillo (como de costumbre, no llegué a ver de dónde lo había sacado), cortó una tira de la camisa de Robin y la anudó muy prieta alrededor del brazo del conde, por encima del codo. Luego empujó con suavidad a Robin hasta tenderlo boca arriba en la litera y ató el brazo herido a una de las patas de la cama. Entonces, con Robin muy pálido tendido en posición horizontal y con el brazo derecho atado más bajo, Reuben empezó a empapar con cuidado las heridas de la mordedura con vino rebajado con agua.

—¿Vas a sajar la herida y chupar el veneno? —pregunté a Reuben, quizás en un tono un poco macabro. Un antiguo proscrito me había dicho en cierta ocasión que era la única forma de impedir la muerte después de la mordedura de una serpiente. El único problema de aquel remedio infalible era que, en el caso de que te mordieran en la zona anal, nadie se prestaría voluntariamente a salvarte, añadió en broma.

—Por supuesto que no —contestó Reuben de mal humor—. ¡Qué idea tan ridícula! Ahora que está herido, ¿he de hacer más grande la herida para que el veneno se extienda? Y desde luego, no quiero para nada esa sustancia en mi boca. Tráeme unas vendas, Alan, y deja de decir tonterías.

En ese momento, Robin se volvió hacia el lado del brazo herido y vomitó copiosamente sobre el borde de su litera, de forma que a punto estuvo de manchar las incisiones que con tanto cuidado estaba lavando Reuben. Yo fui en busca de vendas limpias y volví con ellas y con un poco de agua apresuradamente bendecida por el padre Simón, para que mi señor la bebiera.



A mi regreso, Robin estaba inconsciente. Su rostro estaba blanco, sudaba abundantemente, y su brazo tenía un color purpúreo y aparecía muy hinchado por debajo del torniquete. Reuben estaba sentado en un taburete, a su lado, y bebía con calma una taza de vino.

—¿Vivirá? —pregunté a Reuben, esforzándome en disimular el temblor de mi voz.

—Eso espero —dijo Reuben—. Aunque estará enfermo algunos días. Es joven y fuerte, y a pesar de que las víboras matan, suelen ser los viejos, los muy jóvenes y las personas débiles las víctimas mortales de sus mordeduras. Pero hay una pregunta más interesante: ¿cómo fue a parar la víbora dentro de su cama?

—¿Podría haberse arrastrado aquí dentro para esconderse de la gente, o quizá para dormir? —sugerí, pero ya conocía la respuesta antes de que Reuben formulara la pregunta.

—Ninguna serpiente entrará por su voluntad en un campamento con cientos de hombres, esquivará todos esos pares de botas claveteadas y decidirá echar una cabezada en una litera alzada dos pies sobre el suelo —dijo Reuben, mordaz—. Alguien la puso ahí. La cuestión es: ¿quién?

Fue una cuestión que analizamos sin resultado a lo largo de los días siguientes. Estaba claro que había habido un intento de asesinato, por chapucero que fuera, pero ¿quién podía haber sido el responsable? ¿Otro arquero dispuesto a reclamar las cien libras de plata alemana de Murdac? Casi todas las personas del campamento tenían acceso a la tienda de Robin, y la gente entraba y salía de ella en todo momento. Habría sido relativamente fácil introducir en un cesto una víbora dormida y dejarla entre las mantas de Robin, sin que nadie se diera cuenta.

Desde entonces, colocamos a dos soldados a la puerta de su tienda todas las noches. Y les vigilé para asegurarme de que no se dormían. También les dije que Little John les desollaría vivos si otro asesino conseguía burlar su vigilancia, una advertencia innecesaria porque todo el campamento estaba indignado por aquel cobarde atentado contra la vida de Robin, y cualquier asesino potencial, una vez desenmascarado, habría sido despedazado en breves instantes por la multitud.

Little John asumió el mando, y no dejamos que el estado físico de Robin retrasara la marcha. Sencillamente, lo sujetaron a su litera todas las mañanas con fuertes correas de cuero y fue cargado a hombros por cuatro fornidos arqueros, en el centro de nuestra columna. El primer día, al verlo tendido allí, inmóvil, con la cara lívida y el brazo herido envuelto en vendas, tuve la horrible sensación de que estaba muerto, y que llevábamos su féretro en una procesión ceremonial. Sentí una inesperada y muy intensa punzada de pena, un dolor físico en mi pecho, antes de decirme a mí mismo con firmeza que debía sobreponerme. Poco a poco Robin mejoró, y al cabo de dos días la hinchazón de su brazo empezó a remitir.

Cuando llegamos a las cercanías de Lyon, había recuperado el sentido pero se encontraba aún tan débil como un recién nacido. A pesar de ello, insistió en montar a caballo, y con el aspecto de un cadáver de tres días recorrió una y otra vez todo el largo de la columna para mostrar a sus hombres que se encontraba bien y en perfecta forma. Ellos lo vitorearon, Dios les bendiga, y Robin consiguió de alguna manera alzar la espada con su brazo vendado para devolverles el saludo.



Mientras recorríamos el valle del Saona en dirección a la ciudad de Lyon, situada en la frontera misma del Sacro Imperio Romano, resultó evidente que no éramos la primera tropa importante que había pasado por allí en las últimas semanas. El rey Ricardo y el rey Felipe habían confluído con sus nutridas fuerzas en Vézelay, unos doscientos kilómetros al norte, en Borgoña, pocas semanas antes, y marchado juntos hacia Lyon, en una magnífica exhibición de su fuerza conjunta. El camino estaba polvoriento y removido; la hierba de los lados, pisoteada y cubierta por los desechos del paso de una multitud: tazas de barro rotas, huesos y restos de comida, botas abandonadas, capuchas, harapos, incluso algunas mantas en buen estado habían sido arrojadas a su paso por la poderosa hueste en marcha.

Pocos días después, al coronar una cuesta divisé desde lo alto la mayor asamblea humana que jamás había visto. Me quedé sin respiración; atónito de que hubiera tanta gente en el mundo entero, y todos apretujados en un espacio tan pequeño de tierra. Entre los cursos del río Saona y el poderoso Ródano, se había concentrado toda la caballería de la Europa occidental; más de veinte mil almas, la población de una gran ciudad, estaban acampadas allí en un gigantesco despliegue de tiendas multicolores, destellos de acero, barro y un hormigueo de humanidad que se extendía casi hasta donde podía alcanzarse con la vista. Filas de caballos, pendones ondeantes, escudos bruñidos, toscas construcciones de troncos y paja, pabellones listados de colores vivos para los caballeros, herreros trabajando bajo techos de lona en la reparación de yelmos; barberos que arrancaban muelas, escuderos afanados en sus tareas, heraldos con casacas de colores diversos que anunciaban con vibrantes toques de trompeta la llegada de sus señores. En un extremo del campo, tenía lugar una carrera de caballos, presenciada por damas y caballeros vestidos con sus mejores galas. Caballeros revestidos de sus armaduras se ejercitaban en el combate, mesnaderos que se habían sentado a beber un trago al sol veraniego en el exterior de tabernas improvisadas, rameras en busca de clientes que se exhibían en ropas provocativas, sacerdotes que dirigían los rezos de grupos de personas, frailes mendicantes de hábitos pardos que pedían limosna para los pobres, perros que ladraban, mendigos que imploraban, niños que jugaban al escondite entre pirámides de lanzas en reposo...

Estábamos en presencia del mayor, del más poderoso ejército que nunca había visto el mundo. Sin duda, ante la fuerza de la hueste allí reunida, Saladino y su ejército de infieles sarracenos se reconocerían perdidos, y Jerusalén, el lugar santo de la Pasión de Cristo, pronto volvería a encontrarse a salvo en manos cristianas.

## Capítulo VIII

**E**l estrecho de Messina era una lengua de agua límpida de color azul intenso, sólo agitada por unas pocas olas petulantes coronadas de espuma. Los marinos me contaron que, en épocas antiguas, fue la morada de dos monstruos llamados Escila y Caribdis, pero no paraban de contar cuentos tan ridículos como ése, según pude averiguar en las semanas anteriores, y aquella cinta de agua me pareció demasiado inofensiva para merecer una reputación tan mala. El sol de finales de septiembre nos recibió con una amistosa sonrisa templada; el cielo no aparecía empañado por una sola nube, y una brisa suave impulsaba con rapidez a nuestra enorme flota a través del canal que separa la punta de la bota de Italia de la dorada isla de Sicilia, una tierra rica en naranjas, limones, trigo y azúcar de caña, en reyes normandos y mercaderes griegos, en traficantes sarracenos y prestamistas judíos, en clérigos latinos y monjes ortodoxos que vivían juntos en una colorida mezcla de credos y razas. Sicilia era la puerta del fabuloso Oriente, y había sido elegida por nuestros soberanos como punto de partida para nuestra gran y noble expedición.

El poderoso ejército del rey Ricardo —más de diez mil soldados y marineros, más la expectativa de otros hombres que se habían de reunir con él en las semanas próximas— estaba embarcado en una flota de más de ciento treinta barcos. Había varias decenas de grandes y pesados mercantes panzudos que se utilizaban para el transporte de artefactos pesados, algunos de ellos equipados con pesebres para llevar caballos; docenas de cocas, más pequeñas, cargadas de hombres de armas con su equipo, y rápidas galeras para el transporte de los caballeros, con filas de esclavos musulmanes encadenados a los remos. Había también barcazas de fondo plano útiles para el desembarco de hombres y caballos directamente en las playas, y barcos-serpiente, como se les solía llamar, los descendientes esbeltos y elegantes de las naves vikingas; más una cierta cantidad de faluchos, embarcaciones menores y rápidas provistas de velas triangulares, que zigzagueaban por entre los grandes mercantes y transmitían las órdenes del rey a la flota. Toda nuestra hueste embarcada, posiblemente el mayor ejército reunido nunca, se dirigía como un enorme enjambre abigarrado hacia el antiguo puerto de Messina. Los pendones ondeaban en cada mástil, vibraban los sonos de trompetas y clarines, y los tambores marcaban el ritmo de los remeros esclavos de las galeras. Tuvo que ser un espectáculo sobrecogedor para los miles de habitantes de las localidades próximas que se congregaron en la

orilla siciliana con la intención de presenciar nuestra llegada.

La ciudad de Messina se extendía por la costa según un eje aproximado norte-sur, y nosotros nos aproximábamos a ella por mar desde el este. La famosa bahía, origen de la prosperidad de Messina, se abrigaba en el interior de una península que se adentraba en el mar a partir del sector sur de la ciudad, y proporcionaba a las naves un resguardo precioso contra las tormentas invernales. Cuando viramos en dirección sur, para iniciar la aproximación a la estrecha boca de la bahía, miré hacia el oeste y vi el gran palacio de piedra de Messina, una de las residencias de Tancredo, el rey normando de Sicilia, donde Felipe de Francia y algunos de sus caballeros, gentilmente invitados por el rey siciliano, habían establecido su cuartel general hacía una semana. Mi corazón aceleró levemente su ritmo cuando vi los lises reales de Francia en las banderas que ondeaban en lo alto de sus almenas. El palacio se alzaba en el extremo de la ciudad, próximo por el norte a la gran catedral latina de Messina, bendecida por la Virgen misma en una famosa carta, con su elevada torre cuadrada de piedra y su larga nave, de una altura considerable.

Más allá del palacio y la catedral, en un punto más alto de la colina y orientado hacia el sur, estaba el monasterio griego de San Salvatore, un edificio bajo y de muros recios, famoso por su producción de copias miniadas de libros importantes y raros. La ciudad vieja de Messina, el núcleo a partir del cual había crecido la ciudad, se extendía al sur del palacio, la catedral y el monasterio. Formaba un anfiteatro en torno a la bahía, ligeramente retirado hacia el interior, y estaba rodeada por gruesos muros de piedra atravesados por varias puertas y dotados de numerosas torres de defensa, pero parecía más próspera que formidable. Había en su interior muchas casas grandes, de dos y hasta tres pisos, y por lo menos media docena de iglesias notables, tanto de estilo griego como latino. Sus mercaderes tenían fama de ser ricos pero austeros, y sus mujeres de ser tan bellas como lascivas... Pero, ay del hombre que deshonrara a una de ellas, porque los padres y maridos eran tan vengativos como alacranes. Tres sólidas puertas de madera abiertas en la muralla de la ciudad daban a los muelles de la bahía, de modo que era posible descargar mercancías ricas y exóticas y transportarlas con rapidez a la seguridad de los almacenes del interior de la ciudad vieja. Más allá de la ciudad de Messina, hacia el oeste, se alzaban las grises montañas de Sicilia, ceñudas como una asamblea de clérigos gigantes que miraran con desaprobación nuestra llegada triunfal.

Mientras cruzábamos la estrecha bocana de la bahía para arribar al puerto, yo estaba de pie en la proa de la *Santa María*, una vieja coca de sesenta pies de eslora con una sola vela cuadrada que había sido mi hogar durante las pasadas seis semanas. También había sido el hogar de cuarenta y siete arqueros exhaustos, empapados y mareados, de una docena de tripulantes y de un puñado de mujeres de soldados, todos apretujados en aquel pequeño espacio hasta el punto de que no había ningún sitio

donde poder tenderse con las piernas estiradas.

Yo conocía cada pulgada de la vieja *Santa María* —desde su proa puntiaguda como el pico de un ave y sus costados de madera húmeda y sucia de brea, hasta la popa redondeada con su largo y remendado timón atendido por el huraño maese Joachim—..., y estaba de ella hasta la coronilla. No podía esperar el momento de desembarcar en Messina y poner fin de ese modo a un viaje que me resultó interminable, tedioso e incómodo.



Después de una semana de festejos, chanzas y reposo para nuestros cuerpos fatigados en Lyon, y de muchas conferencias entre Robin y el rey Ricardo, a las que por supuesto yo no fui admitido, la hueste de Robin se puso de nuevo en marcha hacia el sur con el resto del ejército del rey Ricardo. El rey Felipe y la hueste francesa, que sumaba menos de la tercera parte de los efectivos de Ricardo, se dirigió al este para embarcar con los mercaderes genoveses en la bella ciudad de éstos. Los dos ejércitos debían reunirse en Sicilia y seguir desde allí el viaje a Tierra Santa. Bajo el mando personal del rey Ricardo, su enorme hueste —ingleses, galeses, normandos, así como angevinos, poitevinos, gascones y gentes del Maine y de Limoges— marchó en dirección sur a lo largo del valle del Ródano hacia Marsella. Cantábamos durante las marchas, y éramos vitoreados por los aldeanos provenzales, que se alineaban en las márgenes de los caminos para arrojarnos flores y contemplar nuestra larga y lenta procesión. Esperamos otra semana en Marsella la llegada de los barcos y de todavía más caballeros y mesnaderos del rey, porque buen número de ellos había seguido la larga ruta por mar desde Inglaterra. Pero al octavo día nos llegó la noticia, traída por pescadores locales, de que la gran flota se había detenido en Portugal. Los soldados habían causado disturbios en Lisboa, matado a judíos, moros y cristianos, y saqueado la ciudad en una orgía de destrucción que duró tres días. Al saberlo, me vino a la mente la palabra «York».

El rey Ricardo se enfureció. Sus gritos se podían oír desde la calle a una distancia de más de cincuenta pasos de sus reales aposentos en Marsella, la mansión cedida por un noble local. Siempre impaciente, Ricardo de inmediato alquiló, tomó a préstamo o compró todos los barcos a su alcance en Marsella y los puertos vecinos, y envió la mitad de sus efectivos, al mando de Baldwin, el arzobispo de Canterbury, y Ranulf Glanville, el anterior justicia de Inglaterra, directamente a Tierra Santa. Su tarea consistía en socorrer allí a las fuerzas cristianas, que según noticias recientes estaban comprometidas en una lucha desesperada contra los sarracenos en el gran puerto fortificado de Acre.

El resto del ejército de Robin, incluidos yo mismo y los cuarenta y ocho arqueros

embarcados en la *Santa María*, empezó una tediosa navegación hacia el este, a través del golfo de Génova, y luego al sur, bordeando la costa italiana. Nuestro viaje era deliberadamente lento, cada noche nos deteníamos y echábamos el ancla en un lugar conveniente, para así ahorrar víveres y agua dulce, mientras esperábamos que el grueso de la flota rodeara la península española y nos diera alcance. Yo sufrí al principio terriblemente por el mal de mar, como casi todos los arqueros, y el inicio de nuestro viaje se vio acompañado por las bascas de docenas de hombres que se turnaban para vomitar por encima de la borda, cuando no estaban acostados gimiendo y rezando en la bodega del barco. Cuando llovía, nos calábamos hasta los huesos, y cuando brillaba el sol, lo que ocurría la mayor parte del tiempo, la fuerte luz del Mediterráneo quemaba nuestras pieles poco acostumbradas. La comida era execrable, toneles de salazón de puerco en su mayor parte ya podrida, queso mohoso, pan confeccionado en el mismo barco con una masa de harina y agua cocida en forma de obleas en una sartén, cerveza agriada, y vino con sabor a sal. Y el olor era aterrador: el continuo hedor de hombres sin lavar, de ropas húmedas y corroídas por la sal, de agua estancada en la sentina negra y putrefacta, efluvios de pescado podrido procedentes de los compartimientos de la popa, y el relente ocasional de las heces que manchaban la parte exterior del casco de la coca en el lugar utilizado por los arqueros como letrina. Pronto empecé a suspirar porque llegara la puesta de sol, sólo por la oportunidad que me daba de salir del maldito barco y estirar las piernas sobre la buena, seca y limpia tierra firme de Dios.

Pero bajar a tierra tenía también sus peligros. Uno de nuestros soldados fue muerto por un grupo de hombres cerca de Liorna: le sorprendieron solo cerca de una granja y, como eran aldeanos suspicaces, le acusaron de ser un ladrón y lo mataron a bastonazos y pedradas. El rey no nos permitió vengarnos, y Robin, de forma injusta a mi entender, me reprendió por permitir que uno de sus hombres vagabundeara solo.

En Salerno, donde permanecimos varios días, nos llegaron por fin buenas noticias. La flota principal había llegado a Marsella, se había reaprovisionado allí durante una semana, y ahora se aproximaba rápidamente a Messina. Salimos de Salerno con la moral alta, y cuando los rápidos faluchos exploradores informaron de que habían avistado a la flota principal, un «¡hurra!» brotó espontáneo de nuestros labios. Toda nuestra fuerza se había reunido, y di por supuesto que, después de una pausa corta en Messina para abastecernos de víveres y agua, pondríamos rumbo a Tierra Santa. Me felicité a mí mismo. Podría incluso, pensé, con la ayuda de Dios, oír la misa de la Navidad en Jerusalén. Tal como fueron en realidad las cosas, no podía estar más equivocado.



Costó casi dos días enteros desembarcar toda la flota en Messina y que los aposentadores del rey Ricardo encontraran alojamiento para quince mil hombres. El rey Ricardo estaba decidido a hacer sentir su presencia en la isla, y casi de inmediato, después de desembarcar, ocupó el monasterio de San Salvatore, que eligió como cuartel general y almacén de pertrechos para su enorme ejército. Los desconcertados monjes fueron desalojados de modo cortés pero firme, y el lugar empezó a llenarse de bultos, cajas y rimeros de armas, sin contar los ecos de los gritos profanos que proferían hombres desprovistos de todo respeto por la religión.

Las tropas de Robin fueron alojadas en un vasto prado al norte del palacio, próximo a una porción de costa rocosa, por el que fluía un arroyo muy adecuado para disponer de agua potable y lavarse. Levantamos nuestras tiendas y secamos nuestras ropas húmedas de sal encostrada lo mejor que pudimos, tendiéndolas sobre los arbustos y los achaparrados olivos; engrasamos nuestras armas, nos afeitamos por primera vez en varias semanas y nos lavamos la sal de nuestros largos cabellos. Algunos hombres bajaron hasta la ciudad vieja para comprar pan, queso, olivas y fruta, otros fueron en busca de mujeres, y algunos mataron el tiempo jugando, bebiendo o durmiendo, mientras todos esperábamos órdenes. Estábamos en la última semana de septiembre, y un rumor desconcertante empezó a circular entre los hombres: había pasado la época de la navegación; nuestra flota no podría cruzar el Mediterráneo hasta la siguiente primavera, debido al riesgo de tormentas. De modo que no habría Navidad en Jerusalén por este año.

Nuestro campamento empezó a cambiar al anochecer. Se cortaron troncos, se acarrearón y los hombres empezaron a levantar refugios permanentes más consistentes que las delgadas lonas de nuestras tiendas: cabañas con paredes hechas de ramas entrelazadas y taponadas con barro, y techos de hierba o de una doble lona impermeabilizada con aceite y cera; también se construyeron alpendes e incluso pequeños pabellones con techo de paja y paredes de tablones. En menos de una semana, nuestro campamento empezó a parecer una aldea, y lo mismo ocurría en toda el área del norte de Messina, donde a lo largo de la costa otros contingentes del ejército levantaban viviendas temporales que ofrecían mejor resguardo contra la lluvia y el frío. La leña escaseaba, y pronto los hombres hubieron de desplazarse bastantes kilómetros hasta las laderas de las montañas para traer siquiera algunos haces de leña menuda con los que guisar su potaje. Cuando cayeron las primeras lluvias del otoño, los ánimos empezaron a cambiar en el campamento: los tenderos de la ciudad vieja habían doblado los precios del pan y el vino, cosa que enfureció a los soldados; el pescado en salazón costaba ahora a chelín la libra, un precio escandaloso; también escaseaba el pescado fresco, de modo que muchos hombres probaron suerte con cordeles provistos de anzuelo y cebo, que soltaban desde los barcos anclados en la bahía. Había poco que hacer, por más que Little John había



organizado sesiones de instrucción de combate por lo menos una vez al día para sus lanceros, que los arqueros habían montado dianas a las que disparaban y que sir James sacaba todas las mañanas a su caballería y la llevaba a hacer un par de horas de ejercicio a las montañas. La mayor parte del tiempo los hombres estaban ociosos y pasaban los días merodeando en busca de alimentos o leña, o jugando en la ciudad vieja. Tres hombres fueron azotados por orden de Little John por armar alboroto en la ciudad. Hubo dos reyertas con víctimas mortales entre los soldados de Robin y gentes de la localidad con las que jugaban a los dados, antes de que empezara el mes de octubre. Eran habituales los informes de hombres que habían sido insultados e incluso asaltados por los habitantes de Messina.

Yo tuve suerte: Robin tenía a su disposición una parte del monasterio de San Salvatore, y William y yo ocupamos la celda de un monje; yo dormía en un reborde plano de piedra sobre el que coloqué un jergón relleno de lana, y William en el suelo sobre un montón de paja. Little John, Owain y sir James de Brus disfrutaban de un acomodo similar en las celdas vecinas a la mía, y cada uno de ellos tenía asignado un sirviente personal para atenderle. Reuben se había instalado en la ciudad vieja. Conocía a varios judíos del lugar, mercaderes de alguna especie, y se agenció una invitación para alojarse con ellos. Creo que era el que gozaba de más comodidades de todos nosotros. En cuanto a Robin, tenía una habitación completa a su disposición en el monasterio, con un hogar para calentar la piedra fría, una cama pequeña y una mesa grande en la que sus oficiales nos reuníamos a comer y a discutir los planes. Y cuidé de que tuviera por lo menos dos mesnaderos de vigilancia en todo momento: quienquiera que hubiese intentado matarlo con la víbora en Borgoña podía probar suerte de nuevo.

A decir verdad, como la mayoría de los hombres yo me aburría mucho. Practicaba el manejo de las armas todos los días con Little John —ahora me estaba enseñando las sutilezas del combate con la maza de cadena—, y asistía a tantas misas como podía en la hermosa catedral de Messina. Sentía una amarga decepción por tener que quedarme en Sicilia el invierno entero. Y también tenía la sensación acuciante de que no era digno de poner el pie en el suelo sagrado que había pisado Jesucristo: estaba demasiado encenagado en el pecado, y Dios retrasaba mi llegada a Ultramar a la espera de mi arrepentimiento pleno y de la purificación de mi espíritu. El peso de las almas de los cristianos que había matado en York pesaba como una losa sobre mis hombros. Pero también, a veces, resonaban en mis oídos por la noche los ecos de la promesa inútil que había hecho a Ruth de protegerla, y mis palabras parecían burlarse de mi fracaso. De modo que todas las mañanas me levantaba antes del alba y asistía a los maitines en la catedral, y todas las noches antes de dormir rezaba las completas, además de asistir a tantas misas como podía. Pero a pesar de la etérea belleza de la catedral, de sus espléndidos vitrales policromos y de sus exquisitas pinturas sobre

fondo dorado de Jesús niño y de la Virgen, colgadas de los muros, que contemplaba con una devoción humilde, nada parecía aliviar mi hondo sentimiento de culpa. Rezaba durante largas e incómodas horas, de rodillas frente al altar mayor, y pedía perdón a la Virgen, pero no conseguía apartar los negros pensamientos de mi cabeza. Deseaba desesperadamente que Tuck estuviera con nosotros; él habría limpiado mi conciencia, de eso estaba seguro.

—¡Por las almorranas hinchadas de Dios! Lo que necesitas es una buena pelea —me dijo Little John cuando le hablé de mi estado de ánimo una tarde—. O un buen fornicio. Eso te arreglará el coco en un santiamén.

Pero la perspectiva de una u otra cosa era muy remota.

Y entonces, en medio de tanta tristeza y remordimiento, el rey Ricardo decretó que habría un día de fiestas y de música en honor de su real primo Felipe de Francia —no se llevaban demasiado bien, según los rumores que corrían, y aquello era un intento de salvar diferencias—, y Robin me dijo que tendría que actuar delante de los dos reyes en el fragante huerto de hierbas aromáticas situado en la parte de atrás del monasterio, si el tiempo lo permitía. Una mañana lluviosa me pidió que me reuniera con él en el claustro cubierto donde en tiempos se reunía el capítulo de los monjes, y me habló de la velada musical y del papel que había de representar yo en ella.

—Tira de todos esos temas bobos sobre amores, y quizá también de alguna que otra pieza tradicional; nada de política, se supone que hemos de alisar las plumas de Felipe y no erizarlas —dijo. Y antes de que yo pudiera protestar de que calificara mis *cansós* tan finamente trabajadas de «temas bobos sobre amores», me hizo callar de golpe con sus siguientes palabras—: Y, dicho sea de paso, sir Richard Malvête está aquí, con nuestro señor el rey Ricardo. Llegó anoche, de Marsella.

Puse los ojos como platos. ¿La Mala Bestia estaba aquí, en Messina, con el rey?

—Cayó en desgracia después del baño de sangre de York —siguió diciendo Robin—. Al rey no le gustó lo más mínimo la matanza de sus judíos. Me han dicho que estaba verdaderamente indignado; depende de ellos para que le presten el dinero que necesita para sus aventuras militares. —Me dirigió una sonrisa torcida; ésa era exactamente su misma posición financiera—. De modo que Malvête perdió sus tierras en el norte y ha venido a participar en la Gran Peregrinación como penitencia —dijo Robin con una mueca alegre, y concluyó en tono sarcástico—: De acuerdo con vuestra lógica cristiana, para purificar su alma del horrendo pecado de matar judíos, Malvête tendrá que matar un número igual de sarracenos.

Le miré ceñudo. No me gustaba la falta de respeto de Robin por la religión verdadera, ni por nuestra gran misión de rescatar Tierra Santa. Robin ignoró mi mirada agria y siguió diciendo:

—Nuestra versión es que tú y yo no hemos estado nunca en York, nunca nos encerramos en la Torre y nunca nos abrimos paso por entre una multitud de soldados

para escapar de allí. Todo eso, si es que ocurrió de verdad (y probablemente no es más que un invento, ¿no es cierto?), fue cosa de algún otro. Nosotros, no. ¿Entendido?

—Gritaste tu nombre ante los soldados —señalé.

—Un impostor —respondió Robin de inmediato—. Un vil judío que quería salvar la piel haciéndose pasar por el famoso conde de Locksley. Dime que lo has entendido.

Lo había entendido. Robin no quería verse relacionado con aquella catástrofe; no quería explicar por qué razón estaba allí, ni admitir que había matado a civiles cristianos en defensa de los judíos. Por encima de todo, noté que se sentía avergonzado; el episodio no era un timbre de gloria para nadie. Pero aquello me convenía también a mí. Me sentiría plenamente satisfecho si nunca volvía a pensar ni a hablar de nuevo sobre aquellos días sangrientos.

—¿Y Reuben? —pregunté—. Cuando Reuben sepa que Malvête está aquí, le arrancará el corazón de cuajo.

—Sí, ya me he ocupado de eso. Yo mismo le he contado a Reuben que Malvête está ahora con el rey y le he prometido que, si el maldito bastardo vive aún cuando lleguemos a Tierra Santa, le ayudaré a matarlo sin que nadie se entere. Le dije además que tú también querías participar, probablemente.

Yo asentí; me encantaría enviar el alma de Malvête junto a su amo, el diablo.

—Pero ¿por qué esperar? —pregunté—. ¿Por qué no lo matamos ahora mismo?

Me miró unos momentos como si no fuera a contestarme, y luego pareció cambiar de opinión.

—Por dos razones, Alan, y esto no debe trascender. Lo digo muy en serio, no has de contar ni una palabra de esto, ¿de acuerdo? Primero, porque no quiero enturbiar aguas tranquilas precisamente ahora. Si los caballeros del rey empiezan a matarse entre ellos, por más que organicemos un asesinato discreto y sin alharacas, eso hará que la expedición se malogre (ya es bastante malo que Felipe y Ricardo casi no se hablen), y aunque a mí me importa muy poco qué banda de fanáticos religiosos ondee o deje de ondear su bandera sobre las torres de Jerusalén, quiero que esta campaña tenga éxito por razones particulares mías. Y eso me lleva al segundo punto. Si algo saliera mal, no quiero que cuelguen a Reuben por un asesinato aquí en Sicilia. El rey Ricardo ha declarado que ejecutará sumariamente a cualquier hombre que dé muerte a un peregrino, y Malvête, maldita sea su alma, está aquí como peregrino. Necesito... necesito que Reuben me ayude en cierto asunto en Ultramar, y únicamente él puede serme de ayuda. No, Alan, no voy a decirte aún de qué se trata, haz el favor de no hacer preguntas. Te contaré más cosas cuando llegue el momento oportuno.



No era yo el único *trouvère* que acompañaba al ejército a Tierra Santa. De hecho éramos unos cuantos, y habíamos empezado a reunirnos por las noches a beber vino y conversar en una taberna de la ciudad vieja de Messina; allí nos contábamos historias y cantábamos entre nosotros fragmentos de nuestras composiciones. Hice amistad en particular con Ambroise, un tipo de carácter alegre, que casi medía a lo ancho tanto como yo de largo, con grandes carrillos colorados, ojos negros chispeantes como los de un pájaro, y, cuando decidía emplearlo, un ingenio feroz. Era normando, de Evrecy, cerca de Caen, un pequeño vasallo del rey Ricardo, y, aparte de componer música para entretener a su señor, me dijo que estaba escribiendo una historia de la guerra santa. Le conocí en la orilla de la concurrida bahía, inclinado sobre una pizarra en la que escribía con un pedazo de tiza.

—¿Qué rima con «boyas en los muelles»? —me preguntó de pronto, girando en redondo su grueso cuello para mirarme. Yo no sabía que se hubiera dado cuenta de que estaba a su lado. Contesté sin pensar:

—Pollas de los bueyes.

Se echó a reír, con todo su cuerpo retaco y redondo retemblando bajo sus carcajadas, y medio atragantándose observó:

—Admiro la forma de trabajar de tu sucio cerebro, pero no me parece una frase apropiada para un poema en loor de la gloriosa llegada de nuestro rey a Messina. Tú eres Alan, el *trouvère* del conde de Locksley, ¿verdad? Dicen algunos que lo haces muy bien, para lo joven que eres. Yo soy Ambroise, el servidor del rey. En parte poeta, en parte cantor y en parte historiador..., pero por encima de todo un gran glotón —y volvió a reír mientras se daba una palmada en la enorme tripa.

A partir de ese día, fuimos amigos inseparables.

De hecho, nuestra llegada a Messina no había sido tan impecablemente gloriosa como podían haber esperado Ambroise o el rey. La población local era una mezcla de razas: había sobre todo griegos, con un injerto de genoveses y venecianos, algunos judíos e incluso unos cuantos árabes. Y todos nos odiaban. Cuando entramos en la bahía hubo algunos abucheos y burlas, audibles incluso por encima del toque de la trompetería, e incluso se arrojaron algunas frutas podridas. Se agitaron puños, y el rey Ricardo se irritó muchísimo: palideció, y sus ojos azules lanzaron chispas furiosas. Había querido exhibir su poder y su majestad con aquel despliegue, y dio por hecho que los espectadores sicilianos —bautizados de inmediato como «sucios anos» por Little John— quedarían convenientemente impresionados. No fue así. Parecían mirarnos como algo intermedio entre un ejército de ocupación y una multitud de bobos forasteros que podían ser timados e insultados a voluntad. Tengo que decir que ese sentimiento de disgusto fue mutuo: nos referíamos a los griegos con desdén llamándoles «grifones», y «lombardos» a los italianos; a los árabes, muchos de ellos esclavos, los ignorábamos como indignos siquiera de nuestro desprecio de buenos

cristianos.



Ambroise tuvo el honor de dar comienzo al festival musical, una luminosa mañana de octubre en el bucólico huerto del monasterio de San Salvatore. El tiempo había mejorado y el día era templado y soleado bajo un cielo de un color azul pálido salpicado de nubes blancas algodonosas. Lo inició con una canción sencilla y supuestamente melancólica sobre un caballero que se lamenta de la lejanía de su dama. No era un tema demasiado original. Lo cierto es que, ahora que mi amigo lleva muchos años muerto, puedo reconocer delante de mí mismo que Ambroise no sobresalía por sus dotes de *trouvère*. Dios dé descanso a su alma alegre. Tenía una hermosa voz, es cierto, pero sus composiciones musicales no solían ser muy inspiradas.

Y de vez en cuando me pareció incluso que se apropiaba de las ideas de otros. En una ocasión, me confesó que la forma de hacer música de los trovadores, centrada en el amor no correspondido, le resultaba tremendamente aburrida. Lo que más le interesaba era la poesía, en especial la poesía épica, que describía grandes acontecimientos. Me hablaba continuamente de su historia de la Gran Peregrinación, algo sobre lo que volvía una y otra vez cuando había bebido un par de vasos de vino en El Cordero, nuestro abrevadero favorito en la ciudad vieja.

Si mi memoria me es fiel, la canción de Ambroise empezaba así:

Adiós, amor;  
Sé bienvenido, dolor,  
Hasta el regreso de mi dama...

Penoso, convendréis conmigo. Y resultaba bastante difícil imaginar al pequeño y rotundo Ambroise como un amante de corazón lacerado, como se describía después a sí mismo en la composición, incapaz de comer ni de beber por amor a su dama lejana. Pero puede que me equivoque: me avergüenza decir que apenas presté atención a los rimbombantes versos de mi amigo; en vez de eso, ocupé mi tiempo estudiando a los oyentes. El rey Ricardo estaba sentado en el lugar de honor, junto a su real invitado francés. Ricardo era un hombre alto, fuerte y musculoso, con un ligero e incontenible temblor en las manos cuando estaba nervioso o excitado. A sus treinta y tres años había alcanzado una madurez espléndida. Su cabellera dorada de un tono rojizo era verdaderamente regia, y relucía y chispeaba a la luz viva de la mañana; su tez era clara, ligeramente quemada por el sol, y sus sinceros ojos azules jamás se desviaban. Su reputación de guerrero no era inferior a la de nadie, y se decía que nada amaba

más que una buena batalla encarnizada. Ricardo era lo que Tuck llamaba un hombre «caliente», cuya ira se hallaba siempre próxima a la superficie, y que cuando se irritaba resultaba aterrador. A su lado, el rey francés, Felipe Augusto, era tan distinto de él como la tiza del queso. Era un individuo pálido y oscuro; flaco, de aspecto frágil a pesar de sus ojos grandes y luminosos, y a la edad de veinticinco años con la espalda encorvada de un hombre mucho mayor. Tuck lo habría llamado un hombre «frío», que ocultaba sus verdaderos sentimientos detrás de un muro de hielo. Ricardo y Felipe habían sido grandes amigos en su juventud, e incluso hubo quien sostuvo que Ricardo había estado enamorado de Felipe, pero por la actitud de ambos sentados en sus siales provistos de almohadones en aquel huerto poblado de sutiles aromas, estaba claro que ahora era muy escaso el amor existente entre los dos reyes. También estaban presentes Robin y otros comandantes del rey Ricardo, incluido Robert de Thurnham, un caballero al que conocí el año anterior en Winchester y que me ayudó, en aquella ocasión, a escapar de las garras de Ralph Murdac. Ahora era un hombre muy importante, nada menos que el alto almirante de Ricardo, y no tuve ocasión de renovar nuestro trato común más allá de una breve sonrisa y una inclinación.

Sentado al lado de sir Robert estaba sir Richard Malvête. La Mala Bestia lucía una cicatriz reciente que le cruzaba de arriba abajo el lado derecho de la cara, como pude advertir con gran satisfacción, pero en lo demás su aspecto, por desgracia, no había cambiado. Su mechón blanco y sus ojos rasgados de fiera eran exactamente como yo los recordaba, pero me pareció que en cambio él no me recordaba a mí, pues cuando nuestras miradas se cruzaron por un instante, no advertí en su mirada ausente la menor señal de reconocimiento. Pensé que sería imprudente mirarlo con demasiada fijeza, y aparté rápidamente la vista.

Había también un puñado de caballeros franceses presentes en la reunión, un grupo de prelados locales, y los gobernadores de Messina, nombrados por el rey Tancredo, dos individuos que respondían a los nombres de Margarit y Jordan del Pin, un par de caballeros nerviosos y de mirada furtiva, ricamente vestidos, que hablaban poco y observaban sin cesar a los dos reyes con ojillos oscuros e inquietos.

Los gobernadores tenían buenas razones para estar nerviosos; Ricardo y Tancredo estaban implicados en una fastidiosa disputa relacionada con el dinero. Nunca llegué a entender del todo sus prolijidades, pero al parecer el predecesor de Tancredo había prometido al predecesor de Ricardo una gran suma de dinero para apoyar la gran expedición a Tierra Santa. Ahora los dos estaban muertos, pero Ricardo insistía en que Tancredo estaba obligado a hacer honor a la promesa del finado buen rey Guillermo. Luego estaba la cuestión de la hermana de Ricardo, Joanna: se había casado con el rey Guillermo y, cuando éste murió y Tancredo ascendió al trono, debería haber recibido una gran suma de dinero, una pensión, que le permitiera vivir dignamente. Pero Tancredo retuvo ese dinero y la encerró casi como una prisionera.

Cuando Ricardo y su gran flota llegaron a Sicilia, Tancredo se asustó, soltó a Joanna y la envió a Ricardo con una suma de dinero irrisoria. Ahora ella se alojaba con una fuerte protección y todas las comodidades al otro lado del estrecho de Messina, en el monasterio de Bagnara, en la península. Ricardo todavía reclamaba el resto del dinero a Tancredo, y los quince mil hombres que tenía detrás, con más todavía en camino, resultaban un argumento convincente. Algunas personas —entre ellas Robin, pues así era como trabajaba siempre su cerebro— sugirieron más tarde que los actos sangrientos de Ricardo en las horas siguientes no fueron más que un movimiento táctico en la partida de ajedrez entablada entre Tancredo y él, con el objetivo puesto en forzar el pago del dinero debido por el rey de Sicilia.

Cuando se extinguieron las notas de la canción de Ambroise, y los cortesanos le hubieron dedicado unos aplausos de cortesía, una pequeña nube tapó el sol y pude sentir en el aire el frío punzante de octubre. Me puse en pie, empuñé mi viola e hice una profunda reverencia a los dos reyes: era mi turno establecido para actuar. Como Robin había sugerido, me atuve a lo tradicional: recité el clásico poema trágico de Tristán e Isolda en un estilo exquisito, en mi humilde opinión, acompañándome con una sencilla pero elegante tonada que había ideado aquella misma mañana. Lo tomaréis por jactancia de un viejo, pero os juro que vi auténticas lágrimas en los ojos del rey Ricardo cuando me incliné después del último acorde.

El que debía actuar a continuación era un viejo amigo del rey Ricardo: un guerrero canoso de cincuenta años, cordialmente odiado por los demás cortesanos, llamado Bertran de Born, vizconde de Hautefort, que tenía fama de violar a sus criadas y de provocar conflictos entre los príncipes de Europa siempre que se le presentaba la ocasión. Se puso en pie y entonó una larga canción sin acompañamiento en alabanza de la guerra, llena de golpes de hacha y de escudos quebrados, de cabezas rotas y cuerpos atravesados, que acababa de este modo: «Id a toda prisa a Sí-y-No, y decidle que estamos hartos de tanta paz». De hecho, el poema era bastante bueno, un poco pasado de moda pero macabramente divertido y muy emocionante; y por mucho que desaprobara la reputación de liante de aquel viejo, no encontré ningún reproche que hacer a su música.

«Sí-y-No» era el apodo que daba Bertran al rey Ricardo, relacionado con sus supuestas indecisiones de joven, y a nuestro soberano no pareció importarle en absoluto..., pero los dos se conocían desde mucho tiempo atrás. Después, me pregunté si Ricardo y Bertran no tendrían un acuerdo secreto, porque en el momento de concluir el poema irrumpió en el huerto un caballero, y sin la menor ceremonia gritó:

—Hay una revuelta de grifones. ¡Están atacando a Hugo de Lusignan!

Hugo era uno de los barones de Aquitania, un vasallo del rey Ricardo y miembro de una poderosa familia que incluía a uno de los pretendientes al trono de Jerusalén.

Hugo, de forma tal vez imprudente, se había instalado en un lujoso palacio de la ciudad vieja de Messina, a pesar de las fuertes tensiones existentes entre los peregrinos y las fuerzas vivas de la localidad.

—¡Cómo! —rugió el rey, y se puso en pie de un salto. Diré en su alabanza que su furia pareció auténtica.

—Sire —dijo el mensajero—, ha habido disturbios durante toda la mañana, y una gran insolencia de los sicilianos, que han atacado con piedras a nuestros soldados. Luego ha empezado la pelea, y ahora un grupo numeroso de grifones armados ha rodeado la casa de Lusignan y parecen decididos a entrar por la fuerza y matarlo.

—¡Por el amor de Dios, basta ya! —dijo el rey—. ¡A las armas, señores, a las armas! Enseñaremos a esos perros revoltosos a respetar a los santos peregrinos de Cristo.

Hizo una seña a Robin, Robert de Thurnham, Richard Malvête y el resto de los caballeros.

—No hay tiempo que perder —les dijo—. Armaos y reunid a cuantos hombres podáis. Tomaremos esta ciudad en el tiempo que tarda un cura en rezar los maitines. ¡Nada de dilaciones, a las armas! Y que Dios nos ampare a todos.

El rey se dirigió entonces al lugar en el que Felipe seguía aún sentado, rodeado por sus caballeros.

—Primo, ¿os unís a mí para someter a esa canalla insolente?

El rostro de Felipe carecía de expresión. Puedo afirmar que estaba furioso por la tensión de los músculos de sus mandíbulas —seguramente también él sospechaba que Ricardo estaba representando su parte en el plan para conseguir sus propósitos—, pero se limitó a sacudir negativamente la cabeza sin decir palabra. Ricardo se lo quedó mirando por un instante, y luego le dedicó una leve inclinación, giró sobre sus talones y salió a largas zancadas del jardín.

La velocidad y la furia del ataque de Ricardo fueron verdaderamente asombrosas. Puede parecer insensato atacar una ciudad de más de cincuenta mil almas con tan sólo un puñado de caballeros, pero la estrategia demostró ser sumamente eficaz. Más tarde, yo había de descubrir que el rey Ricardo era muy capaz de utilizar sutilezas tácticas en la guerra, subterfugios, amagos, y una dirección hábil de las operaciones en los momentos adecuados, pero lo que prefería por encima de todo era una carga insensata y furiosa, encabezada por él mismo, y caer sobre el enemigo con la espada en alto, matando a sus oponentes por docenas.

En el exterior del monasterio, nos reunimos una treintena de jinetes armados, dispuestos a luchar y a morir al lado del rey. Yo me había embutido en una cota de malla, colocado un yelmo de cimera plana sobre mi cabeza y ceñido espada y puñal; después de pensarlo, tomé también la maza y, montado en *Fantasma*, acudí a la explanada del monasterio. Allí comprobé que el rey se había armado para la batalla



con más rapidez que yo mismo. Estaba fuera de las grandes puertas del monasterio, removiéndose literalmente en su silla de montar y acuciando a sus caballeros: «¡Deprisa, deprisa, por el amor de Dios!».

Habíamos despachado a Owain con mensajes para que el resto de la hueste viniera a reunirse con nosotros, pero el rey Ricardo estaba impaciente como un poseso: no podía esperar un instante más para empezar la batalla. Y lo extraño fue que sus prisas facilitaron la tarea de conquistar Messina mucho más de cómo habría resultado de esperar a que el ejército se organizara y acudiera al encuentro.

El rey pasó revista de un vistazo al puñado de caballeros reunidos, hizo un gesto de asentimiento y dijo:

—Muy bien, vamos allá y enseñemos modales a esa basura.

Y sin más, bajamos al galope la cuesta de la colina en dirección a la ciudad vieja, con el rey a la vanguardia, Robin inmediatamente detrás de él y yo mismo en algún lugar en medio de aquel pelotón desordenado, con Little John a mi lado montado en un gigantesco caballo blanco y sonriente de placer ante la perspectiva de la pelea inminente. También yo me sentía invadido por la euforia. Por alguna razón, me parecía que no podía morir si seguía al rey Ricardo a la batalla, que de alguna manera el aura sagrada del poder regio que irradiaba de él me protegería. Una idiotez absoluta, desde luego: estar en la compañía del rey no era más seguro que encontrarse en cualquier otro lugar en una batalla; más bien al contrario, dada la temeridad con que se comportaba, si ha de decirse todo sin tapujos.

En el exterior de la puerta principal de la ciudad, un contingente de unos cuatrocientos sicilianos se había desplegado sobre una pequeña loma en lo que supongo que ellos pensaban que era una formación militar. Los grifones iban equipados con armas y corazas heterogéneas, unos con espadas y lanzas, otros con ballestas y escudos redondos, algunos cubiertos con cascos de cuero, unos pocos con grandes hachas de mango de madera, algunos incluso con tridentes de pescar. Se apretujaban y se empujaban unos a otros, y una docena de ellos, los jefes, supongo, se gritaban a voz en cuello entre ellos y a sus hombres en un intento de dar una apariencia de orden a aquella multitud informe. Supe después que su intención era atacar el monasterio y apresar al rey para pedir un rescate. Nunca lo habrían conseguido; ni siquiera eran capaces de marchar en formación correcta sin tropezar unos con otros y andar a empujones.

Cuando Ricardo les vio, no refrenó la marcha de su montura ni siquiera por un instante. Se limitó a gritar: «¡Por Dios y Santa María!», y cargó directamente contra la loma y la masa de sicilianos, haciendo revolear su espada con una furia casi demoníaca, tajando y pinchando, hundiendo el acero en la carne y adentrándose metro a metro en aquel mar revuelto de humanidad. Y todos nos agrupamos y atacamos detrás de él; treinta caballeros revestidos de acero al galope tendido en una

línea tensa con Ricardo en la punta. Fue como la hoja de un hacha penetrando en una col podrida.

Dios me perdone, pero disfruté de aquella refriega. *Fantasma* se precipitó sobre las filas enemigas, dejando fuera de combate a dos hombres con su impulso, y yo ensarté a un tercero en el gáznate con la punta de mi espada, al seguir a nuestro rey enajenado a la batalla. A mi izquierda, Little John manejaba con una habilidad aterradora su hacha de combate y tajaba enemigos con un medido movimiento de vaivén de su arma de doble filo. Sujeté las riendas en el pomo de la silla y, con la espada en una mano y la maza en la otra, golpeé a izquierda y derecha, atravesando cuerpos sin protección y machacando cráneos, mientras controlaba a *Fantasma* sólo con las piernas. La maza era un arma maligna: un bastón de acero de dos pies sujeto a una cabeza más gruesa provista de un anillo de ocho triángulos planos y afilados. Era capaz de perforar cascos de acero y hundirse los cráneos que protegían. Si la proyectabas con fuerza contra una cota de malla, podía quebrar con toda facilidad un brazo o una pierna. Aplasté la mandíbula de un hombre con un golpe de abajo arriba, y luego seguí lateralmente a otro soldado, impactando en su sien. Un gran chorro de sangre me saltó a los ojos, y me vi momentáneamente cegado. En parte intuí y en parte entreví que alguien me atacaba con una lanza desde mi derecha, y aparté la punta por puro instinto con la espada para luego invertir la dirección del golpe y plantar el filo de acero en su boca.

El ruido era ensordecedor: los gritos de batalla de nuestros guerreros, el choque de aceros, los relinchos y bufidos de los caballos y los gritos de rabia y de agonía de los hombres heridos. Espoleé a *Fantasma*, noté un fuerte golpe en mi pie izquierdo, lancé una estocada a una espalda que se retiraba, y de pronto la masa de soldados grifones se deshizo, como una jaula de palomas cuando se rompe de un golpe y todas las aves echan a volar al mismo tiempo. Cientos de hombres volvieron las espaldas y echaron a correr hacia la puerta de la ciudad..., que según comprobé con incredulidad empezó a abrirse despacio para acoger a los fugitivos. Fue un error terrible, fatal, por su parte.

—¡Tras ellos! —gritó Ricardo, agitando su espada en el aire; tanto la larga hoja como el brazo que la empuñaba chorreaban sangre—. ¡Tras ellos, ahora que la puerta está abierta!

Y bajamos la loma, mezclándonos con los sicilianos fugitivos, espoleando a nuestras monturas para adelantarlos y luego golpearles hacia atrás en la cara y el cuello con nuestras espadas sin dejar de correr, rajando mejillas, hundiendo cráneos y atropellando cuerpos en nuestra carrera. Quienquiera que estuviera al mando de la puerta debió de darse cuenta de su error al abrir para dejar paso a los fugitivos, porque, al aproximarnos, vimos que los hombres colocados a ambos lados del portal se esforzaban por cerrar de nuevo la pesada barrera de madera frente a la marea de

hombres aterrorizados y salpicados de sangre. Habrían tenido más opciones de éxito de intentar detener el proceloso mar. Nuestros caballeros estaban en medio de la multitud, tajando y pinchando en aquella masa, y aumentando más aún su pánico. Vi a Robin picar espuelas, extender su espada horizontalmente como si fuera una lanza, y cargar contra el grupo de hombres que intentaba cerrar la hoja izquierda de la puerta. Medio cegó a un hombre con una estocada que le alcanzó en la órbita del ojo, y que dejó el globo colgando de un delgado hilo de tejido. Luego dio un tremendo tajo de arriba abajo que cortó casi por completo el brazo desnudo de otro hombre, y los demás individuos que empujaban la puerta dieron media vuelta y echaron a correr por las calles embarradas de la ciudad vieja de Messina. Unos instantes después, cesó toda resistencia en la puerta de la ciudad; los grifones que quedaban con vida huyeron a la carrera y se escondieron en sus madrigueras de la ciudad tan aprisa como se lo permitieron sus piernas.

Las puertas quedaron en nuestro poder, y el rey ordenó por fin una pausa para tomar aliento. Los caballeros se alinearon en la entrada de la ciudad vieja, y mientras palmeaban los flancos de sus monturas bañadas en sudor y jadeaban y bufaban por el esfuerzo de la pelea anterior, busqué con la mirada a mis amigos. Robin parecía ileso, pero Little John tenía un corte que sangraba a un lado del muslo, y se dedicaba a colocarse un vendaje improvisado con una camisa vieja. Le llamé, pero se limitó a decir:

—Un arañazo, Alan, sólo un arañazo. Por las pelotas peludas de Dios, debo de estar haciéndome viejo.

Y me dirigió una enorme sonrisa lunática que me templó los ánimos.

Bajé la vista hacia mi bota, y vi un corte profundo en el cuero grueso, pero la hoja que lo produjo no había penetrado hasta la carne. Con todo, necesitaría un nuevo par de botas al concluir la jornada. No todos los nuestros habían tenido la misma suerte. Había cuatro caballos sin jinete de nuestro grupo, y dos más con las cabezas gachas que ramoneaban la hierba en la loma empapada de sangre en la que había tenido lugar nuestro primer ataque insensato. El lugar de aquella primera carga estaba señalado por los cuerpos de grifones muertos y heridos, algunos de los cuales trataban de arrastrarse, mientras otros seguían tendidos y gritaban y maldecían por el miedo y el dolor. Un caballo destripado, con los intestinos de color morado formando un montón reluciente sobre la hierba, relinchaba de forma incesante hasta que un caballero desmontado se acercó a él y le dio el golpe de gracia con su daga. Varios hombres de la compañía del rey mostraban cortes profundos y heridas de distintos tipos después de nuestra batalla con los sicilianos. El brazo de un caballero colgaba inerte del hombro dislocado. Robert de Thurnham tenía un corte serio en el pómulo, pero bromeaba alegremente con el rey, Bertran de Born y Mercadier, el ceñudo capitán de los mercenarios de Ricardo, mientras se enjugaba el rostro herido con un pañuelo de

seda. «Le va a quedar una cicatriz fea», pensé, y de forma instintiva busqué a Malvête en el grupo de caballeros. Encontré su mirada inexpresiva, y advertí que su propia cicatriz parecía haber tomado un color rojo más intenso; rápidamente desvié la mirada. Por lo que pude ver, el bastardo había salido completamente indemne. A pesar de lo que había dicho Robin sobre esperar a encontrarnos en Tierra Santa, supe que si se me presentaba la oportunidad y podía asegurarme de que no nos viese ningún testigo, mataría a Malvête y no sentiría más remordimientos que si hubiera acabado con un perro rabioso.

Mis pensamientos se volvieron de forma espontánea a Reuben. Presumiblemente se alojaba en la ciudad vieja. ¿Estaba a salvo? A través de la puerta abierta, vi llegar nuestros refuerzos colina abajo en dirección al grupo de jinetes que guardábamos la entrada de la ciudad. Un pelotón de arqueros a pie, encabezado por Owain, corría hacia nosotros, y soldados, sargentos y lanceros, caballeros con sus escuderos, convergían todos hacia el rey con sonrisas salvajes de satisfacción. Con la puerta en nuestras manos, la conquista de la ciudad era coser y cantar, y después vendría el saqueo, una noche a sangre y fuego, de mujeres violadas, hombres acuchillados y objetos de valor robados o destrozados por el puro placer de la destrucción.

Los grifones parecieron darse cuenta del peligro que corrían, porque se reagruparon mientras dábamos un respiro a nuestros caballos y atendíamos a los heridos y, en la calle principal que conducía al centro de la ciudad vieja, se formó un muro de hombres armados. El muro se espesaba a cada momento que transcurría, porque los civiles, aterrorizados al pensar en lo que harían nuestras tropas victoriosas si entraban en sus casas, corrían a engrosarlo. Quienes llevaban armadura se colocaron en las primeras filas, hasta formar una barrera de escudos superpuestos y lanzas que parecía capaz de detener nuestro avance. Aquel muro defensivo podía haber sido calificado casi de formidable —un obstáculo difícil de superar—, salvo por dos detalles. En primer lugar, disponíamos de muchos arqueros, que ahora sonreían de placer al anticipar el botín y la orgía mientras se dedicaban a montar las cuerdas en sus arcos; y además, nuestro comandante era el rey Ricardo.



Robin y Owain formaron a nuestros arqueros en un santiamén y, a una señal del rey, empezaron a lanzar una descarga tras otra de flechas contra el muro de grifones. Las oleadas de astiles grises caían como las hojas con la lluvia del invierno sobre la barricada defensiva de los ciudadanos de Messina. La matanza era aterradora, continua y los grifones no tenían respuesta posible. Aguantaron con bravura, sangrando y muriendo en defensa de sus hogares y sus familias. Cada vez que aquellas flechas de punta afilada como la hoja de una espada caían sobre sus filas,

una docena de hombres gritaban y caían al suelo, aferrándose al palo de madera de fresno de apenas un metro de largo que brotaba de sus cuerpos, y luego eran arrastrados, dejando un rastro de sangre, hasta la retaguardia del muro, para que otros hombres nerviosos e ilesos ocuparan su lugar. El muro empezó a adelgazarse, a vacilar ante las arremetidas de los arqueros, y las filas traseras se deshilaron a medida que, de uno en uno o por parejas, los padres de familia se escurrían por los callejones traseros de la ciudad, rehuyendo la lucha para proteger a sus hijos. El rey Ricardo captó perfectamente la situación y, alzando en el aire su espada manchada de sangre, gritó:

—¡Por Dios y por la Virgen! ¡A degüello! ¡He dicho a degüello!

Y él y todos los hombres hábiles a caballo —debíamos de ser unos sesenta o setenta los que nos habíamos ido reuniendo hasta ese momento— clavamos las espuelas en los flancos de nuestras monturas y nos abalanzamos hacia adelante formando una gran masa galopante forrada de acero, dispersando la barrera debilitada como una escoba de abedul barre las hojas secas. Cargamos contra ellos con las espadas alzadas, atravesamos con toda facilidad la cortina vacilante de hombres atemorizados, y desencadenamos el infierno en la antigua y antes pacífica ciudad de Messina.

## Capítulo IX

**E**l saqueo de una ciudad nunca es un espectáculo agradable. Pero aquél fue uno de los peores que he visto nunca. El rey Ricardo había llamado «¡a degüello!», y eso significaba que daba a su gente licencia para saquear, violar y matar hasta saciarse. No habría cuartel; ahora toda la ciudad pertenecía a las tropas victoriosas. Ricardo estaba castigando deliberadamente a la ciudad por su insolencia, por la fruta podrida lanzada y los abucheos dirigidos contra él en ocasión de su magnífica entrada en la bahía. Cuando la caballería barrió las últimas defensas de la ciudad, los arqueros y los infantes pasaron rugiendo tras ella y recorrieron las calles echando abajo puertas y ventanas, y entrando por la fuerza en las casas particulares, matando a quien se les oponía y saqueando las viviendas cuando no les prendían fuego por puro despecho. Buscaban vino, dinero y mujeres, pero no necesariamente por ese orden. Fue como si se hubieran vuelto locos, igual que los cristianos de York, trastornados por la lujuria, la crueldad y el ansia por verter sangre humana.

Cuando el sol se ocultó detrás de las colinas del oeste, buena parte de la ciudad ardía, y la sangre y el vino corrían como arroyos por las calles alfombradas de cadáveres. Los soldados borrachos recorrían tambaleantes la ciudad en llamas, espada en mano, tropezando con sus propios pies y acuchillando las sombras, en busca de casas intactas que saquear, mujeres que violar u otra barrica de vino que espichar. Lo más frecuente era que el soldado o el arquero se derrumbara inconsciente en el umbral de alguna casa, ahítas su codicia, su gula y su lujuria..., y a algunos de ellos les rebanaron el gáznate por la mañana ciudadanos en busca de venganza por sus hijas desfloradas, sus hijos acuchillados delante de sus propios hogares, y sus propiedades destruidas o robadas. El miedo y la muerte acechaban en la oscuridad iluminada por las hogueras, cuando los ciudadanos corrían a esconderse a sus sótanos o detrás de puertas atrancadas e incluso claveteadas, y se limitaban a rezar porque acabara de una vez aquella pesadilla. Pero faltaban todavía muchas horas para el amanecer, y los apetitos de los victoriosos hombres de Ricardo distaban de estar saciados.

El rey Ricardo y los nobles de su séquito, incluido mi señor Robin, habían corrido a la casa de Hugo de Lusignan. Estaba sano y salvo, bien resguardado en un sólido edificio de dos pisos y con una veintena de hombres bien armados para protegerlo: los cadáveres de una docena de grifones se amontonaban delante de su puerta.

Después de abrazar solemnemente a Hugo —después de todo, el rey había atacado Messina en apariencia para acudir en su defensa—, Ricardo se retiró al monasterio de la colina con el círculo íntimo de sus caballeros para vendar los rasguños recibidos y festejar juntos la victoria. Robin, creo que bastante a regañadientes, acompañó a su señor; lo cierto es que se vio obligado a hacerlo, pero tuve la sensación de que habría preferido un poco de lucrativo saqueo en la ciudad en llamas. Little John había desaparecido por completo, presumiblemente en busca de diversión y objetos de valor, y yo me quedé solo, montando a *Fantasma* por una calle estrecha, sorteando cuerpos caídos, y me dirigí al barrio judío. Quería asegurarme de que Reuben no había sufrido ningún daño. Aunque sabía que era muy capaz de cuidar de sí mismo, me inquietaba el recuerdo de la última chusma de fanáticos sedientos de sangre con los que me tropecé en la ciudad de York.

Emboqué a paso lento una calle lateral oscura, y vi en ella a un grupo de soldados, una docena tal vez, que se daban codazos y parloteaban excitados. En el suelo estaba tendida una mujer y un rufián la cubría, mientras los demás esperaban su turno. Me detuve, y una parte de mí deseó acudir en su socorro y ahuyentar a aquellas bestias borrachas. Pero estaba solo, y ellos eran una docena de hombres enajenados por la lujuria. Dudé, como un completo cobarde. ¿Era deber mío salvar a aquella pobre mujer? Era un botín de guerra legítimo, una enemiga. Mi propio rey quería castigarla. Recordé algo que me había dicho Robin el año anterior. No lo entendí en su momento, pero desde entonces había meditado muchas veces sobre sus palabras. Me dijo: «El Bien y el Mal casi nunca son cosas sencillas. El mundo está lleno de mala gente. Pero si me dedicara a recorrer la tierra castigando a todos los hombres malos que encontrara, nunca podría descansar. Y aunque me pase la vida entera castigando las fechorías, no aumentaré en lo más mínimo la cantidad de felicidad que es posible encontrar en este mundo. El mundo posee una reserva inagotable de maldad. Todo lo que puedo hacer yo es proporcionar amparo a quienes lo soliciten, a los que amo y a los que me sirven».

Me dijo aquello pocas horas antes de ordenar que un bandido preso, un individuo malvado llamado sir John Peveril, fuera atado a unas estacas clavadas en el suelo en un claro del bosque y se le amputaran las dos piernas y un brazo delante de su hijo de diez años. Aquel Peveril sobrevivió, según me contaron, si puede llamarse vivo a un hombre en su situación: era sólo un tronco, con una cabeza y un brazo. Mi amo también dejó con vida al niño; no por piedad ni por humanidad, sino para que contara a todos la historia de aquel horror.

Comprendía ahora lo que quiso decir Robin con su pequeño discurso sobre lo bueno y lo malo: aquella mujer no significaba nada para mí, ¿por qué había de arriesgar mi cuello para salvarla? Pero también sabía qué era lo correcto en un caso así. Sabía lo que habría hecho un paladín realmente caballeroso. Por desgracia, el

cobarde que anida en mi interior prevaleció, y mientras discutía conmigo mismo sobre lo bueno y lo malo, *Fantasma* me alejó paso a paso de aquel callejón, y yo me plegué a mi lado más débil y seguí adelante, maldiciendo mi cobardía.

Cuando llegué a la casa donde se alojaba Reuben, vi que no había nadie en su interior. El lugar estaba atrancado y no se atisbaba ni una chispa de luz a través de los postigos que daban a la oscuridad de la calle. Probablemente Reuben, al enterarse de los disturbios, había abandonado la ciudad en busca de algún lugar más seguro. Mientras yo me inquietaba por él, pensé con amargura, y recorría las peligrosas calles de una ciudad ebria de sangre, él estaría jugando a los dados con los hombres de Robin..., y ganándoles, en algún escondite seguro del norte de Messina.

Dirigí a *Fantasma* hacia la puerta principal de la ciudad. Como me pasaba a menudo después de una batalla, me sentía deprimido. Estaba cansado, me dolía el pie en el que había recibido un espadazo, y no podía dejar de pensar en la mujer violada sucesivamente por una docena de hombres locos de lujuria. Y en ese momento, cuando pasaba delante de una puerta reventada a golpes que colgaba rota de sus bisagras, oí un largo y agudo grito de terror. Era la voz de una mujer, de una mujer joven, me pareció, y parecía presa de un terror mortal. Esta vez detuve a *Fantasma*, y ella volvió a gritar, un alarido más fuerte y largo, que revelaba un pánico absoluto. Luego oí reír a un hombre, un sonido gutural maligno, y llegó hasta mí el sonido de unas palabras obscenas dirigidas a alguna otra persona.

Sin permitirme a mí mismo pensar en esta ocasión, me apeé de los lomos de *Fantasma*, lo até a un poste, desenvainé mi espada y entré en la casa.

Era sin lugar a dudas la vivienda de un hombre rico. La gran sala principal, con su techo alto, había sido una estancia muy hermosa, pero ahora aparecía enteramente devastada. A la luz de la luna que se filtraba por los postigos abiertos de una ventana, vi que el rico mobiliario había sido destrozado a golpes y sus restos estaban esparcidos por toda la habitación; cortinas valiosas habían sido rasgadas y sus harapos colgaban de las paredes, y se notaba un fuerte olor a vino y excrementos: alguien se había aliviado recientemente en aquella sala, y sospeché que no habría sido su propietario. La escasa luz reinante me permitió adivinar más que ver el cadáver de un hombre muy grueso, ricamente vestido y tendido en medio de un charco oscuro en un extremo de la habitación. Ignoré aquel cuerpo y me adentré por entre las ruinas de su casa, hacia la parte trasera del edificio. Oí un nuevo grito, pero esta vez acabó abruptamente en un gorgoteo.

Sonó exactamente igual como si a la mujer le hubieran cortado el cuello.

Crucé una puerta y salí a un patio descubierto, iluminado por un par de antorchas fijadas a unos soportes en la pared. Y vi que había entrado en un matadero. El suelo de piedra estaba literalmente cubierto de sangre, regueros de líquido corrían entre las losas y los cuerpos desnudos de dos mujeres jóvenes aparecían tendidos en el suelo,



de forma que sus cuerpos sin vida, blancos y redondeados, parecían las carcasas de cerdos sacrificados a la luz parpadeante de las antorchas. Una tercera muchacha colgaba inerte de un armazón de madera en forma de «X». Me di cuenta de que el armazón estaba destinado a azotar a personas, y supe que me encontraba en el lugar destinado a los esclavos de la casa de un mercader. La muchacha estaba muerta. Aunque me daba la espalda, vi que su garganta había sido rebanada hasta el hueso. Y el hombre que la había matado estaba de pie junto al armazón de los azotes y me miraba sorprendido. La chica había sido azotada, acuchillada en las nalgas y sin duda violada antes de que el hombre hubiera acabado con su vida. El llevaba una sobreveste escarlata y azul celeste, salpicada de la sangre de ella y la de sus hermanas. Y empuñaba un cuchillo largo y manchado en la mano derecha.

No pronuncié ninguna palabra de desafío; me limité a dar dos pasos hacia él y dirigí mi espada contra su cabeza en un rápido golpe circular. Intentó desesperadamente parar el golpe con su daga empapada en sangre, y consiguió que mi hoja no se hundiera en su cráneo, pero entonces me abalancé sobre él y le golpeé en la boca con el pomo de hierro de mi arma, rompiéndole los dientes, rajándole los labios y haciéndole caer al suelo. Me miró fijamente, inclinado sobre él, y apenas tuvo tiempo de gritar con su boca rota, «¡Mi señor, socorredme!», en inglés, antes de que yo enterrara la punta de mi espada en su garganta y silenciara su voz para siempre.

Me aparté de él. En mi furia negra, podía haber hecho pedazos aquel cuerpo, pero conseguí controlarme. Lo había matado, pero no lo lamenté ni un solo instante, y comprendí que tenía que abandonar aquel lugar con la mayor rapidez posible. El rey Ricardo había prometido que ejecutaría a cualquiera que diera muerte a un peregrino; en el viaje desde Marsella había hecho atar a un homicida al cadáver de su víctima y lo había arrojado al mar para que pereciera hundido por el peso de su víctima. Incliné la cabeza hacia un lado: ¿había oído cantar a alguien en algún lugar cercano? Sin duda lo había imaginado. Al echar una ojeada al patio antes de abandonarlo, me di cuenta de que había una cuarta muchacha, atada y amordazada, acurrucada desnuda en un rincón en sombra junto a una pared encalada. Tan quieta y tan blanca estaba, que parecía formar parte de la pared. Pero al acercarme a ella vi que sus ojos enormes estaban cargados de horror, que su cabello era liso y de un color negro brillante, y que descendía a lo largo de su espalda desnuda casi hasta la delgada cintura. A pesar de la conmoción que la dominaba en aquel lugar de sangre, terror y muerte, vi que era hermosa; extraordinariamente hermosa. Pero me había visto matar al soldado. Era un testigo. Me asaltó una idea: sabía lo que habría hecho Robin en las mismas circunstancias; era un testigo de un crimen capital, y debía morir. En nuestros días de proscritos en Sherwood, el hijo del molinero, Much, había matado una vez a un paje inocente por haber sido testigo de un asesinato cometido por Little John. Much llegó

incluso a presumir de aquello, hasta que le dije que le callaría la boca si no lo hacía él por su cuenta. De modo que sabía lo que me aconsejaría hacer Robin, con su falta de escrúpulos. Pero yo no era Robin.

Volví a la sala principal y recogí una cortina de seda rota caída en el suelo, aunque apenas se había ensuciado y volví con ella al patio de los esclavos. La chica observaba mis movimientos con los ojos desorbitados. Yo corté las cuerdas que la ataban y la envolví en aquella pieza de seda. Y durante todo el rato ella tuvo clavados en mí sus enormes ojos hermosos. Creí oír pisadas de botas en el piso de arriba, e intenté dar prisa a la muchacha en voz tan baja como pude. Pero ella no parecía entender mis palabras. A fuerza de gestos y de señalar, por fin conseguí comunicarle la urgencia de salir de allí, de modo que entendiera que teníamos que abandonar la casa de inmediato. En apenas una docena de segundos, estábamos los dos en la calle. Pude oír con toda claridad una canción de borrachos: soldados, sin duda, en busca de otra víctima que violar, o de otra casa que saquear. Y el ruido se acercaba. Quise subir a la muchacha al caballo y llevármela de aquel lugar de muerte lo más pronto posible —sentía crispase mi piel al anticipar el peligro mortal en que nos encontrábamos—, pero ella parecía muy preocupada porque la cortina de seda resbalaba y se abría, y se negaba a montar a la grupa de *Fantasma* hasta haber anudado bien su improvisado vestido. De modo que hice un agujero en la cortina para que pasara la cabeza, corté una tira del borde para fabricarle un cinturón, y, con su cabeza asomando a través de la rica seda y la tira atada a su cintura, consintió por fin en montar a caballo.

Acababa de acomodarla en la silla, cuando sonó una voz a mi espalda; una voz lenta y ronca que yo ya había Oído antes:

—Has matado a un hombre mío, niño cantor; ¡has matado a mi sargento!

La voz sonaba ligeramente molesta, más que furiosa. Me volví tan deprisa como pude con la espada en la mano, y vi recortarse en el umbral de la puerta la figura elevada de sir Richard Malvête, acompañado por cuatro mesnaderos que sostenían antorchas en alto y atisbaban desde detrás de su mole.

—Y no he olvidado que tú me hiciste esto —dijo la Bestia, señalando con un dedo la cicatriz roja que le recorría la cara—. No te he olvidado, niño cantor, y recuerdo muy bien las payasadas de tu amo el amante de los judíos, en York —rugió, y sus ojos brillaron como los de una fiera a la luz de las antorchas—. Tú y tu mal llamado conde pagaréis un bonito precio por haber entorpecido mis placeres.



No recuerdo haber sentido miedo al ver allí plantado a Malvête con sus cuatro hombres —más espadas de las que podía esperar soslayar en una pelea para salir con vida—, y tampoco sentí odio, a pesar de que llevaba mucho tiempo soñando con

matarlo. Por el contrario, sentí una calma extraña, un distanciamiento clarividente. Era muy consciente de mi cuerpo, de la postura que mantenía con la espada en la mano derecha, el pie izquierdo ligeramente adelantado, y empecé a pensar en los movimientos exactos que haría cuando la lucha empezara. Lo primero sería apartar a la muchacha. Estaba bien sentada en *Fantasma*, con los pies descalzos en los estribos, y su actitud demostraba que sabía cabalgar, de modo que una fuerte palmada en la grupa del animal haría que éste saliera disparado al galope. Confiaba en que *Fantasma* la llevaría a un lugar seguro. Es extraño que mis primeros pensamientos estuvieran dedicados a ella. No tenía la menor relación personal con aquella muchacha, ningún vínculo me unía a ella —había visto que era hermosa, sí, pero no significaba nada para mí, y sin embargo mi primer cuidado instintivo fue ponerla a salvo, a riesgo de mi propia vida. En verdad, los caminos de Dios son misteriosos.

De hecho, lo siguiente que pensé fue que eran demasiados enemigos para luchar eficazmente contra un hombre solo; se estorbarían unos a otros, y estaban ya apelotonados detrás de Malvête en el umbral de la puerta. Por consiguiente, me di cuenta de que tenía que atacar, ir hacia ellos para que la pelea se desarrollara en la puerta misma. Si conseguía mantenerlos en aquella estrecha abertura, sólo uno o como mucho dos hombres podrían atacarme a la vez, hasta que a alguno se le ocurriera la idea de saltar por la ventana y tomar mi espalda. Entonces... probablemente acabarían conmigo. Pero si conseguía retenerlos en el umbral durante algunos segundos preciosos, la muchacha tendría tiempo suficiente para escapar.

Sea. Ahora. Hora de moverse, Alan: di una palmada al caballo con la mano izquierda, tiré una estocada a la cabeza de Richard Malvête para obligarle a echarse atrás, y me planté en la puerta con la intención de mantenerme allí tanto tiempo como me fuera posible. Las canciones se oían cada vez más alto, los cantores estaban en aquella misma calle, y en el preciso momento en que lanzaba mi ataque desesperado, me asaltó un pensamiento maravilloso. Sin duda Dios estaba conmigo, ¡yo conocía esa canción!

La había oído cantar muchas, muchas veces a lo largo del viaje de Inglaterra hasta el mar Mediterráneo. ¡Era una canción en lengua galesa! Y los hombres que la cantaban...

—¡Eh, oye, si es Alan! Disfruta de esta espléndida noche —dijo Owain con la voz ronca por el vino ingerido—, ¿por qué no les cantas una canción a los muchachos?

Volví la cabeza despacio, y sentí los músculos de mi cuello tan rígidos que creí no poder completar el movimiento. Allí estaba Owain de pie, como una aparición de Cristo, a la cabeza de una treintena de arqueros de carotas enrojecidas, con los arcos sin montar, ciertamente, y todos borrachos como cubas, pero provistos de una espada corta al cinto que yo mismo les había enseñado a utilizar. Loado sea Dios por sus

bondades.

—¡Mirad, se ha buscado una mujer! ¡Y por Cristo Jesús que es una buena pieza! —gritó uno de los arqueros, rápidamente acallado con muchos aspavientos por sus compañeros de farra. Por lo general, cuando estaban sobrios, me tenían un enorme respeto.

—¿Te encuentras bien, Alan? —preguntó Owain—. Me pareces un poco pálido. Toma un trago.

Me tendió una frasca de vino ricamente adornada. Yo me volví hacia la puerta. Sir Richard Malvête había desaparecido. Y en lo alto de la calle, alejándose de nosotros a paso ligero, vi un grupo de hombres de armas con sobrevestes escarlata y azul pálido. No me contrarió ahora verles alejarse. Enfundé mi espada.

—Estoy bien, gracias, Owain —dije—. Pero te estaría agradecido si me prestas una escolta para acompañar a esta dama al campamento. Esta noche las calles están llenas de tipos borrachos y poco de fiar.

Agité el dedo como un maestro de escuela delante del grupo de hombres toscos, avinados, que sin la menor duda me acababan de salvar la vida. Y todos los galeses soltaron una alegre carcajada al oír mi poco consistente broma.



El amor es tal vez la más extraña de todas las experiencias humanas; los momentos de felicidad que ofrece son realmente sublimes, pero no estoy seguro de que se le pueda calificar de placentero, y a menudo depara grandes tormentos; aun así, vamos detrás de él durante toda nuestra vida como polillas atraídas por una llama letal. A los pocos días, yo estaba perdidamente enamorado de Nur, porque ése era el nombre de la joven esclava que rescaté aquella noche de la casa grande de la ciudad vieja. Todo empezó para mí con un tremendo arrebató de deseo; cuando miraba su cuerpo esbelto, sus grandes ojos oscuros, su piel perfecta y su boca turgente, casi explosiva, deseaba poseerla, envolverla con mis brazos y besarla, estrecharla contra mi cuerpo de modo que estuviéramos unidos, fundidos en uno. Y no estoy hablando del burdo acto físico con el que se acoplan los hombres y mujeres ordinarios; yo me prohibía a mí mismo tocarla, lo cual era una estupidez. Ahora sé que, cuando encuentras el amor, has de agarrarlo con las dos manos y disfrutarlo mientras dura. Pero entonces era joven, formaba parte de una peregrinación santa, y estaba imbuido de un sentido moral cuasi infantil.

También había razones prácticas. Para empezar no podíamos comunicarnos en ninguna lengua: ella no hablaba inglés, francés ni latín; lo intenté incluso con la lengua d'Oc, el habla del sur que utilizaban muchos trovadores y que era la lengua natal del rey Ricardo. Pero ella no entendía una sola palabra de ninguna de esas

lenguas. Sólo por señas pudimos llegar a la conclusión de que yo era Alan y ella Nur, y que yo era su protector en el campamento y ella tenía que quedarse a mi lado y no vagabundear por su cuenta. Ella me dijo que era «filistini», y entendí por ello que era una árabe de Ultramar, del pueblo de los filisteos del que habla la Biblia, aunque no pude hacerme idea de cómo había llegado a convertirse en esclava de una vivienda de Sicilia.

Aquella primera noche, de vuelta en el monasterio, William y yo revolvimos por ahí y le encontramos algunas ropas femeninas limpias, un poco de comida y vino, y agua y un paño para que se lavara. No cabía duda de que nuestra presencia infundía pánico en su ánimo, lo cual era comprensible. Pero William se portó amablemente con Nur y, por gestos, le indicó lo que se esperaba de ella, y que no pretendíamos hacerle ningún daño. Era un buen chico, enormemente amable y leal conmigo. Luego los dos montamos guardia en el exterior de la puerta de la celda, sintiéndonos nobles y, por mi parte, intentando con desesperación no pensar en sus pechos jóvenes y perfectos, pujantes bajo aquella tenue cortina de seda. Después de siglos de escucharla chapotear y canturrear en el interior de la celda, y de enormes esfuerzos por reprimir mi imaginación, se me ocurrió una idea brillante y envié a William en busca de Reuben. El había crecido en tierras de Arabia, y sin duda sabría hablar en su propia lengua.

William volvió al poco rato con el judío; en efecto, había estado jugando a los dados mientras yo lo buscaba por Messina, pero se sintió halagado por el hecho de que yo lo buscara. Llamó a la puerta de la celda y entró. Salió de nuevo un cuarto de hora después.

—Le he dicho que, aunque muy joven, eres un gran guerrero cristiano del norte y que viajas con el ejército para batallar en Ultramar. Le he dicho que, si te sirve con lealtad, permitirás que te acompañe como criada, que la alimentará y la vestirá y la protegerá hasta que lleguéis a Tierra Santa, y que allí la devolverás sana y salva al pueblo de sus padres. Ella ha dicho que sí a todo, y te está esperando dentro para mostrar su intachable lealtad a un caballero tan noble.

Dijo todo aquello con cara de absoluta sinceridad, pero de todos modos le puse ceño.

—Pero ¿dónde dormirá? —pregunté—. ¿Y dónde voy a encontrar ropas y, ya sabes, cosas de mujeres?

—En cuanto a dónde dormirá, creo que espera dormir contigo. Es su oficio, es una esclava adiestrada para dar placer...

—¡De ninguna manera! —exclamé, cuadrando los hombros y dirigiendo una mirada furiosa a Reuben—. La salvé de unos violadores y la aparté de una vida de degradación, y ahora que está a salvo no voy a someterla a mis propios caprichos pecaminosos.

Por Dios que yo era un hipócrita redomado y pomposo en esa época. Reuben soltó una carcajada, sus ojos castaños se entrecerraron de gozo y lágrimas de risa rodaron por sus mejillas. Rió y rió, sujetándose el estómago y doblado en dos por la cintura de tanto regocijo. Yo eché la mano a mi espada y di un paso hacia él, y él consiguió a duras penas contener su hilaridad y evitar un baño de sangre.

—Por supuesto, joven Alan, por supuesto... —consiguió decir por fin, simulando toser para disimular la risa—. Podrá quedarse con las demás mujeres, si ése es tu deseo. Lo arreglaré todo con Elise.

Y con unas cuantas risas ahogadas, meneos de cabeza y resoplidos se marchó, con mi mirada furiosa clavada en su espalda.

Al hablar de las demás mujeres con las que podía quedarse Nur, Reuben se refería al grupo de tiendas plantadas detrás del monasterio, que albergaban a dos docenas más o menos de mujeres que servían a los oficiales superiores de la hueste. Había entre ellas cocineras y lavanderas, barrenderas y planchadoras, esposas y prostitutas, y Elise, la extraña decidora de la buena fortuna normanda, era su cabecilla; pero los caballeros del séquito del rey Ricardo apenas si reconocían su existencia. Se suponía que todos nosotros nos manteníamos puros, como corresponde a santos peregrinos en un viaje sagrado.

Cuando entré en la celda, Nur estaba arrodillada en el suelo, con los ojos bajos en señal de sumisión. Se había aseado; su cabello húmedo había sido recogido en una gruesa trenza que bajaba de su nuca, e iba vestida con una camisa vieja y raída que la cubría hasta más abajo de las rodillas. Entonces alzó la vista, y al cruzarse nuestras miradas sentí un choque como el impacto de un rayo. Sus ojos oscuros como el azabache ahondaron en los míos y fueron a alojarse en el fondo de mi alma. Intenté interrumpir la corriente de nuestras miradas, pero no pude apartar la mía por completo; me demoré en sus generosos labios de un rojo intenso, en sus pómulos marcados, en su nariz ligeramente respingona, en el cuello largo y elegante, en el empuje de su seno generoso bajo la delgada tela de la camisa. Sentí que me endurecía bajo mi ropa interior sólo con verla allí arrodillada, y estaba seguro de que, ocultos detrás de los párpados entornados, sus ojos de cierva habían percibido ya mi deseo en la fuerte erección. A mi espalda, William tosió. Y me di cuenta de que había estado mirándola demasiado rato. Aparté mi mirada culpable y advertí que la comida y el vino habían desaparecido, y que la bandeja y la copa habían sido lavadas y puestas a secar. Entonces di un paso más y quedé de pie frente a ella —era dolorosamente consciente de que mi miembro erecto estaba situado a escasas pulgadas de su rostro —, y tendí una mano para ayudarla a levantarse, pero ella se aferró a mi mano, le dio la vuelta y cubrió de tiernos besos mi palma. Mi miembro se agitó visiblemente bajo la tela de mi túnica. Fue un momento extraordinariamente erótico. Sentí sus labios suaves acariciar la piel encallecida de mi mano, pero me pareció como si un hierro al

rojo acariciara mi piel, e involuntariamente me estremecí.

La invité a ponerse en pie, William la envolvió en su capa —ella no podía recorrer las estancias del monasterio vestida con aquella camisa raída, se habría originado una batalla campal—, y ordené en tono áspero a William que la escoltara a las tiendas de las mujeres y cuidara de que fuera bien atendida por Elise. Luego me fui al *lavatorium*, me desnudé y arrojé un balde tras otro de agua helada sobre mi cuerpo para intentar hacer desaparecer el torbellino de pensamientos pecaminosos que inundaba mi cabeza.

Al cabo de tres días, estaba completa, intensa y locamente enamorado de Nur. Descubrí que echaba de menos su mirada, su proximidad, y que deseaba su compañía más que ninguna otra cosa. Continuamente pensaba en tocarla, en acariciar su rostro. En mis sueños hacíamos al amor sin descanso, enlazados nuestros cuerpos en una hermosa combinación de formas y volúmenes. Y cuando despertaba cubierto de sudor, tenía el miembro tan rígido como el puño de una espada...

Nur me visitaba todas las mañanas y me traía pan, queso, cerveza, y una jofaina de agua y una palangana para que me lavara. A veces, si me había despertado temprano de un sueño erótico, las largas horas grises del alba se me antojaban una eternidad, y a duras penas podía esperar hasta oír su tímida llamada a la puerta y ver asomar su hermoso rostro. Y luego entraba, me saludaba con una sonrisa y recogía mis ropas para lavarlas y remendarlas. Me derretía de amor..., y sin embargo nunca llegamos siquiera a tocarnos. No confiaba en mí mismo. Me sentía a un tiempo desgraciado y eufórico; feliz tan sólo por contemplar su belleza, y maldito cuando me dejaba para dedicarse a sus tareas femeniles. Y además estaba el sentimiento de culpa, y la vergüenza absolutamente injustificada. El padre Simón vino a verme y me echó un sermón sobre la lujuria de los jóvenes y cómo Dios aparta su rostro de los pecadores que se aprovechan de las pobres sirvientas, por más paganas que sean. Si supiera la verdad el viejo bobo sin barbilla... Me dijo que yo era la comidilla del cuartel, que Little John no paraba de hacer chistes groseros sobre Nur y yo mismo..., y yo enrojecía violentamente de rabia por la injusticia de la situación. Pero no tenía motivos de queja en realidad: Nur había entrado en mi vida y todas las mañanas, cuando me saludaba, mi alma se henchía de gozo. Cumplí como un sonámbulo todas las tareas que se me asignaron durante el otoño y el invierno. Cuando practicaba la esgrima con Little John, me vencía con facilidad y me abroncaba por mi falta de atención. No me importaba. No pensaba en otra cosa que en Nur y su cuerpo: sus ojos negros, sus pechos blancos, su talle esbelto y cómo sería rodearlo con mis manos; cómo sería sentir sus labios en los míos; cómo serían sus nalgas recostadas en la curva de mi pelvis. Qué sentiría al penetrarla...

Pero basta ya de sandeces. Estoy seguro de que tú mi paciente lector, has experimentado el amor y conoces de sobra sus placeres y sus dolores. Será suficiente

decir que yo era joven y que estaba enamorado de verdad por primera vez.

Intenté apartar a Nur de mis febriles pensamientos mediante el saludable ejercicio al aire libre. Robin me había sugerido que me entrenara en el manejo de la lanza, sin duda el aspecto más deficiente de mi instrucción con las armas, y también pidió al capitán de la caballería, sir James de Brus, que fuera mi instructor.

Sir James me acompañó hasta el estafermo que había instalado más allá del campamento del ejército, en un campo bastante llano situado al norte de la ciudad. Por encima de nosotros, en lo alto de una colina que dominaba toda Messina, el rey Ricardo estaba construyendo un gran castillo de madera. Era un edificio curioso, fabricado con partes ya ensambladas que Ricardo se había traído consigo desde Francia. Resultaba extraño ver a un pelotón de soldados de infantería subir la colina cargado con una sección de muralla ya montada, incluidas las almenas dentadas, o a un grupo de jinetes utilizar sus monturas para arrastrar una gran puerta de madera por la empinada pendiente de la colina. Pero tenía su lógica: la madera escaseaba, y Ricardo había sido previsor al traer materiales propios para construir una posición defensiva, en lugar de confiar en que Dios le proporcionaría todo lo necesario en el lugar mismo. El castillo había de llamarse «Mategriffon» —literalmente, «matagrifones»—, como siniestro recordatorio de que Ricardo, desde su nueva fortaleza alzada sobre la ciudad, podía tomar Messina y castigar a sus ciudadanos en cualquier momento en que lo deseara.

El saqueo de la ciudad tuvo dos consecuencias interesantes: la primera, que el rey Felipe se puso furioso al ver ondear el estandarte real de Ricardo sobre los muros de la ciudad —creo que esperaba que el loco ataque de Ricardo con un pequeño grupo de caballeros fracasara—, y amenazó con llevarse a sus hombres de nuevo a Francia si no se le daba la mitad del botín de la ciudad capturada. La segunda consecuencia fue que el rey Tancredo de Sicilia se quedó tan atemorizado por la rápida toma de su puerto más lucrativo, que pagó a Ricardo el montón de oro y plata que le debía para congraciarse con él. Se suponía que aquel dinero, cofres y más cofres repletos de monedas, era el pago definitivo de la pensión de Joanna, pero de hecho era sobre todo un medio para ganarse la buena voluntad y el apoyo de Ricardo en el futuro. Tancredo tenía sus propios enemigos en Italia, y una alianza con el príncipe más poderoso de la cristiandad tenía más valor que el simple dinero.

Algunas gestiones diplomáticas discretas por parte de Robert de Thurnham permitieron suavizar considerablemente las cosas entre los reyes de Francia y de Inglaterra. Ricardo arrió sus estandartes de las murallas de Messina, y los reemplazó por los de las órdenes de los caballeros templarios y los hospitalarios. Y en adelante fueron las dos grandes órdenes militares las que se hicieron cargo del gobierno de la ciudad. Ricardo ordenó además la devolución de todo el botín robado en Messina. Por supuesto, nadie en nuestro ejército era tan tonto como para reconocer que estaba



en posesión de bienes o de plata mal adquiridos, de modo que se trataba de un gesto vacío de contenido, y lo cierto es que Ricardo no insistió en ese punto. Aun así en un esfuerzo por mejorar las relaciones entre los ciudadanos y nuestros soldados, Ricardo prohibió los juegos de azar bajo penas feroces. Pero también fijó el precio del pan en un penique la hogaza, y lo mismo hizo con la pinta de vino y otros comestibles, y decretó que los grifones no podrían vender a un precio superior los productos de primera necesidad.

Como prueba final de su deseo de mantener la paz, y en mi opinión dando muestras de una gran generosidad, Ricardo dio al rey Felipe la tercera parte del dinero que había recibido de Tancredo. Así ablandado, el rey francés volvió a su madriguera en palacio, sin duda con la intención de buscar o inventar nuevos motivos de agravio contra nuestro generoso monarca. Mi amigo Ambroise me dijo una noche, delante de una copa de vino y un bocado de asado de puerco, que la gran expedición santa del rey francés no iba dirigida tanto contra los sarracenos como contra el rey Ricardo, y aunque se trató sólo de una invención maliciosa, en aquella chanza de taberna había una gran parte de verdad.



El estafermo era un travesaño horizontal con una diana circular de madera en un extremo y en el otro un contrapeso, por lo general un saco lleno de grano o bien un odre con agua. El travesaño iba montado en un poste vertical, de modo que cuando un hombre a caballo golpeaba la diana con la lanza, el artefacto giraba a gran velocidad, y el contrapeso derribaba de su montura a los jinetes torpes o demasiado lentos.

Yo había practicado con uno de esos artilugios en un de ocasiones, cuando vivía en las profundidades del bosque de Sherwood en la granja de un veterano guerrero sajón llamado Thangbrand, pero nunca había conseguido dominarlo. Sabía, sin embargo, que el secreto estaba en la rapidez. De modo que, la primera vez que sir James me dijo que cabalgara contra él, piqué espuelas a *Fantasma* y cargué a medio galope, a buena velocidad, con un escudo poco familiar para mí en forma de cometa en el brazo izquierdo, y una lanza larga y de punta roma bajo el derecho.

Descubrí que controlar la pesada lanza era más difícil de lo que había imaginado. La punta embotada oscilaba en todas direcciones con el movimiento del caballo, y el resultado fue que marré la diana por completo. *Fantasma* hizo un extraño, pero prosiguió su galope arrastrado por su propio impulso. En el último instante, se venció a un lado para evitar la diana, que un instante después chocó contra mi escudo con una fuerza sorprendente que a punto estuvo de desmontarme. El saco de grano del contrapeso pasó con un silbido a mi espalda, y sólo por un pelo llegué a evitarlo.

Mientras trotaba en dirección a sir James de Brus, esperaba que de su cara ceñuda

salieran frases hirientes que me dejaran en ridículo. Le había visto entrenar a sus jinetes, y el lenguaje de aquel hombre cuando estaba furioso habría hecho palidecer al patrón de un burdel. Pero se limitó a decirme:

—Nadie lo hace bien la primera vez. Observa cómo lo hago yo.

Salió al medio galope hacia el estafermo, con la lanza recta bajo el brazo y el largo y pesado palo de madera tan inmóvil como si estuviera atado a una viga. Cargó contra la diana al galope tendido en los últimos metros, golpeó el centro mismo del círculo de madera, y pasó airoso delante del contrapeso, antes de que el saco bamboleante de grano hubiera recorrido la cuarta parte de su trayecto circular.

Lo intenté de nuevo; volví a fallar y choqué de nuevo con la diana con mi escudo. Entonces cometí un error y cabalgué más despacio para asegurarme de que daba con mi lanza en la diana. El paso de *Fantasma* era demasiado lento, y el saco me golpeó en las costillas y me derribó de la silla. Magullado y sin aliento, monté de nuevo a *Fantasma* y volví de nuevo junto a sir James.

—Creo que tendremos que empezar con algo más sencillo —dijo, pero no sin cierta amabilidad.

Sir James colocó un poste más o menos a la altura de mi cabeza, con una horquilla tallada en la madera de la que colgaba un anillo de paja trenzada del diámetro aproximado de una manzana. Con una lanza auténtica ahora, y no desmochada, tenía que pasar la punta por el hueco del anillo de paja al cargar a caballo, y arrancarlo del poste. Era enormemente difícil ensartarlo. Fallé una y otra vez, incluso yendo al trote, y me sentí cada vez más frustrado, hasta furioso, conmigo mismo y con sir James de Brus por hacerme sentir tan ridículo e incompetente.

—Prueba ahora al galope —me sugirió mi maestro después de que marrara el anillo por vigésima vez. Me mordí la lengua para no contestarle con un insulto, y clavé las espuelas en el flanco de *Fantasma*. Respondió y nos abalanzamos a toda velocidad sobre el anillo del poste. Para mi sorpresa, el caballo al galope tendido resultó ser una plataforma más estable, y al acercarnos al anillo pude apuntar al frente con la lanza como si se tratara de una espada: con una extraña sensación de desasosiego, atravesé el anillo de paja y lo arranqué limpiamente del poste. Me sentí eufórico. ¡Un éxito por fin! Sir James incluso me dedicó un guiño raro que tomé por su forma de sonreír para dar la enhorabuena.

—Ahora vuelve a hacerlo —gruñó. Y lo hice.

Al cabo de una semana, había dominado el anillo de paja. Podía arrancarlo del poste diecinueve veces de cada veinte. De modo que volvimos al estafermo. Dos semanas más tarde, también lo dominaba. Y gané un amigo.

Después de un largo día de trabajar con el estafermo, sir James me invitó a compartir una frasca de vino con él. Estábamos a finales de noviembre y los días se acortaban; aquel atardecer gris nos sentamos en el refectorio de los monjes solos los

dos, a excepción de un par de caballeros que se habían instalado al fondo de la sala a jugar a las tablas, o como lo llaman algunos, al backgammon.

Habíamos estado hablando de las tácticas de la caballería sarracena. Sir James ya había peregrinado en una ocasión a Jerusalén, antes de que la perdiéramos frente a Saladino, y había oído hablar mucho del estilo de combate de la caballería turca —al parecer, eran magníficos jinetes, que se aproximaban al galope al enemigo, disparaban flechas desde la silla y daban media vuelta velozmente—, cuando apareció Nur en nuestra mesa con pan y carne fiambre para acompañar el excelente vino proporcionado por sir James.

Brus la miró ceñudo, pero ponía ceño a todo el mundo, era sólo su expresión habitual. Sin embargo, Nur se asustó y se arrimó más a mí. Entonces se dio cuenta de que en mi túnica había un hilo suelto, y con un gesto típicamente femenino lo arrancó de la tela y luego alisó ésta sobre mi hombro.

Por una vez, yo no prestaba atención a Nur. Estaba mirando a sir James y pensaba en cómo sería posible derrotar a la caballería sarracena, y vi que su boca se abría de par en par, de sorpresa. Cuando Nur se hubo ido, se inclinó hacia mí y me preguntó en voz baja:

—Te ruego que me perdones, Alan, si soy impertinente, pero esa preciosa zagala, ¿es tu compañera de cama?

Yo enrojecí y contesté:

—Por supuesto que no. No es una ramera ordinaria. Es una buena chica, una criada joven a la que voy a ayudar a reunirse con su familia cuando lleguemos a Tierra Santa.

—Pero te das cuenta de que está enamorada de ti de la cabeza a los pies, ¿verdad? —siguió diciendo sir James—. Quiero decir... que se nota a una milla de distancia.

Yo me quedé sin habla. La verdad es que no se me había ocurrido que mis sentimientos hacia Nur pudieran ser recíprocos.

Sir James pareció darse cuenta de que se había metido en un terreno resbaladizo, y se puso a hablar al buen tuntún, para darme tiempo a recuperarme.

—Conocí una vez a una zagala preciosa como ésa, bueno, no tan preciosa, y ella también me amaba, pero encontré un rival en su afecto —dijo—. Ocurrió en Escocia... oh, hace ya mucho tiempo de eso... pero recuerdo muy bien su cara. Se llamaba Dorotea, o Dotty...

Yo no le escuchaba. Quería correr detrás de Nur y estrecharla en mis brazos y preguntarle si me amaba o no. Pero conseguí controlarme y pregunté distraído:

—¿Fue ésa la razón por la que te fuiste de Escocia? ¿Por amor?

—*Ach* no, no fue tan bonito. Por una muerte. Maté a un Douglas, y si matas a un Douglas has de andarte con cuidado porque irán todos a por ti, una olla hirviendo con todos ellos metidos buscando vengarse. Son tan malos como los Murdacs para la

venganza, pero claro, por supuesto los Murdacs estaban de nuestro lado.

—¿Qué es lo que ocurrió? —pregunté, sintiendo despertarse mi curiosidad a pesar mío.

—Fue sólo una sucia riña en una taberna de Annandale, pero los ánimos se calentaron, salieron a relucir las espadas y, antes de que me diera cuenta, el joven Archie Douglas estaba muerto a mis pies. Fui al castillo a visitar al jefe de los Brus, mi tío Robert, para ver qué podíamos hacer al respecto, y me expresó sus simpatías con mucha sinceridad. El también había tenido problemas con una muerte accidental. De modo que pagó a los Douglas un precio de sangre (no es que Archie valiera gran cosa, era un holgazán y un borrachín, y Brus era un hombre rico), pero como parte del acuerdo para evitar la ruptura entre nuestros dos clanes tuvo que mandarme fuera. El conde de Huntingdon, que residía en el castillo en aquella época y que es pariente de la condesa de Locksley, sugirió que me uniera a la caballería de Robin y les ayudara a ponerse en forma. Y te voy a decir una cosa, Alan, estoy encantado de haberlo hecho. Nunca he sido tan feliz como después de enrolarme con esa tropa de bandidos andrajosos.

Me dedicó otra de sus horribles sonrisas retorcidas..., y me di cuenta de que le creía. *Era* feliz; el ceño y sus actitudes tremebundas eran sólo una manera de disimular sus sentimientos, de protegerse a sí mismo y de proteger su dignidad de familiaridades excesivas.

—¿Qué es lo que has dicho antes sobre los Murdacs? —pregunté.

—Oh, son peores que el mismo diablo en lo que se refiere a las venganzas —dijo sir James—. Si te tropiezas con un Murdac, seguro que habrá una muerte, decimos en mi familia.

—¿No has dicho que estaban de vuestro lado?

—Oh sí, mi madre era una Murdac; era la hija de sir William Murdac de Dumfries y de Mary Scott de Liddesdale. Pero claro está, *su* padre, el de Mary quiero decir, era un condenado Douglas de Lanarkshire...

Yo sólo le oía a medias, otras cosas más urgentes ocupaban mi mente: tenía que saber lo que sentía Nur por mí, y para eso era indispensable hablar con ella.

Encontré a Reuben en la ciudad vieja, de nuevo en su cómodo alojamiento en la casa del mercader judío. Después de un buen rato de adularlo, consintió en enseñarme los rudimentos del árabe; me daría una lección cada día, y empezaríamos al amanecer del día siguiente. Podía pedir a Reuben que me sirviera de intérprete, pero decidí que prefería hablar con Nur yo mismo, y adivinar sin intermediarios sus verdaderos sentimientos hacia mí. En un momento de ternura, no me apetecía que otro hombre se interpusiera entre nosotros.

Volví cabalgando de la ciudad vieja y de mi reunión con Reuben muy animado, pero al llegar al monasterio, encontré a todo el mundo aterrorizado. El diablo

rondaba, me susurró al oído un soldado veterano que vigilaba las puertas, y había clavado su garra roja en el conde de Locksley.

Y era cierto. Robin estaba gravemente enfermo y había sido conducido a su lecho, lívido y empapado en su propio vómito..., pero ni por un momento creí que aquello fuera obra del diablo. Alguien hospedado en el monasterio había envenenado a mi señor; la misma persona, sin duda, que había intentado matarlo en Borgoña.

## Capítulo X

**L**a hueste entera de Robin —casi cuatrocientos hombres entre arqueros, caballería y lanceros— estaba alineada a un lado de la bahía para presenciar el castigo. El día era oscuro, las espesas nubes grises soltaban de tanto en tanto breves ráfagas de lluvia, y el pálido sol únicamente asomaba a largos intervalos. El preso, un marinero llamado Jehan, de mi propio y odiado barco, la *Santa María*, había estado jugando a los dados con un pescador local. Perdió el juego y debía al grifón cinco chelines; más de lo que podía permitirse. De modo que se negó a pagar la deuda, alegando que, en su condición de peregrino camino de Tierra Santa, sus deudas debían quedar congeladas hasta su vuelta de aquel viaje sagrado. Era un argumento desvergonzado y casi herético para eludir el pago, porque era cierto que el Santo Padre, el papa en persona, había establecido que las deudas contraídas por cualquier participante en la Gran Peregrinación debían quedar en suspenso hasta el regreso del deudor a su hogar. Pero la intención de aquel decreto era estimular a la nobleza terrateniente con grandes hipotecas sobre sus posesiones a acudir a luchar a Jerusalén. Lo que desde luego no estaba en el ánimo de Su Santidad era permitir que los jugadores de fortuna faltaran a sus compromisos. El pescador grifón se había quejado a los caballeros hospitalarios, que controlaban aquel sector de Messina, y ellos dieron parte al rey, y Ricardo había decidido hacer un escarmiento ejemplar con aquel pobre hombre. Jehan tendría que pagar o, en su lugar, atenerse a lo dispuesto en el decreto del rey Ricardo que prohibía el juego con los grifones.

Tenía que ser pasado por la quilla, un castigo duro que implicaba arrastrar el cuerpo del reo vivo bajo la quilla de un barco, de la proa a la popa. Y es mucho peor de lo que parece: después de meses en el mar, la quilla de cualquier barco queda cubierta por pequeños moluscos, con unas conchas duras como la roca que sobresalen menos de un cuarto de pulgada, pero tan agudas que cortan la piel y el músculo del cuerpo que se roza con ellas. Por supuesto, el segundo peligro es ahogarse. El reo debe aguantar la respiración bajo el agua mientras sufre la agonía de ser arrastrado bajo los moluscos de la quilla. Son muchos los que se han ahogado durante el castigo, y los que no, quedan terriblemente magullados. El rey Ricardo había ordenado que aquel hombre fuera pasado bajo la quilla tres veces en tres días sucesivos. En la práctica, era una sentencia de muerte.

Desnudaron al hombre hasta dejarlo únicamente con unas bragas de lino, y sus

manos y sus pies fueron atados a unas sogas muy largas. Estaba tendido, desmadejado, con los ojos cerrados y la piel de gallina por el frío, en la proa de la *Santa Maña*, anclada a unos veinte metros del muelle, mientras un cura recitaba plegarias sobre su cuerpo flaco y tembloroso. La lluvia empezó a caer con más fuerza.

Nuestros hombres estaban formados, en silencio. Nadie había protestado demasiado por el castigo: Jehan se había comportado como un estúpido, y estaban de acuerdo en que el castigo era brutal, pero no injusto. Todos habíamos sido advertidos sobre el juego; Jehan había desoído la advertencia y además, mucho peor, luego había intentado zafarse sin pagar. Los hombres odiaban a los malos pagadores. Además, aunque lo conocíamos, no era uno de los nuestros; sólo un marinero provenzal, contratado en Marsella para el viaje.

Yo estaba recostado al lado de William en el muro que daba a la bahía, mordisqueando una pata de pollo y pensando en Nur. A mis pies se había instalado un chucho tiñoso, un sucio perro callejero de los arrabales de Messina; la mitad de su pelaje estaba roída por la tina, dejando expuesta una piel rosada costrosa; las orejas no eran más que guiñapos destrozados después de alguna feroz batalla canina, y no tenía más que un ojo de color amarillo. Sin embargo, aquel perro repulsivo parecía sentir una extraña atracción por mí. Me había seguido a lo largo de todo el camino desde el monasterio hasta la bahía, y no conseguí espantarlo por muchos gritos y patadas que le solté. Me di cuenta de que era una perra, y tendida a mis pies sobre las ásperas piedras de la bahía, me miraba fijamente con su patético ojo amarillo y me adoraba en silencio. Se me ocurrió que me miraba exactamente del mismo modo como miraba yo a Nur.

—Da-da-dadle el hueso del pollo —dijo William—. Es to-to-todo lo que quiere, y a lo me-mejor se va.

William siempre era un chico amable, y creí que su plan podía funcionar, de modo que arrojé el hueso del pollo al maloliente chucho amarillo que tenía a mis pies. El perro atrapó el hueso en el aire con una rapidez sorprendente, y se escurrió por entre nuestras piernas. «Muy bien —pensé para mí con una sonrisa—, ¡se acabó el amor!»

En la cubierta de la *Santa María*, Jehan había sido levantado en vilo por dos de sus camaradas de la tripulación que lo sujetaban por la cabeza y los pies, mientras dos más se hacían cargo de las cuerdas. Con muy pocos miramientos, lo tiraron al agua por la proa, y los dos hombres que sostenían las cuerdas atadas respectivamente a sus manos y sus pies empezaron a caminar rápidamente por los dos costados del barco, tirando de sus sogas tras ellos.

—¡Parad! —tronó una voz profunda desde la popa del barco—. ¡Parad, gusanos, en nombre del rey!

Era sir Richard Malvête. Ricardo le había asignado una nueva responsabilidad: ahora era el caballero encargado de la disciplina y los castigos de todo el ejército. Era una misión que se ajustaba como un guante a su negra alma. Pero me preocupó ver que la Bestia se había convertido en un íntimo de Ricardo y que éste le confiaba responsabilidades.

Al oír la orden de Malvête, los dos marineros que tiraban de su infortunado compañero por debajo del barco pararon en seco. Sólo pude imaginar lo que sentiría la pobre víctima, inmóvil, sangrando por cien cortes y ahogándose poco a poco bajo la quilla de la *Santa María*.

—Vais demasiado deprisa —gruñó Malvête. Llamó a dos de sus mesnaderos y les ordenó colocarse con las espadas desenvainadas delante de los marineros que tiraban de las cuerdas, y caminar de espaldas uno a cada lado del puente; de esa forma, sólo permitían avanzar a un paso muy lento a los hombres que tiraban de las cuerdas, a menos que desearan clavarse ellos mismos las espadas. Por fin llegaron a la popa y, después de envainar su espada, sir Richard Malvête hizo seña de que los marineros podían izar a su colega.

La víctima era una masa cubierta de cortes sangrantes de la frente a las canillas; había perdido un ojo, tenía la nariz partida y aplastada contra la cara, y el pecho y el vientre mostraban cortes profundos producidos por los moluscos. Parecía haber sido rascado repetidamente en todo el cuerpo con un rastrillo de puntas muy afiladas, pero vivía. Vomitó sobre el puente lo que pareció ser un galón por lo menos de agua de mar, y mientras sus amigos de la tripulación cuidaban de sus heridas e intentaban taponarlas, él tosía derrumbado sobre el puente de madera, chorreando sangre como un jurel cuando el cocinero lo abre para limpiar las vísceras.

—Mañana al mediodía, pasará otra vez —dijo Malvête. Uno de los marineros miró temeroso a la Bestia.

—Con vuestra venia, señor, no sobrevivirá a otro paso por la quilla —dijo en tono respetuoso. El caballero se encogió de hombros.

—Mañana a mediodía —repitió, y bajó con agilidad a un esquife que en pocas paladas lo condujo a la orilla.



El marinero tenía razón. El pobre hombre no sobrevivió al segundo castigo, y su cadáver ensangrentado fue izado del agua pocos minutos después del mediodía siguiente. Yo no lo vi, porque estaba cuidando de mi señor... Y dando de comer a la andrajosa perra de Messina, a la que por su aspecto pelado y magullado bauticé como «Pasada por la quilla», *Quilly* para abreviar.

*Quilly* no me había abandonado como supuse: reapareció cuando William y yo



nos fuimos de la bahía después de presenciar el castigo, y nos siguió durante todo el camino de vuelta al monasterio. Su único ojo me miraba lastimero, parecía decirme que quería otro hueso de pollo, y a pesar de que le grité para desanimarla e incluso le arrojé de mala gana alguna piedra, no me abandonó. De modo que decidí envenenarla. Bueno, no exactamente envenenarla sino darle a probar una pequeña porción de todo lo que comiera Robin. Se convertiría en su catavenenos canina.

Aquel plan le gustó mucho a *Quilly*. Atamos una cuerda a su cuello flaco y la instalamos en un rincón de la habitación de Robin, alimentándola con pequeñas cantidades sacadas del cuenco de mi señor. William se encargaba de llevarla, siempre sujeta a la cuerda, hasta el huerto del monasterio por la mañana y por la noche, y después de algunos fallos en los que mojó el suelo de la alcoba de Robin, pronto aprendió dónde tenía que ir para cumplir con sus funciones naturales.

La alimentación regular obró maravillas en *Quilly*. Muy pronto echó carnes y su pelo empezó a crecer de nuevo sobre el horrible pellejo rosado. Su patético ojo único mostraba un brillo satisfecho, y al cabo de una semana más o menos, empezó a caminar de forma más airosa y más parecida al paso de una perra joven, sana y normal. Tenía buen aspecto.

No podía decirse lo mismo de Robin. Tres días antes del paso de Jehan por la quilla, comió una fruta escarchada de un cuenco colocado sobre la mesa de su habitación, y de inmediato se puso muy enfermo. Nadie pudo recordar cómo había aparecido el cuenco sobre la mesa. Los cocineros y los criados del monasterio negaron saber nada de aquello, y había docenas de vendedores de frutas escarchadas en la ciudad vieja de Messina. Cualquiera podía haber comprado aquella fruta, y cuando Robin no estaba en su habitación, como ésta quedaba sin guarda, cualquier hombre o mujer del monasterio podía introducirse en ella y colocar el cuenco con la fruta envenenada.

Inmediatamente después de comer el pedazo de fruta cubierta por una capa de azúcar, Robin notó un cosquilleo, y luego perdió toda sensibilidad en la boca y la lengua. Consiguió dar aviso a Reuben, que se había incorporado de nuevo a su función de físico o médico personal de mi señor. La insensibilidad de la boca fue seguida, según susurró Robin a su amigo judío, por náuseas, vómitos y diarrea, y un dolor agudo en el estómago. Cuando Reuben lo examinó, vio que su pulso era peligrosamente lento, y el corazón a duras penas conseguía latir. Y Robin estaba ahora tendido con la tez gris, los ojos cerrados e inmóvil, mientras su cuerpo luchaba gallardamente por expulsar los malos humores de su sistema.

Reuben no pudo identificar de inmediato el veneno, pero también parecía distraído por alguna otra preocupación; el rey envió a Robin una copa de oro con cuatro esmeraldas incrustadas, y el mensaje de que los mejores doctores de Sicilia le habían informado de que las esmeraldas servían para purificar cualquier veneno

contenido en el vino.

—Un cuerno de unicornio produce el mismo efecto —murmuró Reuben cuando vio la copa. No sé si lo dijo en serio, pero permitió que Robin utilizase la copa para beber grandes cantidades de vino muy aguado que le trajo William. Vino el padre Simón, y los ecos de las plegarias susurradas en latín resonaron en la habitación, y sus sahumeros purificaron el aire posiblemente contaminado. De nuevo olí el aroma punzante que había aspirado hacía ya tanto tiempo en la casa de Reuben, en York.

—¿Qué es ese olor a iglesia? —pregunté a Reuben cuando el padre Simón hubo acabado sus interminables rogativas a Dios para que librase a Robin de las garras del diablo.

—Es incienso —dijo Reuben mirándome de reojo—. ¿No lo conoces? Lo quemaban en todas las grandes iglesias de la cristiandad. Yo pensaba que todos los cristianos estabais familiarizados con él.

—Conozco el olor, pero ignoraba su nombre —dije con cierta altivez. Aborrecía aquellas ocasiones en que quedaba al descubierto mi ignorancia de rústico de aldea—. De modo que es incienso —añadí, paladeando la palabra como si fuera un vino exquisito—. ¿Procede de Francia?

De nuevo Reuben me dirigió una mirada de soslayo.

—¿Nunca has hablado con él de eso? —preguntó, y señaló con un gesto a mi señor, tendido en la cama y que, salvo por el leve movimiento del pecho, parecía muerto por su inmovilidad.

—No, nunca lo hemos mencionado. De modo que viene de Francia. ¿Se cultiva allí?

—No.

Reuben no dijo nada más. Yo también guardé silencio y me quedé mirando a mi amigo, invitándole a continuar.

—Oh, bueno, está bien, ya que estás empeñado en saberlo todo, se llama incienso porque se enciende, arde bien y da olor. Vale más que su peso en oro, mucho más, y no procede de Francia, sino de mi patria, Al-Yaman, en el extremo sur de los grandes desiertos de Arabia.

Luego se volvió hacia su paciente y me ignoró. Yo me senté en un taburete y pensé durante un rato en el incienso. ¿De verdad valía más que su peso en oro? ¿Y todas las grandes iglesias de la cristiandad lo quemaban en todos los oficios religiosos solemnes? Alguien debía de estar haciéndose rico con ese «incienso». Me di cuenta de que llevaba un rato con la vista clavada en el estandarte de batalla de Robin, que colgaba de la pared de su habitación: la imagen de una cabeza de lobo con las fauces abiertas, en negro sobre fondo blanco, parecía a punto de saltar de la tela para abalanzarse sobre mí.

De pronto, acudió a mi mente una idea, luminosa y veloz como un relámpago.

—Reuben —dije—, ¿sería... sería posible que fuera veneno de lobo lo que le han dado?

Reuben se volvió a mirarme fijamente, con un sobresalto.

—¡Oh, Dios mío, qué tonto he sido! —dijo—. Tonto rematado. Estaba pensando en los venenos sicilianos más exóticos. O en algo más sutil, persa tal vez...

De pronto, pareció tomar una decisión: se volvió hacia Robin y empezó a darle palmadas muy suaves en la cara.

—Robert, Robert, despierta. Tengo que verte los ojos —dijo el judío.

Mientras Robin se esforzaba por emerger de las profundidades del sueño, Reuben le examinó los ojos. Pareció satisfecho de lo que había visto y se volvió hacia mí.

—Ha sido envenenado con acónito, como con toda la razón has supuesto; lo que nosotros llamamos comúnmente veneno de lobo, o matalobos. Así pues, necesito que me consigas una pequeña cantidad de calzones de zorra —dijo—. Es la única cosa que conozco capaz de curarlo. Y no le dejes beber más vino. A partir de ahora, sólo agua hervida.

Miré a Reuben desconcertado. Los calzones de zorra son una planta venenosa muy conocida; ¿por qué iba a querer dar más veneno a un hombre que ya había sido envenenado? ¿Y cómo me iba a arreglar para encontrar una planta inglesa en Sicilia?

Reuben debió de darse cuenta de mi indecisión.

—Ve al herborista de la ciudad vieja, la tienda siguiente a la del carnicero en la calle principal. Di que vas de mi parte, es un buen tipo y varias veces hemos discutido los dos sobre temas de medicina; dile que necesito una onza de hojas de *Digitalis* en polvo. ¿Recordarás el nombre latino? *Digitalis*, como los dedos. Y date prisa, tu señor se nos muere.

Me di prisa. Encontré la herboristería con facilidad y compré los polvos. Pero no las tenía todas conmigo cuando entregué a Reuben el pequeño paquete y le vi preparar una pócima con agua hirviendo, miel, salvia y el polvo de *Digitalis*. Se dio cuenta de que le observaba con sospecha y me dirigió una mirada dura:

—Déjanos, chico —dijo—. Deja que tu amo tenga un poco de paz para reponerse.

Me fui, pero no pude evitar que negros pensamientos referentes a Reuben se agolparan en mi cabeza. ¿Podía ser él quien estaba intentando matar a Robin? Era imposible, sin duda. Robin había salvado la vida de Reuben en York. Pero aquel mismo día, argumentaba el lado oscuro de mi mente, Robin también había sido el responsable indirecto de la muerte de su querida hija Ruth.

Hasta ese momento, había dado más o menos por supuesto que el envenenamiento fue cosa de algún miserable a sueldo de Malvête. Él había amenazado directamente a Robin, y a mí mismo, la noche del saqueo de Messina, cuando encontré a Nur. Podía imaginar sin esfuerzo que la Bestia sobornara a algún

soldado con dinero más la promesa de una buena posición a su servicio, le pasara una caja de frutas escarchadas envenenadas; Incluso me parecía verlo partiéndose de risa al saber que Robin se encontraba a las puertas de la muerte. Pero el gusano negro de la duda me corroía los sesos: ¿podía haber sido Reuben? No, nunca, Reuben era leal a Robin. Nunca se propondría envenenar a su amigo. Si tenía alguna cuestión con Robin lo abandonaría o bien, si se trataba de un punto de honor serio, lo retaría a un duelo. Pero ¿envenenarlo? Nunca.

Sin embargo, argumentaba mi gusano desconfiado, él entiende de venenos y de medicinas —¿no acaba de confesar que ha discutido sobre esos temas con el herborista de Messina?—, y aun así no reconoció un tóxico tan corriente como el veneno de lobo, cosa muy extraña... a menos que sí reconociera el veneno de lobo porque él mismo lo hubiera dado a Robin. Y ahora iba a obligarlo a ingerir otro veneno... ¡calzones de zorra! A punto estuve de volver corriendo a la habitación de Robin para enfrentarme a Reuben y lanzarle la acusación a la cara, pero al fin la razón recuperó su trono y el gusano fue expulsado a su fétido agujero. Reuben era leal; Reuben era un verdadero amigo. Además, yo no podía hacer nada. No tenía pruebas. Si acusaba a Reuben, podría ofenderse y suspender el tratamiento a Robin, y en ese caso mi señor moriría. Por lo que me había dicho, los calzones de zorra bien podían resultar una cura milagrosa...

A fin de cuentas, no hice nada, pero recé con fervor por el rápido restablecimiento de Robin y me prometí visitar a mi señor con regularidad para controlar su estado de salud. Si empeoraba, tal vez acudiría a consultar al físico personal del rey. Y si moría, me tomaría una venganza implacable con el judío.

Lo que en realidad sucedió fue que Robin empezó a recuperarse. Poco a poco al principio; su pulso se hizo más fuerte y regular, mejoró su color y, al cabo de tres días podía sentarse en la cama a sorber las tisanas calientes que le preparaba Reuben. Me sentí enormemente aliviado y feliz: Reuben no era el envenenador y, gracias a sus cuidados, Robin viviría. Pero tenía otra razón aún para sentirme inundado de gozo: Nur y yo nos habíamos... unido.



Una noche llegué tarde a mi celda después de velar a Robin durante varias horas, y encontré a William muy preocupado. Me esperaba fuera de la puerta de la pequeña estancia.

—Cre-creo que al-algo va mal con Nur —me dijo cuando me vio venir por el pasillo hacia él—. Llo-llora mucho, pero no en-en-entiendo cuál es el pro-problema.

Entré en la celda monacal y vi a Nur sentada en la losa almohadillada que me servía de cama, y envuelta en mi capa verde de lana. Tenía los ojos enrojecidos y el

kohl negro con el que se pintaba corría desteñido por sus mejillas. Parecía una niña perdida, y sentí que el corazón se me derretía. Cuando me vio, rompió en un sollozo incontrolable y se lanzó a mis brazos.

—Tú... no... me... amas —dijo, entre hipo e hipo. Lo dijo como una frase memorizada, igual que un loro. Y pensé que yo sabía quién se la había enseñado: cierto judío entrometido, que también era un amigo maravilloso, milagroso, capaz de devolver la vida. Abracé a Nur con ternura y acaricié su sedoso cabello negro, alisándolo sobre la cabeza y la espalda. Mis manos descubrieron que estaba desnuda debajo de la capa, y apenas tuve tiempo para despedir con un gruñido a William, que nos miraba boquiabierto desde la puerta, y ver cómo salía de la habitación y cerraba la puerta despacio a su espalda, antes de rendirme a la ardiente pasión que me había arrasado interiormente en las últimas semanas, y apretar contra la mía su suave boca.

¿Qué puede escribir un viejo sobre el acto amoroso? Cada nueva generación cree haberlo descubierto por primera vez, y piensa que los mayores resultan grotescos cuando copulan. Pero incluso ahora que soy viejo, y entonces no lo era, recuerdo la primera vez que hice el amor con Nur como la noche más hermosa, conmovedora y maravillosa de mi vida.

Después del beso inicial, que fue como un largo trago de vino dulce, nos lanzamos el uno sobre el otro como fieras salvajes en nuestra pasión. Ella me arrancó las ropas y yo la monté sin la menor vacilación, y un exquisito escalofrío recorrió mi cuerpo al deslizarme en su interior y sentir el calor que invadía mi bajo vientre, el tacto suave de sus senos contra mi pecho. Rápidamente me sentí arrastrado por un torbellino de placer; salté, penetré, besé, nuestros dientes entrechocaron hasta que me abrí paso en su boca, y sentí la presión insoportable que crecía en mis partes a punto de explotar, cada nuevo empujón más placentero que el anterior, hasta que me vacié dentro de ella con una larga serie de jadeos estremecidos.

Aquella noche duró apenas un abrir y cerrar de ojos, y quedará para siempre en mi memoria. El tiempo se borraba cuando estaba con ella, dentro de ella, y en las pausas entre abrazo y abrazo nos besábamos larga y apasionadamente, como si sorbiéramos la vida misma de los dulces labios del otro. Después de haber hecho el amor dos veces, Nur empezó a mostrarme algunas de las artes que había aprendido en la casa grande de Messina. Con la lengua y los dedos, besando y chupando y acariciando todos los lugares secretos, me llevó al límite del éxtasis para dejarme descansar allí antes de que fuera demasiado tarde. Una y otra vez me vi sin aliento por su carnalidad audaz y sedosa, por su pericia y su voluntad de proporcionarme placer por todos los medios posibles, incluidas ciertas prácticas que yo jamás había imaginado y que estaba seguro de que serían rigurosamente condenadas por cualquier sacerdote o fraile. Cerca ya del amanecer, nos tendimos el uno en los brazos del otro, exhaustos, y yo contemplé maravillado sus oscuros ojos insondables y su cuerpo

esbelto e infinitamente precioso rodeado por el círculo protector de mis brazos. No hablamos, porque mi árabe no había progresado más allá de las formas de saludo y Nur sólo sabía en francés la frase que Reuben le había enseñado, pero en aquel momento no necesitamos palabras. Estábamos tendidos los dos juntos en una burbuja de amor, envuelto cada cual en la tierna mirada del otro.

Creo que me elevé hasta la cima de la felicidad en aquellas horas de la madrugada, después de nuestra primera noche juntos, con el monasterio en silencio a nuestro alrededor y aquella cabecita oscura reclinada en mi hombro; una cima que nunca desde entonces he vuelto a alcanzar. Mi cuerpo se sentía vacío y sin embargo repleto de gozo; tan ligero de alma como agotado de cuerpo hasta lo indecible.

Después de aquella noche maravillosa, mágica, ella volvió de nuevo a mi lado la noche siguiente, y la otra. William fue desterrado al dormitorio común del monasterio, y me contó que estaba abarrotado por un montón de soldados que roncaban y eructaban, pero sobrellevó su exilio con paciencia e incluso le vi sonreírme en ocasiones, feliz con mi felicidad.

Sir James de Brus no hizo comentarios sobre mi nueva situación, pero yo sabía que él sabía, y empezó a mostrarme más respeto mientras yo perfeccionaba mi técnica con el estafermo en el campo de instrucción. Un día, cuando acabábamos ya nuestros ejercicios, me di cuenta de que sir Robert de Thurnham nos había estado observando, rodeado de otros caballeros. Nos acercamos a él, y nos recibió con un alegre saludo:

—Tu entrenamiento está alcanzando un nivel muy alto, Alan —me dijo sir Robert en tono amistoso—. Eres casi tan bueno con la lanza como un caballero veterano.

—Gracias, sir Robert —le contesté, con una reverencia—. Pero me parece que el mérito principal es de mi caballo, *Fantasma*.

Sir Robert se echó a reír.

—Tonterías; llevo algún tiempo observándote, y veo en ti las hechuras de un caballero de primer rango. Si consigues impresionar al rey en el campo de batalla en Tierra Santa... tal vez, si Dios quiere, algún día te concederá el honor de servirle como uno de los caballeros de su séquito; la élite del ejército. Tengo entendido que tu padre procedía de una familia noble, y que el conde de Locksley te ha dado algunas tierras.

Asentí, sorprendido de que supiese todo aquello, y muy complacido. Nunca me había pasado por la mente la idea de formar parte de la alta nobleza, de convertirme en sir Alan de Westbury. En mi fuero interno, yo seguía siendo un cortabolsas andrajoso de los suburbios de Nottingham, un huérfano, un ladrón y un proscrito. La idea me pareció maravillosa, y sonreí radiante a sir Robert.

—El rey está impresionado ya por tus talentos de cortesano —continuó él—. Le gusta tu música; quedó muy admirado por tu interpretación de *Tristán e Isolda*, el

mes pasado. De hecho, vengo con el encargo de traerte una invitación para cenar con él la noche de Navidad. El rey desea que cantes para la fiesta. ¿Qué te parece?

Era un gran honor, pero como suele ocurrirme en presencia de grandes hombres, me vi incapaz de formular una respuesta adecuada. Sólo murmuré algo acerca de lo agradecido que estaba, e hice una nueva reverencia.

—Pasado mañana a mediodía, entonces. En el nuevo castillo —dijo, y señaló hacia la mole oscura de Mategriffon, que se alzaba sobre nosotros. Luego sonrió, hizo dar la vuelta a su caballo y se alejó, seguido por sus caballeros.

—Es un raro privilegio —dijo sir James—. Cenar con el rey. Te convendrá tener cuidado para no caer en desgracia.

Estaba en lo cierto, y además yo tendría que actuar. Me despedí rápidamente de él y volví con prisas al monasterio para empezar a trabajar en la música; tenía que crear algo muy especial, me dije a mí mismo. Pero en mi cabeza las palabras «sir Alan Dale» «sir Alan de Westbury» y «Alan, el señor de Westbury» revoloteaban como una bandada de gorriones encerrados en una sala.

Robin se alegró por mí cuando le dije que cantaré delante del rey. Estaba levantado y daba de comer a *Quilly* los restos de un plato de cordero hervido. Había perdido mucho peso, pero parecía contento, habida cuenta de lo cerca que había estado de la muerte.

—He decidido que tengo que buscar más diversiones —declaró—. La vida es corta y la muerte nos espera a todos, y como sin duda estoy ya condenado para toda la eternidad por mis muchos pecados, he decidido permitirme algún placer antes de enfrentarme al fuego del infierno. Así pues, ven a mi lado, Alan, bebamos una frasca de vino y canta alguna cosa para mí.

Hice lo que pedía mi señor. Pasamos una velada muy agradable cantando, bebiendo y bromeando. A medianoche, con la cabeza que me daba vueltas y las manos acalambradas de tanto tocar la viola, dejé a un lado mi instrumento y me despedí. Nur me estaría esperando en la celda en que me alojaba, y ansiaba estar desnudo con ella bajo las mantas.

—Alan —dijo Robin, al ver que me levantaba y me dirigía a la puerta con pasos inseguros—, siéntate otra vez unos momentos. Quiero hablar contigo.

Yo tomé asiento, obediente, en un taburete colocado junto a la mesa.

—Quiero que hagas algo por mí —dijo Robin, y parecía enteramente sobrio, con los ojos relucientes a la luz de las velas—. Quiero que encuentres al que está intentando matarme. Con discreción y rapidez, descubre de quién se trata, e infórmame. Ha habido tres intentos en el último año, y por pura suerte he sobrevivido a los tres. Pero no siempre seré tan afortunado. Si quieres servirme bien, encuentra al culpable.

Yo había esperado a medias una cosa así. Robin tenía razón; las cosas no podían

seguir de ese modo, con un asesino suelto oculto entre la «familia» de Robin.

Dije a mi señor que aceptaba el encargo. Y él insistió.

—Cuéntame lo que sabemos hasta ahora de los tres atentados...

—Bueno —dije—, el primer intento, en tu alcoba de Kirkton, fue obra del arquero Lloyd ap Gruffud. Owain descubrió en sus investigaciones en Gales que un hombre de Murdac prometió a Lloyd las cien libras de plata alemana, y también que le amenazaron con matar a su único hijo si no intentaba acabar contigo. Desde luego, para entonces Lloyd ya estaba muerto, pero su viuda se apresuró a contar al enviado de Owain todo lo que sabía; quería asegurarse de que no hubiera represalias por nuestra parte. Owain le envió un puñado de monedas por su sinceridad, y se trajo a ella y a su hijo al castillo de Kirkton para tenerlos a buen resguardo. Sin embargo, aunque Lloyd haya muerto, el dinero manchado de sangre de Murdac puede haber inducido a otra persona, un arquero, un soldado o incluso un caballero, a intentar reclamarlo.

—Me gustaría poder reclamarlo yo mismo —dijo Robin, sombrío. Yo sabía que se veía en serios apuros de dinero; el rey todavía no le había pagado un solo penique, y el dinero que recibió a préstamo en Inglaterra casi se había acabado. Pero no quise distraerle de la discusión sobre el asesino, de modo que ignoré su comentario y seguí diciendo:

—También sabemos que, sea quien sea, se trata de alguien cercano a ti porque, en las dos ocasiones, la de la serpiente y la de la fruta envenenada, el asesino tuvo libre acceso a tu alcoba privada o a tu tienda; por tanto, forzosamente debe tratarse de alguien cuya presencia no llama la atención. Pero ese dato no reduce gran cosa las posibilidades. Casi todas las personas que están a tu servicio tienen motivos para entrar aquí; si se les pregunta, pueden decir que traen un mensaje de Owain, o de Little John, o de sir James, por ejemplo. De manera que eso no nos sirve de mucha ayuda.

—Bueno, pues se ha acabado —dijo Robin con decisión—. En adelante, el único medio de llegar a mi presencia, de verme y de hablar conmigo, será a través de ti... y de John, supongo. No puedo creer que John Nailor tenga intención de matarme después de tantos años. La verdad es que, si quisiera verme muerto, hace mucho que yo ya no estaría en este mundo.

»Así pues —siguió diciendo mi señor—, cualquier contacto conmigo habrá de pasar a través de ti o de John. Tú me traerás la comida, después de que la pruebe *Quilly*, por supuesto —y sonrió al bulto amarillo que se había enroscado pacíficamente en un rincón de la habitación—, me servirás el vino, cualquier orden para los hombres pasará a través de ti, y cualquiera que desee hablar conmigo tendrá que dirigirse a John o a ti para que me paséis el recado. Cuando salga de este lugar, o bien tú o bien John me acompañaréis a todas partes. ¿Está claro?



—Sí —dije—, pero ¿de verdad es necesario todo eso? Resultará muy extraño, y a los hombres no les va a gustar. Pensarán que desconfías de ellos.

—No hay forma de impedirlo —dijo Robin—. Cuanto antes encuentres al asesino, antes acabaremos con esta comedia. ¿Se te ha ocurrido alguna idea?

—Tengo la sensación de que el asesino podría ser una mujer —dije—. Y no acaba de convencerme la idea del dinero de Murdac como motivo. Muy bien podría tratarse de sir Richard Malvête. Cuando me tropecé con él en Messina, la noche después de la batalla, me juró que se vengaría de ti..., y de mí.

—Podría ser cosa de Malvête —dijo, pensativo—, pero eso querría decir que el responsable del atentado de Francia fue algún otro, porque la Bestia se incorporó al ejército en Messina. ¿Es posible que haya en realidad tres personas detrás de los asesinos, uno en Yorkshire, otro en Francia y un tercero aquí? No lo creo. Tiene que tratarse de la misma persona.

Meditó un rato, con la barbilla en la palma de la mano y la vista perdida en el infinito.

—¿Por qué piensas que puede tratarse de una mujer? —preguntó Robin al cabo de un rato.

—Por la naturaleza de los ataques —contesté—. Son solapados, silenciosos, rastreros: una serpiente en la cama, comida envenenada. Eso no es propio de un hombre, de un soldado.

—Me parece que tienes una idea exagerada del honor de nuestros combatientes —dijo Robin con una carcajada—. Y aunque no quiero alardear de mi destreza, las probabilidades de darme muerte en una lucha de hombre a hombre, cara a cara, armados los dos, son bastante escasas. Ya pesar de que el atacante sea capaz de conseguirlo, le llevaría algún tiempo despacharme y, quién sabe, el famoso espadachín Alan de Westbury podría acudir en mi ayuda. —Me estaba tomando el pelo—. No, si tienes la intención de matar a alguien, el veneno es un medio tan bueno como cualquier otro.

Guardé silencio pero, a pesar de que no podía explicarlo, estaba seguro de que el asesino no era un guerrero. No se me ocurrió cómo explicarlo con exactitud a Robin, de modo que no dije nada más sobre el tema. En cambio, discutimos los aspectos prácticos del plan de Robin de aislarse, y cómo podría funcionar en el día a día.

Cuando ya me despedía, Robin me tomó del brazo y me dijo:

—Sé que no siempre vemos las cosas de la misma manera; sé que hay veces en que, por las razones que sea, te pones furioso conmigo, pero quiero que sepas que estimo en lo que vale que hayas asumido esta misión, y soy consciente de que, si tienes éxito, te deberé la vida.

Al mirarle a los ojos recordé a Ruth, y al hombre cuya vida fue sacrificada en homenaje a un falso dios de los bosques en nuestros días de proscritos, y una docena

de otras crueldades de Robin en busca de conseguir un provecho personal, pero en ese momento la rabia que había sentido en el pasado había desaparecido.

Y pensé también en todo lo que había hecho por mí, en las veces en que me había salvado, en medio de la batalla o señalando un nuevo curso a mi vida; en el señorío de Westbury, en la amistad que me había demostrado, en el honor de mi alto rango entre sus rudos oficiales.

—No hago otra cosa que cumplir con mi deber de fiel vasallo, y todo lo que hago lo has hecho tú por mí multiplicado por ciento —dije, con un sentimiento auténtico en la voz. Apreté su antebrazo y me fui antes de que mis emociones se hicieran incontrolables.

El rey estaba de un humor festivo cuando nos reunimos a cenar en la gran sala del castillo de Mategriffon. Un gran fuego rugía, preparado sobre un hogar formado por enormes piedras en el centro de la estancia, y las pavesas revoloteaban en el aire y desaparecían con la gran nube de humo oscuro que se acumulaba en lo alto, para disiparse poco a poco al encontrar salida por las aberturas practicadas junto al techo de la enorme sala. Se habían instalado mesas en forma de herradura en torno al hogar central lo que daba a aquel banquete un aire familiar en lugar del empaque solemne de una fiesta regia. En el centro de la mesa colocada en la cabecera, se sentaba el rey, que proponía brindis y felicitaciones a sus invitados —éramos poco más de una docena—, y les insistía en que probaran los bocados más exquisitos de carne en las bandejas de plata dispuestas sobre la mesa. Al lado del rey y a su derecha, ocupaba el lugar de honor Tancredo, el rey de Sicilia, un hombrecillo simiesco de cara arrugada y con una banda muy larga de pelo oscuro cuidadosamente extendida sobre el cráneo para disimular su calvicie.

Yo me senté en una de las mesas laterales, al lado de sir Robert de Thurnham, al que saludé con efusión, y de un severo caballero francés al que no conocía. El francés y yo nos saludamos con cortesía, pero sin un interés sincero; en cualquier caso, en presencia de reyes siempre es preferible prestar atención al hombre más importante de la reunión. Ricardo bromeó, rió y devoró grandes cantidades de cochinito, desgarrando la carne de los huesos de las costillas con sus grandes dientes blancos, y al cabo de una hora aproximadamente de festín, se limpió la grasa que goteaba de su barbilla con una servilleta blanca de lino y, después de alzar en mi dirección su copa de vino, me invitó a cantar algo para sus invitados.

Yo había compuesto algo especial para la ocasión, inspirándome en mi amor por Nur; aunque, desde luego, no podía proclamar que estaba enamorado de una esclava que había servido de entretenimiento sexual a un hombre rico. De modo que utilicé el recurso habitual del amor por una gran dama, situada muy por encima de mi propia condición, a la que sólo podía adorar desde la distancia. Si lo recuerdo bien, empezaba así:

Mi alegría me invita a cantar  
en esta dulce estación,  
y el corazón generoso replica  
que es bueno sentir de este modo...

Me acompañé con una melodía sencilla pero pegadiza de la viola, de forma que la música nunca predominara sobre las palabras, pero sí realzara su belleza y acentuara el ritmo del poema.

A Ricardo le encantó la canción. Le gustó tanto que quiso formar parte de ella, poseerla, reclamarla incluso como suya. Pidió una segunda viola —creo que pertenecía al viejo bronquista Bertran de Born—, y mientras un criado la afinaba, Ricardo daba vueltas por la sala, murmurando para sí y con el entrecejo fruncido. De pronto, se volvió hacia mí, me dirigió una sonrisa beatífica y dijo:

—Ya lo tengo, Blondel. Verso a verso, ¿sí? ¿Dándoles la vuelta?

Me parece ahora que olvidó mi nombre, concentrado como estaba en el acto de componer, y por eso me dio un apodo relacionado con mis cabellos rubios, pero no protesté. Iba a compartir mis versos con el rey. ¿Existe un honor mayor para un *trouvère*?

Richard me pidió que volviera a empezar, y canté de nuevo la primera estrofa:

Mi alegría me invita a cantar  
en esta dulce estación,  
y el corazón generoso replica  
que es bueno sentir de este modo...

Cuando acabé de cantar los versos con su acompañamiento, el rey empuñó su viola con cierta rigidez, y repitió música y palabras; luego alteró sutilmente la letra, siguiendo el mismo ritmo de mi estrofa:

Mi corazón me ordena amar  
a mi dulce señora,  
y mi alegría al hacerlo  
es en sí misma una generosa recompensa.

Fue un recurso muy ingenioso utilizar las mismas palabras —alegría, dulce, generoso y corazón— en un orden diferente para expresar un pensamiento similar, y confieso que me sentí algo abatido al darme cuenta de las dotes de poeta de mi soberano. Me había costado un día entero escribir la canción, y la respuesta de Ricardo había llegado en menos tiempo del que se tarda en calzar un par de botas.

Pero me repuse rápidamente, y cuando acabó contesté sus versos con una estrofa mía que modifiqué ligeramente en el verso final. Cantar aquello era dar prueba de frescura, casi de insolencia, y yo lo sabía, pero a pesar de todo canté:

Un señor tiene una obligación  
mayor que el propio amor  
y es recompensar con generosidad  
al caballero que le sirve bien...

Yo no estaba pidiendo una recompensa para mí mismo, de verdad que no, sino que deseaba con fervor que Ricardo pagase a Robin el dinero que le había prometido. De manera que utilicé un tema común en la poesía de un *trouvère* —el deber de un buen señor de mostrarse generoso—, para expresar de forma sutil un mensaje que podía beneficiar a mi señor Robin y ayudarlo en sus dificultades financieras.

El rey Ricardo no se ofendió lo más mínimo por mis versos y, después de unos acordes introductorios de su viola, replicó con la siguiente estrofa improvisada:

Un caballero que con tanta dulzura  
canta las obligaciones para con su noble señor,  
conoce demasiado bien las virtudes  
de los modos corteses, para así contradecirlas.

Y con un floreo de su arco de crin de caballo, Ricardo tocó las notas finales del acompañamiento y dejó a un lado su viola. Los aplausos fueron atronadores. Era una réplica brillante a mis versos, y Ricardo se sintió complacido consigo mismo, y con razón. Me sonrió a través de las mesas cargadas de viandas. Y luego se volvió a su izquierda e hizo apartarse a un anciano caballero inglés para que yo pudiera sentarme a su lado. Cuando hube tomado asiento en un gran sitial de madera de roble al lado de mi soberano, llenó de vino con su propia mano una copa incrustada con gemas y me la tendió, y cuando bebí de ella me dijo:

—Bravo, joven Blondel, algún día haremos más música los dos juntos, tal vez un dúo tan hermoso que amansará a los sarracenos, incluso al mismo Saladino, ¿eh?

Me sonrió, y al hacerlo sus ojos azules chispearon y sus dientes blancos relucieron a la luz de las velas. No se me ocurrió nada que decir, tan sólo asentir con un murmullo:

—Sí, mi señor, como gustéis.

Y me recosté en mi asiento, feliz al saber que contaba con su favor.

Sin embargo, poco más tarde se inclinó hacia mi oído y me susurró:

—Puedes decir a tu señor, el ingenioso conde de Locksley, que no he olvidado mi

deuda con él, y que tendrá su preciada plata mañana mismo por la mañana.

## Capítulo XI

**E**l rey cumplió su palabra, y al día siguiente fueron acarreados hasta la habitación de Robin varios cofres de peso considerable. Era la mañana de la Navidad, y el eco de las campanas de la catedral resonaba en toda Messina, convocándonos a los maitines con su alegre repique. En mi celda me fue entregada también una bolsa pequeña de oro, de manos de un criado, un chico nervioso al que William permitió entrar demasiado temprano, cuando Nur y yo estábamos aún acostados. El chico, con la cara florida de granos, dijo en voz chillona y mal modulada:

—Hay un mensaje, señor, que el rey os envía junto con su regalo. —Yo asentí y esperé, sin decir nada. El chico carraspeó para aclararse la garganta y recitó—: a Blondel, en la confianza de que nunca le faltarán ni las buenas maneras ni los señores generosos. Que Dios os acompañe en este día de Navidad.

Dicho lo cual, el chico giró sobre sus talones y se fue.

Me arriesgué con gusto a mi condenación aquella mañana de Navidad, y a una severa penitencia del padre Simón si llegaba a enterarse, haciendo oídos sordos a la llamada de las campanas de los maitines y quedándome enlazado con Nur en nuestro lecho abrigado. Ella estaba encantada de que el rey me honrara con aquel oro, y empezó a hablar con animación de los elegantes vestidos que podría comprarse con tanto dinero. Mi árabe progresaba y ella utilizaba algunas palabras del francés normando, de forma que ahora yo alcanzaba a comprender una palabra de cada tres de su alegre charla multilingüe. Yo mismo me sentí enormemente complacido por el regalo del rey. Robin también se había quitado una preocupación de encima, ahora que tenía plata suficiente para pagar a sus tropas y devolver el préstamo que Reuben había tenido que formalizar con la comunidad judía local de Sicilia, para poder subsistir.

—No es ni mucho menos todo lo que me prometió en Inglaterra —admitió Robin una mañana, varios días después de la Navidad, en que cabalgábamos los dos juntos en dirección a una partida de caza—. Pero es un comienzo... Y mucho mejor que nada. «Un señor tiene una obligación mayor que el propio amor, y es recompensar con generosidad al caballero que le sirve bien...». Me gusta, Alan, y te lo agradezco mucho, de verdad.

Me complació que mis versos descarados hubieran tenido un efecto tan

beneficioso, pero la voz del gusanillo insidioso de mi interior me decía que, mientras mi señor y yo discutíamos sobre quién podía ser el asesino oculto en nuestras filas, Robin se las había ingeniado para plantar en mi cabeza la idea de pedir al rey su dinero. Respecto del rastro del asesino apenas había hecho progresos, con excepción de algunas preguntas al herborista de la ciudad que me permitieron averiguar que vendía veneno de lobo; varias docenas de onzas a la semana, dijo, pero me aseguró que nunca lo había vendido a Reuben. Ese dato ni exculpaba ni acusaba al físico de Robin, porque aunque aquel hombre dijera la verdad, Reuben podía muy bien haber pedido a otra persona que comprara el veneno para él.

Aquel día subimos a las montañas de Sicilia en busca de un jabalí. Will Scarlet había hablado con un hombre de la comarca vecina, que le habló de un cerdo enorme que asolaba la comarca: destrozaba las cosechas y aterrorizaba a los campesinos. Pasó la información a Little John, y John contó la historia a Robin, y ahora todos cabalgábamos con la esperanza de una apasionante jornada de caza. Robin y yo mismo íbamos delante, seguidos por John y Will Scarlet; cerraban la marcha mi criado William y el guía local, un hombre de rostro enjuto, cabellos negros y mirada huidiza llamado Carlo, que hablaba un francés horrible. William y el guía llevaban los caballos, de carga, con las redes y las lanzas largas. Alrededor de nuestros caballos trotaban tres alanos, grandes perros de caza de pelaje hirsuto, propiedad de Carlo, y *Quilly*, vivaracha como un cachorro y reluciente como una moneda de oro, llena de alegría canina.

Nunca antes había cazado el jabalí, y me emocionaba formar parte de la partida. Los jabalíes sicilianos son animales de gran tamaño y famosos por su ferocidad, con una fuerza enorme y unos colmillos largos capaces de destripar a un hombre desde el escroto hasta el pescuezo, si consiguen acercarse lo bastante a él. Para cazarlos, pensábamos utilizar unas lanzas pesadas para jabalíes, con un asta de dieciséis pies de largo y dos pulgadas de grosor en la contera, y una cruceta transversal de acero colocada un pie debajo de la punta. Esa pieza servía para frenar al animal una vez empalado, y evitar que cargara a lo largo de la lanza llevado por el ímpetu de su furia, y que, aun atravesado por la larga asta, consiguiera alcanzar al hombre que estaba en el otro extremo.

Will Scarlet era otro hombre desde que fue azotado se mostraba sombrío, silencioso y temeroso de Dios, y ya no se parecía apenas al niño ladrón risueño y charlatán que yo había conocido en Sherwood. Pero en cierta forma el castigo lo había fortalecido, y parecía sentirse más a gusto ahora que era un soldado raso, en nada diferente a cualquier otro de la hueste de Robin. Cumplía con seriedad sus tareas, evitaba los problemas y las disputas, y nunca alardeaba de su familiaridad con Robin.

También William parecía muy animado por la perspectiva de la caza, y hacía a

Carlo continuas preguntas sobre las técnicas más eficaces para matar a un jabalí, su comportamiento cuando se le hostigaba y cómo respondería a la presencia de los perros y las redes. Carlo, a pesar de su aspecto poco favorecedor, era un hombre paciente y contestaba la avalancha de preguntas de William sin enfadarse y lo mejor que podía, en su espantoso francés. El plan consistía en tender las redes —tenían unos tres pies de alto cuando estaban plantadas y eran lo bastante finas para resultar casi invisibles, pero estaban hechas de un cáñamo trenzado muy resistente—, y luego utilizar los perros para empujar a la pieza hacia ellas. Una vez enredado en las redes e incapaz de correr, el animal podría ser alanceado a placer.

Carlo nos llevó hasta la cima rocosa de una colina, cubierta de pinabetes y helechos, y señaló un bosquecillo, a unos cien pasos más o menos, en el que creía que tenía su refugio la fiera. Mantuvo a los alanos sujetos con firmeza, y también *Quilly* fue atada a una soga fuerte, porque estaba claro que los animales olían al jabalí. Todos ellos tironeaban de las correas que los sujetaban, dispuestos a lanzarse a la carrera hacia el bosquecillo para enfrentarse a la pieza.

William, Will Scarlet y Carlo tendieron las largas redes en semicírculo, ladera abajo desde la cima de la colina, por la parte donde esperábamos que saliera el jabalí, y las prendieron en las ramas pequeñas y los salientes de los troncos: la red debía abatirse cuando la fiera cargara contra ella. Robin, John y yo ocupamos nuestras posiciones, con la lanza sujeta con ambas manos; mi corazón se disparó como cuando estaba a punto de entrar en batalla.

Carlo, William y Will Scarlet desaparecieron por el lado izquierdo con los perros, para rodear el bosquecillo. Soltarían a los perros al otro lado de la colina, y avanzarían despacio, con precaución, golpeando el suelo con la contera de sus lanzas, soplando los cuernos y llamándose a gritos los unos a los otros para asegurarse de que el jabalí escapara de ellos y corriera en dirección a las redes.

Era un día frío y gris, el sol estaba aún bajo en el cielo y nuestro aliento era visible como un vaho en el aire inmóvil. Robin, situado unos veinte metros a mi derecha, tenía un aire distraído. Todavía estaba flaco después del intento de envenenamiento, pero el color había vuelto a sus mejillas ahora que se encontraba al aire libre. Canturreaba en voz baja y examinaba con atención sus uñas. Podíamos oír, lejos, los ladridos excitados de los perros, pero parecían estar aún a mucha distancia. Veinte metros más allá de Robin, Little John se había sentado en un saliente rocoso y aguzaba la punta de su lanza con una piedra de amolar. Robin se acercó a John, seguramente con la intención de decirle algo a su viejo amigo..., y en ese momento, completamente de improviso, un jabalí gigantesco salió de entre la maleza del sotobosque moviéndose a una velocidad increíble, un torbellino de furia porcina y de músculos en tensión, y se lanzó colina abajo hacia nosotros.

Era enorme, mucho mayor de lo que yo había esperado, y se movía con una



fuerza salvaje y silenciosa que me puso el corazón en la boca. Se dirigía al hueco que quedaba entre Robin y yo, que era ahora mucho más amplio porque Robin se había acercado a John. Yo empuñé con fuerza mi lanza; «dentro de un instante», pensé, «ese enorme verraco tropezará con la red, se enredará en ella y todos nos lanzaremos sobre él». Pero no fue eso lo que ocurrió. El gran jabalí cruzó el espacio donde debería haber estado la red sin disminuir ni por un instante su velocidad. Con su mirada porcina clavada en mí, se desvió de la línea que seguía y, resoplando como un demonio, se me echó encima; eran trescientas libras de músculo impulsadas por una furia maniaca debida a nuestra intrusión amenazadora en sus dominios. Todo ocurrió en no más de tres segundos: desde la aparición del jabalí por entre el sotobosque hasta que se encontró a escasos metros de mi persona. Debido a lo sorprendente de la irrupción de la fiera, reaccioné con lentitud..., pero justo a tiempo: empuñé la pesada lanza, me incliné hacia adelante y la coloqué horizontal frente al animal. Como si no le preocupara en absoluto su propia vida, el jabalí se abalanzó directamente contra la punta de mi lanza. Esta se hundió un pie en su hombro como penetra un cuchillo afilado en el requesón blando, y se detuvo al llegar a la cruceta con una tremenda sacudida. El choque transmitido a través del palo de la lanza fue tan fuerte como si hubiera detenido la carga de un toro desbocado. El palo de la lanza, de dos pulgadas de grosor, se dobló, aunque no llegó a partirse, y mis nudillos se pusieron blancos sujetando la temblorosa madera marrón, mientras los músculos de mis brazos y del pecho se contraían bajo aquella enorme presión. Yo pugnaba por apartarlo, pero la bestia avanzaba increíblemente paso a paso y me empujaba hacia atrás con su enorme fuerza; sus gruesas patas delanteras golpeteaban el suelo, y yo sentía que mis pies perdían adherencia a la roca y el esquisto donde se afirmaban. La fiera me lanzaba gruñidos agónicos, sus ojos relucían llenos de malicia, hilos de saliva colgaban de sus largos colmillos curvados hacia arriba como dagas gemelas con la forma perfecta para destripar a un hombre.

Luego dio un tremendo empujón con sus hombros musculosos, y se revolvió de tal forma que me arrancó la lanza de las manos. La gruesa asta basculó hacia un lado por el movimiento del verraco, y fue a golpear mi hombro con la fuerza del astil de un hacha manejada por un hombre fornido. El impacto me hizo caer de lado, a gatas, y la fiera se lanzó a por mí. El asta de la lanza pasó rozándome la cara y al instante la jeta del jabalí estaba delante de mi pecho. Conseguí a duras penas agarrar uno de sus temibles colmillos con las dos manos, pero la fuerza del animal, aun mortalmente herido, era increíble. Pude oler el hedor de su aliento encima de mí, y su saliva espesa, mezclada con sangre, goteó sobre mi rostro mientras yo forcejeaba por apartar de mí aquel monstruoso rostro de dientes amarillos que rechinaban. Los ojos, de color azul oscuro e inyectados en sangre, estaban a pocos centímetros de los míos. Se sacudió de nuevo, y la pesada asta de la lanza volvió a golpearme, ahora en el

antebrazo, y casi consiguió que soltara mi presa... Entonces apareció a mi izquierda una sombra, oí un grito agudo de rabia y noté el impacto de una lanza al hundirse en el cuerpo del animal. Era William, mi leal escudero William, con su enorme lanza clavada en el costado del jabalí, que intentaba con todas sus fuerzas de adolescente remover el hierro en la herida abierta en el flanco del monstruoso animal. También los perros estaban a mi lado, saltando alrededor del cuerpo macizo del jabalí, y ladrando excitados; *Quilly* hizo presa en su oreja y empezó a gruñir como un demonio a mi oído. Luego aparecieron también Robin y Little John, y dos nuevos impactos hicieron estremecer el cuerpo de la fiera; las lanzas hurgaron en las entrañas abiertas del animal, que vomitó una bocanada de sangre en mis antebrazos y mi pecho. Luego la rabia se apagó y murió en sus ojos y, milagrosamente, todo lo que quedó fue su peso colosal encima de mi cuerpo y el sonido de las risas jadeantes e histéricas de quienes se llamaban mis amigos.



Acampamos al raso aquella noche, en una oquedad entre las rocas, y nos dimos un festín de carne de jabalí. Yo no estaba herido de consideración, sólo tenía magulladuras en un hombro, los brazos y el pecho, y un leve sentimiento de vergüenza por haber estado a punto de perder un combate a brazo partido con un cerdo. Little John lo expresó de una forma algo más cruda.

—Por las pelotas hinchadas de Dios —dijo después de quitarme de encima aquel animal inerte y ensangrentado, lo que supuso un duro esfuerzo incluso para alguien de su gran envergadura—, sabía que eras un fornicador empedernido, pero nunca creí que te sentirías tan desesperado como para tirarte a un cerdo gigante. Bendita sea mi alma pecadora, ¿qué se les ocurrirá a estos jóvenes a continuación?

Reírme me dolió —las gruesas pezuñas de las patas delanteras del jabalí habían magullado mis costillas, y todos los músculos situados por encima de mi cintura daban chillidos de protesta—, pero lo hice; estaba vivo y relativamente ileso, y me pareció detectar cierta preocupación auténtica en la mirada de Robin cuando me ayudó a ponerme de pie y me palpó rápidamente en busca de algún hueso roto. Di las gracias con mucha profusión a William: de no ser por su oportuna intervención, dije, la fiera habría acabado por liberar sus colmillos, y yo estaría muerto.

—Pa-pa-parecía que iba a tragarte en-entero —dijo William, que quedó más afectado que yo mismo por el incidente.

—¿Qué ha pasado con las redes? —preguntó Robin a Carlo—. El jabalí cruzó a través de ellas como si fueran una tela de araña.

El cazador tenía cierto aire contrito, pero se encogió de hombros.

—Puede que se cayeran —dijo—. O puede que no fueran lo bastante fuertes para

él. —Se encogió de hombros otra vez y mostró las palmas abiertas de las manos—. O puede que Dios decidiera probar las dotes de cazador de este joven —dijo, señalándome con gracia siciliana. No pareció que hubiera nada más que decir sobre el tema.

Nos dimos un alegre festín aquella noche en las colinas; miles de estrellas brillantes formaban un dosel de luz sobre nuestras cabezas y, saciados de la carne dulce y grasienta del puerco sazónada con tomillo silvestre y acompañada por un pellejo de vino que Little John había tenido la previsión de traer, me sentí como si estuviera de nuevo en Sherwood, en los días felices de las Cuevas de Robin.

Cuando todos hubimos comido y bebido a placer, y dormitábamos felices junto al fuego envueltos en nuestras cálidas capas, Little John se puso en pie despacio, extendió sus enormes brazos y entonó en voz lenta y lúgubre la siguiente salmodia:

—En la tierra hay un guerrero de origen misterioso fue creado, reluciente, para el bien del hombre. Impulsa con encono a enemigo contra enemigo, pero las mujeres lo domestican a pesar de su fuerza. Y si los hombres cuidan de él y lo alimentan con frecuencia, él les obedece con lealtad y les sirve bien. Pero se comporta como un salvaje si alguien le da pábulo para henchirse de orgullo. ¿Cuál es su nombre?

Little John era famoso por sus adivinanzas; las había planteado una y otra vez en las cuevas de Sherwood y en el salón del castillo de Kirkton, y a todos nos había divertido con su habilidad para describir un objeto común y corriente, utilizando como clave palabras que ocultaban con ingenio su naturaleza. Esta adivinanza, sin embargo, era demasiado fácil; yo encontré la respuesta al instante, pero callé mientras los demás daban vueltas a las palabras de John.

—¿Es... es un perro? —preguntó William. Tenía a la tuerta *Quilly* tendida a sus pies, y acariciaba despacio su cabeza dorada.

—Está bien pensado, pero no es la respuesta correcta —dijo John.

—Ya lo tengo —gritó entusiasmado Will Scarlet—. El nombre del guerrero es el fuego.

Y fue ovacionado por su agudeza.

—Ahora te toca a ti, Will —dijo Little John. Y Scarlet frunció la frente durante unos momentos. Por fin dijo:

—Un cofre sin tapa sirve de asiento a una madre; guarda para ella un tesoro de oro, pero para los demás es sólo un bocado.

También éste era sencillo, y más viejo que las montañas: es el huevo. El cofre sin tapa es la cáscara; la gallina madre se sienta sobre él, y contiene una yema dorada, un buen bocado para que alguien lo coma.

Sospeché que todos conocíamos la respuesta —el huevo es uno de los temas favoritos de las adivinanzas—, pero todos fingimos no saberla para que Will Scarlet disfrutara con nuestro desconcierto, hasta que por fin William dio con toda seriedad

la respuesta. Entonces fue su turno. Aspiró hondo, apretó los puños para controlar su tartamudeo y dijo:

—Estoy vivo pero no hablo. Quienquiera puede tomarme preso y cortarme la cabeza. Muerden mi cuerpo blanco a pesar de que no hago daño a nadie. Pero si me cortan con un cuchillo, les hago llorar.

Esta adivinanza no la había oído antes. Y resultaba extraña, con sus cabezas cortadas y sus cuerpos blancos mordisqueados. Durante un rato meditamos, pero reconozco que no se me ocurrió qué había querido describir William. Sin embargo, a Robin no se le derrotaba con tanta facilidad:

—¿Qué es lo que le hace a uno llorar? En mi experiencia suele ser una mujer, pero en este caso... Ah, sí. El cuerpo blanco, puedes morderlo pero te hace llorar... ¡es una cebolla!

Todos le aplaudimos y bebimos más vino a su salud. Y así seguimos, con una adivinanza tras otra, hasta que, adormecidos por el vino, la carne y el suave gemido de la brisa entre las rocas, el sueño nos fue venciendo a todos, uno por uno.



Los meses invernales pasaron despacio pero de forma tranquila en Messina. Cada noche dormía con Nur en mis brazos y, de día en día, crecía mi dominio de su lengua como por parte de ella el del francés, que era la lengua habitual en el ejército..., hasta que pudimos entendernos el uno al otro de forma razonable. Una noche me contó su vida hasta el momento en que nos encontramos, y era una historia terrible. Nació en una aldea no lejos de la costa, vecina de la cristiana ciudad de Tiro; un día, dos años atrás, la aldea fue asaltada por piratas de Cilicia y ella fue capturada junto a muchos jóvenes y muchachas del pueblo. Fueron azotados y violados, encadenados y conducidos al norte, a la fortaleza de los piratas cerca de Seleuca. Cuando llegaron allí, los varones fueron castrados para servir de eunucos, pero ella, para su sorpresa, fue tratada con una rudeza amable. Sin embargo, después de haber intentado escapar le marcaron en la cadera con un hierro al rojo un signo arábico, una especie de letra «L» al revés, y después la encerraron en un harén en el que convivía con una veintena de muchachas. Fue allí, a la tierna edad de trece años, donde fue adiestrada en dar placer a los hombres con los deliciosos recursos que ahora empleaba en mi beneficio. Sentí una punzada de remordimiento al saber que mi goce actual tenía su origen en aquella esclavitud brutal, pero ella me tranquilizó:

—Alan —me dijo—, nunca hasta ahora me he entregado a un hombre por mi voluntad. Y si mi dolor pasado puede hacerte feliz hoy, me siento compensada por haberlo sufrido.

Después de pasar unos seis meses en el harén, fue vendida a unos caballeros

*frankish* que llevaban sobrevestes blancas con la cruz cristiana en rojo. Yo sabía ya que los templarios se dedicaban al tráfico de esclavos en el Mediterráneo, aunque aseguraban que nunca esclavizaban a cristianos, pero me sentí dolido y triste al saberles implicados en la sórdida historia de mi amada. Sin embargo, como le gustaba señalar a Tuck, Dios actúa a través de caminos misteriosos y, gracias a los oficios de aquellos caballeros del Templo de Salomón, ella pudo llegar hasta mí. Los templarios la vendieron a un mercader de Messina, que comerciaba en incienso, seda y especias, y cuando ella esperaba ser vendida a algún otro, él la guardó junto a otras muchachas para su propio placer. Y allí la había encontrado yo, en la gran casa saqueada de la ciudad vieja. Malvête y sus hombres habían forzado la entrada en aquella noche de degüello, habían matado sin más al mercader y a sus criados, y habían aullado de entusiasmo al ver la calidad de su harén. Ella había visto, amordazada y casi enloquecida por el terror, cómo los soldados ataban a las chicas al poste de los azotes y las violaban y torturaban una tras otra...

Tapé la boca de Nur al llegar a ese punto; no quise oír más.

—¿Por qué son así los hombres? —preguntó Nur al poco rato, en tono triste y desconcertado—. Les damos placer con nuestros cuerpos, les servimos la comida y limpiamos sus casas y parimos a sus hijos; ¿qué les empuja a tratarnos a cambio de esa manera?

Yo no tenía más respuesta que decirle que no todos los hombres eran iguales.

—Has sufrido mucho, amor mío, y soportado muchas crueldades, pero ahora estás a salvo conmigo, bajo mi protección y la de mi señor Robin, y nunca permitiré que vuelva a ocurrirte nada malo.

A lo largo del invierno, Little John y yo nos seguimos turnando para acompañar a Robin y restringir el acceso a él de otras personas, y empecé a comprender el negocio tan complicado que representaba el mantenimiento de un pequeño ejército de cuatrocientos hombres. Cada día había docenas de decisiones que tomar, castigos y recompensas, y raciones que distribuir entre la tropa (hacía tiempo que se habían agotado los víveres que nos habíamos traído de Yorkshire).

Robin compró grandes cantidades de trigo y cebada a los mercaderes de Messina con la plata del rey Ricardo, y cada día nuestros molineros y panaderos molían y cocían cientos de hogazas de pan para su distribución. También teníamos cervecedores que confeccionaban la bebida, que era otra parte vital de la dieta diaria, y que también había de ser repartida a los hombres en cantidades precisas. Luego estaban las raciones de queso y de carne (pescado los miércoles y los viernes); la fruta y la verdura, los guisantes y las judías secas, pero todo aquello era gestionado con mucha eficiencia por Little John y sus fornidos intendentes, y yo apenas tenía otra cosa que hacer más que llevar los mensajes de los hombres a Robin. El tomaba una decisión, sobre una pelea entre dos hombres, o sobre una petición de aumentar las raciones de

cerveza o de pan, o sobre a qué *conroi* o pelotón de arqueros correspondía el turno de centinela aquella noche, o a salir de caza o en busca de leña..., y yo comunicaba su veredicto al capitán o vintenaar correspondiente.

No estaba más cerca de averiguar quién era la persona que había atentado contra Robin, pero no hubo nuevos ataques y pareció que la política de aislar a Robin de los hombres estaba dando sus frutos. El y yo nos reuníamos con frecuencia con el rey para cantar y tocar música, en ocasiones con la presencia de otros trovadores, incluidos Ambroise y el insidioso Bertran de Born, pero otras veces los tres solos. Puedo afirmar que el rey sentía preferencia por la compañía de Robin, y creo que también a mí me tenía aprecio. Yo le había ayudado a brillar con sus versos, a hacer un buen papel delante de un auditorio en el festín de Navidad, y según mi experiencia ésa es una de las vías más fáciles para conseguir que un hombre —príncipe o mendigo— te mire con simpatía.

Sin embargo, las relaciones del rey con su real primo Felipe Augusto no iban igual de bien. El rey francés intentaba alejar a Tancredo de Ricardo, y había muchos cuchicheos y muchas reuniones secretas en las que Felipe apremiaba a Tancredo a no confiar en nuestro rey. Ricardo estaba comprensiblemente preocupado por el talante traicionero de su amigo de la infancia, pero organizó una reunión privada con Tancredo, le hizo ricos regalos y promesas solemnes, y consiguió convencer al nervioso monarca siciliano de que él no representaba un peligro. Sin embargo, se alzaba en el horizonte, amenazadora, una cuestión mucho más seria —una causa auténtica de resentimiento por parte del rey Felipe—, que amenazaba hacer naufragar la Gran Peregrinación antes incluso de que tuviera lugar la navegación de Sicilia a Tierra Santa: la boda pendiente del rey con la princesa Berenguela de Navarra.

A principios de marzo, llegaron al campamento rumores de que el rey se traía a Sicilia a una hermosa princesa del norte de España con la intención de desposarla. Fue una noticia que complació a muchos en el ejército: Ricardo se disponía a entrar en combate por la causa de Cristo, de modo que era sensato buscar una esposa y tal vez encargar un heredero antes de arriesgar su vida en la lucha con los sarracenos. Pero la mosca de esa sopa era que Ricardo llevaba más de veinte años prometido a Alice, la hermana del rey de Francia. Alice era una mujer melancólica: había vivido tanto tiempo como huésped de la corte inglesa —desde que Ricardo era un niño, de hecho—, que era imposible no considerarla una especie de plato de segunda mesa. Cuando era una adolescente, por otra parte, el rey Enrique, el padre de Ricardo, la llevó a su cama. Al cabo de unos años se aburrió de ella y la abandonó. Y Ricardo, que estaba prometido formalmente a ella, tuvo la poca delicadeza de declarar que antes se condenaría por toda la eternidad que casarse con una mujer que había sido la puta de su padre.

Yo entendía el punto de vista del rey Ricardo. Personalmente, no me habría

importado arar el mismo campo labrado por mi padre, pero entre reyes el matrimonio es una cuestión de Estado, y su repugnancia patente hacía más difíciles aún las cosas con el rey Felipe, que apremiaba a Ricardo a casarse con Alice. Ricardo le daba largas con mucha cortesía, pero con el paso del tiempo aquélla se convirtió en la mayor causa de las desavenencias entre los dos monarcas. Ahora la noticia era que Ricardo se traía a Sicilia a otra novia, una princesa navarra. Y el rey Felipe se declaró indignado por la humillación sufrida por su familia a manos de no sólo uno, sino de dos reyes de Inglaterra.

Como de costumbre, existía un recurso fácil para ablandar al orgulloso rey francés. Ricardo le envió un regalo de diez mil marcos de oro cuando se anunció públicamente su compromiso con Berenguela, y nuestro rey tuvo el tacto suficiente para omitir en el anuncio el hecho de que su futura esposa, acompañada por su madre la reina Leonor de Aquitania, estaba ya de camino hacia Sicilia.

Sin embargo, el rey Felipe declaró enfurruñado su intención de marchar con todas sus tropas a Tierra Santa a finales del mes de marzo, con el fin de no estar presente en el momento en que aquella novia que afrentaba contra el honor de su hermana desembarcara en Messina.



De este modo, el rey Felipe de Francia zarpó de Messina con su hueste en cuatro grandes barcos el último día del mes, despedido por los vítores de todo el ejército de Ricardo, reunido por orden expresa del rey para desear a sus hermanos guerreros de Cristo un viaje feliz a Ultramar. Al día siguiente, arribó un barco pequeño pero engalanado con lujo en el que viajaban discretamente la princesa Berenguela, la reina Leonor de Aquitania... y mi viejo amigo y en tiempos mentor musical Bernard de Sézanne.

No había visto a Bernard en el último año y medio, y aunque yo había crecido y me había hecho más robusto, él no había cambiado en lo más mínimo, excepto por el hecho de que, en su condición de admirado *trouvère* de la reina Leonor, iba vestido con un lujo mucho mayor que cuando era mi maestro de música en nuestros tiempos de proscritos. Lo cierto es que tenía el aspecto de un petimetre, con sus calzas listadas de carmesí y verde y su túnica carmesí con brocado de oro. Llevaba un magnífico sombrero de terciopelo que parecía una enorme hogaza de pan siciliano, con una larga pluma ondulante que se arqueaba hacia atrás. A su lado, con mi modesto conjunto de túnica y calzas de un verde amarronado y mi gastada capa gris, me sentía vulgar y pedestre.

Lo llevé a El Cordero, la taberna de Messina en la que me reunía con los demás *trouvères*. Después de desembarcar sana y salva a Berenguela, Bernard y su señora la

reina Leonor tenían intención de abandonar Sicilia al cabo de uno o dos días para volver a Inglaterra, y yo quería tener la oportunidad de hablar con él antes de que se fuese. La taberna contaba con las dos cosas que yo sabía que exigiría Bernard para que la velada fuese un éxito: grandes cantidades de vino y una compañía musicalmente entendida. Little John estaba de turno junto a Robin, de modo que yo tenía tiempo libre a mi disposición. Bernard y yo fuimos a la taberna temprano; el sol todavía no se había puesto detrás de las montañas del oeste, de modo que era seguro que pasaría algún tiempo a solas con mi amigo antes de que llegara el resto de los músicos.

—Y bien, joven Alan —me dijo Bernard con una sonrisa condescendiente—, cada vez que te veo tienes más el aspecto de un rudo soldado. Espero que no hayas abandonado la vida musical.

Miraba con intención la espada y el largo puñal que cuelgan habitualmente de mi cintura, sujetos a dos gruesos cinturones de cuero. Le aseguré que no era así, y no pude evitar fanfarronear un poco sobre mi popularidad en la corte del rey Ricardo, y el aprecio en que me tenía el rey como cantante.

—¿De modo que estás a gusto en este gran enjambre de futuros mártires? —me preguntó. Admití que era así, y le hablé de mis recientes proezas con la lanza. Estaba a medio contarle mis heroicos éxitos con el estafermo, cuando me di cuenta de que se distraía y desviaba la vista, de modo que acabé rápidamente la historia, pedí más vino y cambié de tema.

—¿Cómo van las cosas por Inglaterra? —le pregunté.

—No van bien, Alan, si he de serte sincero; no van nada bien —dijo, y suspiró. Su actitud era triste, pero noté algo más, tal vez una punta de satisfacción por el hecho de ser portador de malas noticias—. El país está muy inquieto por la ausencia de Ricardo; los barones fortifican sus castillos y las ciudades levantan murallas. También los galeses andan revueltos. Pero el principal problema es ese insignificante Willie Longchamp, el justicia del rey, que es odiado absolutamente por todo el mundo y parece incapaz de controlar su propia casa, no digamos ya el país. Es un hombrecillo horrible (no hay en él música en absoluto), pero Ricardo le nombró para el cargo de justicia y se podía pensar que, a partir de ese momento, sería capaz de inspirar un poco de respeto; pues resulta que no, y su autoridad se ve ahora seriamente contestada por ¿adivinas quién?, por el real, ya que no leal, hermano de Ricardo, Juan.

»Nuestro príncipe casero anda ahora dándose pisto por todo el país, con unos absurdos aires de monarca, y ha nombrado su propio justicia, su propia corte real, su canciller, su lord del sello y todo lo demás, y sus servidores hablan abiertamente de que Juan será el próximo rey si Ricardo muere durante la peregrinación. Es enteramente ridículo, porque todo el mundo sabe que el pequeño príncipe Arturo es el



heredero designado por Ricardo. Nada va bien, Alan, con el rey fuera del país nadie es capaz de mantener a raya a esos sapos ambiciosos... —Y citó unos versos—: «Como la tierra se oscurece al ponerse el sol, / así decrece un reino en la ausencia de su rey».

Bebió un largo trago de vino y se secó la boca con la manga de su espléndida túnica carmesí. Luego añadió, en voz más baja:

—Y tengo noticias aún peores. Fui a ver a la condesa de Locksley para recoger una carta que quería darme para Robin, y la encontré en un estado penoso. Oh, su salud es excelente y su aspecto también, y mantiene su noble porte, pero es muy desgraciada.

Hizo una pausa y me di cuenta de que había estado ansioso por dar esa mala noticia desde el momento mismo en que nos encontramos en la orilla de la bahía.

—Sigue —dije, sin énfasis.

—Bueno, se trata de esos horribles rumores sobre ella, que anda esparciendo esa serpiente de Ralph Murdac, unos chismes estremecedores, de la peor especie, y totalmente falsos además, pero la angustian y teme que lleguen a oídos de Robin.

Apenas conseguía disimular la satisfacción que le producía ser el portavoz de aquella calamidad. Me incliné hacia él, ceñudo.

—¿Qué rumores? —dije. Sentía agitarse la ira en mi interior—. ¿Qué rumores, Bernard? —dije en voz más alta. Bernard me miró.

—No te enfades conmigo, Alan, yo sólo soy el mensajero, no la persona que los está difundiendo; yo no lo he contado a nadie. Pero la gente habla.

Me esforcé por controlar mi rabia. Quería mucho a Marian, la condesa de Locksley; había creído incluso estar enamorado de ella durante cierto tiempo, y no me gustaba ver su nombre ensuciado por nadie.

—¿Qué es lo que dicen? —pregunté, en un tono de voz más razonable. Bernard era Bernard, después de todo, y mi rabia no iba a cambiarlo.

—Bueno, no te enfades y no digas que he sido yo quien te lo ha contado, pero la gente dice que... —calló durante breves momentos, y yo dije sin expresión:

—Cuéntamelo, Bernard.

Y por fin, con muchos aspavientos y circunloquios, lo hizo.

—Dicen, Alan, y estoy seguro de que se trata de un completo infundio, que la condesa fue la amante de Ralph Murdac durante el verano de hace dos años, y que el hijo de la condesa, Hugh, reconocido como heredero del conde de Locksley, es en realidad hijo de Murdac.

Se echó atrás en su asiento después de haber descargado aquel mazazo, y observó mi reacción.

Espero haberle desilusionado: mantuve mi cara inexpresiva, bebí un sorbo de vino y suspiré.

—¡Qué estupidez! —dije, despectivo—. ¿Marian Locksley la amante de Ralph Murdac? Absurdo.

Intenté soltar una risita divertida, pero lo que salió se pareció más al rebuzno de un asno apaleado.

Me libró de verme obligado a argumentar mi rechazo la llegada de Ambroise con otros dos *trouvères*. Apenas tuve tiempo de susurrar a Bernard que tuviese la boca cerrada sobre ese asunto —cosa que desde luego no hizo—, antes de vernos arrastrados al torbellino de diversión alcohólica que siempre acompañaba a Ambroise y sus amigos. Mientras Bernard y el alegre rollo de manteca normando se presentaban mutuamente, intercambiaban bromas obscenas y pedían más vino —tardaron menos de un cuarto de hora en convertirse en viejos amigos, dicho sea de paso—, yo pensaba en mi hermosa amiga y amada de Robin, Marian, la condesa de Locksley manchada por las habladurías. Tenía un problema grave: a pesar de mi actitud despectiva con Bernard, sabía que el núcleo de todos aquellos falsos rumores, el hecho de que el hijo de Robin lo era en realidad de Murdac, era verdad. Y esa verdad podía destruirnos a todos.

## Capítulo XII

A hora, después de haber tenido hijos, comprendo por qué es tan importante la sangre. Cuando murió mi hijo Rob, sentí que, de un modo literal, una parte de mí había muerto con él. Mi esposa y yo lo criamos con amor y dedicación, y pusimos en él todos nuestros sueños y nuestras esperanzas. De haber sido el hijo de otro hombre, ¿le habría amado tanto, me habría dolido tanto su muerte? Puede ser. Pero dudo que hubiera sentido tan dolorosamente que él era yo de alguna extraña manera, y que su muerte era la mía. Así pues, cuando en la primavera del año de Nuestro Señor 1191 supe que Hugh, el hijo de Marian, no lo era de Robin, mi primer pensamiento fue la vergüenza que debía de sentir Robin. Ya era bastante malo que su esposa hubiera sido forzada por sir Ralph Murdac, lo que por sí solo habría sido causa para muchos hombres de repudio de sus esposas —el hecho de que se tratara de una violación no representaba ninguna diferencia—, pero además había sido preñada por otro hombre, y por un enemigo mortal, y eso era tan vergonzoso que resultaba demasiado difícil de soportar.

Eran varias las razones por las que tenía la certeza de que Hugh era en realidad hijo de Murdac, y por las que sabía que Robin también lo sabía. La primera, había notado las señales de una cópula forzada en la ropa de Marian —su vestido estaba rasgado y manchado de sangre—, cuando Robin, Reuben y yo la rescatamos de las garras de Murdac en el castillo de Nottingham, hacía ya casi dos años. Ralph Murdac la capturó después de la muerte del rey Enrique, pero antes de que Ricardo volviera a Inglaterra y asumiera el trono con pulso firme. Murdac había esperado, sin duda, utilizarla como moneda de cambio y como medio para presionar a Robin.

En segundo lugar, cuando Robin hubo matado a sus guardianes, la tomó en sus brazos y le preguntó si estaba herida —lo que de verdad le estaba preguntando era si Murdac la había deshonrado—. Y recuerdo con claridad su respuesta. No dijo: «Estoy ilesa», o «No tengo ninguna herida», sino sólo: «Todo está bien, ahora que has venido». Estoy seguro de que, si Murdac no la hubiera tocado, lo habría dicho. La tercera razón por la que sabía que el niño era de Murdac era el cabello negro de Hugh y sus ojos de color azul pálido. A pesar de que Goody me dijo que los bebés cambian de aspecto después del nacimiento, me parecía demasiada coincidencia que, entre todas las personas de la cristiandad, el bebé se pareciera tanto a sir Ralph Murdac. Y de todos modos, las comadronas dicen que inmediatamente después de nacer un bebé

se parece a su padre, y después va asemejándose más a la madre. El cuarto motivo era la tensión, antes inexistente, entre Robin y Marian inmediatamente después del parto. Robin sabía que el niño no era suyo..., y mi deber sagrado era asegurarme de que aquel rumor fuera ahogado de raíz y mi señor no descubriera nunca que yo conocía su innoble secreto.

Sin embargo, dejando a un lado la cuestión de la lengua suelta de Bernard —y Robin estaría más que dispuesto a arrancársela si se enteraba de que mi amigo había estado difundiendo la noticia—, los murmuradores de Murdac debían de estar haciendo su trabajo en Inglaterra, y había un peligro real de que, cuando Robin regresara, fuera objeto de burlas. La gente diría que llevaba los cuernos de un marido consentidor, por más que la verdad era que Marian había sido forzada contra su voluntad por un monstruo. Robin nunca admitiría aquello; no admitiría que había sido incapaz de proteger a la mujer que amaba. ¿Y cómo afectaría ese triste asunto a las relaciones entre marido y mujer? Si todo se hacía público, ¿desheredaría Robin a Hugh?, ¿lo expulsaría de la familia? ¿Y cómo se sentiría Marian si su hijo era conocido universalmente como un bastardo, el fruto de una violación, un hijo de nadie concebido fuera del matrimonio? Nunca admitiría que era verdad. Pero ¿podría Robin llegar a aceptar a un extraño en su hogar?

Mientras yo meditaba sobre esas terribles verdades, en la taberna el alboroto era cada vez mayor: Ambroise y Bernard rivalizaban en declamar versos obscenos, para gran delicia de ambos, y en vaciar vaso tras vaso de vino sin aguar, y uno de los otros *trouvères* se había puesto a bailar con una de las camareras sicilianas. Les dejé enfrascados en su parranda, y salí discretamente en busca de mi señor.

Encontré a Robin en sus aposentos del monasterio, leyendo la carta de Marian. Su rostro era una máscara fría y desprovista de emoción, y cuando entré en la habitación con el pretexto de llevarle la cena, me dirigió una mirada metálica tan cargada de una rabia ciega que a punto estuve de perder los nervios y retirarme sin decir nada.

—Vuestra cena, señor —dije en voz baja. Y él se limitó a indicar con un gesto de la mano que la dejara sobre la mesa. Desgajé con los dedos un pedazo de pollo asado y se lo tendí a *Quilly*, que había seguido con gran interés mis movimientos desde un cestillo de juncos colocado en un rincón.

—¿Buenas noticias de Inglaterra, señor? —pregunté con escasa sinceridad, agachado de espaldas a Robin, mientras la perra tuerta lamía la carne grasienta que le ofrecía en mi mano.

—No —contestó Robin. Y aquella simple sílaba sonó como la lápida al caer sobre la hierba de una tumba en el cementerio de una iglesia. Me volví a mirar al conde de Locksley; la carta estaba colocada sobre la mesa junto a su cena, pero su mirada estaba clavada en el suelo de piedra y parecía en estado de trance. Durante más de diez segundos, ninguno de los dos se movió; yo lo miraba a él, y él miraba el suelo.

Luego alzó la vista hacia mí y dijo:

—Al parecer, tu amigo el príncipe Juan está creando problemas; pretende ser rey, según dicen.

Intentó sonreír, pero la sonrisa no llegó a sus ojos. Yo quería decirle algo, consolarlo, decirle que todo estaba bien y que no era culpa suya que Murdac le hubiera arruinado la vida, y menos aún culpa de Marian. Pero la distancia entre señor y vasallo era demasiado grande.

—¿No te importa dejarme solo, Alan? —dijo Robin. Su voz estaba cargada de un cansancio insoportable—. Y di a los hombres que vamos a zarpar para Ultramar la semana que viene, de modo que han de empezar con los preparativos... También dile a Little John que..., oh, no importa, se lo dirás mañana. Buenas noches.

Al marcharme, vi que tomaba de nuevo la carta y miraba sin leer sus gruesas hojas de pergamino. Me di cuenta de que su mano temblaba ligeramente.



Partimos de Messina diez días después: los diecisiete mil quinientos soldados y marineros del gran ejército de Ricardo abarrotados en doscientos barcos. Mategriffon fue cuidadosamente desarmado, pieza por pieza, y almacenado en uno de los mercantes más grandes; unas grúas alzaron del suelo de la bahía a los grandes corceles de batalla de los caballeros, bien sujetos por una doble correa que les rodeaba el vientre y con los ojos vendados, y los bajaron hasta depositarlos en sus puestos en la bodega de los barcos de transporte más capaces. Berenguela de Navarra, acompañada por Joanna, la hermana de Ricardo, fue alojada en una suntuosa aunque ya veterana coca, dotada con todas las comodidades accesibles a un rey poderoso. Con tan nobles damas viajaba una esclava árabe, ahora adscrita al servicio de la princesa Berenguela, y a mis ojos una muchacha de una belleza tan perfecta que eclipsaba a cualquier mujer mortal. Yo mismo proporcioné a Nur su nueva posición con la ayuda de Robin y de un pequeño regalo en metálico al chambelán de Berenguela, y nunca la había visto tan feliz.

—Alan —me dijo en su francés vacilante mientras nos besábamos en el muelle—, eres un hombre maravilloso, mi salvador, mi *preux chevalier*, y para recompensarte por ser tan amable y tan bueno haremos otra vez eso que te gusta tanto, ya sabes, con las correas de cuero y la miel...

Yo me apresuré a chistar para que callara y miré a mi alrededor, esperando que nadie nos hubiera oído. A sólo dos metros detrás de mí, estaba Little John organizando el embarque de nuestra caballería. Parecía no haber oído nada, y suspiré aliviado: demasiado pronto, por supuesto.

En cuanto Nur me dejó para subir a un esquife, se acercó un poco más.

—Dime, Alan, ¿qué es eso que tanto te gusta hacer con las correas y la miel? — me preguntó en voz baja y tono confidencial.

Mi cara se puso de un rojo escarlata.

—Nada en realidad —balbuceé—. La verdad es que no tengo ni idea de lo que estaba hablando. —La cara me ardía y no pude mirarle a los ojos—. Es extranjera; la mayoría de las veces no se entiende nada de lo que dice.

Me encogí de hombros, aparentando despreocupación.

—¿De verdad? —dijo Little John—. Bueno, se lo preguntaré a ella.

Y antes de que pudiera pararlo, hizo bocina con las manos alrededor de la boca y rugió en dirección al esquiife que llevaba a mi amada a su barco:

—¡Nur, querida! —Su voz podía oírse seguramente incluso en Italia, al otro lado del estrecho—. ¡Dime qué es lo que tanto le gusta hacer en la cama al joven Alan, con la miel y las correas...!

Media docena de personas se volvieron hacia nosotros al oír su voz tonante, y yo me revolví tan rápido como un lebrel y le di un puñetazo en la barriga con todas mis fuerzas.

Visto con perspectiva, creo que la razón por la que John se dobló en dos por la cintura al recibir mi golpe tuvo más que ver con la risa incontenible que lo atacó en aquel momento que con la fuerza de mi puño. Pero como seguía golpeándole con las dos manos y conseguí algunos impactos bastante decentes en su cara y su cuerpo, hizo un esfuerzo para dejar de reír durante el tiempo preciso para agarrarme por el cogote y el cinto de la espada, levantarme con toda mi furia pataleando en el aire, y dejarme caer al agua sucia de la bahía.



Cuando la vela de la *Santa María* batió y se hinchó poco a poco, y la tripulación empezó a izar una telaraña de cabos al ritmo del silbato agudo del contramaestre del navío, me di cuenta de que estaba encantado de partir de Sicilia. Había encontrado allí el amor y la felicidad, es cierto, pero aun así la estancia no había sido demasiado agradable, ya fuera por el aire de velada amenaza que los grifones derrotados adoptaban en todo momento —yo nunca iba desarmado a ninguna parte—, ya por la sensación de estar perdiendo el tiempo mientras otros cristianos morían por nuestra causa en Ultramar. También estaba el problema del asesino; seguía sin tener idea de quién podía ser, pero esperaba que al marchar de Sicilia lo dejáramos también a él —o a ella— detrás de nosotros. Me sentí esperanzado y confiado, pues viajábamos de nuevo hacia la gran aventura con la que había soñado tanto tiempo. Dios protegería a Robin, estaba seguro, ahora que estábamos de nuevo empeñados en su santa misión. Por fin nos dirigíamos a Tierra Santa, y con Su ayuda y guía, pronto desplegaríamos

el inmenso poder del ejército de Ricardo frente a los sarracenos. Quizá dentro de unos pocos meses la ciudad santa de Jerusalén se vería libre de nuevo y bajo un gobierno cristiano...

El tercer día de navegación desde Messina, cerca del crepúsculo, cuando el sol a nuestra popa proyectaba sobre el mar la sombra alargada de la vela, nos vimos envueltos en una tempestad que venía del sur. Las olas empezaron a agitarse, haciendo que el barco cabeceara y se moviera como un caballo salvaje; el viento arreció, y zarandeó la vieja lona de la vela hasta casi destrozarla, y gruesas nubes oscuras se apelotonaron en el cielo gris. Con ellas llegó una lluvia negra, torrencial, que azotaba como un látigo de hielo la superficie del agua. Me acurruqué cubierto por una lona encerada en la proa de la *Santa María*, y el mundo se cerró a mi alrededor. Era como estar debajo de una cascada. La lluvia tamborileaba enloquecida en la lona, y el barco cabeceaba y se balanceaba bajo mi cuerpo encogido; se diría que Dios había desatado su furia sobre el mundo, un cataclismo semejante al diluvio de Noé. Atisbando por debajo de la lona chorreante, apenas conseguía ver el barco más próximo al nuestro, a unos cincuenta metros. Los arqueros que viajaban en la *Santa María* montaron turnos para achicar el agua con sus cascos, pero pronto pudo verse que la medida no era eficaz; por cada casco que se vaciaba por la borda, entraba un volumen de agua diez veces mayor, y las olas se cernían con una fuerza alarmante sobre la frágil estructura del navío. Pronto nos vimos solos en un torbellino de agua rugiente y de viento aullador, sin ningún otro barco a la vista, arrastrados a una velocidad increíble, empequeñecidos en medio de olas gigantescas, entre los lamentos de soldados y marineros que suplicaban a Dios que se apiadara de nosotros, pero sus ruegos sólo alcanzaban a escucharse en los raros intervalos en que las olas dejaban de golpear la cubierta del barco. Yo me santigué y me preparé lo mejor que pude a morir, musitando un avemaría tras otro por entre mis labios encostrados de sal, y rogué al Todopoderoso que en su infinita compasión preservara la vida de mi amada Nur, dondequiera que se encontrara en aquel infierno de agua; y si aún le sobraba alguna pizca de compasión, salvara también las vidas de todos los hombres, incluido yo mismo, que navegábamos a bordo de aquella cáscara decrepita de madera que había sido bautizada para honrar a la santa madre de su amado hijo Jesucristo.

La tempestad duró toda la noche; el barco se agitó como una hoja en medio de un huracán, y yo perdí toda noción del paso del tiempo: acurrucado y tembloroso, asido a una riostra, empapado y helado —una ráfaga de viento se había llevado en las primeras horas mi lona protectora—, esperé a cada momento que el barco naufragase y un negro murallón de agua cayera sobre mí y ahogara mis penas. Pero, ya fuera por la bondad divina o no, el inevitable naufragio no llegó. Al alba, un sol pálido y diluido asomó por el oriente, y yo alcé la cabeza desde mi desolación y vi que la tempestad, milagrosamente, había amainado. Nuestro bravo navío corría a favor de

un viento vivo de poniente, a una velocidad todavía alarmante, pero ahora cortaba las grandes olas verdes lleno de confianza, sin levantar más que una fina espuma que acariciaba los costados del barco a cada impacto. Habíamos perdido a un hombre, un marinero que cayó al agua cuando intentaba valerosamente afianzar un cabo suelto, que había sido arrastrado a su perdición por el tremendo empuje de una ola que barrió la cubierta, pero, aparte de aquel pobre hombre, habíamos salido relativamente bien parados. Nos juntamos todos para rezar una plegaria de acción de gracias hondamente sentida, y me di cuenta de que había estado gravemente equivocado al dudar de la gracia de Dios, ni siquiera por un instante. Tendría que haber sabido que Él nos salvaría: nos disponíamos a realizar su santo designio, a salvaguardar la cuna misma de la cristiandad. Nos enjuagamos la boca con agua dulce, nos despojamos de las ropas empapadas que cubrían nuestros cuerpos y empezamos a buscar en el horizonte los barcos del resto de la flota.

Cuando las nubes desaparecieron de encima de nuestras cabezas y el mar se calmó aún más, vi con asombro que muchos de los restantes barcos de la expedición seguían a flote, aunque ninguno cerca de nosotros. Estaban dispersos por la superficie del mar, hasta el horizonte y por todos lados, pero seguían navegando con bravura. Sentí con toda sinceridad que la mano de Dios nos había protegido de la furia del diablo. Y para colmo de felicidad, lo mejor de todo fue que, a estribor, por la proa y a no más de dos docenas de millas, vi aparecer la línea baja de color gris verdoso de la isla de Creta.



Permanecimos dos días en el viejo puerto de Heraclion, en Creta, recuperándonos y esperando a que la flota se reagrupara. Aunque dormíamos a bordo, tuvimos tiempo para bajar a tierra firme y llevar al barco provisiones y agua potable, imprescindible porque varios depósitos habían quedado dañados por la tempestad. Alquilé un esquife y fui a visitar a Robin, Little John y Reuben en su barco, el *Holy Ghost*. Así me enteré de que la mayoría de nuestros soldados estaban bien, y de que habíamos perdido no más de una docena en la tormenta, ninguno a quien yo conociera de forma particular. Uno de nuestros hombres, oriundo del Yorkshire y aparentemente sensato, se volvió loco durante la tormenta e intentó atacar al capitán de su barco antes de arrojarlo por sí solo al mar. Pero la gran mayoría de nuestra hueste estaba intacta y disfrutaba de su tiempo libre en puerto de Heraklion. A pesar de tan buenas noticias, me sentí agobiado por la preocupación al saber que aún no había noticias de una veintena de barcos, entre ellos la coca real ricamente engalanada en la que viajaban la princesa Berenguela, la reina Joanna... y mi amada Nur.

A la mañana del tercer día, cuando quedó claro que ningún otro barco se reuniría



con nosotros en Creta, pusimos proa a Rodas, que era un buen lugar para pedir noticias, situada como estaba en una de las principales rutas marítimas. Los remordimientos me acosaban: había amado a dos mujeres que no compartían mi fe cristiana, una judía y una musulmana, y me pregunté si Dios, como castigo por mi trato con infieles, no habría querido apartarlas a las dos definitivamente de mí. Me dije a mí mismo que tal vez me había afectado un brote de fiebre marina al pensar en tales términos: apenas había conocido a Ruth, y sostener que la había amado era mentir. Pero mi preocupación y mi sentimiento de culpa por Nur era, en cambio, muy real. Tenía presentes todas las veces que habíamos hecho el amor, y me torturaba a mí mismo con aquellos recuerdos exquisitos. ¿Por qué había cometido la estupidez de enviarla al servicio de la princesa? Tenía que haberla conservado a mi lado para poder protegerla, como le prometí hacer. Era una tontería, por supuesto, y yo lo sabía —¿cómo podía haberla protegido de la ira de Dios desatada en medio del mar?—, pero saberlo no disminuía mi pena.

Pasamos en Rodas diez días a la espera de noticias del resto de los barcos, pero también porque el rey fue víctima de una enfermedad misteriosa que le retuvo en cama durante una semana con vómitos y accesos de fiebre. Sin embargo, recuerdo muy poco de aquel tiempo, consumido como estaba por la inquietud por Nur. Sea como conseguimos algunas informaciones. Al parecer Reuben entró en contacto con amigos suyos en Tierra Santa, aunque ignoro cómo pudo hacerlo. Por ellos supimos que el rey Felipe se encontraba ahora delante de las murallas de Acre, junto a contingentes alemanes e italianos que llevaban allí varios meses, y que preparaba el asalto a la antigua ciudad fortificada. Como por una especie de broma cruel, el ejército sitiador había sido sitiado a su vez por las fuerzas de Saladino: de modo que había una guarnición musulmana en la fortaleza de Acre, rodeada por cristianos que estaban rodeados a su vez por musulmanes. La situación no parecía demasiado esperanzadora para nuestros compañeros de peregrinación.

Finalmente, nos llegaron noticias de los barcos, casi todas malas. Varios de ellos habían naufragado durante la tormenta, y muchos, muchos hombres se habían ahogado, pero unos pocos barcos pudieron encontrar refugio antes de la tempestad. Y la coca de la princesa, el noble barco en el que viajaban mi preciosa muchacha y las damas de sangre real, había conseguido arribar, muy malparado, a Limassol, en Chipre. El corazón me dio un vuelco en el pecho y casi perdí el sentido: ¡Nur vivía!

Chipre era un país rico —como en Sicilia, abundaban allí los frutales, los olivos, la vid y el trigo—, pero estaba gobernado por un tirano cruel, un advenedizo llamado Isaac Comneno, miembro de la familia reinante en Bizancio, que se llamaba a sí mismo emperador de Chipre desde que se apoderó de la isla por la fuerza pocos años atrás, con la ayuda de mercenarios griegos y armenios. El rey Ricardo se puso furioso porque el emperador apresó a algunos hombres de nuestros barcos, que encallaron en

sus playas después de la tormenta; aunque no al barco real, gracias a píos, que estaba anclado y a salvo en una pequeña bahía al oeste de Limassol. Los prisioneros habían sido maltratados a pesar de su condición de sagrados peregrinos, y los hombres del emperador se habían apoderado del Gran Sello de Inglaterra, cuyo portador era sir Roger Malchiel, uno de los más leales caballeros de Ricardo, que había muerto ahogado al naufragar su nave en los arrecifes de la isla. El emperador había invitado a las damas a desembarcar, pero ellas se negaron al conocer la suerte corrida por los peregrinos, presos a la espera de un rescate. El barco real iba acompañado por otros dos, abarrotados de ballesteros además de un puñado de hombres de armas. Cuando el emperador intentó abordar las tres naves deterioradas, sus defensores respondieron con una lluvia de virotes y le obligaron a retirarse. Berenguela era ya muy popular entre los hombres, que habrían dado con gusto sus vidas por protegerla del tirano de Chipre. De modo que se llegó a un callejón sin salida: los tres barcos estaban demasiado maltrechos para aventurarse en alta mar; y el emperador no podía forzar a las mujeres a bajar a tierra firme. Además, cuando el barco real solicitó permiso para desembarcar a algunos hombres con el fin de aprovisionarse de agua dulce y víveres, el emperador se negó en redondo.

Fue un grueso error por parte de Isaac Comneno. El rey Ricardo no era hombre que tolerase un insulto a su hermana ni a la futura reina; de modo que, como era habitual en él, decidió de pronto que tomaríamos la isla de Chipre por la fuerza.

—Se ha vuelto loco —dijo Will Scarlet mientras compartíamos un gran cuenco de sopa de pescado en una taberna del puerto de Rodas. De nuevo habíamos entrado en la época de la Cuaresma, y la carne estaba prohibida para todo el ejército—. Tenemos que ir a socorrer al rey Felipe en Acre —siguió diciendo Will—, y ayudarle a conquistar la ciudad; vencer a Saladino y entrar luego en Jerusalén. No podemos entretenernos en conquistar un país entero sólo porque su gobernante nos ha tratado mal. Debería ir allí recoger a sus mujeres, traerlas sanas y salvas aquí, y zarpar luego todos nosotros adonde Dios quiere que vayamos: a Tierra Santa.

Yo comprendí su consternación. Estaba tan impaciente como el que más por llegar a nuestro destino, pero también sabía que Ricardo no iba a conquistar Chipre sólo para vengar un desaire.

—Robin dice que la isla es la llave para conquistar Tierra Santa —contesté después de soplar la cuchara repleta de aquella sopa espesa y aromática, para enfriarla. Me complacía que la comida fuera buena, porque era yo quien la pagaba. Will siempre había sido pobre, pero lo era más ahora que había sido degradado y vivía con la soldada de un hombre de armas común. Lo que él no sabía, y yo sí, es que pronto tendría que subsistir con menos dinero aún. Robin había gastado ya el dinero que le dio el rey Ricardo, y andaba de nuevo endeudado. No era fácil que ninguno de los hombres de la hueste viera de nuevo soldadas en un futuro próximo, y

no me pesó invitar a Will a un cuenco de sopa: yo aún conservaba la mayor parte del oro de la bolsa que el rey me había regalado en Navidad.

—Aparte de la riqueza de la isla, que es considerable —seguí explicando—, y del hecho de que Isaac no cuenta con títulos suficientes para reclamar el trono, si tomamos Chipre y lo mantenemos, contaremos con una base desde la que atacar cualquier punto de la costa de Ultramar. Si perdemos Acre, que es prácticamente nuestra última posesión en el Levante, aún podremos reagruparnos en Chipre. Robin cree que Ricardo siempre tuvo intención de apoderarse de la isla, y que el desaire cometido con sus mujeres sólo le ha dado una excusa decente para la invasión.

—¡Pero costará meses! —protestó Will—. Si los señores locales respaldan al emperador, nos veremos metidos en una guerra larga, dura y costosa.

—Puede ser, pero Reuben me ha dicho que los caballeros chipriotas no quieren a Comneno. Con suerte, Ricardo podrá tomar la isla en una o dos batallas. Si las gana, los señores locales se apresurarán a pasarse a nuestro bando.

Will seguía preocupado, pero yo pensé que sería muy satisfactorio para mí enfrentarme al hombre que había negado a mi Nur agua fresca y víveres, y que ahora, mientras nosotros estábamos sentados aquí comiendo, la torturaba haciéndole pasar hambre y sed. Acabamos nuestra sopa en silencio.



La costa de Chipre se extendía ante nosotros como una fulana desnuda: lozana, seductora, pero dispuesta a rendirse sólo a cambio de un precio. Frente a las bonitas casas encaladas de la ciudad de Limassol, apiñadas en torno a una gran iglesia y mostrándose alegres a la luz del sol primaveral, se extendía una larga cinta de playa amarilla, llana, limpia y bordeada de árboles, el lugar perfecto para el desembarco de botes de fondo plano. Más allá de la ciudad, se extendían hasta donde abarcaba la vista exuberantes huertas de naranjos y limoneros, alternadas con olivares que ascendían por las laderas de las colinas bajas del fondo, de un color verde con toques purpúreos.

Habíamos recogido a las damas reales la noche antes y cuando se hubieron refrescado y lavado, Ricardo las invitó a una fiesta en la cubierta; allí juró en público vengar la afrenta hecha a su honor, costara lo que costara. Yo me perdí su discurso porque estaba anudado en un abrazo apasionado con Nur, en un rincón oscuro del gran barco del rey, besando una y otra vez su rostro encantador y prometiéndole que nunca volvería a dejarla sola.

—Siempre he sabido... tú vienes... buscarme —dijo en su francés rudimentario. Y aquello conmovió mi corazón. La estreché en mis brazos y después de besarla en los labios le juré que, en adelante, siempre la libraría de todo daño; y con eso,

empezamos a hacer el amor. Ni una sola vez en la siguiente media hora pensé que le había hecho la misma promesa que en tiempos hice a la judía Ruth.

Cuando nuestro deseo quedó satisfecho, nos quedamos tendidos dormitando el uno en los brazos del otro, hasta que me sobresaltó la voz de William, que, sin resuello por la excitación, me dijo que había vuelto la delegación enviada con una embajada al emperador. Me subí apresuradamente las bragas y las calzas, pasé impaciente mi túnica por la cabeza, me alisé el pelo y fui a escuchar las novedades en el puente superior, donde se había reunido en torno al rey una gran multitud.

Llegué justo a tiempo de oír decir al heraldo:

Y entonces, sire, cuando le hube remitido vuestras exigencias formales de restitución, se limitó a mirarme como si fuera una sabandija que se arrastrara por entre las rocas, y dijo «¡Tproupt, señor!», y me despidió.

—¿Dijo qué? —preguntó el rey con sus hermosas facciones surcadas de arrugas debidas a su asombro. Se había recuperado por completo de su enfermedad, y se mostraba animoso y emprendedor.

—«Tproupt», creo que dijo, «tproupt, señor».

El heraldo parecía un tanto desconcertado. A su alrededor, varios caballeros repitieron aquella palabra extraña, parecida al zureo de las palomas: «¡Tproupt, tproupt, tproupt!».

—¿Y qué se supone que quiere decir eso? —exclamó el rey—. Bien, no importa. Supongo que es un insulto grifón, o cosa parecida. ¡Tproupt! ¡Qué extraordinario! Así pues, la situación es la siguiente: hemos cumplido ya con las formalidades y empieza la diversión. Caballeros...

Y el rey empezó a repartir una catarata de órdenes a sus hombres para el asalto a la fortaleza de Chipre.



Apenas había espacio para respirar en la barcaza. Aquella embarcación de fondo plano estaba abarrotada de soldados de Robin; diecisiete guerreros armados hasta los dientes en un espacio destinado a no más de diez. Robin, Little John y sir James formaban la primera línea, delante del mástil, y Will Scarlet y yo estábamos apretujados en el centro, debajo de la gris vela cuadrada, con una docena de jinetes sin sus monturas. Un marinero canoso situado en la popa nos guiaba con una mano puesta en el timón.

Nos vimos forzados a dar el asalto inicial en la playa con sólo una fracción de nuestra hueste: tan sólo trescientos hombres. Pero el rey pensaba que serían suficientes, y había pedido a cada uno de los comandantes que seleccionara a sus mejores guerreros, dejando al resto de espectadores en los barcos. Los diecisiete que

estábamos en aquella barca plana éramos la élite de la fuerza de Robin y me sentí orgulloso al pensarlo. El problema de Ricardo era la falta de barcos pequeños —se aprontaron todos los botes, esquifes, barcas de remo y faluchos de la flota para el asalto—, porque sólo era posible utilizar barcas de fondo plano para el desembarco en la playa. Y todas se llenaron de guerreros: caballeros y soldados en la primera oleada, seguidos en la segunda por los cien arqueros de Robin más dos botes con ballesteros de Aquitania muy sensibles al mareo.

Las bordas bajas de la barcaza quedaban peligrosamente cerca del agua, y si zozobrábamos todos nos habríamos ahogado de inmediato debido al peso de la armadura que llevábamos. Pero, cosa extraña, no sentí miedo. Una vez más, la presencia del rey, dos barcas por delante de nosotros, me inspiró un valor desmedido. Mi rey poseía esa maravillosa cualidad: desde luego la nobleza y el valor le sobraban, pero además nos hacía sentir que, bajo su mando, todo era posible. Éramos trescientos hombres dispuestos a tomar toda una isla..., y bien defendida además.

El emperador había estado muy atareado los últimos días. En la playa de Limassol se había levantado una gran barricada con el fin de impedirnos el desembarco. Había sido construida, al parecer, con los materiales de toda clase que se encontraron a mano: grandes piedras, cercas de ganado, cascotes desfondados de botes de remos, viejos tablones y árboles muertos, y también enormes ánforas para guardar aceite de oliva, apiladas junto a cualquier cosa de madera que se encontrara en la ciudad: mesas, sillas, taburetes, puertas e incluso un altar de la iglesia se amontonaban en una larga línea que nos cortaba el paso hacia la playa de una manera sorprendentemente eficaz. Y detrás de la barricada esperaban casi dos mil hombres: caballeros griegos de cascos redondos pulidos y relucientes, mercenarios armenios de piel morena, ciudadanos de Limassol armados con picas y ballestas, campesinos chipriotas reclutados en los campos sin más armas que lanzas confeccionadas por ellos mismos y las herrumbrosas espadas de sus abuelos. Tenían todas las ventajas de su lado, la barricada, el número y la patria por la que luchaban. Nosotros les atacábamos desde el mar con un puñado de hombres fatigados por el viaje, lejos de nuestros hogares y con las ropas más pesadas de lo habitual por la espuma marina que las empapaba. Y sin embargo, al ver el rostro impaciente del rey Ricardo, cuando se agachó para tomar impulso y saltar a tierra desde el primer bote, tuve la certeza instantánea de que saldríamos victoriosos.

Cuando estuvimos a un centenar de metros de la playa, Robin se volvió hacia las barcas que venían detrás, gritó una orden y empezaron a volar las flechas. Los arqueros galeses tensaron sus poderosos arcos de tejo, apuntaron alto y, con un ruido como el de la tela al desgarrarse, lanzaron una nube de flechas que se elevaron en el cielo azul y fueron a caer como la ira del Todopoderoso sobre la barricada. La primera oleada de flechas cayó como una letal lluvia gris: las puntas de acero que

remataban los astiles de casi un metro de largo penetraron en las cotas de malla de los caballeros con la misma facilidad que en las rústicas túnicas de los campesinos, y les causaron horribles heridas en el pecho, los hombros y la espalda. Los hombres se agazaparon detrás de la barrera para evitar la andanada, quienes tenían escudo lo alzaron por encima de su cabeza, y quienes no, sufrieron el efecto catastrófico de aquellos proyectiles que se clavaban en sus cuerpos indefensos. Los heridos abandonaron tambaleantes la barricada, sangrando en ocasiones por más de una herida, y los muertos fueron pisoteados por pies calzados con malla de acero cuando los hombres de la línea defensiva corrieron a guarecerse después de aquella primera descarga de flechas. Y entonces cayó sobre ellos la segunda descarga, se oyó el tableteo de las flechas al clavarse en las maderas de la barricada, al atravesar una cara vuelta imprudentemente hacia el cielo, incluso al perforar un casco de calidad inferior, y varias decenas de hombres cayeron a lo largo de la línea defensiva. Poco después, se vieron abrumados aún por una tercera y una cuarta descarga. Los gritos patéticos de los griegos heridos resonaban con claridad en el aire salado, pero también oí a Little John blandir en el aire su gran hacha de batalla con un zumbido agudo que me provocó un escalofrío en la espina dorsal mientras avanzábamos hacia la playa.

Las flechas seguían realizando su siniestra tarea de adelgazar la línea de defensa enemiga. Nuestros galeses de las barcas que venían detrás disparaban ahora a voluntad, no en descargas cerradas, pero las flechas seguían cayendo como una incesante nube mortal, y los ballesteros de Aquitania, cuando llegaron a la distancia a que alcanzaban sus armas, sumaron sus virotes a la matanza. La barricada quedó tapizada de cuerpos, chorreando sangre en muchos puntos, y en los extremos de la línea vi a los primeros campesinos darse a la fuga hacia los campos para escapar de aquella barrera mortal, y a los capitanes gritándoles furiosos. Pero el centro, el núcleo duro de caballeros griegos bien protegidos que rodeaban al emperador con su estandarte dorado, seguía tan sólido como una barra de hierro.

El bote del rey Ricardo fue el primero en llegar a la playa y varar en la arena. Y al grito de «¡Dios y Santa María!», nuestro soberano saltó de la cubierta, se tambaleó ligeramente al tocar el suelo y se irguió luego en toda su estatura. Al observar la línea enemiga, a apenas treinta pasos de distancia, su yelmo rodeado por una corona de oro brilló a la luz clara del mediodía; un virote lanzado por una ballesta pasó rozando su cabeza, y él se cubrió con el escudo en el que figuraban los dos leones dorados de su blasón personal, rampantes sobre fondo rojo; alzó su espada larga en el puño derecho y, sin mirar siquiera si el resto de los hombres le seguía, nuestro rey echó a correr playa arriba hacia la barricada improvisada, directo al estandarte dorado del «emperador», hacia el lugar donde más espesas eran las filas enemigas.

No había tiempo para contemplar el ataque de nuestro más noble caballero al

enemigo, porque ya nuestra barcaza tocaba la arena y hube de cuidar de mantener el equilibrio cuando nuestra quilla dejó de hendir el agua blanda y penetró en la tierra firme. Robin fue el primero en saltar a la arena, y de inmediato corrió por la cuesta para colocarse junto al rey; yo fui tambaleante detrás de él, de sir James de Brus y de Little John. En pocos segundos habíamos llegado a la barrera, a la derecha del rey Ricardo y del grupo de caballeros elegidos de su séquito que ahora lo rodeaban, y que ya intercambiaban golpes salvajes con los griegos a través del desvencijado muro defensivo. Robin gritó a Little John algo que no pude oír. El gigante rubio dejó caer su hacha de batalla y, protegido por las espadas y los escudos de sir James y del propio Robin, empezó a dar tirones a una gran mesa encajada en el centro de la barrera. Aferró una de las gruesas patas redondas, dobló las rodillas y empujó. Se oyó un fuerte crujido y la mesa se movió varias pulgadas; los caballeros griego que peleaban con Robin y sir James se echaron atrás sorprendidos, porque toda la barricada empezó a temblar; un ballestero apareció como un demonio vengador delante de Little John. Se llevó el arma al hombro, apuntó a la espalda de John... — tan cerca que era imposible fallar— y se detuvo. Su cabeza cayó hacia atrás, de la órbita de su ojo pareció brotar de pronto un metro de astil de buen fresno inglés, y cayó del otro lado de la barricada. Nuestros arqueros habían llegado a tierra firme. Yo lancé una estocada a un rostro barbado que apareció detrás de la barrera de madera y lo forcé a retroceder, y luego un hombre me asestó un golpe con una lanza desde el otro lado, y yo a mi vez hube de realizar un rápido giro sobre mí mismo para no ser alcanzado.

A mi izquierda, Little John forcejeaba todavía con la pata de la mesa, moviendo adelante y atrás el cuerpo en tirones cortos y explosivos. Dio un tremendo empujón final, los músculos de sus enormes brazos se tensaron, el sudor resbalaba en su frente, y de pronto la mesa fue arrancada con un fuerte estrépito, como el mugido de una vaca al dar a luz a su ternero ensangrentado, y dejó abierta una brecha en la línea de la defensa enemiga. John perdió el equilibrio y cayó al suelo, pero docenas de manos impacientes empezaron a destrozar el baluarte enemigo, apartando sillas, tablones y piedras, y en pocos momentos se había abierto un gran agujero en el centro del muro, por el que pasó de inmediato nuestro bravo rey, sin un momento de pausa ni un pensamiento para su propia seguridad; y todos —Robin, sir James, yo mismo y una docena de los caballeros más valerosos— cruzamos tras él como una falange implacable revestida de acero y de furia.

Yo tenía la espada en la mano derecha y el puñal en la izquierda; cubría mi cabeza con un ajustado casco semiesférico de acero, y mi cuerpo, desde las muñecas hasta la rodilla, estaba protegido por una cota de resistente malla de acero. Y estaba decidido a matar a los hombres de Chipre que habían insultado a mi Nur. Un caballero griego me gritó unas palabras de desafío y lanzó un mandoble en dirección a mi cabeza; lo

evité con un quiebro e intentó golpearme con el escudo, pero yo me anticipé a su movimiento, hice resbalar mi cuerpo sobre su escudo hacia la izquierda para evitar su espada, y luego le di un tajo por detrás a la altura de sus muslos. El golpe no atravesó la malla que le cubría las piernas, pero hizo caer al caballero de rodillas y yo solté la espada, tiré hacia arriba de su yelmo con la mano libre para dejar expuesto su cuello y, con la rapidez de un relámpago de verano, le rebané el cuello con mi puñal. La sangre brotó a chorros cuando dejé caer a un lado su cuerpo convulso, y de inmediato me arrodillé para recoger la espada... Y ese movimiento me salvó la vida, porque otra espada hirió el aire por encima de mi cabeza; oí el zumbido, me di la vuelta y tiré una estocada con mi arma recién recuperada casi en un único movimiento, y hundí la punta de la espada en el escroto del soldado que me atacaba. Su armadura consistía sólo en una coraza de cuero y una especie de falda corta también de cuero. Se tambaleó, se llevó las manos a sus partes, y la sangre empezó a fluir por entre los dedos. Habíamos atravesado la línea de los chipriotas, y vi a mi izquierda al rey Ricardo en combate con un grupo de caballeros de ricas armaduras; Robin estaba a su lado, tirando tajos y estocadas como un maníaco, y también Little John, que en ese momento derribaba a un jinete de su caballo con un tremendo hachazo que hizo saltar un chorro de sangre.

Me atacó otro caballero, un esgrimista decente, hay que decirlo, y finíamos y paramos tres veces, dando vueltas el uno alrededor del otro entre finta y parada, pero su atención no estaba puesta en mí. Miraba a izquierda y derecha, y comprobaba con desánimo que sus camaradas desertaban de la barricada a medida que cada vez más hombres nuestros —sin contar los arqueros galeses, que dejaban a un lado sus arcos para combatir con espadas cortas o hachas— aparecían por la brecha que Little John había abierto en su extravagante muralla. Tampoco yo estaba concentrado del todo en la lucha con mi oponente, por el asombro que me producían las prisas con que el enemigo abandonaba el campo de batalla. Y estuve a punto de pagar cara mi falta de atención. El caballero se abalanzó de pronto hacia adelante y me asestó un poderoso golpe de arriba abajo con su espada larga; me habría quebrado el cráneo de haberme alcanzado, pero llegué a tiempo de pararlo con puñal y espada cruzados, y los músculos de los brazos casi cedieron por la fuerza y el ímpetu de su ataque. Y entonces, de pronto, casi milagrosamente, su cabeza voló de encima de sus hombros; el yelmo cuadrado de acero, con el muñón chorreante del cuello cortado, fue dando tumbos varios metros por el suelo. El hombre descabezado siguió erguido durante unos segundos; luego las piernas se doblaron, el cuerpo se derrumbó en la arena ensangrentada, y yo quedé frente a sir James de Brus, que sujetaba con las dos manos su espada y ahora levantaba ligeramente el hombro izquierdo, en la pose clásica del guerrero.

—¿Estás bien, Alan? —dijo el escocés, con una mirada ceñuda—. No es propio



de ti tardar tanto en despachar a un solo hombre.

—Estaba distraído, James —respondí—. Mira allá abajo.

Y señalé con mi puñal ensangrentado el extremo de la playa. El hombre que se llamaba a sí mismo emperador de Chipre galopaba hacia la línea de árboles tan aprisa como podía llevarlo su caballo, escapando como un cobarde hacia la seguridad de las colinas. Le seguía un grupo de caballeros que lucían ricas armaduras y estaban bien armados, y al parecer ilesos, aunque con la vergüenza reflejada en los rostros. En el centro de aquella guardia de corps imperial, el estandarte bordado en oro ondeaba a la suave brisa marina.



Yo esperaba algún descanso después de nuestra victoria en la playa, una hora tal vez para atender a nuestros heridos y beber un sorbo de agua fresca y comer un bocado. Pero el rey Ricardo estaba aún más impaciente que antes de la batalla. Puso la mano en el hombro del conde de Locksley cuando Robin se le acercó en la playa empapada de sangre, y le dijo en tono apremiante:

—No hay un minuto que perder; he de conseguir caballos. Tan pronto como puedas, Robert, consígueme monturas para mis caballeros. Sácalas de donde puedas.

Robin se volvió a mí:

—Ya lo has oído, Alan: caballos. Toma un pelotón de hombres y ve a la ciudad. Requisa todos los corceles a los que puedas echar mano. Deprisa.

—¿Requisar? —dije. Sabía lo que significaba la palabra, pero quería dejar claro lo que me estaba ordenando hacer. No quería arriesgarme a que me colgaran por ladrón.

—¡Oh, por el amor de Dios, Alan, robar, arrebatarse, confiscar! Ve y tráele al rey sus caballos, tantos como puedas por los métodos que te parezcan bien. Tienes mi permiso. Y sillas de montar también, si puedes encontrarlas. No podemos dejar que el emperador se nos escape.



Reuní a una docena de arqueros enfrascados en la tarea de registrar las ropas de los muertos de la playa y cortar el pescuezo de los enemigos heridos que encontraban, y conseguí llevármelos —se resistían a abandonar el botín para seguirme— por el camino polvoriento que llevaba a Limassol.

La ciudad estaba casi desierta. Estaba claro que la gente se había dado cuenta de qué lado soplaba el viento, y había huido del lugar para proteger sus vidas y sus posesiones, y a pesar de que la oportunidad para saquear era inmejorable, dije a los

hombres que yo en persona me cuidaría de que cualquiera que robara sin mi permiso fuera azotado hasta quedar convertido en un guiñapo ensangrentado. Y lo dije en serio, además.

Limassol era una ciudad fantasma, sin ningún habitante a la vista, pero era también una ciudad hermosa, llena de plazas soleadas y de casas blancas y alegres con las puertas y los postigos pintados de azul. Delante de muchas casas había un pequeño atrio pavimentado con porches cubiertos de parras para dar sombra en verano. Y en la trasera de una de esas hermosas viviendas, mayor que las demás y con aspecto de pertenecer a una persona importante, encontramos una docena de caballos. La casa nos deparó además cinco sillas de montar bastante rozadas, y con mi permiso los hombres se apoderaron de los víveres que encontraron en la cocina, aunque les prohibí probar el vino de un barril espitado que encontramos en la despensa.

Montados en los animales «requisados», nos dimos prisa en recorrer la ciudad en busca de más caballos, y a media tarde teníamos ya dos docenas más o menos de ejemplares de calidades variables —incluidos caballos de tiro, mulas y una yegua vieja merecedora más bien de una muerte piadosa—, que condujimos al trote hacia la playa.

El campo de batalla había cambiado por completo desde el mediodía; la barricada había sido deshecha por completo, y la bahía estaba llena de barcos que se habían acercado a tierra tanto como lo permitía su respectivo calado. Esquifes y botes iban y venían entre los barcos y la playa, cargados de provisiones, armas, armaduras y caballos de aspecto mareado, asustados y confusos después del largo viaje por mar, y temblorosos en particular después del trayecto final en el que habían sido desembarcados y transportados a remo, cada caballo en un frágil bote bamboleante, hasta pisar la arena de la playa. Los escuderos les estaban dando forraje y agua, y haciéndolos pasear por la arena, para que recuperaran los nervios y el equilibrio.

Entregué mis caballos a los caballerizos del rey Ricardo, que los sumaron a la gran manada reunida de las granjas de los alrededores; algunos, con toda evidencia, habían pertenecido hasta entonces a caballeros ricos, y sus propietarios griegos habían resultado muertos o capturados en la batalla.

Despedí a los arqueros y fui en busca de Robin a la espera de recibir más órdenes. Lo encontré reunido con el rey y un grupo de caballeros distinguidos, oficiales y miembros del séquito del rey.

Sir Robert de Thurnham, el alto almirante del rey hablaba en el momento en que me uní al grupo colocándome detrás de Robin y en la parte exterior debido a mi bajo rango. El sol se ponía en el extremo más alejado de la playa, e incendiaba el mar con una luz alternativamente roja y dorada que se prendía de los rizos del rey y tenía el efecto de rodear su rostro con una especie de halo.

—Sire —decía sir Robert—, nuestras avanzadillas han seguido a su ejército y me comunican que el emperador y sus caballeros no están a más de ocho kilómetros de aquí, preparándose para pasar la noche. —Carraspeó para aclararse la garganta y continuó—: Pero al parecer son mucho más numerosos de lo que imaginábamos. El emperador ha recibido refuerzos del norte de la isla, que al parecer llegaron demasiado tarde para participar en la batalla.

—¿Cuántos son? —preguntó el rey. Tenía la vista perdida en el aire, siguiendo las evoluciones de un par de golondrinas que giraban la una alrededor de la otra en un juego aéreo lleno de elegancia.

—Bueno, sire, los exploradores dicen —sir Robert tragó saliva—, dicen que más de tres mil hombres en total, incluidos criados, gentes que siguen al ejército, y demás. Informan que vienen más hombres de camino. Cuando hayamos desembarcado a todos los hombres y los caballos, les superaremos con mucho, pero eso no sucederá hasta el final de esta semana, como muy pronto.

—Les atacaré ahora, esta misma noche, con los caballeros que puedan hacerse con un caballo y una silla de montar y tengan el valor de seguirme. No puedo esperar al fin de semana. El emperador se escurrirá y se esconderá en las montañas si no ataco ahora mismo, y entonces tardaremos meses en conquistar la isla. No. Hay que golpear ya.

—Pero, sire, eso es una locura —dijo un escribano ya mayor, un individuo de aspecto de comadreja llamado Hugo, al que conocía muy poco y aborrecía cordialmente—. Ellos son más de tres mil, y no contamos más que con cincuenta caballos, ya veis, sire...

Y señaló el corral donde unos sesenta corceles escasos eran alimentados con unos puñados de heno húmedo y sin duda salado.

—Señor escribano —dijo Ricardo en tono gélido, y me di cuenta con cierto placer maligno de que el rey acababa de ser calificado de loco en su propia cara—, ateneos a vuestros papeles y vuestros libros, y dejadnos a nos la guerra y la caballería.

Se me escapó una sonrisa al ver abochornado al oficial del rey, aunque sin duda el asunto era muy serio. El rey se proponía llevar a cabo un ataque nocturno contra un ejército de tres mil hombres, con una fuerza escasa de caballeros mal montados, y el número nos era desfavorable en una proporción de sesenta contra uno. ¡Sesenta! Puede que el escribano tuviera razón. ¡Puede que el rey estuviera loco!

## Capítulo XIII

Conté cincuenta y dos caballeros cuando formamos en la playa, en una oscuridad completa y casi en silencio, porque muchos tenían presagios sombríos respecto de la lucha inminente; todos los arreos metálicos de las sillas habían sido forrados con tela, para que no sonaran durante nuestro avance y alertaran así a los hombres del emperador; hablábamos en susurros, con gravedad, como corresponde a personas que se enfrentan a la muerte, aunque no creo que hubiese un solo cobarde entre nosotros. Los frailes se movían sin hacer ruido entre los caballeros y bendecían las armas, salpicaban de agua bendita a los guerreros y musitaban plegarias. Los más afortunados, entre ellos el rey y el conde de Locksley, montaban los corceles capturados a caballeros grifones; quienes peor parados salieron del sorteo, caballos de tiro o mulos traídos por mí de Limassol, o las monturas desembarcadas la misma tarde en la playa. Yo montaba a *Fantasma*, que se había recuperado sorprendentemente bien de su odisea en el mar y parecía disfrutar al sentir de nuevo suelo firme bajo las cuatro patas. Eché una ojeada a sir Richard Malvête, montado en un potro flaco de dos años demasiado endeble para soportar su peso. Se dio cuenta de que lo observaba y cruzó con la mía su mirada inexpresiva de fiera; luego, sin desviar la vista, se pasó un dedo enguantado en malla de acero por la cicatriz roja de la mejilla. Yo le sonreí burlón, enseñándole los dientes.

A una señal silenciosa del rey, avanzamos en dos filas con exploradores delante y a los flancos, intentando mantener el orden de marcha y hacer el menor ruido posible mientras cruzábamos naranjales que desprendían un perfume de azahar en el aire en calma. La noche de mayo era cálida, y una media luna de color amarillo nos daba luz suficiente para ver a los hombres que cabalgaban delante y a los lados; yo estaba nervioso, lo admito, y de nuevo me parecía que una serpiente de hielo reptaba por mi vientre, pero estaba convencido de que el rey nos llevaría a una rápida victoria, igual que lo había hecho aquella misma mañana.

Después de una hora de camino, la columna se detuvo en un espacio abierto detrás de una loma, y procurando hacer el menor ruido posible los caballeros armados con lanzas, más o menos la mitad de nuestra patética hueste, formaron en línea delante; el resto, entre ellos yo mismo, que no habíamos pensado en traer otra cosa que las armas acostumbradas, en mi caso la espada y el puñal más la maza, nos alineamos detrás. Los caballeros de la primera línea, cada uno de ellos enarbolando

una lanza de doce pies con la punta afilada como una navaja de afeitar, serían la fuerza de choque. Utilizarían sobre todo el peso de sus corceles y las puntas de sus lanzas para abrirse paso en cualquier formación que se les opusiera; la segunda oleada vendría detrás para rematar el trabajo, atacando las filas rotas del adversario con espadas y mazas. A eso se reducía el plan.

El rey pasó a caballo entre las dos líneas, y nos habló en susurros con su voz profunda y convincente.

—Caballeros —dijo—. Habéis luchado hoy con gran valor, y probado el sabor dulce de la victoria. Pero os pido que luchéis de nuevo, y que otra vez hagáis prodigios por nuestra causa. Ellos son muchos, nosotros pocos, pero han sido vencidos una vez, y serán vencidos de nuevo. Ahora duermen, abrigados en sus mantas, y piensan que estamos lejos, pero les enseñaremos cómo es capaz de luchar este ejército. Sí, son muchos y nosotros sólo un puñado, pero pensad en cuánta gloria nos corresponderá a cada uno de nosotros, pocos como somos, cuando hagamos nuestra la victoria.

El rey hizo dar media vuelta a su corcel para volver a pasar entre las dos líneas de jinetes. Su mirada se cruzó con la mía al pasar y me sonrió, relucientes sus ojos a la luz de la luna.

—Dios está con nosotros en esta empresa, y nuestra causa es justa —dijo, con voz apenas audible. Vi que los caballeros se inclinaban en sus sillas para oírle—. Ahora escuchadme atentos: iremos directamente contra el emperador y le haremos prisionero; lo demás no importa. Vocead vuestros gritos de guerra, pedid la bendición de Dios y cargad en línea recta contra el estandarte dorado; con él en nuestras manos, la batalla habrá acabado, el enemigo se fundirá como la nieve en primavera. Dios sea con todos vosotros.

Y ocupó su lugar en el centro de la primera fila.

—¡Adelante! —El grito resonó estentóreo en la noche en calma—. ¡Por Dios y el rey Ricardo!

Sonó muy fuerte, mucho más fuerte que las palabras del rey Ricardo, y me di cuenta de que era la voz de Robin, su voz de batalla, que podía ser oída a media milla de distancia. Al mismo tiempo, los trompetas empezaron a soplar en sus instrumentos el toque de carga: ta-ta-taaa ta-ta-taaa. Era escalofriante oír en el silencio del naranjal aquel tumulto, y esa era la intención, causar alarma y terror en el enemigo. La primera línea lanzó un gran alarido colectivo, formado por el grito de guerra propio de cada hombre, y avanzó hacia la cima de la loma para desaparecer al otro lado; yo grité «¡Westbury!», sumando mi voz a las de mis compañeros, y los de la segunda línea picamos espuelas y seguimos obedientes a la vanguardia.

Después de superar la cumbre de la loma, cargamos, ladera abajo, hacia un olivar extenso en el que dormía acampado el ejército enemigo. El campamento era una

masa de tiendas oscuras iluminadas por los puntos de luz de las fogatas; los caballos estaban amarrados a los árboles achaparrados y retorcidos, y formas oscuras envueltas en mantas empezaron a ponerse en pie al irrumpir la primera línea de la caballería en el campo. El suelo retumbó al paso de los jinetes, los hombres rugían sus consignas, las trompetas atronaban, los caballos rompían con sus patas los vientos de las tiendas de campaña y arrollaban a los durmientes tendidos en su interior. Los pocos hombres que esperaban de pie eran alanceados al paso por los jinetes, que dejaban su lanza enterrada en el cuerpo del caído y desenvainaban la espada larga para golpear a la siguiente silueta que se movía en la oscuridad. Tras ellos llegó nuestra segunda línea, también alborotando con nuestros gritos de guerra y golpeando con las espadas a los enemigos aturcidos.

Todo el campamento se vio sacudido por el pánico delante de aquellos cincuenta asesinos revestidos de acero que galopaban pinchando y rajando al pasar a los chipriotas medio dormidos y medio desnudos; sus gritos de terror ahogaban nuestros gritos de victoria, mientras tajábamos y abatíamos las sombras que trataban de huir en la noche. Les perseguimos por entre las tiendas bamboleantes, atropellando a los fugitivos, golpeándoles del revés y del derecho con la espada, antes de picar espuelas en busca de una nueva víctima. Me alegré de no poder ver con claridad el resultado de nuestro paso mientras cruzábamos al trote largo por entre los árboles y golpeábamos sin discriminación aquellas caras pálidas de terror. Estoy seguro, y ruego a Dios que me perdone por tan grave pecado, de que por lo menos una o dos de mis víctimas fueron mujeres, pero no me detuve a evaluar el coste de nuestra carga para el enemigo porque, en el centro del campamento, había un círculo de antorchas y, a su luz parpadeante, pude ver una gran tienda listada de color verde y amarillo; a su lado, flácido por la falta de brisa, guardado por dos caballeros montados e iluminado por las antorchas, el estandarte dorado del propio emperador parecía dudar de lo que veía.

Espoleé a *Fantasma* y me dirigí hacia aquella luz. No fui el único en hacerlo; a mi izquierda y derecha vi a otros jinetes, algunos muy conocidos por mí y otros bastante menos, pero todos con el mismo objetivo, el de converger sobre el emperador y apoderarnos de él antes de que la alarma despertara a todo el campamento y miles de espadas de hombres montados y armados buscaran nuestras vidas.

Una forma oscura se acercó tambaleante en la oscuridad por mi izquierda, y le golpeé en la cabeza con mi maza. Otro hombre vino directamente hacia mí, y cambié ligeramente la orientación de *Fantasma* con las rodillas para atravesarlo de parte a parte con mi espada. La hoja se encajó entre las costillas, y casi perdí mi arma; sólo pude liberarla con un fuerte tirón que me produjo un dolor vivo en la muñeca, antes de que *Fantasma* saltara por encima de su cuerpo.

Al acercarme a la tienda imperial, vi que se había entablado una lucha

encarnizada alrededor del círculo de antorchas; pude ver al rey en el lance de abatir a un caballero griego con un golpe de su espada, y tajar a otro casi simultáneamente. Robin estaba a su lado, y también sir James de Brus, cada uno de ellos peleando con un enemigo montado. Uno de los portaestandartes fue arrancado de su silla por una lanza bien dirigida por un caballero al que no conocía, y el otro, el que empuñaba el estandarte dorado, tiró de las riendas, hizo dar media vuelta a su caballo y saltó hacia el refugio de la oscuridad.

Yo grité «¡Westbury!», tendí al frente mi espada ensangrentada y taloneé los flancos de *Fantasma*; el hombre se volvió a medias y espoleó a su montura para escapar de mí. Pero tenía a otro de los caballeros de Ricardo en la oscuridad, frente a él; no llegué a ver más que los colores escarlata y azul celeste de la sobreveste del otro caballero, y antes de que pudiera ver más, el portaestandarte dio la vuelta otra vez para evitar a su nuevo enemigo, y galopó directamente hacia mí. Levantó su espada cuando nuestros caballos se encontraron morro contra morro, y lanzó un gran tajo hacia mi hombro izquierdo; yo lo paré con el mango de hierro de mi maza y, casi al mismo tiempo, la punta de mi espada lo alcanzó en el ojo.

Hubo un chasquido como el de una rama pequeña al romperse, y percibí un latigazo de dolor al perder la espada dejando mi mano derecha torcida en un ángulo feo. Pero cuando me volví a mirar al portaestandarte, vi que se tambaleaba, muerto pero aún en la silla de montar, con mi espada incrustada en el cráneo, mientras su montura disminuía su carrera, primero al trote y luego al paso. Di media vuelta, y después de guardar la maza en el cinto y llevarme la mano de la muñeca lesionada al pecho, me coloqué junto al caballo del jinete muerto y, con la mano izquierda, arranqué el estandarte dorado de su funda en la silla de montar. Eché atrás la cabeza y grité, a medias por el triunfo y a medias por el dolor cada vez más intenso que sentía en mi mano derecha.

Alcé el estandarte dorado hacia el cielo y volví a gritar. Estaba solo en el campo de batalla, vencedor, con el estandarte enemigo, el depositario de su honor, en la mano; todos los grifones parecían haber huido o encontrado escondrijos en las tinieblas. Pero entonces, por el rabillo del ojo vi de pronto algo que se movía. Un caballo se acercaba al paso, sorteando los cuerpos esparcidos por el suelo, y montado en él, con la sobreveste escarlata y azul manchada de sangre, venía sir Richard Malvête.

Se detuvo a una docena de pasos de mí, e inclinó la cabeza a un lado. Estábamos completamente solos en el campo sumido en la penumbra, y lo único que se oía eran gemidos ahogados y gritos lejanos en la oscuridad.

—Veo que has perdido la espada, niño cantor —dijo sir Richard. Y soltó una carcajada, ronca, llena de malicia—. Será mejor que me pases a mí esa bonita bandera.

Por alguna extraña razón pensé en Reuben, y en las extrañas palabras que utilizó en la batalla de York.

—Ven tú y cógela, bastardo —dije, con los dientes apretados para reprimir el dolor de mi muñeca rota. Pero sir Richard no parecía escucharme siquiera; se había echado hacia atrás y desataba algo sujeto a la grupa de su caballo, una cuerda o una correa de cuero, supuse, que sujetaba alguna cosa. Luego se irguió y me dirigió una sonrisa torcida.

—Eso voy a hacer —dijo. Y el estómago me dio un vuelco al ver que sostenía con las dos manos una ballesta cargada y montada, y que el arma apuntaba directamente a mi cuerpo.

Disparó, el virote voló, y sentí un golpe como la coz de un caballo en mi costado derecho. Caí de lado, desmontado de la silla debido a la fuerza del proyectil, y apenas fui consciente de que mis hombros chocaban con el suelo antes de sumirme en una oscuridad profunda.



# Tercera parte

## Ultramar

## Capítulo XIV

**S**arah, la esposa de Dickon, vino a verme la noche pasada. Su marido el porquerizo tendrá que presentarse mañana al tribunal de Westbury, si decido presentar cargos contra él. Si quisiera, podría incluso enviarlo al tribunal del rey por el delito de robo con felonía. Sufriría un duro castigo de ser considerado culpable por los jueces itinerantes del rey, y su culpabilidad puede ser demostrada con facilidad. Media docena de testigos le oyeron jactarse de que robaba mis lechones, y los testigos son aparceros míos, gentes a cuyas familias puedo echar a la calle si su conducta me disgusta de alguna manera.

Marie hizo entrar en la sala a Sarah donde yo estaba sentado solo al lado del fuego, ya entrada la noche, con una jarra de cerveza caliente en la mano. Era casi la hora de acostarme, pero al verla me sacudí el cansancio. Las lágrimas corrían por sus mejillas arrugadas, y se postró delante de mí sobre la esterilla de juncos que cubría el suelo, despertando a uno de mis podencos de su sueño. El perro la miró con aire apenado y se alejó con un trotecillo cansino en busca de un lugar más tranquilo donde dormir.

Sus botas estaban cubiertas de nieve, y también tenía el chal salpicado de copos blancos. Me pregunté si íbamos a tener un invierno muy duro, y esperé a que hablara.

Llamé a los criados a la sala para que echaran otro leña al fuego y les pedí que trajeran a Sarah un taburete para sentarse y otra jarra de cerveza.

Marie demostró su furia por esas pequeñas cortesías apilando con mucho ruido las escudillas vacías que retiraba con los restos de la cena. Pero yo la ignoré y dije:

—Levántate del suelo, Sarah, y siéntate. Dime qué es lo que quieres. ¿Por qué vienes a estorbar mi descanso en una noche tan fría?

—Oh, señor, es por ese viejo bobo de Dickon. Se ha emborrachado otra vez con el hidromiel de la viuda Wilkins, y maldice de una forma horrible, y... —Hizo una pausa, y yo la animé a continuar. Bebió un sorbo de cerveza—. Oh, señor, dice que él mismo se va a cortar el cuello. Dice que vos lo enviaréis al tribunal del rey y que lo colgarán..., y jura que no va a morir de ese modo. Asegura que antes prefiere morir por su propia mano, como un soldado, y arriesgarse a la condenación eterna, que morir ahorcado como un vulgar ladrón. Le dije que vos no lo enviaríais a los jueces, no por un par de lechones, y que todo se reduciría a un juicio en la mansión y a una multa. Pero está loco, señor, y se encierra en nuestra casa murmurando, jurando y

bebiendo más aún, y afilando su cuchillo. Oh, señor, decidme que no vais a enviarlo al tribunal del rey.

—Me ha robado —dije, en el tono más frío que pude emplear—. Y lo admite. Año tras año, se ha quedado con mi propiedad y se ha reído de mí mientras me robaba. ¿Qué quieres que haga? Tiene que haber justicia en Westbury.

Rompió otra vez en violentos sollozos que parecían llegar a su misma alma. Y como el viejo tonto blando que soy, me sentí conmovido por sus lágrimas.

—Vamos, Sarah, eso no está bien. Ve a casa ahora mismo y dile a Dickon que debe presentarse aquí mañana por la mañana, sobrio y limpio, y arrepentido, y que entonces discutiremos los dos el asunto de hombre a hombre.

Cuando la mujer se hubo ido, me dirigí al gran arcón en el que guardo mis posesiones más queridas, y rebuscando en el fondo encontré lo que quería: una vieja espada ordinaria enfundada en una vaina rozada de cuero. Extraje la hoja de su vaina y, al contemplar aquel metal gris, vi mi cara reflejada en él. Cuántos hombres había matado con esa espada, pensé: demasiados para poder contarlos, seguramente. Y con todo era el símbolo tradicional de la justicia; en manos del rey significaba el poder de matar en nombre de la ley. Di un golpe al aire, sólo como experimento, y la hoja cortó limpiamente el humo que invadía la sala; mi brazo derecho había perdido la costumbre de soportar el peso de la espada, y la muñeca que una vez me rompí temblaba un poco, pero me sentí bien con ella en la mano. Di un nuevo tajo, y otro más, moviendo los pies según las antiguas reglas que me había inculcado mi viejo amigo sir Richard at Lea, y tiré estocadas y las paré, combatiendo con un adversario imaginario.

—¿Qué crees que estás haciendo? —dijo una voz severa. Era Marie—. Guarda eso antes de que ocurra una desgracia. Ya no tienes veinte años, ¡ni siquiera el doble!

Por un instante, apenas un segundo, el diablo me inspiró el deseo urgente de acuchillar a mi nuera por sus palabras irrespetuosas. Por un momento, deseé sinceramente darme la vuelta y lanzar un tajo a su cuello y dejarla estremecida en un charco de sangre. Me vi con toda claridad a mí mismo de pie junto a su cadáver, con el cuerpo lleno otra vez del vigor de la batalla, del poder de la juventud. Y entonces recuperé la sensatez, Dios sea loado y deslicé de nuevo la vieja espada en su vaina, la guardé y me senté otra vez a la luz parpadeante del fuego.

Marie se acercó y pasó un grueso chal de lana alrededor de mis hombros.

—Hace frío esta noche —dijo en tono amable. Yo ni siquiera me digné a contestar. Me limité a beber otro sor de mi cerveza caliente, endulzada con miel.



Una faja brillante de luz amarilla bailaba delante de mis ojos; ¿tal vez un ángel que

me mostraba el camino del paraíso? No era un ángel. Y mirarlo me resultaba demasiado doloroso. Me costó mucho rato darme cuenta de que se trataba de la luz cálida del sol reflejándose en una pared encalada. Cerré los ojos. Cuando volví a abrirlos, la faja amarilla se había movido, y su base era más ancha. Poco a poco me di cuenta también de los ruidos: el roce de unos pies calzados con sandalias en la piedra; el murmullo de una conversación en voz baja; de vez en cuando, un grito de dolor o el líquido removido en un cuenco. Mi boca estaba seca como un hueso blanqueado por el sol, mi lengua tiesa como un leño; cerré otra vez los ojos y dormí.

Esta vez, al despertar había alguien inclinado sobre mí: cabellos femeninos de azabache reluciente enmarcando un rostro blanco y tenso con grandes ojos apenados. La faja de luz solar era ahora un bloque de oro en la pared, y pensé: atardece. Me aplicaron una venda empapada y fresca en la frente —una sensación maravillosa—, y vertieron unas gotas de agua en mi boca. A mi mente acudió una sola palabra, una sola sílaba hermosa y amable: Nur.

Ella filtró un poco más de agua por entre mis labios resecos, y yo me esforcé en tragar, parpadeé e hice un esfuerzo por incorporarme, pero una manecita blanca me retuvo sin esfuerzo.

—¿Dónde estoy? —dije con voz ronca y rasposa, que a duras penas pude reconocer como mía.

—Shhh, querido —dijo Nur—. Bebe, no hables. Estás en Akka, en el cuartel de los monjes hospitalarios, en un dormitorio. Has estado enfermo, muy enfermo. Pero la fiebre ha pasado. Ahora estás bien. Yo estoy aquí.

—¿Acre? —susurré, y Nur vertió un poco más de agua en mi boca.

—Bebe, no hables —insistió—. Bebe y duerme.

Su preciosa cara se desvaneció y volvió con un cuenco de barro lleno de un líquido amargo. Acercó el borde frío a mi boca, al tiempo que sostenía mi cabeza que, cosa extraña, me pesaba más que una piedra, y yo sorbí aquel líquido espeso y, con cierta dificultad, conseguí tragar la mayor parte. El esfuerzo me dejó agotado y, dejando descansar de nuevo la cabeza en la almohada, me hundí en un abismo sin fondo.

Cuando me desperté de nuevo a la luz gris del amanecer, Nur se había ido. Volví la cabeza para mirar a derecha e izquierda: estaba en una larga sala de piedra, en una cama colocada en una fila de otras iguales, todas menos una ocupadas por hombres dormidos. En el extremo más alejado de la fila de camas, había clavada en la pared una gran cruz desnuda de madera, y debajo de ella un anciano sin más vestido que una camisa, sentado en su jergón; estaba tan flaco que parecía un esqueleto, y casi del todo calvo; tan sólo algunas hebras de cabellos blancos cubrían su cráneo rosado. Vio que me había despertado, sonrió y me hizo un gesto de saludo, pero no dijo nada. Yo le reí a mi vez, y luego aparté la mirada. Acre, pensé; al cuidado de los caballeros

hospitalarios, una orden monástica consagrada al cuidado de los enfermos y a la lucha contra los paganos en nombre de Cristo. Estaba a salvo.

Fragmentos de recuerdos empezaron a agitarse dentro de mi cabeza; recordé a sir Richard Malvête y su sonrisa torcida de fiera cuando me disparó la ballesta. Y recordé las sacudidas en una litera en la bodega de un barco maloliente, un gran dolor en mi brazo derecho, y la sensación de que tenía el estómago en llamas, y delirios, y maldiciones a Reuben cuando me curaba las heridas, y haber intentado golpearlo. Y recordé una gran tienda de campaña de lona blanca en lo alto de una loma ventosa, y los gritos de los heridos y los moribundos a mi alrededor, mezclándose con los chillidos de las gaviotas, y los ojos de Robin, cargados de preocupación, mirándome, y su voz que me decía: «No te mueras ahora, Alan, es una orden». Y recuerdo más dolor, y la vergüenza de vomitar y de vaciar mis intestinos sin control... Y Nur, siempre presente; mi dulce ángel cuidando de mí como si fuera un niño pequeño, lavando mi pecho y mis piernas, e intentando darme de comer, y sujetándome cuando me agitaba poseído por la fiebre. Y más que ninguna otra cosa recordé el llanto por mí de mi amada. Y cómo aquello me hacía desear la muerte.

Debí de quedarme dormido otra vez, porque cuando desperté era ya media mañana, y Little John estaba plantado al pie de mi cama; parecía tener diez pies de alto y ser tan ancho como una casa, curtido por el sol, rebosante de salud y sonriente. Sostenía un objeto en forma de cometa; una robusta estructura de madera de bordes delgados, hecha con numerosas tablillas superpuestas y forrada con piel pintada, redondeada por la parte superior y terminada en punta por la inferior. Tenía un metro veinte más o menos de largo por cerca de sesenta centímetros en su parte más ancha; en su centro, la imagen familiar y amenazante de la cabeza de lobo en negro y gris sobre fondo blanco.

—Esto —dijo Little John golpeando el objeto con los nudillos— es un escudo. Un tanto anticuado, pero en los viejos tiempos los hacían de modo que durasen. Se supone que has de llevar uno cuando vas a la batalla. Cuántas veces más tendré que decirte que esa esgrima fantásica tuya con espada y puñal sólo vale en una pelea de uno contra uno, si te gusta esa clase de cosas, pero que en una batalla de verdad necesitas un escudo.

Hablaba despacio y en voz muy alta, como se habla a un niño o a un idiota.

—Si llevas un bonito escudo grande, no le será tan fácil a la gente mala dispararte con sus ballestas malas. —Dejó de golpe el escudo al pie de mi cama—. Te he traído otra espada, ya que al parecer has perdido la tuya. ¡Por los sobacos sudados de Dios, no me extrañará que cualquier día a vosotros los jovencitos os venga el capricho de ir a la batalla en pelota picada!

Quise reírme, pero el estómago aún me dolía, de modo que me limité a apuntar una sonrisa y contestar:

—Mira quién fue a hablar: te he visto quitarte a tirones la cota de malla porque te molesta en plena batalla. De todas formas, no soy muy bueno con el escudo..., no tengo tu condenada habilidad para ocultarte de tus enemigos detrás de un pedazo de madera.

Se echó a reír.

—Bueno, eso tiene un remedio fácil. Cuando te levantes, te enseñaré. Alguien tendrá que hacerlo. Dicen que estaremos en este lugar varias semanas, de modo que ti tiempo de sobra para ponerte fuerte. Pero te juro por los huesos de Cristo, Alan, que si vuelves a entrar en una batalla de verdad sin escudo..., ¡yo mismo dispararé contra ti!

Dio media vuelta y salió a largas zancadas del dormitorio.



Al día siguiente, después de que Nur me hubo dado de comer unas gachas y lavado de la cabeza a los pies, Robin vino a verme. Traía con cierta torpeza un racimo de uva en las manos, y parecía no saber qué decir ni qué hacer con la fruta. Finalmente, la dejó sobre la mesilla colocada junto a mi cabecera, se sentó en la cama y dijo:

—Reuben dice que has de comer fruta fresca. Dice que es buena para librar al cuerpo de los malos humores. La fruta fresca reduce la cantidad de bilis, ¿o es de flema? En fin, reduce alguna cosa mala.

Le di las gracias por el regalo y de nuevo hubo un intervalo de silencio incómodo. Me di cuenta de que parecía cansado.

—Bueno, tienes mejor aspecto —dijo después de un rato—, casi humano en realidad. —Sonrió, y el cansancio desapareció de los rasgos de su cara. Yo le dije que me sentía mejor, pero terriblemente débil—. Reuben estaba seguro de que ibas a morir —dijo—, y yo estaba muy preocupado..., preocupado por el problema de tener que encontrar a otro *trouvère* para mi corte. —Volvió a sonreír, y en sus ojos plateados aparecieron chispas de su antigua actitud traviesa—. Reuben dijo que arreglarte la muñeca había sido la parte fácil —continuó, y yo flexioné obediente mi muñeca derecha, que estaba anquilosada y flaca, pero que mantenía cierto grado de movilidad, y tenía una cicatriz roja que corría por todo el antebrazo—, pero el viejo judío dijo que el virote clavado en el vientre te mataría, y cuando no lo hizo, estaba convencido de que la fiebre que te atacó después completaría la faena. Yo le dije a Reuben, se lo dije, que tú estás hecho de una pasta dura, y no creía que un solo grifón andrajoso pudiera llevarte a la tumba, pero... —dejó la frase sin acabar.

—No fue un grifón —dije en voz baja—. Fue sir Richard Malvête.

Robin me miró fijamente durante unos momentos, y sus ojos luminosos buscaron la verdad en los míos.

—Vaya, eso sí que es interesante —dijo por fin—. Sir Richard Malvête es nuestro *preux chevalier* en estos días. Desde que capturó el estandarte del emperador de Chipre, ha pasado a ser el favorito número uno a los ojos del rey; no puede hacer nada mal hecho. ¿Qué es lo que ocurrió en realidad?

Se lo expliqué, y abrió la boca de par en par muy sorprendido.

—Esa mierda con cara de zorro está pidiendo a gritos que lo maten, si alguna vez alguien lo ha merecido es él —murmuró cuando hube acabado mi historia—. Pero tenemos un pequeño problema, Alan... Nadie va a creerte si acusas a sir Richard, el favorito, el brillante ejemplo de caballería andante, de haber querido matarte. Será mejor que te guardes esa información para ti mientras buscamos la manera de despachar a ese bastardo. No intentes hacerlo tú por tú cuenta, lo haremos los dos juntos. Aun así no va a ser fácil: últimamente pasa casi todo el tiempo en compañía del rey, ha pasado a formar parte de su séquito...

Yo había llegado a una conclusión parecida por mi cuenta. No iba a ser sencillo pero, fuera fácil o difícil, también yo estaba decidido a matar a Malvête de una forma u otra..., para mi seguridad personal, pero también por Ruth, por los judíos de York, por Nur y por las esclavas asesinadas en Messina...

Estuvimos un rato sentados en silencio. Yo mordí un grano de uva; estaba delicioso: fresco, firme y dulce como la miel.

—Robin —dije con alguna vacilación—, ¿puedes contarme lo que ha ocurrido? Cómo llegamos aquí, cómo hemos tomado Acre. Ni siquiera sé en qué mes estamos.

El se me quedó mirando.

—Sí, por supuesto, ¿nadie te lo ha dicho? Bueno, estamos en julio; entramos en Acre hace una semana, no sin algunos problemas, pero la guarnición se rindió en la segunda semana de julio, el día doce del mes, creo. —Hizo una pausa y me miró—. Será mejor que empiece por el principio. —Alargó la mano, arrancó unas cuantas uvas del racimo y se las metió en la boca. Cuando acabó de masticar, siguió diciendo —: Os encontramos a ti y a *Fantasma* al amanecer, después de la noche de la batalla en el olivar, y te llevamos a la playa, donde habíamos montado un hospital provisional. El emperador salió de nuevo con el rabo entre las piernas en mitad de la batalla, lo que fue una suerte para nosotros, porque de haber reorganizado a sus tropas nos habrían aplastado con la facilidad con que un hombre aplasta un grano de esta uva. Pero huyó, y nosotros vencimos, y tu zorruno amigo Malvête apareció como un héroe, enarbolando el estandarte dorado en su orgullosa mano derecha. Ofreció el estandarte al rey como regalo de boda en la ceremonia que lo unió a Berenguela en Limassol, pocos días después de la batalla. Es un bastardo astuto, ese Malvête: era exactamente el movimiento adecuado, y el rey se quedó encantado con él.

»En cualquier caso, perseguimos al emperador por toda la isla durante un tiempo, pero luego los barones se pusieron en su contra y tuvo que rendirse... Oh, y esto te va

a gustar —comió otro puñado de granos de uva—, el emperador se entregó bajo la estricta condición de que el rey Ricardo no lo cargaría con cadenas de hierro. Ricardo accedió, y cuando se presentó delante de él Isaac Comneno, Ricardo había forjado unas cadenas de plata, y con ellas lo encadenó. Tiene un sentido del humor perverso, nuestro real señor; perverso de verdad.

Y se echó a reír, con cierta amargura, según me pareció.

—De modo que ya teníamos Chipre. Ricardo por fin zarpó hacia Ultramar, y acabamos aquí en Acre. El asedio estaba en pleno vaivén, pero sin llegar a ninguna parte: la guarnición musulmana de dentro de las murallas todavía resistía, y las tropas cristianas del exterior estaban rodeadas por el ejército de Saladino. Por supuesto, la llegada de Ricardo lo cambió todo. Empezó de inmediato a construir máquinas de asedio, grandes monstruos que pueden romper murallas de piedra, tendrías que verlos, Alan, mucho más formidables que un mangonel. De todas formas, a pesar de que hicimos unos cuantos agujeros en las murallas, cada vez que intentábamos un asalto Saladino nos atacaba por la retaguardia. Por fin, después de un montón de batallas sangrientas por los dos lados, y cuando las brechas de los muros fueron lo bastante grandes, la guarnición se rindió..., después de recibir el correspondiente permiso de su amo, desde luego. Y como parte del trato, Saladino también se retiró. Tuvimos bastante suerte, todo; conseguí mantener a nuestros hombres apartado de los peores puntos de la batalla... —Esbozó una sonrisa triste—. Quiero decir que no se nos invitó a participar en los asaltos más encarnizados.

Hizo una pequeña pausa. Yo sabía que aquella sencilla frase implicaba un gran deshonor. Irguió los hombros y me miró a los ojos.

—La verdad, Alan, es que no tengo el favor de la corte, por una u otra razón. Creo que el rey la ha tomado conmigo, y que algunos miembros de su círculo murmuran en mi contra..., difunden rumores sobre mi familia... Si supiera quiénes son, mataría a esos hijos de puta de boca sucia. Pero no lo sé. —Se miró la punta de las botas durante unos instantes, y enseguida se rehízo—. No importa —dijo—. La parte buena es que no hemos perdido demasiados hombres, y que tú mejoras a ojos vista. Pero no estoy seguro de querer quedarme mucho tiempo en Ultramar, tal como están las cosas. Hay un par de asuntos que debo solucionar, y es posible que luego me vuelva a casa a atender mis negocios allí.

Rehuí su mirada. Sabía lo que sugerían esos rumores. Que Marian le ponía los cuernos, y que Hugh no era hijo suyo.

—Puede que todos tengamos que marcharnos pronto de aquí. Creo que la expedición se está deshinchando —siguió diciendo—. Nuestro valeroso rey Ricardo parece haber conseguido pelearse con todos los que le acompañan. El rey Felipe... bueno, ya sabes cómo están las cosas entre ellos, y cada día van a peor. Felipe cree que Ricardo le puso en ridículo al tomar Acre después de que él hubiera estado



intentándolo durante semanas. De modo que está irritado. Pero ¿sabías que ahora hay dos hombres que se reivindicán como el rey legítimo de Jerusalén? Guido de Lusignan y Conrado de Monferrato. Ninguno de los dos alega derechos indiscutibles; como suele pasar, les vienen de sus respectivas esposas, y como Jerusalén está en manos de Saladino podrías pensar que se trata de una disputa sin sustancia. Pues no, es el motivo de otra querrela entre los dos reyes: Felipe ha declarado que apoya a Conrado de Monferrato, y Ricardo se ha puesto de parte de Guido de Lusignan. De modo que hay más mala sangre entre los dos. Dicen que Felipe, en cualquier caso, está decidido a volverse a Francia. Echa la culpa de su abandono a Ricardo, pero en realidad desea volver para llevarse un bocado de Flandes.

Yo debía de poner cara de no entender nada, porque Robin siguió diciendo:

—Te pido perdón, olvidaba que no estás al corriente. El conde de Flandes ha muerto aquí durante el asedio, y ahora que el condado está vacante, Felipe ha puesto sus miras en esas tierras, que limitan por el norte con sus propios dominios. Y no cabe duda de que también le gustaría zamparse algunas de las posesiones de Ricardo en Normandía.

Robin hizo una pausa para respirar.

—Todavía no te he contado lo peor —dijo—. Además de las disputas con Felipe y los franceses, Ricardo también ha provocado el enfado del contingente alemán. ¿Has oído hablar del lío de las banderas? ¿No? Bueno, pues es un ejemplo de estupidez arrogante. Cuando tomamos Acre, naturalmente Ricardo y Felipe izaron sus banderas por toda la ciudad, pero los alemanes, que combatían bajo el mando de Leopoldo, duque de Austria, pensaron que también merecían tener su bandera allá arriba, y en mi opinión tenían todo el derecho, porque habían estado luchando y muriendo aquí desde mucho antes de que llegara Ricardo. De modo que colgaron la bandera de Leopoldo al lado de la de Ricardo. Y Ricardo se puso furioso, ¿le has visto alguna vez perder los nervios? Es todo un espectáculo. Subió hecho un basilisco a las almenas y él en persona arrojó la bandera del duque al foso desde lo alto de la muralla. Dijo que, como Felipe y él eran reyes, y Leopoldo sólo un duque, no tenía derecho a hacer ondear su bandera al lado de las de ellos, como si fueran sus iguales. Ahora Leopoldo está furioso con Ricardo, y también él amenaza con volverse a casa. A este paso, dentro de un mes no habrá ejército cristiano en Palestina.

Me quedé atónito: resultaba que la Gran Peregrinación, por la que todos habíamos viajado desde tan lejos y sufrido tantas penalidades, se estaba descomponiendo por rencillas sin sustancia, ataques de celos y disputas estúpidas. Apenas acabábamos de llegar a Tierra Santa, y sólo habíamos tomado un castillo —yo todavía no me había enfrentado a un guerrero sarraceno—, y tal vez pronto estaríamos haciendo el equipaje para volver a Inglaterra.

—¿Qué otras noticias hay? ¿Ha habido algún otro atentado contra tu vida? —le

pregunté, más que nada para cambiar de tema.

Él me dirigió una mirada aguda.

—Pues la verdad es que sí, creo que sí —dijo—. Es algo de lo que quería hablarte. Yo estaba recorriendo el perímetro defensivo de la ciudad con Owain y varios de sus hombres (era más o menos mediodía y hacía un calor asfixiante, fue el día siguiente al de la toma de la ciudad), y una avalancha de rocas se me vino encima. Yo me estaba secando el sudor de los ojos y miraba al cielo, de otro modo no lo habría visto: primero cayó una lluvia de piedras pequeñas, luego un gran peñasco del tamaño de una vaca. Conseguí saltar a un lado justo a tiempo. Me llevé un buen susto, como puedes suponer. Parte de la estructura de los muros está suelta por todo el bombardeo que sufrió la ciudad antes de que la tomáramos, y se está haciendo todo lo posible por reparar los desperfectos, sin embargo me pareció ver a alguien arriba pocos momentos antes de que empezaran a caer las rocas. Supongo que pudo ser un accidente. Pero no lo creo. La verdad es que no sé qué pensar.

—Esperaba haber dejado esa cuestión atrás, al zarpar de Messina —dije, y él asintió.

—Pero ahora creo saber quién es el responsable —añadí.

Me miró sorprendido. Pero yo callé durante unos instantes.

—Y bien —dijo, un poco picado—, ¿quién es?

—No estoy del todo seguro; no quiero darte un nombre por si acaso me equivoco —dije—. Podría traernos un sinfín de problemas y disgustos.

Lo cierto es que me preocupaba la posibilidad de que Robin matara en secreto a la persona en la que yo pensaba, sólo como precaución, y todavía no estaba del todo convencido de su culpabilidad. No quería tener más sangre inocente sobre mi conciencia.

—Déjame investigar un poco —dije—, y cuando esté seguro de mi hombre, te diré quién es.

—Muy bien —dijo Robin, e intentó parecer despreocupado—, hazlo a tu manera, ¡pero si me matan por no habérmelo dicho, mi fantasma te perseguirá día y noche hasta que te mueras!

Luego me sonrió, y yo sentí una oleada de afecto hacia él. Tenía un montón de problemas graves que afrontar en ese momento: un asesino disfrazado de amigo, grandes deudas impagadas en su país y aquí en Tierra Santa una mujer que le hacía parecer ridículo a los ojos de sus iguales, y un señor real que, prestando oídos a mentiras insidiosas, lo había expulsado del círculo de sus íntimos. Quise decirle algo consolador, pero no pude encontrar las palabras justas. Él bajó la mirada a sus propias manos entrelazadas.

—¿Sabes, amigo? —dijo—. A veces desearía no ser conde, ni comandante de un ejército, ni peregrino en una misión sagrada; a veces desearía ser otra vez tan sólo un

proscrito. Si un hombre intentaba perjudicarme, lo mataba; si me apetecía algo, lo tomaba. Las cosas eran bastante más sencillas entonces..., y mejores.

Y después de dichas esas palabras, se levantó, me dio una palmada en la pierna, y se fue.

Dos días más tarde, pude levantarme de la cama y tomar el sol durante una hora en el patio empedrado del cuartel de los hospitalarios. Tuve varias visitas más en mi lecho antes de ese momento, aparte de Nur, que cada día pasaba varias horas a mi lado: mi leal escudero William, que lloró de felicidad al verme repuesto y cada vez más fuerte; Reuben, que me hizo mear en una jarra y luego olió y probó mi orina para decidir finalmente lo que podía haberle dicho yo mucho antes, o sea que me encontraba mejor... y Will Scarlet.

Mi compañero de la infancia tenía buen aspecto: fuerte... y feliz, y la causa de su felicidad estaba de pie junto a él vestida con una desharrapada túnica verde y con sus cabellos blancos tan rizados como los de un cordero. Era Elise, la extraña mujer normanda que aseguraba poder ver el futuro. Al parecer, los dos se habían casado.

Había una diferencia de edad de más de quince años entre ellos, y ella era unos quince centímetros más alta, pero a pesar de eso cualquiera podía ver que estaban hechos el uno para el otro, y muy enamorados. Ella revoloteaba alrededor de él como una gallina clueca, es verdad, pero parecía haber extraído del alma de Will alguna fuerza latente. Tenía una expresión más decidida, y sostuvo mi mirada sin pestañear mientras me daba la buena noticia.

—Elise me predijo que algún día nos casaríamos —dijo—. Me lo dijo el día en que fui azotado en Francia. Y estaba en lo cierto, desde luego. Pero hasta Messina yo no supe que la amaba. Al principio, me dije que estaba equivocado; que el diablo me tentaba con pensamientos lujuriosos sobre ella. —Yo hice un esfuerzo para no reírme; poca lujuria podía inspirar la mujer flaca de edad mediana que tenía delante de mí—. Pero luego el padre Simón me dijo que, si recibía su mano en santo matrimonio, nuestra unión sería bendecida por Dios. De modo que, hace sólo una semana, decidimos casarnos.

Yo le felicité de todo corazón, y es verdad que estaba contento por los dos. Mi amor por Nur me hacía desear que la humanidad entera gozara de la misma felicidad.

—Por supuesto, queremos tener hijos lo antes posible —dijo él. Yo miré el pelo blanco de ella y las arrugas visibles alrededor de sus ojos, y murmuré «Por supuesto», pero me sorprendió al seguir—: Para que Dios bendiga nuestra unión en esta Tierra Santa, y nos dé una señal de su divina aprobación de nuestra unión.

Quedaba claro que Will no se había olvidado de la religión en el momento en que puso el pie en la tierra en la que se había criado Nuestro Señor Jesucristo.

Besé a Elise, y cuando se despedía con Will, ella me dijo:

—Sé que no crees en mis profecías, Alan, pero tenía razón respecto de ti, ¿no es

verdad? No estabas destinado a morir en este lugar; tal como te dije, morirás en la cama, en tu propia casa y cuando seas ya viejo.

Y entonces hizo una cosa extraña; se inclinó y golpeó el escudo anticuado de la cabeza de lobo que Little John había dejado al pie de la cama.

—Pero lleva esto contigo en todo momento; te salvará la vida —dijo en tono solemne, y luego tomó a Will de la mano y los dos se fueron. A mí me impresionó el hecho de que se hiciera eco del consejo de Little John sobre el escudo, y me juré a mí mismo que aprendería a utilizarlo y lo llevaría conmigo siempre que entrara en batalla.



A medida que pasaban los días, me encontraba más fuerte. Robin había desaparecido, y cuando pregunté a Owain y sir James de Brus por mi señor, ninguno de los dos supo darme cuenta de su paradero. También Reuben parecía haberse desvanecido. Cuando le pregunté a Little John, me dijo en tono seco que dejara de preocuparme y de hacer preguntas; los asuntos de mi señor eran cosa suya. Pero el gigante cumplió su palabra sobre las lecciones de manejo del escudo, y cada mañana acudió a entrenarme. La verdad es que no resultó difícil, aunque los músculos de mi estómago estaban aún blandos y me dieron algunos problemas: ahora lucía una cicatriz corta y fea a la derecha del ombligo, en el punto en que los barberos-cirujanos habían extraído el virote de Malvête. Con o sin el estómago contusionado, Little John me tuvo pronto saltando en el soleado patio del cuartel de los hospitalarios; John me atacaba con un bastón de madera de un metro de largo, y yo me valía sólo de mi escudo para parar sus poderosos golpes: arriba, abajo, y los golpes traidores que trataban de alcanzarte rodeando los lados del escudo. Al principio aquel ejercicio me agotaba enseguida y, a pesar de que practicábamos a primera hora de la mañana, el calor resultaba muy pronto insoportable. Pero a medida que me fortalecía, empecé a disfrutar de las sesiones de entrenamiento con mi gigantesco amigo, y a soportar mejor el cansancio. Cuando John vio que dominaba los movimientos básicos, pasó a enseñarme maniobras más sofisticadas con el escudo: golpes al oponente de plano o con los bordes del escudo, y cómo utilizarlo para distraer al enemigo, de modo que tarde fatalmente en reaccionar a un ataque con la espada.

Un día, mientras practicábamos, oí una voz que se dirigía a mí:

—Mueve los pies, Alan, no te olvides de mover los pies.

Me volví y vi a un hombre alto con una capa blanca y una cruz roja al pecho, espada larga a un costado, y una maravillosa sonrisa familiar desde detrás de su poblada barba negra. Era mi viejo amigo sir Richard at Lea, un miembro de los Pobres Soldados Compañeros de Cristo y del Templo de Salomón, y una de las

principales razones por las que Robin se había embarcado en la Gran Peregrinación.

El y un centenar de sus compañeros, los caballeros templarios, posiblemente los mejores guerreros de la cristiandad, habían venido a rescatarnos en Inglaterra en la batalla de Linden Lea, dos años atrás, pero sólo lo hicieron con la condición de que Robin trajera a sus hombres a combatir en Tierra Santa. Y aquí estábamos, y aquí estaba también él.

Me sentí tremendamente feliz al verlo, y aferré su antebrazo derecho con entusiasmo, con tan sólo una ligerísima mueca cuando su poderosa mano apretó mi recién remendada muñeca. Saludó con efusión a Little John y preguntó por Robin y Tuck, y luego se volvió y extendió la mano para presentarnos al hombre que había estado a su lado, sonriente y en silencio, mientras nos saludábamos:

—Permitidme que os presente a sir Nicholas de Seras, un buen cristiano y un gran caballero, por más que haya tenido la desgracia de profesar en la orden equivocada: es un hospitalario, Dios se apiade de él.

—Os ruego que perdonéis a mi amigo —dijo sir Nicholas, mientras saludaba apretando mi brazo, con bastante más suavidad que sir Richard—. Como les ocurre a muchos templarios, comete el enorme error de pensar que es gracioso.

Mientras el hospitalario saludaba cortésmente a Little John, yo le observé con interés: era un hombre de estatura media, pelo de un tono gris metálico rapado corto, delgado, en buena forma física, con ojos de un verde turbio y vestido con la túnica negra adornada con la cruz blanca de los Hospitalarios. Sus ademanes parecían demasiado suaves para un guerrero, y me pregunté si rehuía los combates y prefería la práctica de las artes más benignas de la medicina, por las que eran famosos los caballeros de su orden. No podía haber estado más equivocado. Mientras lo observaba, recogió el escudo que yo había dejado caer y lo examinó con atención, comprobando la resistencia de las capas de madera superpuestas que lo formaban con el pulgar.

—Una divisa extraña —dijo por fin, señalándome la cabeza de lobo con las fauces abiertas—. ¿Tengo razón al suponer que servís al conde de Locksley?

Yo asentí, y él continuó:

—¿Y tengo razón al suponer que su maestro de armas os está entrenando en las sutilezas del combate con un escudo?

Asentí de nuevo.

—¿Me permitís probar un par de lances con vuestro formidable amigo? Puede que consiga enseñaros alguna cosa útil.

Me limité a hacer un amplio gesto con la mano para indicarle que tenía plena libertad para hacer lo que se le antojara en aquel cuartel de Acre, que además pertenecía a su orden. Y sir Richard y yo nos retiramos hasta un banco de piedra que corría a lo largo del muro del patio, y nos sentamos a observar el ejercicio.

John parecía un tanto inseguro sobre cómo hacer frente a un oponente que mostraba tanta tranquilidad, a pesar de ser mucho más bajo y ligero que él.

—No os preocupéis, sir Richard, prometo que lo trataré con mucho cuidado —gritó en tono alegre hacia el banco en que nos sentábamos. Pero a pesar de su fanfarronería habitual, creo que era consciente de que tenía delante a un maestro.

—Dale duro, John, se merece un buen meneo —gritó sir Richard risueño, y se recostó en el banco dispuesto a disfrutar del espectáculo. Sir Nicholas se limitó a sonreír a John, ladeó un poco la cabeza... y empezaron. Los dos luchadores se movieron en círculo al principio, y luego John atacó, un fuerte golpe con la espada en dirección al hombro de sir Nicholas. El hospitalario se limitó a encogerse un poco para esquivarlo, y de inmediato contraatacó con una serie de estocadas relampagueantes hacia el rostro de John. El gigante se vio forzado a retroceder una y otra vez, diez pasos, veinte pasos, hasta encontrarse casi pegado al banco en el otro lado del patio, y entonces, con las piernas tocando la cálida piedra amarillenta a la altura de sus rodillas, por fin se sacudió y, saltando sobre el hombre más bajo, empezó a acosarlo con golpes poderosos dirigidos a la cabeza y el torso, a derecha e izquierda alternativamente. Sir Nicholas paró uno tras otro los golpes utilizando únicamente el escudo, y retrocedió poco a poco hasta encontrarse de nuevo en el centro del patio, pero siempre con la espada inactiva, el codo derecho atrás, siempre con la amenaza potencial de una nueva estocada fulminante. Parecía esperar que John abriera la guardia para golpear, e ignoro cómo sobrevivió sir Nicholas al redoble de golpes tremendos de John sin utilizar la espada para protegerse; y sin embargo, allá donde dirigía John su espada, estaba el escudo para amortiguar sus efectos. Sir Nicholas no utilizaba la gruesa superficie de madera del centro del escudo para absorber la fuerza del golpe, sino que oponía al filo de la espada el borde curvo, y de ese modo desviaba de su cuerpo los golpes y hacía que la tremenda fuerza de John se perdiera en el vacío. Luego el caballero hizo algo extraordinario: en lugar de bloquear un golpe brutal de Little John, lo eludió con un quiebro que hizo perder el equilibrio al gigante, giró hacia un lado, se escurrió por debajo de la espada alzada, bajó el brazo de modo que el escudo quedó colocado del revés, con la parte estrecha del borde inferior levantada y separada del cuerpo, y proyectó el codo de modo que la punta reforzada del escudo fue a golpear la sien de Little John, que al instante se derrumbó como un guiñapo en el suelo. El caballero no le dirigió ni siquiera una mirada, sino que se volvió a mirarme directamente a mí.

—¿Habéis visto eso, Alan?

Yo le miraba boquiabierto. Repitió el movimiento otra vez, golpeando en esta ocasión el aire con la punta del escudo. Luego envainó la espada, dejó a un lado el escudo y fue a arrodillarse junto al gigante caído en el suelo. Ni siquiera se le veía respirar con intensidad. Little John soltó la espada y se incorporó hasta quedar

sentado sobre el suelo de piedra, con los hombros encogidos y jadeando ruidosamente. Nos miraba aturdido, y tenía la boca abierta por la sorpresa.

Yo no estaba menos asombrado. Nunca había visto a Little John vencido en un combate individual, y tan rápidamente además; era casi increíble, y sin embargo aquel hombre delgado, que apenas le llegaba a la altura del pecho a Little John, le había hecho morder el polvo con una enorme facilidad aparente. Sir Nicholas, arrodillado junto a su víctima, examinó la cabeza de Little John y llamó por encima del hombro:

—Richard, sé buen chico y pide a uno de los criados que me traiga un paño limpio y un poco de agua.

Luego alzó con suavidad el párpado del ojo derecho de Little John, echó atrás la cabeza para evitar que el sol le deslumbrara, y se puso a examinar con atención el ojo.



Sir Richard y yo nos retiramos al refectorio de los hospitalarios, y el hermano sargento nos puso delante un plato de pescado asado y guisantes hervidos, acompañado por pan y vino. Mientras comíamos, pregunté a mi amigo qué había estado haciendo las últimas semanas, desde la toma de la ciudad.

—El gran maestre ha decidido que instalemos en esta ciudad nuestro cuartel general hasta que podamos reconquistar Jerusalén —dijo—. De modo que he estado ocupado organizando nuestra nueva base de operaciones. Pero lo que me lleva más tiempo es tratar con esos condenados mercaderes; te digo, Alan, que en mi vida me he topado con una banda semejante de bribones grasientos. Son un hatajo de cobardes, siempre se están quejando de que los bandidos asaltan sus caravanas de camellos y piden la protección de nuestros ya ocupadísimos caballeros. Pero ya ves, Alan, maldita sea, la protección de los peregrinos y los viajeros del acoso de los ladrones que vagan por el desierto es uno de nuestros sagrados deberes aquí en Tierra Santa.

Frunció la frente y se sirvió otra enorme porción de pescado.

Yo sabía que los templarios, aunque por encima de todo eran una orden religiosa y militar, se habían interesado en el comercio; con sus puestos avanzados, que llaman encomiendas, distribuidos por toda la cristiandad, su propia y bien nutrida flota, y sus relaciones en los más altos niveles, era natural que se dedicaran a desarrollar el comercio marítimo de víveres y armas para sus posesiones más lejanas, y que incluyeran en ese tráfico mercancías susceptibles de ser vendidas con un beneficio. Incluso habían ideado un sistema muy inteligente por el que un mercader podía depositar dinero en una encomienda, por ejemplo en Francia, a cambio de un recibo

escrito en pergamino, y a la presentación de ese documento en otra encomienda situada a cientos, incluso a miles de kilómetros de distancia, recibía la misma cantidad de dinero, salvo una pequeña comisión. Así se conseguía que los viajes, siempre azarosos para los mercaderes, fueran mucho más seguros. La otra gran ventaja de que disfrutaban los templarios era la exención de todos los tributos, por orden del papa. Con frecuencia se aseguraba que los templarios, a pesar de su voto de pobreza, poseían ahora riquezas que ni se atrevían a soñar los reyes y los emperadores.

—Y Saladino no se ha ido —siguió diciendo sir Richard—. Puede haber perdido Acre, pero todavía sigue acampado en las colinas con más de veinte mil hombres. Está esperando a que salgamos de la ciudad para atacarnos, y entonces tendremos una verdadera batalla, una batalla encarnizada, bien lo sabe Dios. Y tenemos que estar preparados para ese momento; por eso, cuando me dejan libre los lloriqueos de los mercaderes, me dedico a entrenar a los nuevos reclutas para la guerra.

—¿Cuándo saldremos de aquí? —pregunté. Estaba ansioso por ver Jerusalén, la ciudad santa, y rezar por el perdón de mis pecados en la iglesia del Santo Sepulcro, el lugar sagrado que guarda la tumba de Jesús.

—Eso depende de nuestros reales amos: el rey Ricardo está impaciente por dirigirse al sur hacia Jerusalén, pero Felipe habla abiertamente de volver a Francia; dice que no se encuentra bien, que este condenado calor le está matando. La buena noticia es que Ricardo y él se han puesto de acuerdo para decidir quién es el rey legítimo de Jerusalén: han decretado que es Guido de Lusignan, pero (admirable solución de compromiso, Alan) sólo será rey mientras viva, y a su muerte le sucederán o bien Conrado de Monferrato o bien los herederos de éste. Por lo menos han conseguido acabar con un motivo de querrela.

En ese momento, vi que sir Nicholas de Seras se acercaba a nuestra mesa con William tras sus talones.

—He encontrado a este joven dando vueltas por el hospital, buscándoos —dijo sir Nicholas con una sonrisa. Tomó asiento en un banco y se sirvió una porción de pescado.

—Señor, el conde de Locksley ha vuelto y pide que os reunáis con él, si vuestra salud lo permite, y a vuestra conveniencia —dijo William. La presencia de los dos caballeros hizo que mi escudero adoptara un tono más formal que de costumbre. Yo me puse en pie, me metí en la boca un último zoquete de pan, y me dispuse a irme.

—No os canséis demasiado, Alan —dijo sir Nicholas—. Los hermanos-físicos del hospital me dicen que están muy satisfechos de vuestra recuperación, pero que debéis descansar lo más posible, ¿me oís?

Asentí, agité la mano para despedirme y me apresuré a acudir a la llamada de mi señor errante.



## Capítulo XV

**R**obin se había hecho con un gran edificio próximo al puerto principal de Acre, al norte de la ciudad, que había pertenecido antes a un rico mercader sarraceno. Era una casa espléndida, prácticamente un palacio, de tres pisos de altura, construida de piedra arenisca blanca, con habitaciones grandes y frescas, numerosos establos y una gran nave de almacén adjunta en la que se instalaron la mitad de los hombres. El resto de nuestros muchachos se desperdigaron por toda la ciudad, en busca de un alojamiento barato allá donde pudieran encontrarlo. El mercader que había poseído en tiempos aquella magnífica casa era ahora uno de los casi tres mil harapientos y casi muertos de hambre presos musulmanes encerrados en las grandes bodegas excavadas bajo el suelo de Acre. El rey Ricardo los mantenía como rehenes por el rescate acordado con Saladino, doscientas mil piezas de oro además de un objeto milagroso, un fragmento auténtico de la Vera Cruz, la verdadera cruz en la que fue crucificado Jesucristo, que el sultán sarraceno había capturado después de la desastrosa batalla de Hattin, cuatro años antes.

—Quiero que toques para nosotros mañana por la noche en una fiesta que voy a dar —me dijo Robin cuando me presenté ante él. Estaba en una estancia lujosa adornada con pilares esbeltos y ondulantes cortinas orientales, que parecían recoger la brisa marina y refrescar incluso el día más caluroso. Todo en consonancia con los ricos muebles de madera de cedro pulida, y con aquel suelo cubierto de gruesas alfombras y numerosos cojines para sentarse. Casi no reconocí a mi señor cuando lo vi: Robin vestía como un sarraceno, con una túnica larga y suelta hecha de algún tejido ligero, una daga curva a la cintura, la tez oscurecida por alguna clase de tinte, la cabeza envuelta en un turbante dorado y los pies calzados con zapatillas de seda. Lo miré boquiabierto, pero de alguna forma conseguí balbucir «Desde luego, señor, será un placer...», antes de dejarme de cortesías:

—¿Por qué diablos te has vestido de esa forma ridícula? —estallé por fin. Y no pude aguantar por más tiempo mi curiosidad—: ¿Y dónde te has metido durante toda esta semana?

Robin se echó a reír, y se dio una vuelta completa para que pudiera admirar su elegante atuendo oriental. Parecía totalmente relajado, feliz y... algo más. Tenía el aire indefinible del hombre que acaba de dar un golpe importante.

—Creí que te gustaría: con estas ropas soy el misterioso y poderoso mercader

príncipe Rabin al-Hud, poseedor de riquezas sin cuento, que desea entrar en el comercio del incienso y comprar el Alimento de los Dioses para venderlo a los infieles. Y acabo de hacer una deliciosa visita a algunos conocidos comerciales de Reuben en Gaza. Ayer por la tarde volvimos por mar desde allí.

—¿Gaza? —dije. El se echó a reír otra vez. Yo estaba confuso, pero por lo menos ahora podía comprender su caprichoso disfraz: como cristiano nunca podría mezclarse con los habitantes de Gaza, que estaba muy lejos al sur, y en manos sarracenas. Mientras ayudaba a Robin a desprenderse de su extraña túnica y a enfundarse en buenas prendas cristianas (calzas verdes de lana, una túnica negra y un amplio manto verde), me contó lo que había estado haciendo en Gaza y lo que pensaba seguir haciendo para solucionar de forma permanente sus problemas financieros.

—El incienso es una mercancía valiosa, como estoy seguro de que ya sabes. Se quema en todas las misas de todas las iglesias principales de la cristiandad; así pues, como puedes imaginar utilizamos un montón. Es sólo la savia puesta a secar de unos pequeños arbustos que crecen en un lugar llamado Al-Yaman, en el extremo sur de la península de Arabia, que resulta ser la patria de Reuben. Ahora bien, el valor del incienso aumenta a medida que se va alejando de su suelo natal. En Al-Yaman, puedes comprar una libra de incienso por unos pocos peniques; en Inglaterra o en Francia, su valor es superior al de su peso en oro.

Paró de hablar mientras yo le pasaba la túnica negra por la cabeza, y luego exclamó:

—¡Jesús, Alan, qué calurosas son estas ropas!

Y me hizo llevarle una copa de vino rebajado con agua antes de continuar su monólogo.

—Durante muchos siglos, desde antes incluso del nacimiento del propio Cristo, el incienso ha sido transportado en caravanas de camellos a lo largo de la costa occidental de la península Arábiga, varios cientos de kilómetros llenos de peligros a través de cordilleras y desiertos, de llanuras áridas y de pasos montañosos, y a cada paso dado por el camello el incensó que transportaba aumentaba de valor. Desde luego, hay que pagar peajes a los pueblos por los que pasa la caravana, y también es necesario tener en cuenta el coste del alquiler de hombres de armas para custodiar el cargamento, los víveres y el agua, y los suministros necesarios para el transporte.

«Cuando los romanos llegaron a Egipto, hace más de mil años, persiguieron y mataron a casi todos los piratas del mar Rojo. De pronto resultó preferible, más barato y seguro, transportar el incienso por mar. Y así es como se sigue haciendo hoy en día. El valioso cargamento es embarcado en Aden, conducido a lo largo de la costa en galeras y galeotas, y desembarcado en el golfo de Aqaba. Pero, aun así, se necesitan caravanas de camellos para llevar el incienso a través del desierto del Sinaí

hasta Gaza. En su juventud, Reuben solía operar en esa ruta, como guardián de las caravanas. Conoce a fondo el negocio: la gente implicada, las rutas, el tiempo necesario entre un viaje y el siguiente...»

Robin se detuvo, y en su rostro apareció una expresión incierta, como si temiera haber hablado de más. Luego se encogió de hombros y continuó:

—En los grandes zocos de Gaza el incienso era vendido a los mercaderes cristianos, que lo transportaban por mar a Italia, desde donde se distribuía a las iglesias de toda la cristiandad. ¿Me sigues?

Asentí con la cabeza.

—Todo eso cambió cuando perdimos Jerusalén hace cuatro años —continuó Robin—. Desde entonces, las caravanas de camellos ya no se detienen en Gaza como antes; los compradores han desaparecido. Ya no es posible encontrarse allí con mercaderes amigos y acordar precios, porque cualquier cristiano que asome la nariz por el lugar es apresado y casi con seguridad ejecutado por los sarracenos. Las caravanas del incienso se ven obligadas ahora a tomar la ruta del norte; más de ciento cincuenta kilómetros rocosos, áridos, infestados de bandidos, hasta aquí. Hasta Acre.

Toda aquella información me dejó un tanto desconcertado, y Robin debió de notarlo porque me dijo, en tono impaciente:

—¿No lo entiendes? Reuben y yo fuimos a Gaza para entrevistarnos con los mercaderes del incienso. Y les hicimos una oferta. Una oferta que les será difícil rechazar. Les ofrecimos comprarles toda la producción de incienso y ahorrarles los gastos y el riesgo del transporte al norte en caravanas de camellos, cruzando un desierto *infestado de bandidos*. —Era la segunda vez que utilizaba esa expresión—. El plan se le ocurrió a Reuben, y a mí me parece estupendo. Es un buen trato para ellos y para nosotros. Todo el mundo contento.

—¿Y qué va a pasar con los mercaderes cristianos de Acre? —pregunté—. ¿No se pondrán furiosos si otro mercader compra su incienso? ¿Qué harán al verse arrojados de pronto fuera del negocio?

—Creo que en alguna parte está escrito —dijo Robin con un aire satisfecho que me pareció un poco excesivo— que cada hombre ha de esperar alguna decepción en esta vida, y que por tanto debería intentar aprender de la experiencia.

Y con eso, pasamos a otro asunto.



Al día siguiente, acudí a propósito muy temprano a la cena y, después de encontrar un rincón conveniente en la lujosa sala del comedor, tomé asiento y, sin nadie que me estorbara, me puse a afinar mi viola y a pensar. Mi muñeca no tenía aún la destreza de movimientos que yo habría deseado, pero bastaría. Tenía mucha curiosidad por ver a

los invitados de Robin esa noche. Suponía que Reuben sería uno de ellos, ahora que había quedado claro por qué era tan importante para los planes de Robin en Tierra Santa; planes que no tenían la más mínima relación con nuestra declarada santa misión de rescatar Jerusalén de manos de los sarracenos. Reuben era la clave para el proyecto del incienso de Robin: conocía el negocio, había trabajado en las caravanas de camellos y sabía cuáles eran las personas adecuadas para que Robin tratara con ellas; ahora podía ver con claridad la razón por la que Robin había sacrificado la vida de Ruth en York y salvado la de Reuben, pero saberlo no supuso ningún alivio. Mi señor había permitido que muriese una muchacha para aumentar sus posibilidades de enriquecerse. Era una constatación cruda, pero por alguna razón no me trastornó tanto como podía haber esperado; podría decirse en mi caso que la procesión iba por dentro. Estaba empezando a saber qué clase de hombre era en realidad Robin: no el héroe noble y resplandeciente que yo había deseado que fuera, sino un hombre rudo y despiadado, dispuesto a cualquier cosa para protegerse a sí mismo y a su propia causa. También tuve la sensación de que había una parte del plan del incienso que Robin se guardaba para sí solo, y no me atreví a pensar qué podría ser.

No tenía tiempo de componer ninguna canción nueva, pero Robin me había dado a entender que sólo tendría que tocar algo suave como música de fondo para complacer a sus invitados, y posiblemente para que nadie pudiera escuchar lo que no estaba destinado a sus oídos. De modo que me limité a ensayar algunas de las piezas favoritas de Robin para ir practicando, y esperé la llegada de los huéspedes.

El primero en aparecer fue Reuben, más flaco y con aspecto cansado, pero vestido con una costosa túnica de brocado. Me alegré de que fuera el primero en llegar porque había un asunto de gran importancia que quería discutir con él: pasamos unos minutos charlando en voz baja en el rincón de la música, y luego, después de acordar nuestros respectivos planes, Reuben se alejó en busca de algún criado que le sirviera algo de beber. El siguiente hombre que entró en la sala era el invitado de Robin, un hombre robusto de estatura mediana, que me pareció un árabe por su pelo rizado oscuro y la intensidad de su mirada, pero que vestía una túnica al estilo occidental, calzas y botas altas hasta las rodillas. Tenía un aire decididamente marino, como si se sintiera incómodo en tierra firme; y llevaba unos gruesos aretes de oro en ambas orejas y una cimitarra de hoja ancha muy profesional colgada de la cintura. Yo estaba sentado en un taburete en el rincón y él me ignoró, pero no me importó porque aquella noche deseaba ser invisible. Por el contrario, el marino árabe sí saludó a Reuben, y con una cortesía cautelosa. Luego apareció Robin en la habitación, acompañado por dos arqueros a los que yo apenas conocía, y que de inmediato recibieron la orden de guardar la puerta. Robin iba vestido de nuevo con la ropa sarracena, pero sin turbante y sin tinte para oscurecer la piel.

Empecé a tocar «Mi alegría me invita», cantando en voz baja para acompañarme.

Y Robin me dirigió una mirada y me sonrió:

—Canta en voz un poco más alta, Alan, si tienes la bondad. No creo que mi invitado haya oído esa preciosa canción.

Obediente, canté con más fuerza y como resultado por mucho que lo intenté, sólo pude escuchar fragmentos de conversación durante la larga comida que siguió. Reuben, Robin y el marino, cuyo nombre supe que era Aziz, estaban sentados en unos almohadones dispuestos en el suelo, en torno a una mesa baja y amplia. De tanto en tanto, entraban criados árabes con bandejas cargadas de comida de aspecto inusual: delicados bocados de carne envueltos en pasta de hojaldre, cordero y pollo guisados, pan preparado con miel y dátiles, peras especiadas y escarchadas... Y en cada ocasión, los tres hombres interrumpían la conversación y esperaban en silencio a que los servidores se marcharan y les dejaran solos de nuevo.

Lo primero que oí, después de un largo discurso de Aziz en voz muy baja, fue el comentario cortante de Robin:

—¿Rechazan mi oferta? ¿Qué significa que la rechazan? ¿No saben reconocer un trato ventajoso cuando se les ofrece en bandeja?

Sin duda debió de notar un cambio en el ritmo de la canción que yo estaba interpretando mientras me esforzaba en escuchar, porque me dirigió una mirada severa y luego bajó la voz para seguir la conversación.

Se dejó llevar de nuevo, más o menos un cuarto de hora más tarde, y le oí decir a Reuben, justo en el momento en que yo daba fin a una *cansó* alegre:

—... Me trae sin cuidado que hayan tomado precauciones extraordinarias o alquilado más hombres armados, aun así puedo enseñarles una lección condenadamente buena. Todavía haré que tiemblen por los beneficios de este año.

Aparecieron más platos, fueron consumidos y luego retirados, y cuando los sirvientes trajeron un *sherbert*, un plato magnífico de nieve de la montaña, zumo de limón y azúcar, que logró que se me hiciera la boca agua, pude escuchar el final de algo que Reuben le estaba diciendo a Aziz:

Estás de acuerdo en transportarlo para nosotros hasta Messina, al precio que hemos ajustado antes; supongo que para eso no tienes problema.

La cena concluyó al cabo de un par de horas. Mi recién curada muñeca derecha estaba rígida y dolorida en el momento en que el marino se puso en pie e hizo una cortés reverencia a Robin. Fuera el que fuere el negocio que habían estado tratando, tuve la impresión de que había concluido de forma satisfactoria para las distintas partes.

Robin y Reuben también se levantaron y correspondieron a la reverencia. Cuando el marino ya se marchaba, oí por primera vez su voz; dijo muy claramente:

—Hasta la salida de la luna llena, entonces.

Luego salió del comedor y del palacio de Robin, y se perdió en la noche.



Dos noches después, Reuben y yo nos encontrábamos detrás de la puerta de una habitación alta de una torre medio derruida de la parte oriental de Acre, cercana a los aposentos reales. La noche era tan oscura como el alma de una bruja. Sólo nos llegaba una luz tenue de una pequeña ventana arqueada en el lado opuesto de la habitación, y yo apenas podía distinguir la silueta de mi amigo al otro lado del umbral, donde esperaba con la espalda pegada a la piedra fría y una daga de un pie de largo, recién afilada, en la mano. También yo había afilado mi puñal, pero lo tenía envainado, porque aunque éste era un trabajo para armas cortas, necesitaba tener las dos manos libres. Habíamos estado esperando en silencio durante más de una hora, con los oídos atentos a cualquier ruido de pasos en el pasillo que conducía a aquella puerta.

Al mirar la forma gris arqueada de la ventana en aquellas tinieblas, imaginé que podía ver en el antepecho el pequeño bulto de la sogá que habíamos atado allí tan pronto como entramos en la habitación. Era nuestra vía de escape la sogá anudada colgaba fuera de la ventana y rozaba, catorce metros más abajo, los adoquines de un pequeño patio en el que esperaban dos caballos atados a un anillo de hierro clavado en el muro. Yo estaba nervioso; no era una batalla, era un asesinato lo que planeábamos: una ejecución a sangre fría. ¿Nuestra víctima potencial? Sir Richard Malvête, desde luego, un hombre que merecía con creces morir, pero... Pero, con toda sinceridad, habría preferido enfrentarme a él en una pelea abierta, en lugar de acuchillarlo como un ladrón en la oscuridad.

Dicho esto, y presentadas mis excusas, el plan era mío. Y la clave era mi escudero William. Había dudado antes de implicarlo en un delito feo como éste, inseguro de si estaría dispuesto a ayudarme a cometer un asesinato y, más grave aún, de si querría exponerse a las iras de Malvête —por no mencionar la furia del rey—, en caso de que falláramos. Pero cuando le dije que había sido la Bestia quien me hirió con la ballesta en Chipre, se mostró más que impaciente por ayudarme a vengarme: me rogó incluso que le dejara participar.

El plan se basaba en la reciente predilección del rey por Malvête, y en el deseo de la Bestia de ganarse el favor de su soberano, y se me ocurrió cuando tropecé con una pila de magníficas libreas de los pajes reales, que esperaban a ser lavadas en el gran patio donde las criadas de palacio hacían la colada real, envuelto en vapor caliente y lleno de sábanas tendidas que goteaban. Yo había ido a visitar a Elise a los apartamentos de las mujeres del servicio, porque tenía que hacerle una pregunta muy importante relacionada con el presunto atacante de Robin, y después de recibir una respuesta satisfactoria, pasé por casualidad por la lavandería, y allí me llamó la atención la pila de libreas de color rojo y oro. El plan surgió de pronto en mi mente,

completo, en un raptó de inspiración, y después de una rápida comprobación de que nadie me veía, me metí una librea debajo de mi túnica —«ladrón una vez, ladrón para siempre», murmuré para mí mismo—, y me alejé a toda prisa hirviendo de excitación por la peligrosa aventura recién empezada.

Me aseguré de la participación entusiasta de Reuben en la noche de la cena secreta con el marino Aziz, y dos días después, William, vestido con una magnífica librea roja con los leones de Inglaterra bordados en oro, se aventuró a entrar en la guarida de la Bestia.

Sir Richard Malvête se había instalado en una pequeña vivienda ricamente amueblada situada en la parte sur de Acre, junto al puerto menor. Era una casa de mala reputación, un burdel. El la ocupó con una docena de sus hombres de armas, muchos de ellos mostrando aún las señales de la batalla. Habían combatido en primera línea en el asalto a Acre, y sufrido muchas bajas en la lucha encarnizada que acabó con la rendición de la ciudad. Estaban tumbados en el patio central de la casa, bebiendo vino y acariciando a las mujeres —un rebaño de bellezas de ojos rasgados según me contó William más tarde—, cuando mi criado se presentó ante ellos, sin anunciarse previamente, luciendo la librea de mensajero real. Los soldados se incorporaron, se arreglaron un poco las ropas, despidieron a las mujeres y se perdieron en las habitaciones interiores para dar aviso a sir Richard Malvête. William me dijo que, a pesar de lo peligroso de su misión, tuvo que reprimir unas ganas locas de echarse a reír mientras daba a Malvête el mensaje, supuestamente de parte del rey. Era un mensaje sencillo: el rey deseaba reunirse con Malvête en la misma habitación en que esperábamos Reuben y yo, esa misma noche después de las vísperas. Se trataba de una reunión de naturaleza delicada, dijo William en tono solemne, y pedía a sir Richard que tuviera la bondad de acudir solo. Malvête había accedido, William regresó sin el menor contratiempo, y ahora Reuben y yo aguardábamos en la oscuridad.

Oí pasos al otro lado de la puerta, pasos de un hombre lleno de confianza, y luego un golpe suave en la puerta y una voz que decía: «¿Sire?». La puerta se abrió, y la luz de una antorcha de resina de pino iluminó la habitación. Una figura alta, cubierta con una sobreveste escarlata y azul celeste, se recortó en el umbral, con el rostro en sombra, y yo salté sobre ella y pasé mis brazos alrededor de su cintura, apretando los codos de aquel hombre contra su cuerpo. La sorpresa le hizo soltar la antorcha y yo, con la cara enterrada en su pecho, lo empujé lejos del umbral iluminado hacia las tinieblas de la habitación. Reuben cerró la puerta de golpe. El hombre dio un corto grito de terror, y un instante después Reuben levantó el brazo por encima de mi espalda, su cuchillo relampagueó una vez y rajó el lado derecho del cuello del hombre, buscando la gran vena de ese lugar. El cuerpo de la víctima se agitó con violencia cuando la hoja de acero penetró profundamente en la piel suave, y un

chorro de sangre empapó mis cabellos y me indicó que Reuben había conseguido su objetivo. Golpeé la entrepierna de nuestra víctima, abrí los brazos, y él cayó de rodillas balbuceando un grito de alarma y agarrándose el cuello herido. Yo desenvainé mi propio puñal, con la intención de acuchillar al bastardo una docena de veces y asegurarme de que de verdad estaba muerto...

Y entonces la puerta se abrió de golpe con un crujido de madera rota, y una luz muy viva inundó la escena. Hombres armados, todos ellos vestidos de escarlata y azul celeste, irrumpieron en la habitación, y reconocí la cara burlona, cruzada por la cicatriz roja, de Malvête, que entraba detrás de aquel enjambre de intrusos. Alguien esgrimió una espada contra mí y yo paré el golpe con la guarda de mi puñal, hice girar el arma en el aire y la enterré en su vientre. Cayó y yo liberé la hoja trabada en sus intestinos de un tirón y retrocedí un paso para tener más espacio.

—¡Vete, Alan, márchate de aquí! —gritó Reuben—. ¡A la ventana!

Un segundo hombre lo atacó con una lanza, y él desvió el asta con su largo cuchillo y pinchó con la punta el sobaco de su oponente, que lanzó un grito de dolor. Luego mi amigo empuñó su cimitarra. El metal templado susurró al rozar la vaina con una especie de silbido y abrió un tajo hasta el hueso en la mejilla de otro soldado. Yo estaba a punto de sacar mi espada, pero Reuben volvió a gritar «¡Vete, Alan, vete!», y ya no dudé más, envainé mi puñal ensangrentado y corrí a la ventana. Oí el entrechocar del acero a mi espalda, un grito, y salí al exterior por el arco de piedra aferrándome a duras penas a la cuerda al saltar por el antepecho, antes de bajar apoyado en los nudos tan deprisa como pude. Oí más gritos y gemidos por encima de mí, de nuevo el nervioso entrechocar de las espadas, y al llegar al suelo levanté la mirada y vi con alivio la silueta delgada de Reuben que, agarrado a la cuerda, saltaba con la agilidad de un mono. Vi una cabeza asomada a la ventana, una silueta oscura, y un resplandor de acero en el antepecho. Reuben estaba ya cerca, sólo le faltaban por bajar unos tres metros, cuando, de pronto, se desprendió y cayó como un peso muerto; al tocar el suelo, oí el chasquido de un hueso al romperse contra los adoquines del patio, y un gemido ominoso. La cuerda cortada cayó tras él. Yo no había perdido el tiempo mientras tanto, y los caballos estaban ya desatados; con muchos esfuerzos acompañados de maldiciones, pude aupar a Reuben sobre los lomos de su montura. La pierna izquierda le colgaba inerte, y era visible la fractura del hueso; él gemía, deliraba casi de dolor; yo monté a *Fantasma*, y ya me alejaba con Reuben de aquel lugar aciago cuando una voz familiar y odiosa me llamó desde la ventana alta y me detuvo en seco, a pesar mío.

—¡Ay, niño cantor! —susurró aquella voz ronca—. ¡Ay, niño cantor! ¿Pensabas que no me esperaba una cosa así? —dijo sir Richard Malvête—. ¿Acaso me tomas por tonto?

No contesté, pero el corazón me ardía de rabia por mi estupidez. Por supuesto,



tenía que haberse oído la emboscada. Y yo había comprometido a mis amigos en aquel desastre.

—¿Estás ahí, niño cantor? —llamó de nuevo Malvête, y yo hube de morderme los labios para no darle una respuesta rabiosa—. Has acuchillado a otro de mis hombres, niño cantor. Creo que ahora me toca a mí hacer lo mismo con uno de los tuyos.

Soltó una carcajada burlona, oscura, burbujeante. Yo ya había oído bastante, piqué espuelas a *Fantasma* y me llevé a Reuben, caído sobre la silla y gimiente, lejos del sonido malvado de aquella risa en la oscuridad.



—¿A qué diablos pensabas que estabas jugando? —dijo mi señor, y sus ojos plateados relumbraron como un par de navajas de barbero. Fue la misma noche, a una hora más tardía y en el cuartel de los caballeros hospitalarios, donde un enfermero vestido con el hábito de la orden vendaba con gestos llenos de pericia la pierna rota de Reuben. Exteriormente, la actitud del conde de Locksley era de una calma gélida, pero yo sabía que por dentro ardía de furia.

—Casi has conseguido que te maten, y lo que es peor, casi has hecho que maten a Reuben, y me dices que también has implicado a tu escudero William en esa trama infantil y estúpida.

—Lo único que te preocupa a ti es contar con Reuben para tus codiciosos proyectos de enriquecerte —le contesté—. ¡Matar a Malvête es importante! Para mí es una cuestión de honor personal. Pero no espero que eso lo entiendas tú..., ¡un mercachifle!

Para mi sorpresa, se echó a reír. Fue una risa seca y sin alegría, lo admito, y no resultó agradable escucharla, pero sonó como una risa humana.

—Eras un ladronzuelo mocososo cuando te conocí, un cortabolsas sin familia, sin dinero, sin linaje, y ahora, ¡ja!, tú me das lecciones de honor, ¡y me llamas mercachifle! —resopló—. Eres ridículo, un monigote sin pies ni cabeza ¡Vete! ¡Fuera de mi vista!

Me alejé de él envuelto en una enorme ola negra de autocompasión. El tenía razón: yo no era más que un ladrón mocososo, un cortabolsas sin familia ni linaje. Pero sabía lo que era el honor.

La pierna de Reuben tenía una fractura limpia, y aunque el dolor era muy intenso estaba bien atendido en el dormitorio de los hospitalarios, donde fui a visitarle y a presentarle mis disculpas.

—No te preocupes por eso, Alan. Intentamos hacernos con él, y fallamos. Pero habrá más oportunidades —dijo mi amigo judío, y me sentí mejor respecto de todo aquel lamentable asunto. A partir de aquella discusión, Robin no volvió a llamarme, y

supe que yo había caído en desgracia porque también Little John se mostraba distante, y encontró una excusa para interrumpir nuestros ejercicios con el escudo a la mañana siguiente. El resultado fue que pasé la mayor parte de los días sucesivos haciendo el amor con Nur en la casita que compartía con Elise en los aposentos de las mujeres, y, a la luz de lo que había de ocurrir después, me doy cuenta de que entonces fui completamente feliz. Todavía puedo recordar su rostro perfecto, los ojos oscuros en los que podías naufragar, su exquisita nariz, los pómulos salientes, los labios turgentes de fresa que pedían ser besados... Recuerdo su rostro con toda claridad incluso ahora, después de cuarenta años. Era tan frágil, tan hermosa... A veces su recuerdo me hace llorar. Y también recuerdo sus palabras aquella noche, cuando le conté mi pelea con Robin:

—Sé que siempre procuras hacer lo correcto, Alan, siempre. Esa es una de las razones por las que te quiero tanto.



Más o menos una semana después, en medio del calor asfixiante de mediados de agosto, Robin me hizo llamar de nuevo por medio de William, que me encontró practicando con espada y escudo, solo, en el patio del cuartel de los hospitalarios. Iba acompañado por *Quilly*, que para entonces era una perra ya crecida, reluciente y llena de confianza, con el pelaje de un bonito color leonado. Vino a saludarme saltando, y me dio lametones en la cara. El rey Felipe se había ido de Acre a finales de julio, llevándose consigo a una parte de sus caballeros, pero otros se quedaron y se mostraron dispuestos a combatir bajo la bandera del rey Ricardo. Había un aire de tranquila determinación en nuestro ejército, la sensación de que muy pronto íbamos a ponernos en marcha, y yo estaba decidido a ponerme a prueba a mí mismo en el campo de batalla frente a los sarracenos. Por eso, a pesar del agobiante calor y del sudor que me bañaba el cuerpo, me ejercitaba en la lucha con espada y escudo todos los días.

No todo iba a pedir de boca: Saladino aún no había pagado el cuantioso rescate acordado por los tres mil musulmanes cautivos ni nos había devuelto la Vera Cruz..., y muchos decían que no tenía la menor intención de dejar en manos de sus enemigos un objeto tan milagroso. Yo pensaba para mí que el rey tendría que soltar a los prisioneros sarracenos antes de que partiéramos: no nos sería posible guardar y alimentar a semejante multitud en nuestra marcha sobre Jerusalén. Sería un golpe a su prestigio, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—El conde os lla-llama —dijo William, al tiempo que me quitaba de encima a la festera *Quilly*, y me ofrecía una tímida sonrisa a modo de saludo. Apenas le había podido ver desde nuestro desastroso atentado contra la vida de Malvête, e incluso en

ese breve lapso de tiempo parecía haber crecido un par de pulgadas; también su cara había cambiado, era menos redonda y los pómulos sobresalía más; debía de tener doce o trece años, supuse, y era ciar que empezaba a hacerse un hombre.

—Algo go-gordo está pa-pasando en el cuartel general —dijo—. Todo el mundo se afa-fana y parece satisfecho de sí mismo: la gente afila sus armas y prepara el equi-quipaje. Creo que por fin nos va-vamos.

Yo lo puse en duda; habría habido toda clase de rumores si el ejército entero se marchara de Acre. La luna había crecido en las últimas noches y, según mis cálculos de aficionado, al día siguiente tendríamos luna llena. Era más probable que lo que fuera que hubiera acordado Robin con el marino Aziz tuviera lugar mañana.

Robin estuvo muy brusco cuando me presenté ante él, algo nervioso, en la sala principal de la planta baja de su palacio junto al mar. Iba ricamente vestido con una larga túnica de seda y sentado a la mesa examinaba un rimero de pergaminos y hacía cuentas de algún tipo. Aunque para entonces yo estaba arrepentido de mi salida de tono de la semana anterior, su aspecto era exactamente el de un mercader. No perdió tiempo en cortesías:

—¿Estás preparado? —me preguntó. Yo le contesté que lo estaba. Se limitó a gruñir y siguió escribiendo—. Cuando entraste a mi servicio, hace dos años, dos y medio ya —me dijo con cierta solemnidad—, juraste serme leal hasta la muerte; ¿mantienes aquel juramento?

—Yo no soy de los que faltan a su palabra —dije, en tono algo altanero.

Por fin apartó la mirada de sus cuentas y me miró fijamente con aquellos ojos tan fríos como el acero desnudo en invierno.

—Puede que no faltes a tu palabra, pero eres insolente. Lo que quiero saber ahora es si eres también obediente.

Me dolió estar tan a malas con mi señor: a pesar de sus muchos defectos, seguía siendo un hombre al que yo respetaba y quería enormemente. En un tono un poco más conciliador, dije:

—Os sirvo con todo mi corazón, señor, y al cumplir con mis tareas procuro siempre comportarme con tanta lealtad y obediencia como puedo.

Por fin sonrió.

—Bien —dijo—. Te necesito, Alan, para que me acompañes mañana a..., a un ejercicio de entrenamiento. No hables con nadie de esto, pero mañana haremos una salida a caballo. Al amanecer, tienes que estar listo, montado y armado, y presentarte aquí. Oh, y no lles nada con mi enseña ni mi escudo de armas. Puede decirse que vamos a viajar de incógnito.

Y con otra breve sonrisa, volvió a enfrascarse en sus pergaminos; ésa fue su despedida.



Cuando volví al palacio poco antes del amanecer del día siguiente —montado en *Fantasma*, armado con espada y puñal y cargado con mi anticuado escudo, con la divisa del lobo de las fauces abiertas tapada con una capa de pintura a la aguada—, me sorprendió ver a Reuben, con la pierna entablillada y envuelta en un vendaje aparatoso, montado a caballo. Estaba pálido y parecía algo confuso, pero me saludó con cordialidad y yo le devolví agradecido sus palabras afectuosas:

—¿Qué es lo que pasa, Reuben? —le pregunté—. En primer lugar, ¿qué haces montando a caballo en tu estado? Tendrías que estar en la cama.

—Será mejor que dejes las preguntas para después —me aconsejó mi amigo en voz baja—. Sólo te diré que es necesario que os acompañe. No te preocupes por mi incomodidad, he tomado una fuerte dosis de hashish disuelto en zumo de adormidera, y apenas siento dolor. De hecho me siento..., me siento maravillosamente.

Y dejó escapar una risita.

Puede que él se sintiera maravillosamente, pero yo no. Había dormido mal y me desperté mareado y sudoroso, con una jaqueca ligera pero persistente. Aun así, aparté a un lado cualquier pensamiento sobre mis debilidades corporales mientras cabalgábamos a través de las grandes puertas de Acre y dirigíamos nuestros caballos hacia el sur. Éramos unos cuarenta hombres en nuestra compañía, más o menos la mitad arqueros y la mitad soldados, todos montados en caballos bien alimentados y descansados. Mientras cruzábamos un puente provisional tendido sobre las trincheras excavadas por nuestro ejército cuando sitiaba Acre, me di cuenta de que casi todos los que formaban parte del grupo me resultaban familiares: eran antiguos proscritos que llevaban muchos años junto a Robin. Éramos un grupo de élite, supuse, seleccionado de modo que cada hombre conociera a los demás y confiara en ellos por haber compartido penalidades y batallas. También recorría nuestra banda un escalofrío de excitación que yo no había advertido desde que zarpamos de las costas de Inglaterra, íbamos a realizar un ejercicio de entrenamiento, había dicho Robin, pero me sentía como cuando cabalgábamos a través del bosque de Sherwood para alguna aventura loca que llenaría de plata nuestros bolsillos y haría enrojecer de ira el rostro del alguacil real.

Cruzamos el cauce seco de un río y giramos hacia el sur siguiendo una franja arenosa, apenas un camino, que corría en paralelo al mar. Vi que esta tierra no podía ser más diferente de Sherwood: aparte del mar azul, el paisaje era adusto, quemado por el sol, arenoso y desierto, e incluso a aquella hora temprana se presentía la amenaza de un día de calor brutal. A nuestra izquierda, teníamos una faja de terreno pantanoso y, más allá, a una decena de kilómetros, se alzaba un muro abrupto de montañas verdes. En algún lugar de aquellas montañas, a una distancia que podía

recorrerse a caballo en una mañana, aguardaba Saladino con su enorme ejército sarraceno, pero ese día no vi a ninguno de sus famosos jinetes turcos. Sin embargo, después de cabalgar unos diez kilómetros por aquella arena de una blancura cegadora, el paisaje empezó a mostrar las huellas de la presencia de Saladino: pasamos delante de granjas arrasadas y olivos calcinados, y del rastrojo ennegrecido de campos enteros de trigo y de cebada que habían sido incendiados. No vimos a ningún ser viviente, a excepción de los lagartos que nos desafiaban orgullosos desde las piedras de los lados del camino y que se escabullían cuando nos acercábamos demasiado a ellos. Saladino había vaciado aquella zona de todo cuanto pudiera servir de apoyo al enemigo, y quemado todo lo que no pudo llevarse consigo, y nosotros cabalgábamos por desierto tétrico que olía a humo y a miedo.

Nos detuvimos a media mañana a beber un trago de agua de nuestras cantimploras —mi jaqueca había empeorado con la cabalgada, y ahora me parecía que un hombrecillo tocaba un gran tambor dentro de mi cráneo—, y Robin nos repartió grandes pañuelos cuadrados de seda negra.

—Cubriós la nariz y la boca con esto —dijo—. De ese modo no respiraréis el polvo.

Todos lo hicimos, y cuando nos pusimos de nuevo en marcha, me di cuenta de que ahora era más fácil respirar en medio de la nube de polvo y cenizas que levantábamos en aquella tierra calcinada. También me di cuenta de que, al cubrirnos la cara con aquellos pañuelos, era muy difícil identificarnos. Ahora éramos una banda de enmascarados, pensé, cabalgando a través de territorio enemigo. Por alguna razón, me volvió a la mente la expresión «infestado de bandidos». Y de pronto supe por qué. Y la revelación me golpeó con la fuerza de una maza en el rostro. *Nosotros* éramos los bandidos, *nosotros* los depredadores que infestábamos aquel territorio. Y supe cuál iba a ser el objetivo de aquel «ejercicio de entrenamiento». Una caravana de camellos cargada de incienso, aquella especia que valía más que su peso en oro.

Robin no se iba a contentar con decir simplemente a los mercaderes de Gaza que sería un buen negocio para ellos venderle a él el incienso en aquel puerto del sur; iba a demostrar con un acto brutal por qué razón era un grave error no comerciar con él.

## Capítulo XVI

**A**l acercarse el mediodía, Reuben tomó un sendero que se alejaba del camino de la costa y nos llevaba directos al pie de las colinas. Mi cabeza parecía a punto de estallar, pero todos sufríamos el tremendo calor reinante, hasta el punto de que el sol que caía a plomo sobre nuestras cabezas parecía la puerta abierta de un horno. Todos llevábamos puestos los guantes de piel, a pesar del calor, porque tocar una pieza metálica expuesta durante tantas horas al sol significaba sufrir una quemadura seria. Finalmente, nos apartamos del sendero y seguimos otro aún más estrecho, apto únicamente para cabras, en fuerte pendiente. Viajábamos en fila de a uno y en silencio por orden de Robin, con las cabezas gachas, soportando el calor, limitado todo nuestro mundo a la grupa polvorienta del caballo que teníamos delante; con el clip-clop de los cascos en el suelo rocoso como único sonido, avanzamos a ciegas confiados en la guía de Reuben.

Por fin nos detuvimos, ya entrada la tarde, en un bosque de cedros que, milagrosamente, escondía un pequeño arroyo por el que fluía un hilo de agua clara. Abrevé a *Fantasma* y lo até a un arbusto, me quité mi cota de malla y, vestido sólo con la camisa, me lavé el cuerpo en la corriente deliciosamente fresca. Me pareció que las fuerzas me habían abandonado por completo; la cabeza me daba vueltas, sentía el cuerpo alternativamente ardiente y helado. Empecé a tiritar incluso a pesar del calor. Intenté comer algo, pero no pude tragar ni un solo bocado. Muchos de los hombres se acurrucaron a la sombra de los árboles. Pero yo resistí el deseo abrumador de echarme a dormir.

Little John estaba afilando pausadamente su gran hacha de batalla y fui a sentarme a su lado con la esperanza de distraerme de mi malestar.

—John, ¿qué es lo que hemos venido a hacer aquí en realidad? —le pregunté.

—Hemos venido a obedecer órdenes, como soldados leales que somos —dijo, y siguió pasando la piedra de afilar por los bordes redondeados del filo de su arma con movimientos rítmicos.

—En serio, John, cuéntamelo. ¿Qué hacemos aquí? ¿Qué va a ocurrir?

—No tienes buen aspecto, chico. ¿Te encuentras mal?

—Estoy perfectamente —mentí—. Dime qué es lo que va a pasar.

Suspiró.

—Por las pelotas hinchadas de Dios. En la vida no todo es elevado y noble, Alan.

Vamos a hacer lo mismo que solíamos en los viejos tiempos de Sherwood. Vamos a detener una caravana de mercaderes demasiado gordos y a aliviarles el peso de sus riquezas. ¿Ves a los centinelas que hemos puesto en aquella cresta?

Miré hacia la peña más alta que quedaba al este de nuestra posición, y vi dos figuras humanas tendidas en el suelo de tierra de color ocre, justo debajo de la cima.

—Los veo —dije.

—Están al acecho de la caravana de camellos —dijo John—. Cuando se acerque, subiremos a esa cresta, los freiremos a flechazos, cargaremos ladera abajo y mataremos a todo el que se nos resista. En pocas palabras, vamos a tenderles una emboscada. Nos llevaremos la carga..., y les daremos una lección. —Me sonrió; su vieja sonrisa temeraria de las batallas—. Es lo que Robin ha ordenado, y como hombres leales, vamos a llevar a cabo sus órdenes. Algunas personas nos llamarán bandidos, otras salteadores de caminos. Yo lo llamo un provechoso día de trabajo. En cualquier caso, Alan, no has de hablar de esto con nadie, nunca. ¿Lo has entendido?

Lo miré sin pestañear. Conocía las reglas aplicables a quienes pertenecíamos a la «familia» de Robin; el silencio era la primera de todas. Yo me disponía a decir algo sobre las enseñanzas de Cristo, lo justo y lo injusto, el Bien y el Mal, pero de pronto el mundo empezó a dar vueltas, el paisaje se hizo borroso, me sentí caer y todo quedó en tinieblas.

Cuando volví en mí, me encontré envuelto como un bebé en mi capa y acostado bajo un cedro robusto. La fiebre había vuelto y vi que casi no tenía fuerzas para moverme. Vomité una vez, copiosamente, pero no me sentí mejor, sino más bien al contrario. Luego me quedé dormido otra vez. Cuando desperté, el sol se ponía sobre el mar por el oeste, y hacia el sur apareció, apenas visible, una nubécula de polvo.

Se pasó la señal a los hombres y, tan silenciosamente como pudieron, los arqueros montaron sus armas y la caballería sus bestias, y todos tomaron posiciones a nuestro lado de la cresta de la colina. Robin insistió en que todos los hombres se taparan la cara con el pañuelo negro. Yo había dormido tal vez un par de horas en el calor de la tarde, y a pesar de que no podía participar en la lucha por mi enfermedad, quise ver la batalla. De modo que me forcé a levantarme sobre mis piernas temblorosas y trepé muy despacio con pies que parecían de plomo, hasta llegar a un metro más o menos de la cima. Sentía pinchazos en la cabeza y el estómago revuelto, pero lo hice, y me acomodé en la arena caliente al abrigo de las rocas.

Pegado al suelo boca abajo, justo debajo de la cresta, vi acercarse la caravana de camellos en medio de una nube de polvo y calor. Eran unos cuarenta animales, y avanzaban con su característico andar ondulante, cada uno cargado con dos grandes bultos sujetos a uno y otro lado de su joroba, y con un hombre sentado muy adelante, casi en el cuello del camello, que lo conducía con la ayuda de un largo bastón. Los camellos iban atados, el morro de cada uno de ellos con la cola del anterior, y al lado

de la larga fila de animales cabalgaba una sola hilera de jinetes. Eran tal vez veinte hombres, montados en grandes corceles de batalla bien adiestrados; los jinetes iban armados con lanza y escudo, y pude ver con un escalofrío de angustia que vestían sobrevestes blancas con una gran cruz roja. Eran un destacamento de caballeros templarios. Íbamos a entrar en batalla con nuestros amigos y aliados, los pobres caballeros de Cristo, cuya solemne tarea consistía en proteger a viajeros y mercaderes a través de los peligrosos caminos de Tierra Santa. Sentí una náusea de desorientación febril que no se debía únicamente a la fiebre: yo estaba en el bando de los malos. Esos jinetes eran caballeros consagrados, que cumplían con el mandato de Dios de proteger a los débiles. Mis amigos y compañeros eran ladrones dispuestos a matar a hombres inocentes y robarles sus bienes. Mi visión se emborronó, se oscureció, y hube de bajar la cabeza y dejarla reposar entre mis brazos por unos instantes, antes de recuperar los sentidos.

Cuando volví a mirar, la caravana de camellos estaba a no más de cincuenta pasos. ¿Debía avisarles? Los caballeros templarios iban a caer en una trampa. Pero ¿y la lealtad que debía a Robin y a mis amigos? Antes de haber tomado una decisión, ésta llegó al margen de mi intervención. Lejos, a mi izquierda, oí a Robin gritar «¡Arriba!», y treinta arqueros brotaron desde detrás de la cresta, sacaron flechas de las bolsas de tela que llevaban sujetas a la cadera, y las montaron en sus arcos.

—Deprisa —gritó Robin—. Apuntad a los jinetes, sólo queremos a los jinetes... ¡Soltad!

Hubo un rumor como si pasara una bandada de pájaros, y la primera descarga de flechas se abatió sobre la columna de caballeros templarios como un viento poderoso que acamara unos juncos secos: los proyectiles impactaron en escudos y armaduras, y sus puntas forradas de acero penetraron a través de la protección de torsos y muslos, y punzaron vientres y pulmones. Hubo gritos de dolor y corrió la sangre; los caballos heridos accidentalmente relincharon y se alzaron sobre las patas traseras. La caravana de camellos, presa de pánico, se lanzó a una carrera ciega, una huida hacia adelante, y de ese modo se acercó más a nuestra posición.

—¡Tensad..., soltad! —gritó Robin, y de nuevo las flechas grises atravesaron las sobrevestes blancas de los jinetes que pasaban debajo y penetraron en su carne. Media docena de sillas estaban vacías ahora, pero aquellos caballeros eran los guerreros mejor adiestrados de la cristiandad. Hubo gritos de mando, y rápidamente se recompuso alguna forma de orden a partir del caos de caballos que corveteaban y de hombres que maldecían, salpicados de sangre. Los caballeros se juntaron en una sola línea frente a los arqueros cuyas siluetas se recortaban contra el cielo sobre la cresta, y con los escudos en alto y las lanzas en ristre vinieron al galope contra nosotros..., sólo para encontrar otra devastadora descarga de flechas, que vaciaron otro puñado de sillas de montar.



Para entonces eran apenas diez los templarios que seguían controlando sus monturas y trepaban por la ladera en una línea desordenada, con los cascos de sus caballos haciendo temblar el suelo, pero los arqueros se mantuvieron en sus puestos, disparando ahora cada cual a su ritmo, pero deprisa y con una puntería mortal. Vi al caballero que venía al frente caer hacia atrás alcanzado en el centro del pecho por una flecha, y a otro hombre caer y quedar aplastado por media tonelada de carne cuando su caballo fue herido en el cuello por tres flechas en rápida sucesión. Un tercer hombre quedó ensartado por el muslo a la silla de montar y, cuando su caballo dio la vuelta, vi como una flecha penetraba en el otro muslo exactamente a la misma altura. En ese momento, nuestra caballería se lanzó al ataque.

Veinte jinetes con armamento pesado aparecieron por un lado de la cresta, con sus lanzas de doce pies tendidas al frente, y enfilaron lateralmente lo que quedaba de la línea de los templarios. Fue una maniobra clásica de la caballería, conocida con el nombre de *à la traverse*. Y acabó con los caballeros. Las largas lanzas atravesaron las cotas de malla y sus puntas afiladas se hundieron en la carne; y los templarios murieron, ensartados como liebres en el espetón o acuchillados por las espadas de nuestros jinetes cuando éstos dieron media vuelta para una segunda carga, tajando y pinchando a hombres ya asaetados por los arqueros. Un templario cubierto de sangre, con la lanza rota y espada en mano, había evitado las lanzas mortales de nuestra caballería y aún cargó sobre la línea de arqueros de la cresta. Llegó a veinte pies de distancia antes de que un puñado de flechas se clavaran simultáneamente en su pecho y su vientre, y se lo llevaran de este mundo pecador, aún lanzando gritos de desafío.

Con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta por la vergüenza que sentía, vi morir a aquellos hombres valerosos. Conseguí ponerme de pie no sé por qué, pues no había nada que pudiera hacer, y empecé a caminar hacia mi señor. Al acercarme más, oí a Robin dar órdenes para que nuestros jinetes persiguieran a los camellos y les dieran alcance antes de que llegaran al mar al galope. Luego empecé a desvariar delante de Robin, gritándole «asesino, asesino» con las lágrimas corriendo por mis mejillas.

—¡Los has matado, los has matado a todos!

—Ahora no, Alan —dijo Robin en tono helado—. Ahora no. Estás enfermo, deliras por la fiebre y no tengo tiempo de escuchar tus lloriqueos infantiles.

Y descendió por la otra ladera de la cresta con una veintena de arqueros jubilosos siguiéndole. Yo caí de rodillas; abrumado por la vergüenza, la rabia... y la culpa. ¿Cómo había podido suceder esto? Yo había venido a Tierra Santa a hacer el Bien, a llevar a cabo la obra de Dios, y ahora sabía que formaba parte de algo monstruoso y ruin, de algo realmente malvado, despreciable...

No sé cuánto tiempo pasé arrodillado sobre la roca, pensando en aquellos nobles

caballeros, asesinados en unos instantes para provecho de un hombre sin escrúpulos —creo que durante un rato llegué a perder la conciencia— pero por fin reuní fuerzas suficientes, me levanté y bajé tambaleante la ladera para reunirme con nuestros hombres, que habían detenido ya a los camellos en fuga y los tenían bajo control. Reuben estaba explicando en lengua árabe a los conductores que si se comprometían a obedecer y a conducir la caravana con su preciosa carga hasta un nuevo destino, una pequeña aldea a la orilla del mar llamada Haifa, donde la mercancía sería cargada en un barco, recibirían una recompensa y podrían marcharse libres al sur con sus camellos. Si no..., hizo un breve gesto con la mano plana sobre la garganta. No les costó mucho acceder a la propuesta.

Yo estaba equivocado al acusar a Robin de haber matado a todos los caballeros. No todos estaban muertos: tres templarios sobrevivieron a la batalla: heridos, ensangrentados, estaban ahora de rodillas y con las manos atadas a la espalda, sin sus yelmos, cada uno con un hombre armado vigilándolo a la espalda. Pero no mostraban miedo: sus ojos parecían iluminados por un fuego interior, una certeza acerca de esta vida y la futura; miraban orgullosos, desafiantes, a sus enemigos enmascarados. Uno de esos caballeros, pude ver con un sobresalto interior, era mi viejo amigo sir Richard at Lea.

—Nuestros rescates, señor, serán pagados de inmediato por el gran maestro, que se encuentra ahora en Acre... —estaba diciendo sir Richard a Robin, mientras yo me acercaba a ellos con paso inseguro. El sol se ponía en las aguas grises azuladas del Mediterráneo, proyectando en el suelo las sombras deformadas, grotescas, de los caballeros arrodillados.

—No habrá rescate —dijo Robin en voz alta camuflada por el pañuelo de seda, pero a pesar de eso sir Richard la reconoció.

—¿Eres tú, Robin de Sherwood, enmascarado como un cobarde? Si es así, déjame ver tu cara —dijo sir Richard, e intentó ponerse de pie. Fue empujado de nuevo al suelo por una mano pesada; era Little John quien estaba colocado detrás de él. Volvió la cabeza para mirar al gigante rubio que tenía a su espalda, enmascarado, pero su tamaño no dejaba lugar a la confusión—. Y sé que tú eres John Nailor, y ahí —señaló hacia mí con la barbilla, y yo me detuve en seco— está el joven Alan Dale. —El rostro bien parecido de sir Richard se contrajo de furia—. ¿Por qué nos atacáis? ¿Por qué habéis matado a mis hombres? ¡No somos enemigos vuestros! ¿Acaso no participamos todos en la misma misión aquí en Tierra Santa?

Calló de pronto cuando Robin se quitó el pañuelo de seda, y el rostro tenso y cansado de mi señor quedó claramente visible a la luz del día moribundo. Habló en tono frío a sir Richard:

—Ya está; ahora me ves, y puedo darte una última satisfacción —dijo—. Vamos a hablar como hombres, cara a cara. Y voy a decirte la verdad. Nunca he compartido tu

pasión por recuperar Jerusalén, y no tengo cuentas pendientes con Saladino ni con ningún sarraceno; no habría venido nunca aquí de no ser por ti. —Señaló a sir Richard con un dedo acusador—. No estoy aquí por mi libre voluntad, sino porque me forzaste a prometer que acompañaría al rey a esta tierra señalada por Dios.

Los hombres de Robin, al ver que su señor se había descubierto la cara, también se quitaron los antifaces.

—Me importa un comino quién posee Jerusalén, si los sarracenos, los judíos o los cristianos —siguió diciendo Robin—, pero por tu culpa, que te entrometiste en mi vida, y por el incumplimiento de las promesas de pagarme por parte del rey, ahora me veo endeudado con la mitad de los prestamistas de Europa y del Levante. He de conseguir dinero, y tú —Robin hizo una pausa, se encogió de hombros y por fin concluyó en voz más baja—, tú has vuelto a cruzarte en mi camino. Eso es todo.

Sir Richard se quedó mirando a mi señor.

—¿Eso es todo? Has matado a veinte hombres buenos, a caballeros nobles y decentes, por un poco de dinero. ¿Y dices que eso es todo? Dios te castigará sin duda por el delito que has cometido hoy —dijo alzando la voz—. Te dejo con tu conciencia y con el juicio de Dios.

Y le vi empezar a rezar en voz baja, murmurando las palabras familiares, «*Ave Maria gratia plena, Dominus tecum...*», entre dientes.

—Has visto mi cara, sir Richard, no puedo dejarte con vida. Ve con tu Dios, y sinceramente deseo que El te reciba con los brazos abiertos. John...

E hizo una seña a Little John que, vi con horror, empuñaba un largo cuchillo en la mano.

Tengo grabados a fuego en la mente los siguientes instantes, y ahí seguirán por toda la eternidad. La hoja de la mano de John emitió un destello al captar un último rayo de sol, y luego la mano se movió rápidamente de izquierda a derecha y silenció los rezos que musitaba sir Richard. Yo me había quedado paralizado, como una estatua de piedra. Vi caer a sir Richard, en aquel siniestro crepúsculo, y vi brotar la sangre caliente de su cuello y manchar la sobreveste blanca para regar luego la arena del desierto. Y de pronto, me recobré. Grité «¡No!». Y me abalancé hacia John, demasiado tarde pero decidido de todos modos a dejar clara mi protesta. Gritaba palabras incoherentes, y luego me volví, aterrado, cuando los otros dos templarios murieron también ante mi vista, y me giré de nuevo hacia Robin y empecé a gritar y a jurar como un loco; lloraba, gemía y agitaba los puños y le maldecía ante el cielo como un vil asesino, un hombre sin honor, un canalla maldito de Dios.

En medio de mi delirio, escupiendo saliva, vi que Robin apartaba la vista de mí y le oí decir:

—Hazle callar, John, ten la bondad.

Luego algo pesado golpeó mi cráneo, y el mundo se volvió oscuro.



Desperté en el soleado dormitorio del cuartel de los hospitalarios. Pero en esta ocasión no estaba Nur, ninguna mano blanca y dulce enjugó mi frente febril, ningún ángel de cabello oscuro me dio a beber un vaso de agua fresca. En cambio sí estaba William, con aspecto huraño y preocupado, y sosteniendo una jarra de loza agrietada llena de cerveza.

Me palpé con cautela la cabeza; tenía un grueso chichón en la parte posterior, del tamaño de un huevo de gallina, y un dolor como si me aplicaran una barra de hierro al rojo detrás de los ojos. Por lo menos mis amigos me habían llevado de vuelta a Acre, al parecer. Mi cuerpo estaba cubierto de sudor, y tiritaba de frío. Tomé la jarra de cerveza y la vacié de un trago. Luego me arrebujé en las mantas ásperas que me cubrían e intenté controlar mi tiritera.

—¿Dónde está Nur? —pregunté a mi muy angustiado escudero.

—Oh, señor —contestó—. Oh, se-se-señor, no lo sé. No la he vi-visto desde hace tres días, cu-cuando os fuisteis al ej-ejercicio con Robin. No está en los aposentos de las mujeres; Elise tampoco la ha visto. Pensamos que qui-quizá haya escapado para vo-volver a su pueblo.

—¿Llevo aquí tres días? ¿Y Nur se ha ido durante tanto tiempo?

La noticia hizo que la cabeza empezara a darme vueltas; no podía creer que me hubiera abandonado sin decirme nada. Un miedo espantoso se introdujo solapado en el interior de mi mente.

—Sí, señor. Murmurabais co-cosas espantosas, señor, de sangre, pe-pecado y el Jui-Juicio de Dios. Cosas terribles, señor, sobre el conde.

Incluso a pesar de la fiebre y del maldito dolor de cabeza, sentí crecer en mi cuerpo una oleada de pánico, de terror mortal por la vida de Nur. Y el nombre de ese terror era el de sir Richard Malvête. Me esforcé en suprimir el miedo de que la Bestia hubiera puesto sus sucias manos en ella, pero no pude.

—¿Dónde están todos los demás? —pregunté, porque me había dado cuenta de que el dormitorio estaba casi vacío. Ni siquiera estaban presentes los hermanos hospitalarios de la enfermería. La sala estaba casi desierta.

—To-todo el mundo ha ido a ver las ej-ejecuciones —dijo William.

—¿Qué ejecuciones?

—Saladino no ha entregado ni el rescate ni la Ve-vera Cruz, y el rey Ricardo ha or-ordenado que todos los prisioneros sean ejecutados.

—¿Todos? —exclamé, incrédulo—. Pero si son cientos, miles. No puede matarlos a todos.

—Sir Richard Malvête se encarga de esa ta-tarea, señor —dijo William con una cara perfectamente inexpresiva—. Se-serán ejecutados fuera de las mu-murallas de la

ciudad, a la vista de to-todo el mundo, hoy a mediodía, señor.

—Será mejor que me ayudes a vestirme, William.



Las almenas de Acre estaban abarrotadas de gente, y sólo a fuerza de codazos y empujones conseguimos William y yo encontrar un sitio, al norte de la puerta principal, desde el que podíamos ver lo que ocurría abajo. En una extensa área llana y arenosa, más allá de las trincheras excavadas durante el sitio de Acre, estaban alineados, fila tras fila, los prisioneros musulmanes, todos ellos sujetos con ataduras muy prietas y forzados a arrodillarse con las cabezas inclinadas. Supe más tarde por mi amigo Ambroise, que dejó escrita una descripción de la escena en su *Historia de la guerra santa*, y al que gustaba dar cifras exactas aunque sospecho que en ocasiones las hinchaba, que había dos mil setecientos prisioneros en aquella llanura de muerte. Y todos iban a morir. Los prisioneros condenados —hombres, mujeres y niños— armaban un alboroto estremecedor: lloraban, suplicaban, cantaban el nombre de su falso Dios, y estaban rodeados por tres lados por las filas de nuestro ejército, de modo que no tenían la menor esperanza de escapar. Hacia el sur pude ver a los arqueros de Robin con sus características capas verdes, y tras ellos a nuestra caballería en correcta formación. Pude incluso distinguir a Robin, perfectamente inmóvil en la silla de montar delante de la fila de los arqueros, a sólo veinte pies de los prisioneros más próximos. Hubo alguna rechifla y abucheos por parte de hombres de nuestro ejército, y llegué a ver que algunos hacían apuestas entre ellos, pero la mayoría estaban de pie en silencio, y presenciaron la matanza con la indiferencia con que los palurdos asisten a una compraventa de ganado en una feria rural.

Los hombres de Malvête ya habían empezado su siniestra tarea, y trabajaban de dos en dos: había seis parejas de soldados, y cada una se hacía cargo de una fila de prisioneros. El primer soldado despojaba al prisionero de cualquier gorro o tocado, turbante o pañuelo que llevara en la cabeza o al cuello, para despejar el camino a la acción de la espada, y luego sujetaba a la víctima por los cabellos, mientras el segundo hombre asestaba golpes en el cuello de la víctima hasta que la cabeza se desprendía. Era una tarea lenta, sucia, sangrienta, y las sobrevestes escarlatas y azules de los verdugos pronto se tiñeron de un rojo negruzco uniforme. A veces hacían falta hasta cuatro tajos para separar la cabeza del cuerpo, y muchas víctimas vivían aún después del primer golpe recibido en el cuello. Desde luego los más fáciles de matar eran los niños, que a menudo eran despachados con un solo golpe. Una pareja de verdugos era particularmente torpe, y erraban sus golpes tajando en la espalda o el cuero cabelludo de la víctima, entre las carcajadas de la multitud. Malvête supervisaba toda la operación, y en ocasiones se acercaba impaciente a alguna de las

parejas de verdugos más chapuceras y, pisando con sus botas los charcos de sangre, empujaba a un lado a sus hombres y él mismo cortaba el cuello de la víctima con su espada larga para acabar de una vez el trabajo.

Desde nuestra posición en lo alto de las almenas, William y yo alcanzábamos a ver en su conjunto toda la atroz escena, pero las personas parecían títeres, y la ejecución masiva tan sólo una representación teatral. Mientras yo miraba, una pareja de mesnaderos salpicados de sangre acabó de despachar una fila de doscientas víctimas, y después de limpiar la sangre de sus respectivas espadas con manos chorreantes, se dirigió con toda calma a la primera víctima de la siguiente fila. Un tajo, otro tajo, un gran chorro de sangre y la víctima cayó decapitada a un lado, con el cuello bombeando aún sangre, mientras la cabeza rodaba un par de metros e iba a tropezar con la bota de otro soldado.

«¿Qué le está ocurriendo al mundo?», me pregunté a mí mismo en silencio. «¿Se han vuelto locos todos los hombres? ¿Por qué Dios no detiene una cosa así? ¿Estoy atrapado en una pesadilla odiosa, en un mundo donde no existe la compasión, en un universo sin Dios, de sangre y muerte indiscriminadas?». Pero incluso mientras pensaba aquello, una idea aún peor se abría paso, viscosa y escurridiza, en el interior de mi cerebro: «No sientes nada —dijo la voz de aquel gusano agazapado en mi interior—. Estás viendo el horror auténtico, la estremecedora brutalidad, la sangre vertida a una escala masiva... centenares de hombres, e incluso niños, masacrados delante de nuestros ojos, y no sientes nada. ¿Aún eres humano? ¿Has perdido la capacidad de sentir nada?».

La cabeza me daba vueltas, y cerré los ojos; las imágenes de la matanza me daban vueltas todavía en el cerebro: el cuerpo de sir Richard at Lea cayendo sobre el suelo rocoso, y su sangre brotando negra como la brea; las cabezas cortadas esparcidas sobre la arena de la llanura que se extendía delante de mí, como si se tratara de coles podridas arrancadas del huerto; el tajo de una espada sobre el hueso, una maldición, un brote de risa entre la multitud, cuando los soldados fallaban el golpe. El mundo giraba como la peonza de un niño; sentí que mi cuerpo empezaba a flaquear, que mis piernas se deshacían.

—William —susurré—, creo que necesito volver al dormitorio.



La fiebre volvió aquella noche con la saña de un lobo rabioso. Y con ella volvieron los muertos. Mis muertos: los fantasmas de todos los hombres cuyas vidas había tomado, todos los hombres a los que había visto morir, y eran muchos. Grité en sueños cuando imágenes demasiado terribles para soportarlas llegaron arrastrándose a mi cerebro desquiciado. Vi al primer hombre que maté en mi vida, en una ya muy

antigua escaramuza en el bosque de Sherwood, y su rostro joven me sonreía mientras del cuello manaba sangre por el tajo de mi espada. Estaba cortando la garganta a mi madre mientras sir Richard at Lea lo observaba con entera despreocupación, y decía: «Tenía que morir, Alan, se había cruzado en mi camino». Vi de nuevo a Little John blandir su gran hacha y cortar las piernas y un brazo a un bandido atado al suelo de un bosque, y a Robin, riendo, que empujaba con el pie a un prisionero sarraceno, y aullaba con una alegría demoníaca mientras la cabeza caía y rodaba dejando un rastro de sangre en la arena.

Perdí la conciencia de si dormía o estaba despierto: los muertos llegaron hasta el borde de mi cama durante aquella larga noche y me hablaron, y yo deliré y les grité, les supliqué que me dejaran en paz. Malvête se presentó ante mí con dos cabezas cortadas de niños, una en cada mano, como dos monstruosas naranjas teñidas de sangre, y me dijo que debía comérmelas: «La fruta fresca limpiará tu cuerpo de malos humores», dijo, pero con la voz de Reuben. Luego soltó su profunda risotada burlona.

Había otra figura en la habitación; pequeña, oscura, vestida de negro de los pies a la cabeza, con la cara enteramente tapada por un velo negro. La figura vino hacia mí, con una vela en la mano: yo me eché atrás en mi cama, balbuceando por el espanto, y una manecita blanca vino a acariciar mi frente, y su tacto era fresco y perfumado. Supe con alivio que era Nur, que mi hermosa Nur había vuelto a mi lado; mi preciosa amiga estaba otra vez a mi lado. Pero no le podía ver la cara. Alargué la mano, agarré el velo negro y tiré. El velo se deslizó con facilidad de su cabeza..., y yo grité, grité y grité, tan fuerte como para despertar a mil cadáveres de sus ataúdes.

En lugar del rostro gracioso de mi amada, lo que vi fue un monstruo, una caricatura de la belleza de la muchacha que conocía. Los labios habían sido arrancados, dejando a la vista las dos hileras de dientes y las encías desnudas y rosadas, como en la mueca fija de una calavera; el pelo había sido rapado y era sólo un vello negruzco e irregular; le habían cortado la nariz, dejando tan sólo un agujero rosado, con una costra de sangre y moco, y sus hermosos ojos oscuros estaban ahora enrojecidos por el sufrimiento. Apartó la cabeza y se agachó para recoger el velo, que había caído al suelo, y vi que también las orejas faltaban, y en su lugar colgaba sólo un resto de lóbulo debajo de dos pequeños agujeros ensangrentados a ambos lados de su cabeza.

Yo miraba a mi amada Nur con asombro y un profundo horror; ella acercó su cabeza a mi rostro, apenas un instante, y juro que no pude evitar un gesto instintivo de rechazo por su fealdad. Ella lo vio, atrapó el velo con su mano blanca, se envolvió en él la cabeza, dejó caer la vela al suelo y salió corriendo de la habitación, dejándome sólo el susurro de su vestido al rozar las losas a su paso, y el leve aroma de su perfume.



Mis gritos habían despertado al dormitorio, y poco después recibí la visita de sir Nicholas de Seras, con una linterna en la mano y el pelo gris alborotado por haberse visto arrancado de su sueño.

—De modo que vuestra joven amiga ha venido a veros —dijo—. Le pedí que no os visitara hasta que estuvierais del todo recuperado. Pero veo que no me ha hecho caso. ¿Os ha asustado?

—¿Qué le ha ocurrido? Dios mío, era tan... tan hermosa, tan perfecta...

—No me ha querido decir quién le hizo esas penosas heridas, pero tengo la impresión de que ha sido uno de vuestros caballeros. ¿Habéis ofendido a alguien, recientemente? También ha sido violada, de una forma muy brutal..., nuestros hermanos médicos han tenido que coser esas partes. —Hablaba con total naturalidad de aquella operación íntima—. Pero no tiene nada malo, Alan. Es una muchacha sana, y sus heridas afectarán más que nada a su vanidad. Con el tiempo se recuperará, si Dios quiere..., y si vos la ayudáis con vuestro cariño, claro está.

Lo que dijo el monje hospitalario era sin duda cierto. Pero para una persona que ha sido tan hermosa, ¿qué clase de vida sería la de alguien monstruoso, una rareza repulsiva, que haría apartarse de ella corriendo a los niños aterrorizados? ¿Y yo? Le había jurado amarla siempre: ¿podría amarla ahora que había sido despojada de un modo tan brutal de su belleza? No quise pensar en aquello.

Sentí una oleada de furia contra Malvête, porque estaba seguro de que había sido él, o sus secuaces, quien la mutiló. Pude oír de nuevo en mi mente sus palabras: «Has acuchillado a otro de mis hombres, niño cantor. Creo que ahora me toca a mí hacer lo mismo con uno de los tuyos». En aquel momento, me avergüenza decir que también sentí autocompasión. Él se había llevado la única cosa verdaderamente hermosa presente en mi vida, y la había deformado hasta convertirla en un monstruo. Y también me sentí culpable. De no haber intentado matar a Malvête de aquella forma chapucera, ella no habría sufrido ningún daño.

Y más culpable aún porque, en el fondo secreto de mi corazón, sabía que nunca podría amar de verdad a Nur con el aspecto que tenía ahora.



## Capítulo XVII

**D**esperté la mañana siguiente con la cabeza despejada pero muy débil..., y sabiendo exactamente lo que debía hacer. Sería humillante, pero tenía que ir a ver a Robin y pedirle perdón. Sin su ayuda y su protección no tendría ninguna posibilidad de enfrentarme a Malvête para vengarme del daño horrible que había hecho a mi amada.

No había rastro de Nur en los aposentos de las mujeres, y Elise me dijo que se había llevado sus pertenencias en algún momento de aquella noche, y había desaparecido. Will Scarlet acompañaba a su esposa cuando hablé con ella, y los dos parecieron complacidos al verme recuperado de mis fiebres. Yo me sentí vergonzosamente aliviado al saber que Nur se había marchado. No tenía idea de lo que podía decirle. Le había prometido amarla siempre, y protegerla, pero sabía cuál era la verdad: no me veía capaz de hacer ninguna de las dos cosas. Se había ido y, para ser sincero, en parte me sentí liberado. Otra parte de mí mismo, en cambio, sufría por la hermosa muchacha que había compartido mi cama los últimos meses; la primera mujer que ocupó realmente un lugar en mi alma.

Elise conocía los secretos de mi corazón, no sé muy bien cómo. Puede que fuera por intuición femenina ordinaria, pero también es posible que poseyera un don especial. En cualquier caso, siempre recordaré sus palabras:

—Siento pena por tu amor, Alan —me dijo—. Te entró por los ojos, como te dije, y ya ves que se ha ido por el mismo camino. Pero no te culpes a ti mismo, porque ésa es la condición inconstante de los hombres; sois incapaces de amar de verdad, como ama una mujer, con todo el corazón. Pero es así como Dios, en su infinita sabiduría, os ha hecho.

Me presenté a Robin en su palacio junto al puerto, e hincé la rodilla delante de él. Había preparado mi discurso mientras iba caminando hasta allí, pero cuando se lo recité, me di cuenta de que no sonaba ni la mitad de elocuente de lo que me había parecido, ni la cuarta parte de sincero. Acabé pidiéndole perdón por las acusaciones que le hice después del ataque a la caravana de camellos, y añadí que, de no haber sido por la fiebre que me atacaba la cabeza, nunca habría dicho nada parecido.

—Lo dudo mucho —contestó Robin en tono frío—. Creo que, con o sin fiebre, pensabas de verdad cada palabra que pronunciaste. Creo que quieres que te ayude a matar a sir Richard Malvête, y que ésa es la razón por la que estás aquí, de rodillas,

pidiéndome abyectamente perdón. No importa. Le echaremos la culpa a la fiebre, si lo prefieres. Pero te digo desde ahora mismo que, si vuelves a hablarme de ese modo, con fiebre o sin ella, te mataré por tu insolencia. Ahora, ve a recoger tus cosas; nos vamos mañana. Esta Gran Peregrinación —en su voz había un leve tono de sorna— va a emprender el camino de Jerusalén.

Me volví para marcharme, pero me paró y me dijo con una voz diferente, más cálida:

—Alan, siento muchísimo lo que le ha ocurrido a Nur.

—No dije nada pero sentí que las lágrimas se agolpaban detrás de mis párpados y se formaba un nudo en mi garganta—. Si hay algo que yo pueda hacer... —dijo, sin terminar la frase.

Luego suspiró, y cambió otra vez de tono:

—Alan, hace algún tiempo me dijiste que creías saber quién está intentando matarme. Ten la bondad de darme su nombre.

Me di la vuelta y miré a mi señor. Sus ojos plateados perforaban los míos, obligándome a revelar lo que sabía. Me encogí de hombros y me sequé la cara sudorosa.

—Pensaba que había sido Will Scarlet con la ayuda de Elise, que ahora es su esposa —dije con un fuerte resoplido, y la vista clavada en el suelo.

Robin pensó un buen rato, mientras se acariciaba la barbilla.

—Sí, todo encaja —dijo por fin—. Estaba resentido por haber sido azotado y degradado, a pesar de que lo merecí. Lo humillé delante de sus hombres, y puede que eso fuera un error. Y siempre ha tenido libre acceso a mis aposentos. Ella le ama, conoce la región donde ocurrieron los atentados, entiende de serpientes y de plantas venenosas. Sí, veo posible que sean ellos los asesinos.

—Pero no son ni Will ni Elise —dije, sin expresión. Robin me miró, y sus ojos relucieron peligrosamente.

—No juegues conmigo, Alan, te lo advierto.

—No pueden ser ni Will ni Elise porque se estaban casando el día siguiente al de la toma de Acre, en el momento en que alguien empujó un bloque suelto de la muralla cuando tú pasabas. Pregunté a Elise la fecha y la hora exacta de su boda, y comprobé lo que me dijo con el padre Simón, que ofició la ceremonia. Se encontraban en el porche de una iglesia en la parte sur de Acre a la misma hora en que fuiste atacado, y cuentan con una docena de testigos. No pueden haber sido ellos.

—Muy bien —dijo Robin, desanimado—. Pero ¿seguirás investigando? —Yo asentí—. Si me das el nombre del culpable, tendrás mi perdón completo y firme por tus palabras insolentes del otro día, y te ayudaré a acabar con Malvête tan rápidamente como quieras —dijo. Era un buen trato, y cuando nos estrechamos las manos para sellar el pacto, me sorprendió advertir que todavía sentía una pizca de

cariño por aquel hombre codicioso y descreído, por el monstruo asesino que ahora sabía que era.



Al día siguiente, el ejército se reunió en la llanura de las afueras de Acre donde, dos días antes, Malvête y sus hombres habían segado tantas vidas inocentes. Se habían transportado hasta este lugar grandes barriles llenos de arena recogida en las playas, que se esparció sobre la sangre, pero el hedor de la matanza seguía prendido en el aire como una maldición.

La misma mañana, más temprano, me alegré al tropezarme con Ambroise, mi rechoncho amigo *trouvère*, cuando fui a recoger mis arreos a los establos. Después de intercambiar algunas bromas, le pregunté qué es lo que había impulsado al rey Ricardo a tomar la horrible decisión de matar a todos los prisioneros sarracenos; me desconcertaban algunos actos de mi soberano, y admito que mi fe en él como el más noble de todos los caballeros cristianos se había visto duramente puesta a prueba.

—No era una decisión fácil, lo sé —dijo Ambroise—, pero sí necesaria. Dejando a un lado la represalia por toda la sangre cristiana derramada por esa gente durante el sitio, por todos esos disparos de ballesta desde las almenas contra nuestro campo, ¿qué se supone que podía hacer Ricardo con ellos?

—Podía haber esperado más tiempo el pago del rescate —dije—, y liberarlos entonces. Saladino tiene fama de caballeroso, de hombre de palabra; sin duda, habría pagado de haber dispuesto de más tiempo. ¿No es así?

—Oh, Alan, ¡qué ingenuo eres a veces! Sí, dicen que Saladino es caballeroso, pero también es un guerrero, un gran general. Mientras Ricardo tuviera a esos cautivos, no podría moverse de Acre. Y Saladino lo sabía, y por esa razón retrasó el pago tanto tiempo como pudo. En efecto, Ricardo se encontraba inmovilizado debido a los prisioneros. No podía permitirse dejarlos ir; de inmediato habrían ido a engrosar las filas enemigas; tampoco podía llevárselos consigo al marchar hacia el sur sobre Jerusalén; piensa en los hombres que exigiría la vigilancia continua de casi tres mil personas durante una marcha larga por un camino polvoriento, y alimentarlos y darles de beber habría sido también un problema costoso. No, no podía dejarlos marchar, y tampoco llevarlos consigo. Esperó a que Saladino los rescatara, pero cuando quedó claro que el sultán sarraceno no iba a pagar (ni a separarse de la porción de la Vera Cruz), a Ricardo no le quedó otra opción que hacer lo que hizo.

Yo sacudí la cabeza. Estaba seguro de que había otras muchas opciones.

—Había otra razón que justificaba toda esa sangre —siguió diciendo Ambroise—, y no menos importante. Hemos capturado Acre, pero no es la única fortaleza que habremos de tomar en nuestro camino a la Ciudad Santa; ni mucho menos. Están

Cesárea, Jaffa, Ascalón... y muchas otras, antes de llegar a Jerusalén. Y todas esas ciudades están observando con mucha atención el comportamiento de Ricardo aquí en Acre. ¿Y qué han averiguado? Que Ricardo sigue las leyes de la guerra: aceptará rendiciones y perdonará a los habitantes de esas ciudades, *siempre y cuando se respeten los términos pactados para la rendición*. Pero matará sin vacilar a quien se cruce en su camino o rompa un trato hecho con él. Esas ciudades han visto lo que hará Ricardo si es necesario, y apuesto a que su comportamiento en Acre facilitará enormemente la toma de las demás ciudades.

Me estremecí ligeramente. La actitud despiadada del rey Ricardo me recordó pormenorizadamente los puntos de vista implacables de Robin sobre la vida y la muerte.

Después, ya formado la misma mañana con la caballería de Robin y a la espera de órdenes, bajé la vista hacia la arena oscurecida y salpicada de manchas pardas que crujía bajo mis botas, y me pregunté si toda aquella sangre facilitaría de verdad a nuestros hombres la conquista de otras ciudades. Me pareció improbable: sin duda, si yo fuera el defensor de una ciudad y supiera que probablemente iba a ser ejecutado por Ricardo en caso de rendirme, lucharía con todas mis fuerzas para defender las murallas... hasta la muerte. Pero ¿qué sabía yo?



El rey había organizado el ejército en tres grandes divisiones, cada una de ellas compuesta por unos cinco o seis mil hombres, para la marcha hacia el sur. En la vanguardia, avanzaba la división de los favoritos del rey, entre ellos sir Richard Malvête, los caballeros templarios y hospitalarios, más los bretones, los hombres de Anjou y los poitevinos; en la segunda división, marchaban los contingentes ingleses y normandos, que guardaban la bandera personal del rey, el Dragón, y los flamencos mandados por James de Avesnes, y la tercera división la formaban los franceses y los italianos, mandados por el duque Hugo de Borgoña, el noble francés de mayor rango presente en Tierra Santa. Debíamos bordear la costa, con la flota protegiendo nuestra marcha, y los barcos más grandes transportarían el equipo pesado y las provisiones que necesitaríamos durante el camino. Así, con nuestro flanco derecho cubierto por la flota, sólo teníamos que preocuparnos del izquierdo.

Antes de partir, Robin convocó a todos sus lugartenientes y capitanes para darnos órdenes.

—Nos dirigimos a Jaffa, que está a ochenta millas de aquí y es el puerto más próximo a Jerusalén —dijo Robin, mientras sus oficiales formábamos un amplio círculo a su alrededor—. No va a ser una marcha fácil. Tendremos que tomar Jaffa si queremos entrar en Jerusalén, y Saladino está decidido a detenernos. —Miró a su

alrededor para asegurarse de que todos prestábamos atención—. Ocuparemos una posición retrasada dentro de la división central; la caballería formará en el centro, con sendas pantallas formadas por la infantería, los arqueros y los lanceros, a izquierda y derecha de los jinetes. Hemos de mantenernos juntos, marchar todos unidos, quiero recalcar este punto especialmente. Cualquier rezagado será fulminado por la caballería de Saladino. De modo que, si deseáis seguir vivos, no os quedéis atrás, ¿está claro? La tarea de la infantería será proteger a la caballería. En algún lugar del camino, nos enfrentaremos al ejército principal de Saladino, y si queremos vencerle habremos de mantener intacta la caballería. De modo que lo repito: los arqueros y los lanceros han de actuar como pantalla contra la caballería ligera enemiga, y su misión será proteger a toda costa a nuestra caballería pesada. Sir James de Brus tiene más experiencia acerca de nuestro enemigo, de modo que estimo que será útil escuchar su opinión. Sir James...

El escocés frunció el entrecejo y carraspeó para aclararse la garganta.

—De acuerdo con los pocos informes que poseemos, Saladino cuenta con una fuerza de veinte a treinta mil hombres, la mayor parte caballería ligera, pero también dispone de dos mil infantes nubios, de Egipto, armados con espadas y bien entrenados, y de algunos miles de excelentes jinetes berberiscos, lanceros en su mayoría. Su ejército supera al nuestro en número, pero el grueso de su fuerza, la caballería ligera turca, es más débil, hombre por hombre, que nuestros jinetes. Son rápidos, mucho más rápidos que nuestros corceles, pero sólo llevan una armadura ligera; aun así, emplean un arco corto que pueden disparar desde lo alto del caballo; sus armas secundarias son la espada curva o cimitarra, la jabalina y la maza. Uno contra uno, frente a frente, nuestros caballeros vencerían siempre a sus jinetes, pero no es así como luchan. No se enfrentan en masa al enemigo, y rehúyen la lucha cuerpo a cuerpo.

—Bribones cobardes —exclamó alguien, y sir James se detuvo y recorrió ceñudo el círculo de hombres.

—Esos hombres no son cobardes —dijo—. Su *táctica* —e hizo especial hincapié en la palabra— consiste en cabalgar cerca del enemigo, disparar sus flechas, matar a tantos como puedan y alejarse de nuevo sin llegar a trabarse cuerpo a cuerpo. De esa forma el enemigo recibe daño y no lo causa. No es cobardía, sino simple sentido común. Pero también tienen otra táctica cuando se enfrentan a caballeros cristianos, que consiste en hostigar al enemigo con sus flechas e intentar provocar una carga. Cuando nuestros caballeros cargan, los turcos se dispersan en todas direcciones, y la pesada embestida se encuentra de pronto sin ningún blanco preciso al que apuntar. Viene a ser como un gigante intentando sacudirse un enjambre de avispa. Nuestros caballeros se separan unos de otros, la fuerza de la carga se diluye y los jinetes, aislados y dispersos por el campo, pueden entonces ser rodeados y muertos por una

docena de enemigos más rápidos y ligeros.

Robin tomó entonces de nuevo la palabra:

—De modo que no cargaremos contra ellos. Nuestra caballería no deberá cargar hasta que estemos seguros de poder asestar un golpe contundente al grueso de su fuerza, y aplastarla. Y cuando nos ataquen ellos, será la infantería la encargada de absorber el golpe. Los arqueros, por supuesto, se tomarán la revancha cuando los tengan al alcance de sus armas, pero los lanceros habrán de resistir a pie firme y encajar con sus escudos lo que ellos decidan darnos. —En ese punto Robin esbozó una sonrisa helada—. Aunque no todo son malas noticias para los infantes —siguió diciendo Robin—. Se dividirán en dos compañías, y cada una de ellas se turnará para la defensa de la caballería, un día en el flanco izquierdo, el más próximo al enemigo, y al otro en el flanco derecho, entre la caballería y el mar, por lo que disfrutarán de un plácido paseo sin el menor peligro. Y quien tenga la suerte de resultar herido, podrá continuar el viaje en uno de nuestros preciosos y cómodos barcos.

Los hombres se echaron a reír, más por aflojar la tensión que porque el chiste fuera particularmente bueno.

—¿Está todo claro? —preguntó Robin—. Si es así...

—¿Qué haremos en caso de que nos ataquen directamente? Tendremos que cargar contra ellos —preguntó un caballero veterano de escasas luces, llamado Mick.

Robin suspiró.

—Habrá muchas fintas de ataques contra ti, pero tu tarea como jinete será sencillamente marchar, marchar, marchar en dirección sur hacia Jaffa; intenta metértelo en la cabeza, Mick. El enemigo quiere que cargues contra él porque es más rápido que tú y no podrás atraparlo, y de ese modo romperá nuestra formación. Y una vez haya roto nuestra cohesión, y los hombres se hayan dispersado, nos tendrá a su merced. De modo que, ¿qué es lo que vamos a hacer, Mick?

—Ah, oh, supongo que marchar, marchar y marchar al sur hasta Jaffa —dijo Mick, algo incómodo. Hubo más risas, y me agradó ver que Mick se sumaba a ellas.

—Buen muchacho —dijo Robin.



Era realmente un espectáculo admirable: como una gigantesca serpiente reluciente, el ejército cristiano partió de Acre con las banderas ondeando al viento, al son de los clarines, y el sol cegador arrancaba destellos de miles de cotas de malla, escudos, yelmos y puntas de lanza. Dejamos atrás una guarnición nutrida, a la mayoría de mujeres jóvenes que se habían sumado al ejército durante el viaje, incluidas la nueva esposa de Ricardo, la reina Berenguela, y su hermana la reina Joanna, y también de dos a tres mil soldados enfermos o heridos. Me pregunté qué habría sido de Nur, y si

volvería a verla de nuevo, y si deseaba que eso ocurriese, y luego expulsé de mi mente aquel pensamiento: no era momento para la autocompasión.

El rey Ricardo, majestuosamente cubierto por su más valiosa armadura con incrustaciones de oro, y con una corona dorada como remate de su yelmo cónico de acero, recorrió a caballo toda la línea, adelante y atrás, en aquel primer día, con un grupo de caballeros, para exhortar a los comandantes de las compañías a mantener bien juntas las líneas y no permitir que quedaran espacios huecos entre ellas. Parecía desbordante de energía, ahora que por fin emprendíamos la marcha hacia nuestro destino, y oíamos su voz vibrante alternativamente delante y detrás de nuestra columna, destacando sobre el ruidoso trajín de casi dieciocho mil hombres en marcha.

Nosotros marchábamos en la retaguardia de la segunda división, y yo por mi parte montaba a *Fantasma* al paso en una columna de a dos en la que formábamos los ochenta y dos jinetes supervivientes, encabezados por Robin y sir James de Brus. Como todos los demás, yo llevaba lanza y escudo, e iba tocado con un yelmo que dejaba la cara descubierta, cota de malla hasta las rodillas y camisa acolchada bajo la malla, a pesar del calor ardiente. Nos acosaban grandes enjambres de moscas que zumbaban y se posaban sobre nuestras caras para beber el sudor, por lo que siempre andábamos gesticulando para espantarlas y debíamos de tener el aspecto de un ejército de lunáticos, braceando y dándonos palmadas y cachetes mientras avanzábamos sudorosos bajo el duro sol de la mañana.

A mi izquierda caminaba la compañía de Little John, compuesta a partes iguales por arqueros y lanceros. A mi derecha, al otro costado de la columna de la caballería iban los hombres de Owain por el lado del mar. Contábamos con ciento sesenta y un arqueros listos para el combate, y con ochenta y cinco lanceros; lo sabía porque Robin me pidió que escribiera una relación detallada antes de ponernos en marcha. Algunos de nuestros hombres habían muerto en el camino hacia Ultramar, otros durante el asedio, y a otros aún hubimos de dejarlos en Acre enfermos de fiebres, pero la nuestra era de todos modos una hueste formidable. Los arqueros y lanceros habían sido repartidos en dos compañías, una mandada por Owain y la otra por Little John. Si nos atacaban, los lanceros debían formar un muro con sus escudos y mantenerse firmes, y los arqueros, colocados detrás de los lanceros, disparar sus flechas contra el enemigo. Nosotros, la caballería, no debíamos emprender ninguna acción ofensiva a menos que fuera absolutamente necesaria: como Robin nos había repetido una y otra vez, nuestra tarea consistía en marchar, marchar y marchar... y mantenernos juntos.

Detrás de nosotros marchaba una pequeña fuerza de soldados flamencos, y luego los caballeros franceses de la tercera división. Ellos formaban la retaguardia, y también tenían la misión de proteger el tren de la parte de la impedimenta que no iba

en los barcos: cuarenta traqueteantes carretas de bueyes, varias reatas de caballos de carga, y tres docenas de mulos. La mayor parte del equipaje viajaba a bordo de las galeras de la flota, que navegaban a la vista, al mismo ritmo que nosotros, sobre las plácidas aguas azules en las que los remos se hundían y se alzaban al sol despidiendo destellos de luz como sardinas recién pescadas e izadas a bordo.

A media mañana, era ya evidente que la columna tenía problemas. El hueco entre nuestra segunda división y los franceses de la tercera parecía crecer a cada paso. Y no podíamos frenar nuestra marcha porque eso significaría perder el contacto con los caballeros normandos que marchaban por delante. De modo que seguimos a nuestro ritmo, y el espacio entre nuestra compañía y los franceses se agrandó. En cierto momento, el rey Ricardo pasó a nuestro lado al galope, seguido por una estela de sudorosos caballeros de su séquito, y le oí gritar furioso al comandante francés, Hugo, duque de Borgoña, al que, entre exabruptos, dijo en términos inequívocos que acelerara la marcha. No pude oír la respuesta del duque, pero la reprimenda no tuvo el menor efecto, y el hueco en la columna en marcha siguió creciendo. A mediodía, después de haber recorrido tan sólo unos ocho kilómetros, nos detuvimos para almorzar y beber unos muy necesarios tragos de nuestros odres de agua. Fue entonces cuando vi por primera vez a los exploradores enemigos.

A unos trescientos metros a mi izquierda, cabalgando a lo largo de una pequeña cresta arenosa, vi una línea de jinetes: hombres flacos y bajos, montados en caballos pequeños y fibrosos. Llevaban las cabezas envueltas en turbantes negros, de los que sobresalía la punta de un casco de acero como un aguijón semioculto. Pude ver la forma de sus arcos cortos, que sobresalían de un estuche de cuero sujeto a la silla de montar. Tenían el aspecto de una cuadrilla de réprobos, con sus rostros oscuros y barbudos que parecían dirigirnos muecas burlonas y maliciosas, como relamiéndose de gusto por derramar la sangre de cristianos. A pesar del calor, sentí un escalofrío.

Cuando reanudamos la marcha, la caballería enemiga se mantuvo a la misma distancia, hora tras hora, con sus monturas al paso, sin acercarse. De tanto en tanto, un jinete se despegaba de la línea y galopaba en dirección nordeste, sin duda para informar al grueso de la hueste sarracena, que estaba fuera de nuestra vista, oculta en algún lugar de las colinas. Mediada la tarde, me di cuenta de que la línea de exploradores sarracenos había engrosado considerablemente: en lugar de una sola fila de caballos al paso ahora había una columna de a tres o de a cuatro jinetes. Y detrás de la columna enemiga alcancé a ver más jinetes que corrían a su encuentro. Miré hacia atrás: el hueco entre nuestra división y las filas de la caballería francesa se había hecho mayor incluso que por la mañana. Ahora había casi medio kilómetro de espacio vacío entre unos y otros.

—¿Paramos a esperar a los franceses? —pregunté a Robin. Sabía lo que iba a contestar antes incluso de haber terminado la pregunta.



—Tenemos órdenes —dijo escuetamente.

Me giré en la silla y miré de nuevo atrás. La tercera división estaba compuesta por poco más de un millar de caballeros montados, franceses en su mayoría, pero con un par de cientos de nobles italianos de renombre, procedentes de Pisa, Ravena o Verona. Iban acompañados por más de cinco mil lanceros y ballesteros, soldados sin montura, criados, muleros, carreteros y gentes de toda clase que se habían sumado a la caravana. A pesar de las órdenes tajantes del rey Ricardo, parecía incluso que se habían traído consigo a todas sus mujeres. A la vanguardia de la división, en una deslumbrante columna de a dos cabalgaban quinientos caballeros franceses, con espléndidas sobrevestes de colores variopintos y bajo llamativas banderas y gallardetes. Detrás de ellos traqueteaban las carretas de bueyes y las reatas de mulas, protegidas a uno y otro lado por la infantería: lanceros protegidos con armaduras de cuero y expertos ballesteros italianos, con las armas al hombro y cantando mientras marchaban. A retaguardia, marchaba otra doble hilera de jinetes. La formación era la adecuada para la defensa de la impedimenta, o lo habría sido de no ser por el hueco abierto entre la tercera división y el resto del ejército. No parecían tener ninguna sensación de urgencia, pero me di cuenta de que el problema estaba en las carretas de bueyes, que se movían con demasiada lentitud. A pesar de que avanzaban al paso, los caballeros de la columna delantera se veían obligados continuamente a detenerse para esperar a que les alcanzaran los grandes carros que les seguían. Y cada vez que lo hacían, el hueco abierto respecto de nuestra columna se agrandaba un poco más.

—Alan —dijo Robin—, busca al rey e infórmale de la situación; dile que corremos un peligro serio de dejar atrás a los franceses, y que deberíamos marchar más despacio. Ve, deprisa. No me gusta el aspecto de esos jinetes sarracenos.

Hice pasar a *Fantasma* entre dos lanceros de Little John y piqué espuelas. Mientras galopaba por el flanco izquierdo del ejército, miré hacia el este y vi lo que preocupaba a Robin. Un río de jinetes, cientos o tal vez miles de ellos, avanzaba por la llanura costera más o menos frente a la hueste de Robin..., pero en dirección al hueco abierto en la columna. Si se situaban entre el grueso de nuestro ejército y los franceses, podrían rodear el tren de la impedimenta y atacarlo a placer. Agaché la cabeza e hice correr a *Fantasma* tan velozmente como pude hacia el estandarte real, una enseña con los colores dorado y rojo que ondeaba al viento unos cientos de metros más adelante, y en lo que me parecieron tan sólo unos instantes, sin resuello, sudando como un esclavo, pedí a gritos a los caballeros del séquito que me abrieran paso y me encontré, de pronto, en presencia del rey. Parecía más viejo que la última vez que lo vi de cerca, en la playa de Chipre, y más agobiado, y supe que iba a añadir una preocupación más a las que ya tenía.

—Saludos del conde de Locksley, sire. Informa de que los franceses y el tren de la impedimenta se están quedando atrás, y estima que debemos marchar más despacio

o los perderemos. También parece que un contingente numeroso de caballería sarracena está a punto de introducirse entre nosotros y la tercera división.

—¡Así es, por Dios! William, Roger, Hugh, venid los tres conmigo; el resto, seguid adelante con la columna. Blondel —sonreí de placer al oír el apodo personal que me daba el rey—, ¿de cuántos jinetes dispone Locksley, ochenta más o menos, no es así? —Yo asentí con un gesto—. Muy bien, vamos a ver si valen para algo.

Mientras el rey, sus tres mejores caballeros y yo mismo volvíamos galopando a rienda suelta por el costado de la columna, advertí que era ya demasiado tarde. Tres o cuatrocientos sarracenos en formación laxa se habían lanzado al galope de sus mezquinos caballejos contra los caballeros que marchaban al frente de la división francesa. Todos empuñaban sus arcos cortos y, mientras nos acercábamos, lanzaron una nube de flechas que se elevó en el aire, descendió y fue a impactar en los escudos y las cotas de malla de los jinetes. Sin disminuir la carrera de sus monturas, los sarracenos sacaron nuevas flechas de las aljabas de sus sillas de montar, las montaron en sus arcos y dispararon de nuevo, y otra vez... y otra vez. Yo estaba asombrado, porque el ritmo de sus descargas era superior incluso al de nuestros arqueros de Sherwood, ¡y lo conseguían desde los lomos de un caballo lanzado al galope! Cuando los sarracenos estaban a punto de chocar con las filas de los caballeros franceses, que habían bajado sus lanzas y puesto sus monturas al trote para recibirlos, los sarracenos se desviaron de la línea de jinetes enemigos, cabalgaron veloces por el flanco de la división disparando otra lluvia de flechas que acribilló a caballos y hombres a corta distancia, y luego giraron y se alejaron por donde habían venido, volviéndose en sus sillas para enviar a los franceses una última descarga de flechas de sus arcos recurvados. Fue una exhibición asombrosa, y dudo que alguien en nuestro ejército pudiera competir con su destreza a lomos de un caballo al galope.

Mientras se alejaban de los caballeros, advertí algo extraño: aunque muchos franceses habían recibido impactos de flecha, y algunos tenían hasta tres y cuatro astiles clavados en la malla de acero que les protegía, las sillas de montar vacías eran muy pocas; demasiado pocas para la cantidad de proyectiles lanzados. Enseguida comprendí la razón: las flechas podían llegar en descargas nutridas y veloces, pero carecían de fuerza suficiente para atravesar una buena armadura, a menos que el jinete estuviera situado a muy corta distancia. Desde luego sus armas no tenían el poder destructivo de un arco de batalla cristiano, que podía lanzar flechas cuya punta penetraba por los intersticios de los eslabones de la malla de acero de una cota, atravesaba el fieltro acolchado que había debajo y se clavaba profundamente en la carne del caballero.

El rey estaba ya muy cerca de los hombres de Robin, y todavía a más de medio kilómetro de la división francesa, pero juro que oí el rugido de los caballeros franceses cuando picaron espuelas a los flancos de sus caballos y empezaron a

perseguir con entusiasmo a la caballería sarracena fugitiva.

—¡No, locos, no! —gritó el rey. Pero cuando llegamos jadeantes a la altura de Robin y su hueste, quinientos de los mejores caballeros de Francia galopaban enloquecidos por el campo que se extendía frente a nosotros, y sus gigantescos caballos de batalla, que soportaban el peso de hombres acorazados con armaduras de hierro, perseguían a los pequeños y ágiles ponis que se alejaban hacia el este por un terreno quebrado y poblado de matorral. Los caballeros cargaron formando una masa compacta, pero al llegar a las colinas se dividieron en pequeños grupos de dos y de tres, y corrieron detrás de los sarracenos como un grupo de perros en un pajar infestado de ratas. Y peor aún, apenas se produjo la carga de los franceses, otro grupo más pequeño de sarracenos, formado tal vez por doscientos guerreros, apareció desde detrás de una loma alargada y cargó directamente contra el ahora desprotegido frente del tren de la impedimenta. Con una velocidad vertiginosa, quebraron la línea de ballesteros apresuradamente formada para cerrarles el paso, acuchillando a los infantes con sus cimitarras o empujándolos a un lado con sus ponis, y empezaron a masacrar a los conductores desarmados de las carretas de bueyes, y también, agachándose hasta doblarse por debajo de sus sillas de montar, a desjarretar a las bestias de tiro. En una docena de segundos, todo el tren de la impedimenta quedó paralizado. Los caballeros franceses situados en la retaguardia de la tercera división estaban demasiado lejos para servir de ayuda, y a pesar de que un puñado de infantes y lanceros lucharon con valentía, no eran rivales de talla para los veloces jinetes enemigos.

Delante de nuestros ojos, los sarracenos acabaron con los soldados de a pie, acuchillándolos en la cara desprotegida o cortándoles las manos con sus crueles espadas curvas, y empezaron a saquear el tren del equipaje. Fue una carnicería, los infantes retrocedieron con las caras empapadas de la sangre que brotaba de heridas terribles, y otros sencillamente echaron a correr hacia la retaguardia. Los bueyes mugían de dolor, los carreteros intentaban esconderse debajo de sus pesados carruajes para escapar de la furia de los salteadores..., y los sarracenos, sin casi oposición, se llevaban paquetes, ropas, objetos valiosos, víveres, y se alejaban tranquilamente al trote, con su botín colgando pesadamente de la silla de montar.

Nosotros no nos habíamos quedado de brazos cruzados. Los ochenta hombres rudos y bien entrenados de la caballería de Robin habían vuelto grupas y formado en dos filas, con las lanzas alzadas, y al grito de «¡Adelante!» dado por el rey, avanzamos al trote hacia el caos sangriento de la división francesa.

Los hombres avanzaron en filas perfectamente rectas. A una voz de mando de sir James, las lanzas de la primera fila bajaron a un tiempo y cuarenta jinetes se lanzaron adelante como un solo hombre. La primera línea cubrió el espacio que le separaba del tren de la impedimenta en diez segundos, y chocó con el puñado de sarracenos que se

habían mostrado demasiado codiciosos, o simplemente lentos en el momento de emprender la fuga. Unos instantes después, siguió la segunda fila. Las horas y horas de paciente entrenamiento de sir James de Brus revelaron todo su valor. Las dos líneas de jinetes revestidos de acero barrieron el frente como una hoz siega las mieses, y las largas lanzas se cebaron en el enemigo en desorden, atravesando a hombres montados y arrojando al suelo sus cuerpos perforados. Con todo, sólo algunas docenas de asaltantes cayeron bajo nuestras afiladas lanzas; la mayoría de ellos vieron nuestra aproximación, y huyeron al galope hacia el este, con las cabezas vueltas para observarnos, a toda la velocidad a la que podían llevarles sus ponis.

Y entonces, después de expulsar al enemigo lejos de los carros y de tomar en la punta de nuestras lanzas a tantos hombres como pudimos, hicimos lo correcto. Detuvimos la carga con un control ejemplar unos cientos de metros más allá de la carreta delantera volcada, y regresamos a la seguridad de la división. Yo no maté a nadie; de hecho, en ningún momento estuve a una distancia menor de veinte pies de un sarraceno, pero el orden se había restablecido en el tren de la impedimenta poco tiempo después, y los asaltantes desaparecieron de nuestra vista.

—Un trabajo bien hecho, Locksley —dijo el rey a Robin—. Muy bien hecho.

Y mi señor se inclinó con gravedad en la silla ante su soberano, pero a mí me pareció ver un destello fugaz de intenso alivio en su rostro, tan breve como un relámpago de agosto.

—Blondel.

Mi rey me estaba llamando a mí.

—¿Sire?

—Vuelve a la cabeza de la columna. Ve y di a Guido de Lusignan que se detenga... Perdón, quiero decir que ruegues con la mayor cortesía a Su Majestad el Rey de Jerusalén que detenga la marcha a solicitud mía. Acamparemos aquí hoy e intentaremos poner arreglo a este desbarajuste. Ve ahora mismo. Deprisa.

Y, dicho esto, me lancé al galope.



Ya hacia el final de aquella tarde fueron llegando al campamento los caballeros franceses en un lento goteo, de uno en uno o de dos en dos, exhaustos, sedientos, con los caballos cojeando y cubiertos de sudor. Su carga no había tenido ningún efecto sobre el enemigo, porque sus lanzas no encontraron otra cosa que el vacío. No consiguieron nada, y perdieron a más de la mitad de sus hombres en la encarnizada escaramuza que siguió. Cuando la carga fracasó, los caballeros se encontraron dispersos, solos en un territorio desconocido, y rápidamente se vieron rodeados por enjambres de sarracenos que parecían brotar de la nada. Muy pronto sus caballos

fueron muertos, atravesados por docenas de flechas, y entonces los infortunados nobles fueron o bien hechos prisioneros o bien acuchillados por enemigos superiores en número en una proporción de diez contra uno. No más de doscientos de los caballeros que tan bravamente cargaron aquella tarde regresaron al campamento por la noche, y muchos de ellos con heridas tan graves que habrían de llevarlos a presentarse cara a cara ante su Creador no mucho tiempo después.

Lo supe por Will Scarlet, que vio llegar cojeando a algunos de los caballeros franceses supervivientes y habló con sus sargentos. Will se había portado bien en nuestra breve carga contra los saqueadores de los carros. Mató a un hombre con su lanza, ensartándolo por la cintura, encima de la cadera, cuando el sarraceno intentaba escapar con dos sacos de grano tan grandes que habían frenado decisivamente a su caballo. Se sentía eufórico por haber asestado —según sus propias palabras— «un golpe lleno de orgullo por Cristo», y yo me alegré por él. No pude recordar por qué razón había sospechado que Will era el potencial asesino de Robin. Al mirar su cara llena de honradez con la alegre sonrisa que descubría la falta de un diente mientras me contaba de nuevo cómo había dirigido la punta de la lanza para asestar el golpe mortal, me di cuenta de que era un verdadero amigo, y un buen hombre para tenerlo a mi lado ahora que nos encontrábamos tan lejos de nuestro hogar y en territorio enemigo. Sentí que me invadía un desánimo total al pensar en Inglaterra; añoraba el aire frío de Yorkshire, añoraba Kirkton y ansiaba ver de nuevo a mis amigos Tuck, Marian y Goody. Durante un breve instante de aflicción, deseé tan sólo una cosa: encontrarme de nuevo en casa.

Al día siguiente no nos movimos de donde estábamos, a una distancia de Acre que podía cubrirse a caballo en una mañana, y no vimos a ningún enemigo salvo las siluetas de algunos exploradores solitarios recortándose en el horizonte. El rey había decidido reorganizar las divisiones, para vergüenza de los franceses. En adelante, decretó Ricardo, los caballeros templarios y hospitalarios se turnarían en la protección del equipaje del tren de la impedimenta. Era la posición de mayor peligro y, en consecuencia, del máximo honor, y el rey había decidido relevar a los franceses de esa tarea. Era un bofetón al honor de Hugo de Borgoña, desde luego, pero el rey estaba furioso al ver que sus órdenes habían sido desobedecidas ya el primer día de marcha, y no podía dejar de castigar al duque.

Ricardo comprendió también que, con el calor de aquel final de verano —estábamos en los últimos días de agosto—, no podíamos marchar en las horas del mediodía, de modo que ordenó que al día siguiente nos levantáramos todos antes del alba y estuviéramos listos para marchar con la primera luz. Y así lo hicimos en adelante: echábamos a un lado las mantas cuando la luna estaba aún alta; ensillábamos nuestras monturas prácticamente a tientas, formábamos en la oscuridad, y nos poníamos en marcha cuando las primeras claridades rosadas apuntaban en el

cielo por encima de las montañas del este. Cada día nos deteníamos antes del mediodía, montábamos el campamento y dábamos de comer y de beber a los caballos, antes de derrumbarnos agotados en cualquier sombra que podíamos encontrar para dormir durante la tarde.

Aunque viajábamos sólo por la mañana, la marcha resultaba muy dura. El problema para mí no era tanto la cota de malla y su revestimiento interior de cuero fino, con todo su peso considerable, como la camisa interior de fieltro que debía llevar debajo de la cota para acolchar el roce con el acero y como protección añadida contra las flechas de los sarracenos. Era casi imposiblemente calurosa, y sin embargo no me atrevía a quitármela mientras marchábamos, ya que durante el día la amenaza de la caballería enemiga pesaba de una forma constante sobre nosotros.

Éramos atacados en alguna sección de nuestra columna de modo casi continuo, en pequeñas incursiones de hostigamiento dirigidas contra aquellos puntos en los que el enemigo percibía alguna debilidad. Aparecían de pronto un par de centenares de sarracenos cabalgando con la rapidez del viento, se colocaban en paralelo a nuestra marcha, lanzaban flecha tras flecha contra nuestras filas, y luego se alejaban al galope, lanzando siempre una última andanada con sus arcos mientras se retiraban.

Era algo humillante más que realmente peligroso, por lo menos para los hombres de la caballería pesada. A menos que fueran disparadas desde muy cerca, las flechas no podían penetrar la malla y la camisa interior de fieltro, pero los astiles prendidos en los eslabones de nuestras mallas hacían que, después de un prolongado ataque de la caballería enemiga, tuviéramos el aspecto de puercoespines humanos. El impacto de cada flecha no era más fuerte que el bofetón de la mano de un hombre, pero de todas formas resultaba enervante y doloroso sentir el golpe seco del arma en nuestro cuerpo, por mínimo que fuera el daño. Quienes corrían un peligro real eran los arqueros —que se fabricaron escudos improvisados con viejos cestos de juncos o cajas de madera vacías, y llevaban tanto relleno acolchado como podían soportar con aquel calor asfixiante— y los caballos: protegidos tan sólo por una gualdrapa de tela, aquellos bravos animales eran especialmente vulnerables a las flechas. Aunque no penetraban más de tres dedos en los músculos del animal, media docena de flechazos podían llevar al pánico a un caballo, y de hecho varios de ellos enloquecieron durante la marcha y mataron a hombres de nuestro propio bando. Los coceaban o los mordían con una furia demoníaca, hasta que algún caballero ponía fin a su sufrimiento con la espada o, más frecuentemente, con un virote de ballesta o una flecha disparados desde pocos metros de distancia.

La compañía de Robin sufría menos que la gran mayoría del ejército. Los sarracenos aprendieron pronto que, si se acercaban demasiado a nuestras filas y a la bandera de la gran cabeza de lobo, perdían muchos hombres bajo las flechas certeras de nuestros arqueros. De hecho, sólo nos vimos seriamente atacados en tres ocasiones

a lo largo de los diez días en que marchamos por aquel terreno incandescente de calor.

Pasamos de largo ante Cesárea, que había sido arrasada por Saladino, sin detenernos siquiera a beber en la otrora orgullosa ciudad bíblica, pero no nos faltaron los víveres, a pesar de que el tren de la impedimenta fue atacado en alguna ocasión casi todos los días. En las primeras horas de la noche, las galeras de la flota se acercaban a la orilla y nos hacían llegar víveres, suministros y, en ocasiones, grandes barriles de agua dulce y de cerveza. Y en conjunto comíamos bien, aliviados por el aire fresco del atardecer. Una noche el rey nos pidió a mí y a otros *trouvères* que nos reuniéramos con él alrededor en su fogata y cantáramos, pero aunque intentamos crear algún entretenimiento, bebimos su vino y compusimos versos juntos, la cena resultó incómoda. Sir Richard Malvête estaba presente, y se pasó toda la comida observándome a través del fuego con sus ojos rasgados de fiera, sin abrir la boca. Me pareció ver la cara mutilada de Nur flotando junto a su hombro, y eso me quitó la inspiración para versificar. Por su parte, el rey había recibido una lanzada en el costado durante un ataque a la columna; no era una herida grave, pero sí suficiente para dolerle cuando se movía demasiado deprisa, y por tanto tampoco se mostró en su mejor forma como improvisado músico. Y más importante aún, parecía un disparate cantar versos ingeniosos sobre bellas damas y sus elegantes juegos amorosos, cuando nos encontrábamos en medio del desierto, los gritos de los heridos rasgaban la noche y un poderoso ejército de paganos aguardaba en alguna parte, en la oscuridad, con la intención de darnos muerte al día siguiente.

—El conde os re-reclama en su tienda, con la mayor ce-celeridad posible —dijo William.

Encontré a Robin en su pabellón, sentado sobre una caja vacía y con la espada desenvainada en la mano.

—¿Qué ocurre, señor? —pregunté al entrar. Robin señaló con la barbilla la cama, un simple jergón de paja cubierto con una burda manta de lana.

—Retira la manta, con cuidado. Esta vez no es una serpiente —dijo. Sentí que se me erizaba el pelo de la nuca. Y con mucha cautela aparté a un lado la manta de lana. Luego di un paso atrás con una mueca de repugnancia: en el centro de la cama había una bola peluda de color pardo moteado de negro, tan grande como mi mano, que movió muy despacio una de sus muchas patas pegajosas.

—¿Qué es? —preguntó Robin. Su tono era lo más frío e indiferente posible, el tono que empleaba cuando sentía una emoción muy fuerte y quería disimularlo.

—Creo que es una araña, pero nunca había visto una tan grande —dije—. Reuben lo sabrá.

De pronto Robin se movió: se puso en pie, levantó la espada y golpeó con un solo movimiento fluido, partiendo en dos la bestia peluda por el centro del cuerpo. La hoja

rasgó la tela del jergón, las patas se agitaron como si el animal hubiera quedado empalado en la espada de Robin, y con un asco profundo vi el líquido amarillento que brotaba de la herida mortal.

Reuben fue llamado, y entró en la tienda apoyándose en un par de muletas. Su pierna rota mejoraba poco a poco, y su cabalgada con Robin el día del asalto a la caravana del incienso no parecía haber hecho mella en su recuperación.

—Es una tarántula —dijo—. Su mordedura es complicada, pero no fatal. ¿Y estaba en tu cama? ¿Otra vez?

Su voz tenía un tono de incredulidad. Robin nos hizo seña de que saliéramos de la tienda; dijo que quería dormir, pero Reuben me paró nada más salir. Tomó mi brazo, me llevó adonde no podían oírnos y dijo:

—Comprendo que te hayas llevado una decepción respecto de Robin. —Emití una especie de gruñido por toda respuesta—. Es, ciertamente, un hombre duro. Es despiadado, y puede ser tan frío como la tumba, pero tienes que intentar ponerte en su lugar. Carga con la responsabilidad de muchas vidas sobre sus hombros, y no se queja; sus hombres, su esposa Marian, su hijo pequeño, tú e incluso yo mismo: todos dependemos de Robin. Y hace las cosas que hace, incluidas las más terribles, para protegernos a todos.

No dije nada. Conocía muy bien la filosofía de Robin: haría cualquier cosa para proteger a los miembros de su «familia», sus amigos, las personas a las que quería y sus partidarios, y a todos los hombres y mujeres que tenía a su servicio. Pero fuera de ese círculo mágico, nadie significaba nada para él: enemigos, extraños, incluso compañeros de cruzada no existían para él como personas reales. Existían sólo para ser utilizados, engañados, ignorados, asesinados incluso si eso servía a sus intenciones.

—Yo soy judío —siguió diciendo Reuben—, comprendo muy bien lo que significa la familia y la protección a los tuyos. Y sé por qué hace Robin lo que hace. Y lo respeto. Es un gran hombre, de verdad lo es. Y por esa razón —se detuvo un instante antes de seguir—, por esa razón, si sabes quién es la persona que dentro de nuestras filas está intentando hacer daño a Robin por esos medios traicioneros y solapados, tienes que decírmelo ahora mismo.

Me miró, y sus ojos oscuros reflejaron la luz de una fogata próxima. Esperó a que yo hablara. Me pregunté si sabía que Robin había abandonado deliberadamente a su hija en York, y si aquel hecho cambiaría su opinión sobre el «gran hombre». Tal vez no había visto, como yo, tomar a Robin aquella decisión horrible. Supuse que no. Pero algo me impidió contarle la verdad sobre la muerte de Ruth. Lo que dije, despacio y con voz muy clara, fue:

—No tengo la menor idea de quién intenta matar a Robin.

Mentí. Estaba casi seguro de quién era el culpable. Pero no sabía *por qué* quería



ver muerto a mi señor. Y una parte de mí mismo no estaba tampoco segura de querer impedirlo.

## Capítulo XVIII

**S**aladino había elegido bien su campo de batalla: una llanura extensa, en ligera pendiente, cubierta de una hierba primaveral, que podía haber sido creada por Dios para disfrute de los jinetes. Como era lógico, eligió para sí mismo la parte más alta, la oriental y más lejana al mar. Al salir de una zona boscosa situada al norte de la extensa llanura de Arsuf, como se llamaba aquel lugar, vi desplegado ante nosotros a todo el ejército sarraceno: una enorme mancha fluctuante de color negro, pardo y blanco, de kilómetro y medio de largo. Era difícil no sentirse sobrecogido por su número. Fila tras fila de caballería turca, con sus ponis pequeños y nerviosos, con sus banderas verdes y negras ondeando sobre sus cabezas, y los yelmos relucientes a la luz del sol; miles de guerreros alineados en nítidas filas rectas, con los arcos hundidos en sus estuches y los cuellos de sus monturas inclinados para ramonear la hierba. En el centro de la línea, estaban los grandes corceles berberiscos, con la cabeza de sus jinetes envuelta en telas blancas para defenderse del calor y las lanzas agudas despidiendo destellos de luz al sol matinal. Aquí y allá formaban regimientos de infantes, con grandes espadas y escudos redondos. Eran unos extraños hombres oscuros, semidesnudos, que según me contaron procedían del extremo sur de Egipto, bien musculados, con la cara y la piel del color del roble añejo y dientes relucientes. Se rumoreaba que eran capaces de pasar de un salto por encima de un caballo, que no sentían dolor y que bebían la sangre de sus enemigos en copas fabricadas con calaveras.

Los exploradores habían informado de la presencia del ejército sarraceno antes de que saliéramos del bosque, y Ricardo había dado órdenes muy precisas a todo el ejército. Teníamos que permanecer juntos, con todas las divisiones estrechamente unidas y las filas de nuestros hombres tan prietas que una manzana arrojada entre ellas no debía caer al suelo. Y esperar a que ellos atacaran. Teníamos que mantenernos firmes, y no atacar hasta que el rey diera la señal. Repitió esa orden muchas veces. Habíamos de resistir su asalto hasta que la ocasión madurara y entonces, a la señal del rey, cargar: dos toques de trompeta para la primera división, otros dos para la segunda y dos más para la tercera. Robin había hecho distribuir flechas extra a nuestros arqueros, los supervivientes del grupo que se había traído de Inglaterra. Luego cuidó de comprobar que todos habíamos entendido bien las órdenes del rey.

Al salir del bosque en aquella temprana mañana del mes de septiembre, el rey cabalgaba en vanguardia con sus lugartenientes y doscientos caballeros con el hábito blanco de la orden del Templo de Salomón. Les seguían los guerreros de las extensas tierras de Anjou y de Aquitania; luego venían los normandos y, nosotros, los ingleses, y eché una ojeada al gran estandarte rojo y dorado del Dragón de Wessex, de cuya custodia se encargaban aquel día los hombres de Robin. Resultaba extraño ver un gran símbolo sajón entre tantos nobles normandos, pero nuestros hombres se sentían orgullosos por haber sido escogidos como sus guardianes, y caminaban más erguidos por el hecho de portar la bandera bajo la que nuestra gente había luchado con tanto valor desde los tiempos del rey Alfredo.

Detrás de nosotros, desfilaban los flamencos de James de Avesnes, un gran héroe para los suyos, y luego los caballeros franceses, recuperados ya de su desastroso error del primer día de la marcha, y que parecían impacientes por combatir y demostrar su valía. Los últimos de todos eran los caballeros hospitalarios, doscientos treinta guerreros tan diestros en el combate como lo eran en sanar los cuerpos de enfermos y heridos, y desplegados ahora para la protección del precioso tren de la impedimenta. En esta ocasión, no hubo ningún error y las carretas de bueyes, con los flancos de las grandes bestias de pelaje pardo goteando sangre por los pinchazos repetidos de las agujadas, avanzaban justo detrás de los talones de los franceses. Yo podía haber arrojado una manzana, de haber tenido ese capricho, y dar con ella en la cara alegre y amable de sir Nicholas de Seras, que cabalgaba al frente de las filas de los hospitalarios. En lugar de hacerlo le saludé con una mano amistosa, y él me devolvió el saludo.

Cuando todo el ejército, unos veinte mil hombres, hubo salido a la llanura, el rey dio la señal de detenerse al llegar la vanguardia junto a un río de aguas someras y pantanosas que cruzaba por delante de nosotros para desaguar en el mar. Sonaron las trompetas, y el mensaje se transmitió de comandante a comandante en toda la línea. Todos giramos a la izquierda para hacer frente al enorme ejército enemigo, situado ahora a menos de dos kilómetros de distancia; los lanceros y arqueros que cubrían nuestro flanco derecho, el occidental, más próximo al mar, se abrieron paso por entre los caballos para alinearse con los del flanco izquierdo, por delante de la caballería y mirando al este. Formamos una gruesa línea de hombres, caballos y bestias de carga. Nuestro flanco derecho, al sur, la división del rey, formaba al lado del río. El izquierdo, los hospitalarios y la impedimenta, quedaba algo protegido por el límite del bosque. El enemigo seguía instalado en el terreno más alto, hacia el este, y no avanzaba, satisfecho al parecer de permitirnos organizar nuestra formación, aunque pude ver, por el polvo que levantaban a lo lejos, a algunas unidades de caballería que se movían lateralmente por detrás del frente enemigo. Durante un cuarto de hora no ocurrió nada. Sólo se oyó el roce y el entrechocar de metales de las armas

desenvainadas y las armaduras de nuestros hombres, y el murmullo de las conversaciones en voz baja de los soldados con sus vecinos.

—¿Y ahora qué? —dijo en voz alta alguien delante de mí: Little John, por supuesto.

—Ahora —respondió Robin con su imperiosa voz de combate—, ahora a esperar. Quietos todos, no abandonéis vuestras posiciones. Esperaremos a que sean ellos quienes hagan el primer movimiento.

Y esperamos durante una hora o más, mientras el sol se alzaba por encima de las colinas del este y agostaba la hierba que al amanecer estaba húmeda de rocío. Nosotros estábamos inmóviles, a pie firme o sentados en nuestras sillas de montar, armados hasta los dientes y con el sudor corriendo en arroyuelos por nuestras costillas; escudriñábamos las lejanas filas enemigas, intentando calcular su número y reprimir nuestros temores. Saladino se había reforzado, según me contó Ambroise, y su ejército superaba ahora los treinta mil hombres. Era un pensamiento desalentador: nosotros contábamos con catorce mil infantes armados con lanzas, arcos, espadas y ballestas..., pero sólo con unos cuatro mil caballeros. Estábamos en clara inferioridad, y todos los hombres de nuestras filas lo sabían.

Los clérigos recorrían las líneas recitando oraciones y salpicando agua bendita sobre los hombres, que se arrodillaban para recibir las bendiciones de los hombres santos. El padre Simón se abrió paso por entre nuestras filas, bendijo las armas y aseguró a los hombres que Dios estaba de nuestro lado y vendría en nuestra ayuda.

—Y el hombre que muera en esta batalla tiene asegurado un lugar a la derecha del Padre en la bienaventuranza eterna —dijo. Esperé que fuera cierto; que Dios permitiera la entrada de todos nuestros muertos en el paraíso, porque presentí que mi muerte estaba próxima. Una vez más, la serpiente helada del miedo reptaba por mis entrañas: yo siempre había tenido suerte en las batallas, pero cabía la posibilidad de que ese día la suerte me abandonara. Murmuré un *Pater Noster* entre dientes, y esperé que las palabras que el mismo Cristo nos había enseñado me dieran valor y fortaleza.

—Por las almorranas sangrantes de Dios, ¿qué le pasa a esa gente? ¿Son tímidos? ¿No quieren pelear? ¿Qué están haciendo ahí, tan lindos y tan bravos y en formación tan perfecta, si no quieren una buena batalla? ¡Por Cristo con muletas, esto está empezando a ponerse aburrido!

Las blasfemas palabras de Little John me devolvieron de golpe a la realidad. Y cosa extraña, también me tranquilizaron. Yo había luchado ya al lado de estos hombres, y había vencido. No podía imaginar en serio que nadie matara a Little John, y menos aún a Robin. Volví la vista a la derecha y vi al conde de Locksley a lomos de su caballo, tan frío y despreocupado como si se encontrara en un almuerzo campestre. Canturreaba entre dientes, como yo sabía que hacía siempre antes de las batallas; su

yelmo descansaba sujeto al pomo de su silla de montar —le gustaba muy poco ponérselo—, una leve sonrisa iluminaba su cara y jugueteaba con una gran pluma de águila entre los dedos, admirando los matices de aquellos colores tostados a la luz del sol. Debió de darse cuenta de que lo observaba porque, de repente, me miró y me sonrió. Yo aparté rápidamente la vista, avergonzado de que me hubiera pillado observándolo con cierta admiración. «Recuerda que sus manos están manchadas con la sangre inocente de sir Richard at Lea», pensé, furioso conmigo mismo.

Llegó un mensajero que recorría toda la línea del frente, un *trouvère* al que conocía un poco; observé que se paraba a hablar con los comandantes de cada división por turno, y pronto corrió la voz. Nos íbamos; no iba a haber batalla hoy. Mi corazón cobarde saltó de alegría. Nos daban un respiro. Si los sarracenos no querían luchar, pues bien, seguiríamos nuestra marcha hacia Jaffa, que ahora distaba menos de veinticinco kilómetros. Cuando se extendió la noticia, toda la columna pareció desperezarse y agitarse como un perro grande, un feroz mastín quizá, que se levanta después de echar una cabezada junto al fuego. Un hormiguelo de actividad recorrió toda la línea, se gritaron órdenes, los jinetes que habían desmontado volvieron a saltar sobre la silla, los infantes que se habían sentado en el suelo se pusieron en pie y se echaron las armas a la espalda, y toda la masa de nuestro ejército se preparó para reanudar la marcha. Tocarón las trompetas, sonaron silbatos, los suboficiales gritaron a sus hombres y la inmensa columna empezó a moverse, alejándose del enemigo. Las primeras unidades cruzaron chapoteando el río hacia el sur de la llanura. No iba a haber batalla; seguíamos nuestro viaje a Jaffa.

Justo en ese momento, empezaron a sonar los tambores enemigos; un sonido profundo que hacía vibrar el pecho y provocaba un escalofrío en las piernas. Los pífanos chillaron, se entrecocaron los címbalos, resonaron los grandes gongs de bronce. Oí un débil clamoreo, y se produjo un movimiento de avance en las líneas enemigas. Durante un instante, todo el ejército cristiano pareció quedar inmóvil. Me sentí como si hubiera estado sentado en una habitación pequeña junto a otra persona, un extraño, sin que ninguno de los dos hablara, y justo en el momento en que hacía el gesto de levantarme para despedirme de aquel acompañante maleducado, de pronto él se dirigiera a mí. Nos sentimos con el pie cambiado, un tanto confusos por la actitud del enemigo. Y mientras dudábamos, y sus tambores redoblaban, y sus clarines soplaban, una enorme masa de caballería turca del flanco derecho del enemigo, que había tomado posiciones frente a los hospitalarios de la tercera división, se puso en marcha y empezó a avanzar lentamente hacia nosotros. Sólo habíamos recorrido unos cientos de metros, menos tal vez, cuando el enemigo inició su ataque, pero nadie dio la orden de alto, de modo que algunos de nuestros hombres siguieron marchando y otros se detuvieron. De pronto, empezaron a abrirse fatales huecos a lo largo de la columna, entre quienes habían decidido seguir marchando y los que habían parado

para hacer frente al enemigo. Los hombres maldecían y tropezaban con los que tenían delante; otros eran empujados por los que venían detrás. Los mensajeros del rey, heraldos y *trouvères*, recorrieron arriba y abajo la línea gritándonos que nos detuviéramos y que cerráramos filas de nuevo; unos trompetazos llenos de urgencia insistieron en el mismo mensaje. Y en medio del desorden —un ejército que acaba de ponerse en marcha e intenta rectificar—, cargaron mil jinetes turcos excelentemente adiestrados, con los arcos en la mano y la maldad herética en sus corazones.

Los jinetes enemigos se precipitaron directamente sobre nuestro flanco izquierdo: el tren de la impedimenta custodiado por los hospitalarios. Con la ligereza de una bandada de golondrinas, pero con el ruido atronador de un alud de montaña, arremetieron al ritmo marcado por los tambores, parecido al latir del corazón de un gigante, y se acercaron más y más a nuestros lentos carros. Mil cuerdas de arco temblaron al unísono y soltaron mil flechas que formaron un enjambre negro en el cielo azul pálido, y cayeron como mil rayos diminutos sobre los hospitalarios a pie y a caballo, repiqueteando contra armas y armaduras como un niño cuando pasa un palo por los barrotes de la valla de madera de un huerto. Otra oleada de flechas ascendió en el aire, más baja esta vez, y golpeó a nuestra retaguardia, y entonces los jinetes hicieron volver grupas a sus ponis, con tanta limpieza como en un paso de baile, y soltaron una última descarga de flechas mientras volvían hacia sus líneas. El ataque no había durado ni siquiera lo que se tarda en recitar un *Pater Noster*, pero el efecto que tuvo sobre nosotros fue devastador. Las flechas habían impactado en las filas de los infantes que guardaban el tren de la impedimenta, atravesado brazos y piernas de cristianos y convertido a hombres buenos en guiñapos ensangrentados. Parecía que los turcos habían aprendido de sus anteriores fracasos la forma de perforar nuestras mallas, y en esta ocasión no empezaron a disparar hasta que sus caballos estaban a tan sólo un par de docenas de metros de las líneas cristianas. Los lanceros de la tercera división se mantuvieron firmes; recibieron aquella tempestad de flechas con los dientes apretados y los escudos en alto, y muchos murieron por su bravura, atravesados por media docena de flechas a un tiempo; otros recibieron heridas horribles en la cara o en el cuello. Algunas ballestas respondieron a la tormenta de flechas con sus virotes negros; y cuando los turcos se retiraron, me encantó ver que dejaban un rastro de cadáveres tras ellos.

Vi que un caballero con el hábito negro de los hospitalarios galopaba por detrás de la línea del frente, del lado del mar, hacia la división del rey.

—Van a solicitar permiso para cargar —dijo sir James de Brus.

—No se lo darán —fue la lacónica respuesta de Robin.

Simultáneamente, empezaba la carga de la segunda línea de la caballería turca. Mientras la primera ola atacaba a los hospitalarios, se adelantó una segunda formación tan numerosa como la primera, y cuando la primera unidad dio la espalda a

los carros del equipaje, sin dejar de disparar sus arcos y girándose hacia atrás en sus monturas, otros mil jinetes vociferantes siguieron la huella de sus compañeros y desataron una nueva tormenta mortal sobre los asendereados caballeros negros y sus maltrechos infantes. Algunos hospitalarios dejaron sus monturas al resguardo detrás de los carros y formaron a pie, lanza y escudo en mano, en la línea de los lanceros. Y seguían atronando los tambores, chillando los pífanos, resonando los címbalos, y las flechas turcas zumbaban en el aire; oí los gritos de los heridos y las consignas de combate de caballeros e infantes por encima de aquel ruido infernal..., pero de inmediato hube de apartar la vista de su valerosa defensa, porque también nosotros empezamos a tener problemas. Una nutrida fuerza de la caballería ligera sarracena — varios centenares de hombres— se había desgajado del grueso de las fuerzas enemigas y se acercó al trote a los hombres de Robin: empezaba la batalla para nosotros.

—¡Muro de escudos! —gritó Little John. Y ochenta forzudos lanceros se movieron con precisión milimétrica para adoptar una formación que habían practicado cientos de veces. Formaron una línea, hombro contra hombro, de cincuenta pasos de longitud, solapando sus grandes escudos redondos y manteniéndose muy juntos, con las largas astas de las lanzas apoyadas en el hueco entre dos escudos juntos, creando así una barricada de madera, músculo y acero; un muro impenetrable erizado de puntas de lanza asomando al frente. Si se mantenía firme, ningún caballo cargaría por su voluntad contra una barrera así, porque el animal percibiría la muerte al precipitarse sobre las lanzas.

Detrás de nuestro muro de lanceros, fue a colocarse una doble línea de arqueros vestidos con túnicas verdes, con los arcos montados, espadas cortas al cinto, y las flechas clavadas en la hierba frente a ellos. Y detrás de los arqueros, a una distancia de veinte metros, estaba nuestra caballería, y a la cabeza Robin, sir James de Brus y yo mismo, preparado para comunicar las órdenes de mi señor o entregar sus mensajes a cualquier punto del campo de batalla.

Aullando como los demonios del infierno, aquellos jinetes nervudos corrieron hacia nosotros. Y a ciento cincuenta pasos, tensaron las cuerdas de sus arcos, colocaron sus flechas y se dispusieron a oscurecer el cielo con su descarga. Pero nosotros fuimos más rápidos al sabernos con la ventaja de nuestros poderosos arcos: Owain, el jefe de los arqueros, dio una orden y, con un ruido como el crujido de un roble viejo en medio de una tempestad, ciento sesenta arqueros tensaron las cuerdas hasta llevarlas a la comisura de los labios y desparramaron una ola de muerte gris, por encima de nuestro muro de escudos, contra la marea de turcos que cargaban. Las flechas golpearon la primera línea de jinetes enemigos como una gigantesca guadaña que abatió de golpe la fila entera, descabalgó a los hombres de sus sillas de montar y hundió hasta seis pulgadas de puntas de flecha de acero en los pechos y los cuellos de

los ponis que se acercaban al galope. Los animales cayeron adelante, giraron hacia un lado o intentaron dar media vuelta por el dolor, y chocaron con la masa de los jinetes que venían detrás, lo que produjo una tremenda confusión. Nuestros arcos crujieron de nuevo y las flechas volvieron a zumbar, y otro enjambre de muerte de puntas afiladas cayó sobre la formación enemiga. Los caballos que venían detrás de la primera línea chocaron con sus compañeros muertos o agonizantes; las delicadas patas de los ponis se partieron como cañas bajo el ímpetu de animales de media tonelada de peso lanzados al galope y enloquecidos de dolor, que tropezaban unos contra otros. Los hombres se vieron arrojados al aire desde sus sillas, patas arriba, con sus armas volando en todas direcciones, y fueron a aterrizar con un ruido sordo estremecedor en el duro suelo, y otra descarga de flechas mordió las carnes del enemigo, haciendo mella ahora en la tercera y la cuarta filas y aumentando la carnicería. Tan sólo unos pocos audaces, todavía a caballo, consiguieron abrirse paso a duras penas por entre los hombres y los animales muertos o moribundos, e intentaron continuar la carga, pero muy pronto fueron abatidos por los arqueros, que disparaban a placer, eligiendo su blanco con precisión. La carga se diluyó en la nada, destruida por unos cientos de astiles de fresno de un metro de largo, proyectados desde un artilugio formado por un bastón de tejo de gran tamaño y un pedazo de cuerda de cáñamo. Vi que las filas últimas de la caballería enemiga volvían grupas y regresaban a sus líneas. Caballos sin jinete trotaban al azar por el campo; un hombre descabalgado, con su turbante suelto formando una larga cola de tela negra que dejaba al descubierto un yelmo brillante y puntiagudo, maldecía y se palpaba el cuerpo magullado. Agitó su espada para amenazarnos lleno de rabia, pero cuando una flecha fue a dar en el cadáver de un caballo tendido detrás de él, dio media vuelta y, mirándonos temeroso por encima del hombro, echó a correr colina arriba en busca de protección. Los arqueros no le dispararon, y se vitorearon a sí mismos por haber roto la carga, pero en medio de las celebraciones, sus gritos se les atragantaron de pronto porque, apenas a setenta metros de distancia, evolucionando para rodear los restos del escuadrón turco aniquilado que había servido de pantalla a su avance, se acercaba al medio galope y en perfecta formación la brigada de los lanceros berberiscos. Eran quinientos hombres vestidos con una fina malla de acero y túnica blanca suelta, y armados con dos jabalinas y una lanza larga, montados en caballos poderosos, de gran alzada. Y venían a por nosotros. Apenas hubo tiempo para lanzar una rabiosa descarga de flechas de los arqueros, y ya aquella élite de jinetes salvajes se abalanzaba sobre nuestras filas.

La carga de los berberiscos nos llegó en oblicuo desde la derecha, para evitar el barullo de hombres muertos y de caballos caídos en el suelo, delante mismo de nuestras líneas; entraron desde la derecha y su carga fue precedida por una lluvia mortal de jabalinas que cayeron como una ducha negra y letal sobre nuestra delgada



línea de infantes. Aquellas azagayas de metro y medio de largo trazaron un elegante arco en el aire y se hundieron en los cuerpos de arqueros y lanceros, derribándolos en un amasijo de miembros que se debatían y de sangre derramada; vi a un arquero con el cuello atravesado por la delgada lanza arrojadiza, y a otro hombre sentado en el suelo con aire errático, sujetando con ambas manos la jabalina hundida en el centro de su vientre oscurecido por la sangre. Little John daba órdenes a gritos para cerrar el muro de escudos, «¡cerrar!», y una segunda oleada de jabalinas se estrelló en los escudos de nuestros hombres. Yo alcé mi propio escudo, sobre los lomos de *Fantasma*, y acomodé el hombro izquierdo detrás de él.

Las lanzas arrojadizas eran mucho más pesadas que las escasas flechas que los jinetes turcos habían conseguido dispararnos. Cuando impactaban en los grandes escudos redondos, los lanceros eran empujados hacia atrás, y a menudo la línea se deshacía hasta que el hombre recuperaba su lugar y tapaba de nuevo con el escudo el hueco abierto. Con una jabalina clavada, el escudo se volvía poco manejable, desequilibrado, difícil de utilizar con destreza. Vi a un lancero morir de una lanzada en la cabeza al mismo tiempo que su vecino de la derecha detenía dos proyectiles con su escudo redondo de madera, pero, al abrirse un hueco a su izquierda, el doble impacto le hizo tambalearse. Su tropiezo dejó un hueco de dos hombres en el muro de escudos, y un bravo berberisco lanzó de inmediato a su montura hacia allí. Dirigió un golpe con la lanza a un arquero que consiguió evitarlo con un quiebro oportuno, y con un aullido de desafío que sonaba de forma parecida al llanto de un bebé, «la-la-la-la», espoleó a su caballo contra la línea de nuestra caballería que ahora tenía enfrente.

Sir James de Brus fue el primero en reaccionar: picó espuelas a su caballo y avanzó unos pasos hacia el beréber. Con el escudo desvió hacia un lado la lanzada salvaje que le dirigió su oponente, y con un hábil movimiento levantó su propia arma de modo que la punta de la lanza entró por la barbilla del jinete enemigo y fue a alojarse en su cerebro. El hombre cayó hacia atrás, chorreando sangre por la herida abierta en el cuello, y sir James retiró con toda calma la punta ensangrentada de la cabeza inerte del hombre, inclinando el cuerpo hacia un lado sobre la silla de montar, e hizo avanzar al paso a su caballo para cerrar con su bulto la brecha abierta en el muro de escudos. También en otros puntos de la línea habían aparecido huecos bajo la lluvia mortal de jabalinas, pero Little John conseguía llegar a todas partes, y su estatura y el gran radio de acción de sus brazos le permitían manejar su hacha de doble filo con una devastadora eficacia contra los enemigos montados. Empujó y colocó en línea a los lanceros que retrocedían, les gritó una y otra vez que cerraran filas, y cuando un berberisco amenazaba romper el muro, quebraba su lanza de un hachazo y, como un mítico Áyax, abatía uno tras otro a los caballos y jinetes que se ponían a su alcance como un leñador enloquecido, manejando la enorme hacha como

si no fuera más pesada que una azuela de desbatar. Y nuestros arqueros no se estaban cruzados de brazos: sabían que sus vidas dependían de mantener a los berberiscos al otro lado del muro de escudos, donde los jinetes de las túnicas blancas acechaban ahora en busca de alguna brecha en la línea, y lanzaban sus veloces proyectiles con terrible eficacia. Ocupados en esquivar jabalinas y evitar lanzadas, los arqueros consiguieron, sin embargo, lanzar nutridas descargas de flechas contra los jinetes enemigos. Como disparaban muchas veces a una distancia de no más de doce pies, era frecuente que las flechas atravesaran el cuerpo de los berberiscos y fueran a herir a algún hombre o animal colocado detrás. Flechas y jabalinas volaban por el aire límpido, y de pronto el jinete colocado detrás de mí dio un gran grito y se echó atrás en la silla con una jabalina clavada en el hombro. Me volví, y vi que era Will Scarlet. Tenía la cara blanca, la mirada perdida, y la sangre empapaba su cota; cayó de la silla sin pronunciar palabra. Apreté los dientes y volví mi mirada al frente. Teníamos órdenes estrictas de no romper las filas, ni siquiera para ayudar a los heridos. Otra jabalina pasó silbando por encima de mi cabeza; me encogí un poco más detrás de la protección del escudo, sin atreverme apenas a mirar por encima de su borde superior...

Y de pronto, todo acabó. Los berberiscos supervivientes se retiraron dejando a sus muertos y heridos apilados en un montón de carne ensangrentada y hedionda delante de nuestro frente. Nos habíamos mantenido firmes por muy poco, y ni *Fantasma* ni yo nos habíamos movido un solo paso durante todo aquel combate desesperado.

Los arqueros supervivientes desenvainaron sus espadas cortas y corrieron al otro lado del muro de escudos para cortar los pescuezos de los berberiscos y turcos heridos, y saquear las ropas de los muertos; aproveché y me volví a mirar el lugar que había ocupado Will Scarlet. Su puesto estaba cubierto ahora por otro jinete, y alcancé a ver que, detrás de las líneas, el padre Simón atendía a mi amigo pelirrojo junto a la pila del equipaje personal de nuestros hombres. Will no había sido nuestra única baja, ni mucho menos; de hecho, pude ver a varias decenas de hombres, sobre todo arqueros y lanceros, tendidos o sentados detrás de nuestras líneas, esperando a recibir la atención de Reuben, que se agachaba junto a cada uno de ellos e intentaba curar a los que podía. William y los demás criados corrían de un lado para otro, con agua para los heridos más graves y vendas que pasaban a Reuben. Aparté la mirada de aquella escena de dolor y sangre, y observé a Robin. Su rostro estaba vacío de expresión, salvo por la dura tensión de los músculos de la mandíbula.

Dirigí la mirada más allá de la posición de mi señor, y pude ver que no habíamos sido los únicos en sufrir la furia de la caballería de los sarracenos. Por lo menos otros dos puntos de la línea estaban siendo atacados por unidades de la caballería turca. A pesar de que nosotros mismos habíamos sufrido un ataque similar, y muchos amigos nuestros habían sufrido y muerto en él, el espectáculo me pareció admirable. Los

jinetes eran magníficos, galopaban con una gran destreza, soltaban sus flechas en descargas cerradas sobre la zona elegida de la línea y luego, delante mismo del enemigo, hacían dar la vuelta a sus caballos con la presión de las rodillas y se retiraban al galope, asaeteando aún al enemigo mientras se alejaban. Estaban invitando a nuestros hombres a cargar, a irrumpir en sus filas y salir al campo para poder masacrarlos. En conjunto, sus bajas habían sido escasas: teníamos pocos arqueros en el ejército, la mayoría de ellos con Robin, de modo que el único daño que sufrieron fue debido a algunos virotes de ballesta bien dirigidos que les alcanzaron mientras cargaban o se retiraban en masa.

—Sólo están tanteando posibles debilidades a todo lo largo de la línea —me dijo Robin. Me dejó confuso: ¿tanteando? Yo creía haber sobrevivido a un ataque importante. También me sorprendió un poco que Robin se dirigiera a mí, porque nuestra relación aún era tirante, pero enseguida me di cuenta de que, con sir James de Brus fuera de su posición, tan sólo estaba haciendo una observación al hombre que tenía más cerca—. Y creo que han encontrado esa debilidad —siguió diciendo Robin, al tiempo que señalaba el flanco izquierdo, donde los monjes hospitalarios se veían amenazados de nuevo por otra horda de jinetes enemigos, que se dirigía al trote hacia el extremo de nuestra línea.

—Ve en busca del rey, Alan, por favor, y dile que en el centro nos mantenemos firmes, pero que la izquierda está a punto de sufrir otra sacudida. Pregúntale si tiene órdenes para nosotros.

Hice girar en redondo a mi caballo y me abrí paso por entre los heridos colocados en el lado del mar de nuestro ejército. Cuando dejé atrás la zona donde recibían los primeros auxilios, me volví para mirar hacia el norte y vi que Robin tenía razón: los hospitalarios se veían asaltados de nuevo por formaciones nutridas de arqueros montados. Me desentendí del zumbido profundo de los arcos turcos y de los gritos de los caballeros y los relinchos de los caballos heridos a mi espalda, y galopé en dirección sur hacia la división del rey para comunicarle la advertencia de Robin. Era fantástico moverse en medio de aquel terrible calor, sentir el viento en la cara y oler en el aire la sal procedente del mar situado apenas a doscientos metros a mi derecha. Cuando llegué hasta el grupo de caballeros que rodeaba al rey, sin hacer caso de las miradas amenazadoras de sir Richard Malvête, vi que se había entablado una fuerte discusión. Mi amigo sir Nicholas de Seras hacía gestos apasionados con las manos.

—Mi señor —decía—, os lo imploro, los hospitalarios deben cargar..., y pronto. No podemos resistir más en esta situación; las flechas de los turcos han borrado prácticamente del mapa a nuestros infantes, y los caballos —tragó penosamente saliva—, los caballos están siendo masacrados en sus propias filas, y no hacemos nada. Tenemos que cargar ahora; si no, ya no quedará nadie para poder hacerlo.

—Decid al gran maestro que tenéis que resistir, como el resto de nosotros; todos

tenemos que aguantar hasta que llegue el momento oportuno.

—Pero, sire, los hombres dirán que somos unos cobardes, que tenemos miedo de atacar al enemigo porque...

Ricardo le dirigió una mirada salvaje.

—¡Contened vuestra lengua, señor! Soy yo quien está al mando. Y atacaremos cuando yo lo ordene. No antes. Por Dios, maldito sea vuestro gran maestro y su cháchara sobre la cobardía...

Un caballero del séquito tiró de la manga del rey Ricardo:

—¡Mirad, sire! —dijo señalando hacia el extremo de la línea. Todos volvimos la cabeza en esa dirección.

A kilómetro y medio aproximadamente de nosotros, una línea de jinetes negros en perfecta formación se desgajó con toda nitidez del revoltijo de la maltrecha tercera división. Mantenían las lanzas verticales, una valla pálida de puntas aceradas que destellaban al sol, y hacían avanzar despacio sus monturas. Desde nuestra posición, podíamos ver claramente las cruces blancas de la orden de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén sobre las gualdrapas negras de sus caballos. Todos guardamos un silencio atónito; yo casi no me atrevía a respirar. Luego apareció una segunda fila de jinetes negros detrás de la primera.

—Así que van a cargar de todos modos... sin permiso —murmuró uno de los nobles acompañantes del rey.

Frente a los hospitalarios se encontraba una gran multitud de jinetes turcos; muchos habían desmontado para contar con una plataforma más estable desde la que lanzar sus flechas a las vacilantes líneas cristianas. Parecieron tan sorprendidos como nosotros al ver aparecer a los hospitalarios desde detrás de los carros de la impedimenta, a cuya defensa habían estado atados tanto tiempo. Algunos lanzaron flechas a las filas de jinetes negros, pero no tuvieron ningún efecto visible. Entonces los hospitalarios, suavemente y en silencio, como un enorme gato, pasaron al ataque. La primera fila de jinetes, de unos setenta hombres, arrancó al trote, y los cuerpos forrados de malla de acero subían y bajaban al unísono en las sillas de montar. Luego pasaron al medio galope. Las lanzas descendieron hasta la posición horizontal; la primera línea aceleró el paso y se lanzó al galope tendido. Los turcos estaban aún tratando de montar apresuradamente en sus ponis, y después de lanzar a la desesperada una última flecha procuraban quitarse de en medio, cuando cayó sobre ellos la primera fila de los caballeros. La muerte ahogó el grito de los hombres alcanzados por las largas lanzas de los caballeros hospitalarios. El peso de los poderosos caballos lanzados al galope facilitaba la penetración de las puntas de acero a través de las armaduras ligeras de la caballería turca, y el colosal impacto de la carga desbarató la masa de caballos y la rompió en mil fragmentos de jinetes aislados que huían para salvar sus vidas. Pocos lo lograron, porque la primera línea los barrió

como un viento rugiente, y luego la segunda línea, la de los sargentos hospitalarios, se precipitó en la hirviente melé, y las espadas se abatieron y las mazas aplastaron cráneos, cuando más de sesenta furiosos servidores de Cristo de hábitos negros se tomaron la venganza por las humillaciones sufridas a lo largo de toda la mañana bajo las flechas punzantes de aquellos hombres. Detrás de ellos llegó una gran masa de caballeros franceses, y el alegre abigarramiento de los colores de sus sobrevestes contrastaba con la austeridad sombría de las dos primeras filas de atacantes. Toda la caballería de la tercera división, todos los hombres que aún tenían caballos sobre los que sentarse, se lanzó a la carga. Unos trescientos jinetes, la élite de nuestro ejército, atacaron al galope, desobedeciendo de forma flagrante las órdenes del rey Ricardo. Los caballeros franceses, vociferando sus gritos de guerra, cayeron sobre la masa principal de la caballería enemiga y mataron a cuantos turcos pudieron con un relajamiento lleno de felicidad; volaban las espadas, salpicaba la sangre, y los enormes corceles de batalla mordían y pateaban, dirigidos por sus amos cristianos sedientos de sangre.

—Sire —dijo uno de los caballeros del séquito, rompiendo el silencio atónito—, se mueven por fin, mirad... Creo que Saladino está enviando a su reserva a la batalla.

Y señaló las líneas enemigas, donde grandes masas de hombres, miles de ellos al parecer, avanzaban por el flanco izquierdo para detener a los hospitalarios, todavía enzarzados en una melé furibunda, repartiendo tajos entre los turcos supervivientes con sus grandes espadas, que sembraban una ruina roja entre hombres y caballos.

—Bueno, ahí está, entonces. Saladino ha debilitado su centro. Hemos de aprovechar la oportunidad —dijo el rey Ricardo. Y me miró a mí como si supiera perfectamente dónde estaba—: Blondel —dijo—, avisa a Locksley. Tiene que avanzar para apoyar a la tercera división, y sacar las castañas del fuego a los hospitalarios, si puede, para luego atacar el flanco derecho del enemigo; es decir, el que queda a nuestra izquierda. ¿Está claro? Puede llevarse con él a James de Avesnes y los flamencos. Ahora vamos a atacar a lo largo de toda la línea. ¡Ésa es la orden, trompeta!

Cuando volvía grupas para entregar el mensaje del rey, mi corazón latía desbocado por la excitación. Por el rabillo del ojo vi al rey señalar con el dedo a sir Nicholas de Seras.

—Vos, señor —tronó—, vos, señor, podéis decir a vuestro gran maestro que tengo unas cuantas cosas que decirle cuando acabe la jornada, ¡si sobrevive para entonces!

Y luego el rey se volvió y empezó a pedir a gritos su mejor lanza y sus guanteletes nuevos.

Corrí todo lo que pude de regreso a las posiciones de Robin, pero vi que la noticia de la orden de avanzar me había precedido. A lo largo de toda la línea, los jinetes se estaban colocando delante de los infantes. Llegué hasta la caballería de Robin y

ocupé mi lugar al lado de mi señor.

—¡Las órdenes son apoyar a los hospitalarios, señor, y luego atacar el flanco derecho del enemigo! —dije a Robin—. Los flamencos vienen con nosotros. Es un ataque general, señor, en toda la línea.

Y por alguna razón que me veo incapaz de explicar, a menos que el rey me hubiera contagiado su locura bélica, le sonreí.

—Sí, eso es, Alan, eso es —dijo Robin—. Y justo a tiempo.

Y también él me dirigió una sonrisa amplia y espontánea.

## Capítulo XIX

**A**vanzamos en una sola fila hasta superar la línea de la marea de hombres y caballos muertos delante de nuestra posición, y giramos para cargar en dirección nordeste, donde los dispersos caballeros hospitalarios, después de haber hecho trizas sanguinolentas a sus oponentes, intentaban reagruparse a toda prisa para hacer frente a un cuerpo de caballería pesada berberisca de unos doscientos hombres, que se dirigía contra ellos desde la posición del ala derecha de Saladino. Cuando nos acercábamos al trote, con los flamencos siguiendo nuestra estela, a doscientos metros de distancia los berberiscos lanzaron una lluvia de jabalinas y se precipitaron sobre los hospitalarios reagrupados, al galope furioso de sus caballos, vociferantes, enarbolando sus largas lanzas y al viento las blancas túnicas. Pero, pese a estar cansados de la lucha anterior, los caballeros cristianos eran maestros en ese tipo de combate: respondieron a la carga con la carga, y a la lanza con la lanza, y las dos fuerzas chocaron con un fragor de madera astillada y el chirrido del acero al ludir con el acero.

Yo miré por encima del hombro derecho hacia el sur, y vi que toda la primera división, los caballeros del rey Guido de Lusignan, los angevinos, los poitevinos y los caballeros de Aquitania del rey Ricardo, con los templarios y sus inconfundibles sobrevestes blancas en el extremo de la línea —más de un millar de soldados de Cristo con armamento pesado—, cargaban en masa hacia el este, siguiendo la línea del río pantanoso, hacia el centro-izquierda de las líneas sarracenas.

Miré por encima del hombro izquierdo y, directamente detrás de nosotros, a unos doscientos cincuenta metros de distancia, estaba el resto de la caballería inglesa con los ceñudos caballeros normandos del rey. Pero no se habían movido de su posición en nuestra anterior línea defensiva, y me pregunté la razón, cuando todo el resto de nuestro ejército cargaba. ¿No había sido la orden un ataque general? Ricardo, con su corona de oro reluciente a la luz de la tarde, caracoleaba delante de los caballeros ingleses y normandos —entre ellos había algunos de los mejores y más renombrados guerreros de su ejército—, y era evidente que les estaba hablando, aunque sus palabras no me llegaban a esa distancia. Estaban todos alineados para cargar, pero ningún caballo se movía bajo el sol abrasador. ¿Por qué no avanzaban, por qué se reservaban?

Pero no hubo tiempo para más especulaciones. Sir James de Brus gritó una orden,

sonó una trompeta, y de pronto íbamos lanzados hacia el enemigo; *Fantasma* galopaba veloz entre mis rodillas, yo sostenía el escudo con mi brazo izquierdo, y el derecho sujetaba la lanza con firmeza. La caballería berberisca estaba dispersa aún por una zona amplia, y quienes aún vivían intercambiaban golpes, cimitarra contra espada, con los hospitalarios y los caballeros franceses, y los caballos giraban y pateaban, y los hombres maldecían y gritaban de dolor, en los duelos individuales entablados entre cristianos y musulmanes. Nuestra línea de caballos chocó al galope con la melé; durante un instante, habíamos podido ver una feroz batalla de caballería que se desarrollaba delante de nuestros ojos, y al siguiente estábamos ya metidos en ella.

Frente a mí vi a un guerrero de túnica blanca alcanzar con su cimitarra a un caballero francés sin yelmo; el acero rasgó cruelmente su rostro e hizo brotar un chorro de sangre brillante de la mejilla del cristiano. Dirigí a *Fantasma* con las rodillas, sujeté el asta de la lanza más prieta entre el codo y el costado, piqué espuelas y me proyecté con todo el impulso de la carrera hacia adelante para hundir la punta de mi lanza en la parte más estrecha de su espalda. El choque fue tremendo, como si a galope tendido hubiese dirigido mi lanza contra un roble; el asta se astilló en mi mano, sentí una leve punzada en mi maltrecha muñeca, y un instante después había rebasado a mi enemigo y me volví para mirar por encima del hombro el efecto de mi ataque. El seguía en la silla, y al verlo desenvainé mi espada, hice dar media vuelta a *Fantasma* y galopé de nuevo a su encuentro. Pero estaba claro que ya no era una amenaza, su túnica blanca se había teñido de carmesí de la cintura a la rodilla, la lanza rota temblaba hundida en el centro de su espalda y vi que la punta lo había atravesado y sobresalía del vientre, dejándolo clavado al pomo alto de su silla de montar y manteniendo erguido el cuerpo. Los ojos abiertos de par en par expresaban un dolor inimaginable, la boca abierta murmuraba algo inaudible en su agonía, y por pura compasión le tajé la garganta con mi espada, para abreviar su paso al otro mundo.

En pocos instantes, los berberiscos estaban todos muertos o habían abandonado el campo, y oí el son de bronce de nuestras trompetas llamando a reagruparse. Al mirar a mi alrededor, vi que muchos de los muertos vestían los hábitos negros con la cruz blanca de los hospitalarios —era conmovedor ver la lealtad de sus caballos, muchos de los cuales seguían al lado de sus amos y los empujaban suavemente con el morro, como urgiendo a los cadáveres a levantarse—, pero aún quedaban vivos unos sesenta guerreros cristianos de negro, y varias decenas de franceses, y ellos, como nuestros hombres, se dirigieron al trote hacia la gran bandera blanca con la cabeza del lobo, que era nuestro punto de reunión.

Nuestros jinetes no habían sufrido bajas serias en aquella lucha desesperada, y pude contar por lo menos setenta de los hombres de sir James, que venían al



encuentro de Robin y del caballero escocés bajo la bandera. Formamos de nuevo, pero esta vez en dos filas; quienes todavía conservaban su lanza, o habían recogido alguna de las que quedaron abandonadas en el campo, se colocaron en la primera línea. El resto de nosotros formamos blandiendo nuestras espadas. Desde mi posición en la segunda fila, miré hacia adelante por encima de las cabezas de los lanceros, hacia la línea del ala derecha enemiga, situada a apenas cuatrocientos metros de distancia. Inmediatamente delante de nosotros, se desplegaba una nutrida fila de soldados de a pie, armados con espada larga y un pequeño escudo redondo; iban con el pecho desnudo y las caderas envueltas en una tela de un blanco deslumbrante, sus rostros eran feroces mientras esperaban nuestro ataque, y su piel era tan oscura como la medianoche. Eran los temibles guerreros del sur de Egipto, los que supuestamente podían saltar sobre un caballo, los bebedores de sangre humana. Detrás de ellos se alineaba otra unidad de caballería turca, ya con los arcos en la mano. Sentí un escalofrío al ver el número de enemigos contra los que íbamos a cargar tan pocos; la empuñadura de la espada estaba sudorosa en mi mano, y me di cuenta de que sujetaba con más fuerza el escudo con mi mano izquierda. Hubo otro toque de trompeta y saltamos adelante, la espada en mi puño empapado, el escudo firmemente unido a mi antebrazo izquierdo. Empezaron a caer sobre nosotros las flechas de los arqueros a caballo, y repicaron contra mi escudo y mi yelmo mientras yo me encogía bajo su azote. Procuré ignorar aquella odiosa lluvia de flechas letales y concentrarme en mantener a *Fantasma* en línea con el resto del *conroi*. Y no tuvimos que soportar aquello mucho tiempo. Aceleramos hasta el medio galope, y luego al galope, y caímos sobre ellos. La primera línea barrió con sus lanzas las líneas de infantes de piel oscura obligándoles a retroceder, y los de la segunda línea irrumpimos inmediatamente detrás de ellos. Un hombre enorme semidesnudo corrió en mi dirección desde la izquierda, aullando algún grito de guerra pagano, y luego saltó muy arriba, más alto que mi posición sobre los lomos de *Fantasma*, y dirigió su espada contra mi cabeza en el mismo movimiento. Más por suerte que por habilidad, paré el golpe con la parte superior de mi escudo y lo desvié, de forma que pasó como un relámpago silbando sobre mi yelmo; lancé de inmediato una estocada con mi propia arma, que fue a clavarse en su musculoso vientre. Cayó hacia atrás, fuera del alcance de mi espada, gritando y chorreando sangre por la herida. Pero dos de sus compañeros venían contra mí, uno también por la izquierda y el otro, más peligroso, por la derecha.

—¡Vamos, vamos a por la caballería! ¡A por la caballería! —oí gritar a Robin en algún lugar cercano, pero estaba demasiado ocupado para atenderle. En lugar de saltar, el hombre oscuro de mi izquierda se agachó y lanzó un golpe con la espada de abajo arriba hacia el vientre de *Fantasma*, con la intención de destripar a mi fiel montura, pero yo bajé la punta inferior del escudo y paré su estocada, para luego alzar

la espada por encima de mi cuerpo y amagar con ella hacia la parte superior del escudo alzado con el que protegía su cabeza, y golpear finalmente de derecha a izquierda buscando el hueco entre el cuello y el hombro. El tajo fue tan profundo que casi seccionó su cabeza por entero. Durante unos preciosos instantes, la espada quedó trabada en la vértebra cervical, y hube de tirar y forcejear para liberarla, mientras la sangre caliente empapaba mi cara y mi brazo derecho. Quedé desequilibrado, porque me había ladeado mucho en la silla para asestar aquel golpe, y por el rabillo del ojo vi que el otro atacante, apenas a un metro de distancia, echaba atrás el brazo para golpear mi cintura expuesta.

El mundo pareció girar más despacio; sentí cada segundo como si fuera el redoble de un tambor en una ceremonia de duelo. Sabía lo que iba a suceder después. No podía voltear mi espada con la rapidez suficiente para parar el golpe, y la larga y pesada hoja de su espada penetraría muy hondo en mi costado y mi vientre. Era hombre muerto.



Y entonces ocurrió un milagro. Hubo un golpeteo de cascos, y un gran caballo pasó a mi lado; una lanza larga impactó en el pecho del nubio, lo levantó en el aire y lo despidió lejos, y su cuerpo desnudo cayó sobre la hierba con el brazo aún levantado y la espada lista para asestar el golpe que me habría matado.

El jinete tiró de las riendas unos doce metros más allá de mi posición. Desenvainó la espada, la alzó para saludarme y me sonrió: era Robin. Yo me erguí en la silla y levanté mi propia espada en respuesta.

—¡Vamos, Alan —me dijo—, basta de holgazanear! ¡No podemos entretenernos aquí, tenemos que desalojar a la caballería de esa loma!

Y señaló con un gesto la gran masa de jinetes turcos que se movía indecisa por la parte alta de una colina situada entre nosotros y el centro del gran ejército de Saladino.

—Y procura comportarte bien, Alan —siguió diciendo Robin—, el rey nos estará observando.

Volvió a sonreírme. Luego hizo bocina con una mano y gritó:

—¡A mí, formad conmigo! —con su voz de bronce de las batallas—. ¡Trompeta, toca «en formación»!

Cuando mencionó al rey, me volví a mirar atrás hacia nuestras líneas, y presencié un hermoso espectáculo: Ricardo, inconfundible en medio de la multitud por la corona dorada que adornaba su yelmo, cargaba al galope por el centro del campo. Y tras él iban los mil caballeros de refresco de Inglaterra y Normandía. Las armaduras relucían, destellaban las puntas de las lanzas, los pendones ondeaban alegres, y los

grandes corceles hacían temblar el suelo con el trueno de sus cascos. Galopaban directamente contra el centro de las líneas enemigas. Con la claridad y la rapidez de un relámpago, comprendí por qué Ricardo había retrasado su avance. Había dejado que nuestros hombres sangraran los efectivos del centro, desplazando a sus regimientos hacia el flanco derecho para enfrentarse a nosotros, y hacia el izquierdo, donde templarios y angevinos seguían enzarzados en una furiosa melé. Con el centro enemigo debilitado por los ataques en los dos flancos, Ricardo se disponía ahora a asestar el golpe decisivo. ¿Lo conseguiría? Era demasiado pronto para afirmarlo: Saladino contaba aún con una hueste poderosa, y si Ricardo era rechazado y Saladino contraatacaba, cuando cayera la noche los supervivientes del ejército cristiano estarían huyendo para salvar la vida.

Nuestra caballería, los hombres de Robin, los flamencos y lo que quedaba de los hospitalarios y los franceses, estábamos dispersos por el campo de batalla. Los bravos infantes nubios habían muerto sin ceder terreno, cortados a trizas por nuestros jinetes. Pero aquellos guerreros tribales semidesnudos habían cobrado un precio muy alto por su muerte: apenas un centenar de hombres montados pudimos acudir a la llamada de Robin. Yo recé una plegaria apresurada por el éxito de Ricardo y de los nuestros, y añadí la humilde petición de que también mi vida fuese preservada. Y enseguida reanudamos el ataque: ahora, sin líneas bien formadas, sólo éramos una gran masa desordenada de los jinetes cristianos que Robin había reagrupado, alzadas las espadas ensangrentadas, sonriendo como lobos con la alegría salvaje de la batalla y galopando enloquecidos pendiente arriba en busca del choque salvaje con la caballería ligera turca que ocupaba las alturas de la loma.

No diré que los turcos fueron cobardes; se habían enfrentado a los mismos hombres sedientos de sangre por tres veces ya en aquel día, y habían salido malparados en cada encuentro. Estaba en su naturaleza de caballería ligera el no mantenerse firmes en una lucha cuerpo a cuerpo contra los poderosos corceles de los cristianos, sino dar un picotazo y retirarse, reagruparse y volver de nuevo, para hostigar y matar a distancia. Pero aun así, cuando un centenar de caballeros exhaustos, cubiertos de sangre, irrumpieron en sus filas revoleando sus espadas y gritando «San Jorge» y «Santo Sepulcro», más una sola voz ronca que gritaba «¡Westbury!», los turcos se dieron a la fuga, hicieron volver grupas a sus pequeños ponis y huyeron en dirección al este tan veloces como pudieron. El polvo se alzó como una nube hirviente a su paso; miles de jinetes escogidos volvieron las espaldas y abandonaron el campo al galope.

Fue el principio del fin para Saladino en aquella jornada. Los caballeros de Ricardo habían roto el centro y el rey y sus hombres se abrían paso a través de la guardia de élite del sultán en busca del hombre con el que Ricardo deseaba más que ninguna otra cosa mantener un duelo cara a cara. Pero no había de ser así. Agobiado

por los asaltos combinados de la izquierda, la derecha y el centro, el gran señor musulmán de la guerra ordenó la retirada, y entre el chillido de las trompetas y la cacofonía de los címbalos, dejó que los regimientos de su fiel guardia de corps cubrieran su marcha, y abandonó el campo de batalla en medio de una espesa nube de polvo.



Estábamos demasiado agotados para perseguirlo. Yo me limité a observar, con la cabeza gacha y el cuerpo entero doliéndome por la fatiga, cómo los hombres de Ricardo barrían las últimas resistencias del enemigo en una serie de cargas relampagueantes. La victoria era nuestra, y yo, Dios sea loado, vivía para verlo.

No así muchos de nuestros hombres. Sir James de Brus había muerto. Me tropecé con su cuerpo cuando cabalgaba despacio de regreso a nuestras líneas. Había sido despedazado por los nubios, media docena de los cuales estaban esparcidos, muertos o moribundos, alrededor de su cuerpo. Su caballo había sido despanzurrado y estaba tendido junto a sus restos, gimoteando, con sus entrañas grasientas de un color púrpura verdoso desparramadas sobre sus cascos salpicados de sangre. Puse un fin rápido a sus sufrimientos cortándole el cuello con mi puñal, y marqué la posición del cuerpo de sir James hincando en el suelo la punta de su espada. Tenía intención de volver más tarde para enterrar de una forma decente a mi amigo, porque el sol estaba ya muy bajo en el cielo y yo no tenía ningún modo de llevar su cadáver despedazado hasta nuestras líneas con la mínima dignidad. Noté las grandes costras de sangre seca en mi cara, y cuando me miré las manos me pareció que llevaba puestos unos guantes rojos, hasta tal punto estaban teñidas de sangre. Más que ninguna otra cosa, mientras aún hubiese luz, me apeteció en ese momento bajar hasta el mar para bañarme y limpiar de algún modo mi cuerpo de la suciedad de la guerra. Luego, deseaba descansar durante un mes entero.

Volví a nuestras líneas y me enteré de que también mi amigo Will Scarlet había muerto de sus heridas. Sentí una profunda punzada de dolor en el pecho al ver su cuerpo; los ojos sin luz miraban a lo alto, al cielo, donde rogué que fuera bien recibida su alma por su participación en nuestra aventura. ¡Tantos muertos en el curso de esta peregrinación a Jerusalén, tanta sangre derramada en el nombre de Jesucristo! Pensé en los judíos de York, que prefirieron dar muerte a sus propios hijos y se quitaron la vida antes que ser masacrados por cristianos sedientos de sangre, convencidos de estar cumpliendo la voluntad de Dios. Pensé en Ruth, en sus ojos intensos y su figura femenina, que me habían cautivado tanto durante un par de días y que ahora ni siquiera conseguía recordar con claridad. Recordé a sir James de Brus y el ceño severo del que se servía para disimular un corazón amable, y al pobre Will

muerto ahora a mis pies, que había querido en vano que sus hombres le apreciaran y había acabado por encontrar una extraña forma de felicidad junto a Elise. Y, por encima de todos ellos, pensé en Nur, en la belleza radiante que lucía sin esfuerzo, como un halo dorado, y en el pobre monstruo mutilado en el que se convirtió... por mi culpa.

Las lágrimas rodaban por mis mejillas cuando mi escudero William se acercó con un pedazo de pan, un pedazo de puerco en salazón y una jarra de agua de manantial.

—¿Es-estáis herido, se-señor? —me preguntó muy preocupado al ver la sangre que impregnaba mi cota, mi cara y mis miembros.

—Estoy bien, gracias, William —respondí con un resoplido—, pero tengo que lavarme antes de comer. Bajemos al mar.

Y así, tomamos un sendero estrecho que descendía por entre los abruptos acantilados de tierra roja hasta las aguas azules de una ensenada apartada de las miradas curiosas. Sólo podía caminar con movimientos rígidos por aquel sendero serpenteante, pero *Quilly* correteaba a nuestro alrededor como la perrita cariñosa en que se había convertido, feliz de estar viva y curiosa respecto de todos los olores que captaba su negra nariz. Me asombraron sus energías; yo casi no podía moverme y pedí a William que me llevara el escudo porque su peso me parecía casi insoportable. En la orilla arenosa del vasto mar Mediterráneo, me desvestí y, dejando a William y *Quilly* al cuidado de mis armas y mis ropas, desnudo como el día en que llegué al mundo, me entregué a la caricia de las mansas olas y me sumergí en el frío abrazo del mar. No me alejé mucho de la orilla porque era un mal nadador, pero con el agua hasta la altura del pecho me limpié como pude la sangre pegajosa, acariciado por los rayos postreros del sol colgado como un gran escudo de bronce en el cielo del oeste, sobre las aguas de un azul profundo.

Al volver a la superficie y mirar hacia la orilla, que no distaba más de cuarenta pasos, advertí alguna cosa extraña. Caminé en dirección a la playa para ver con más claridad lo que ocurría. Había dos siluetas, dos soldados, de pie junto al montón de mis ropas, y una forma achaparrada que parecía un enano junto a ellos. Chapoteé hasta que el agua me llegó a las rodillas, y entonces pude ver el color de las sobrevestes, y sentí que el corazón me daba un tremendo vuelco. Eran de color escarlata y azul celeste, y entonces me di cuenta de que el hombre que estaba colocado delante del otro tenía una mecha de pelo blanco en el centro de una cabellera roja. Era sir Richard Malvête.



—Sal del agua, niño cantor —dijo Malvête—. Acércate y cantaremos los dos a dúo una bonita tonada en la playa.

Su voz ronca rebosaba de una alegría burlona. Yo me quedé donde estaba, cerca de la orilla, a unos veinte pasos; desnudo, chorreante, con las manos cubriendo pudorosamente mis partes íntimas. Sir Richard Malvête no se movió: estaba allí, con una mano en la empuñadura de su espada, mirándome con sus ojos castaños de fiera. El soldado se inclinó sobre la figura achaparrada, y sacó del cinto un largo cuchillo. Vi que se trataba de William, atado de pies y manos y con una señal roja en la sien, donde alguien le había golpeado. Lo habían atado con nudos muy apretados y en posición agachada, pero pareció más furioso que asustado cuando el soldado le acercó el cuchillo a la garganta. Junto al muchacho, estaba tendido el cadáver de *Quilly*, con la cabeza de pelaje dorado aplastada por un golpe salvaje. Sentí que empezaba a crecer en mi interior un torrente de furia, negro y poderoso, por la muerte de aquel perro feliz.

—Acércate, niño cantor —me llamó Malvête con su voz de bajo—, o tu criado morirá.

No tenía opción: era una cuestión de lealtad. William había sido un escudero bueno y leal conmigo, y no podía huir de allí y condenarlo a la muerte, aunque eso significara mi propia perdición. Y tampoco quería huir; deseaba aplastar a Malvête con mis propias manos si era necesario, o morir en el intento. De modo que empecé a caminar muy despacio hacia los dos hombres. Me detuve en la orilla misma de la playa, junto al bulto de mis ropas. Malvête mostró sus grandes dientes amarillos.

—Este va a ser un gran placer —dijo con su voz profunda y lenta—, algo que he estado esperando mucho tiempo. He venido a este lugar sólo con la intención de encontrar un sitio tranquilo donde darme un baño, ¡y mira lo que he encontrado!

Y, muy despacio, sacó la espada de su vaina; la hoja chirrió al rozar la funda metálica, e hizo que me recorriera el cuerpo un escalofrío. Malvête me dirigió una sonrisa horrible y avanzó un paso.

—Sir Richard —dije entonces—, sin duda no queréis matar a un hombre desnudo. ¿Me permitís vestirme antes, para morir como un cristiano decente?

Intenté que mi voz fuera lo más humilde posible, y con la mayor discreción eché una ojeada al mismo tiempo a la zona que se extendía alrededor de mis ropas. Entonces habló el soldado. De pie, junto a William, mostró con una mano unos pesados correajes sucios de arena que escondía detrás de su cuerpo, y de los que colgaban mi espada y mi puñal. Los agitó en el aire y preguntó:

—¿Es esto lo que estáis buscando, *señor*? —Y soltó una carcajada que pareció un ladrido.

El hecho de que me llamara «señor» era en cierta forma peor aún que el calificativo de «niño cantor». Mi cara debió de reflejar mi desencanto, porque Malvête rompió a reír con carcajadas roncadas.

—En cualquier caso, vístete, niño cantor. No tengo ninguna prisa. Me gusta

tomarme mi tiempo en mis pequeños placeres.

Con la mano izquierda, me señaló con un gesto magnánimo el montón de mis ropas.

Me incliné despacio hacia el suelo, con la mirada fija en Malvête, y extendí la mano con los dedos abiertos, buscando entre la arena, tanteando..., y aferré una piedra de la playa, del tamaño de un puño, que había visto desde el momento en que salí del agua. Con un rápido impulso proyecté el brazo adelante y arrojé la piedra con todas mis fuerzas contra la cara de sir Richard. He dicho antes que era un buen lanzador de piedras, y también he presumido de mi rapidez de movimientos en la batalla, pero en ese momento fui más rápido de lo que nunca he sido. La piedra salió disparada de mi mano y voló hacia la cabeza de Malvête, media libra de roca pulida por el mar dirigida a gran velocidad contra su nariz; aun así, la Bestia se agachó justo a tiempo. Sin embargo, Dios estaba conmigo aquel día, porque la piedra pasó silbando sobre la cabeza de Malvête y fue a impactar en la boca del soldado, que estaba colocado inmediatamente detrás de él. La fuerza del golpe fue asombrosa. El soldado cayó como un saco de grano en la arena, y Malvête retrocedió un par de pasos, todavía agachado, mientras dirigía miradas incrédulas al soldado inconsciente, y así me dio tiempo a aferrar mi escudo. Luego sir Richard me atacó con su espada larga, y un crujido sordo resonó cuando conseguí parar su golpe con la parte plana del escudo.

Di un paso hacia el soldado inconsciente en busca de mis armas, caídas a su lado y enredadas en los correajes, pero Malvête era demasiado astuto para dejar que me acercara. Se me echó encima y asestó un gran golpe lateral contra mi cabeza, y luego otro hacia mi costado derecho, en rápida sucesión. Yo detuve sus golpes con el escudo, y retrocedí. De pronto fui consciente de que estaba completamente desnudo... y armado sólo con un escudo anticuado. Sir Richard había recuperado el equilibrio. Tiró una estocada hacia mis espinillas desnudas y se echó a reír cuando evité el golpe con un salto.

—Esto va a ser más divertido aún de lo que imaginaba —burbujeó, y me di cuenta de que hablaba en serio. Disfrutaba del hecho de que el azar hubiera torcido un poco las cosas en mi favor, pero estaba claro que seguía convencido de que podía matarme con toda facilidad. Asestó otro golpe, y pareció encantado cuando me vio dar un traspié. Yo seguía intentando acercarme mediante un rodeo a mis armas, pero, cada vez que me movía en esa dirección, él me lo impedía con algunos golpes bien dirigidos, y yo me veía obligado a saltar, dar quiebros y parar con el escudo para seguir con vida. Lo miré jadeante desde detrás del borde del escudo; odiándole con todo el corazón y toda el alma. Sabía que no podía morir a manos de ese hombre. Sabía que yo iba a matarle a él, por Nur, por Ruth, por Reuben, por mí mismo. Ese mismo día, su alma había de viajar al infierno.

Debió de ver algo en mi cara, porque paró de reír y murmuró:

—Bueno, basta de bromas, es hora de acabar con esto.

Se lanzó adelante golpeando a izquierda y derecha con un diluvio de golpes que habrían resultado fatales para mí de llegar a su destino. Los bloqueé y paré con el escudo, a la espera del movimiento que quería, un revés que dejara al descubierto su cuerpo al final del golpe, y cuando lo vi llegar, en lugar de defenderme con el escudo esquivé su espada, levanté el brazo izquierdo y me abalancé sobre él. Me agaché hacia adelante, y la punta reforzada del escudo chocó con fuerza por debajo de su barbilla, directamente en la nuez o manzana de Adán, con toda la fuerza de mi impulso detrás de ella. El cartílago reventó con un ruido pegajoso, la tráquea se hundió y sus ojos de fiera se abrieron de par en par cuando cayó de rodillas frente a mí, con las dos manos aferradas a su garganta rota, incapaz de respirar ni de comprender lo que había ocurrido. Pasé a su espalda y, desde un metro de distancia, le golpeé con el borde del escudo de arriba abajo en la nuca, como si manejara un hacha. El hueso crujió, la cabeza osciló hacia atrás y el cuerpo se derrumbó en el suelo, con los pies dando breves y rápidas patadas en la arena y la cabeza vuelta hacia un lado en un ángulo imposible que sólo podía significar una cosa.

No perdí tiempo en mirarlo, sino que corrí hacia el soldado caído, saqué mi espada de la vaina cubierta de arena que había quedado debajo de su cuerpo, y le rebané la garganta casi en un único movimiento.

—Oh, Alan —dijo William—, ha si-sido mag-magnífico. Nunca había visto a ningún caballero realizar una ha-zaña pa-parecida.

Yo estaba inmóvil, tratando de recuperar el aliento, y mientras veía cómo la sangre de aquel hombre iba empapando la arena, desnudo pero armado con una espada ensangrentada y un escudo abollado, me sentí menos caballero que nunca en mi vida. La verdad es que me sentí como un guerrero surgido de las nieblas del pasado, uno de aquellos hombres pintados de azul que desafiaron a los romanos de capas rojas antes de que existieran siquiera los normandos y la caballería. Luego el momento pasó. Mi corazón empezó a calmarse, sonreí a William y alcé mi espada para saludarlo.

—¿Quie-quieres desatarme, por fa-favor, Alan? —dijo William. Di un paso hacia él..., y de pronto me detuve. Lo examiné con una mirada nueva. Algo en la manera como estaba atado pulsó en mi interior una cuerda muy lejana de mi memoria. Tenía las rodillas atadas al pecho y las manos a los pies, delante de las rodillas. Parecía un pavo listo para el espetón en la fiesta de la Navidad. Y, en ese momento, lo supe de cierto; llevaba algún tiempo sospechándolo, pero ahora estuve seguro. Supe que William era el asesino frustrado de Robin. Y supe también por qué había querido matar a Robin a lo largo de los últimos meses.



## Capítulo XX

**M**iré durante unos segundos a William, atado y encogido en la playa arenosa. Luego dejé la espada y el escudo en el suelo, y me puse las *braies* y la camisa. Aunque el sol se ponía ya, me sentí demasiado acalorado y magullado para vestirme del todo: me habría gustado darme otro baño, pero no había tiempo. Sin embargo, recogí el cinto de la espada y me lo abroché antes de arrodillarme delante de mi leal escudero William.

Durante unos momentos me limité a mirarlo, para asegurarme de que era quien yo creía. William parecía confuso.

—Po-por el amor de Dios, se-señor... —dijo—, ¿por qué no cortáis la cuerda? Due-duele.

—Dime antes cómo te llamas —contesté.

Frunció la frente.

—Pe-pero, señor, lo sabéis mu-muy bien, me lla-llamo William.

—Dime tu nombre completo; dime el nombre de tu padre —dije en tono frío, y pensé en serpientes, en venenos, en piedras que caían y en arañas gigantes.

Me devolvió la mirada, y su expresión cambió poco a poco. Su semblante siempre servicial —el de un criado: humilde, alegre, honesto— se transformó y se hizo duro, lívido y pétreo. No dijo nada, pero me miró con ojos arrasados por un dolor antiguo que brillaban en el rostro imberbe de un adolescente.

—Te llamas William Peveril —dije. No fue una pregunta—. Tu padre era sir John Peveril..., y Robert Odo, conde de Locksley, lo mutiló, lo humilló y lo destruyó como hombre ante tus mismos ojos.

Siguió sin decir nada. Mientras lo miraba, mi mente se trasladó tres años atrás, a una época en la que yo no era mucho mayor que el propio William. Recordé un claro en el bosque de Sherwood al amanecer, un hombre grueso atado y clavado al suelo, el crujido húmedo del hacha de Little John al cortar tres miembros de aquel hombre por orden de Robin, dejándole sólo el brazo izquierdo. Y el chico, un niño de diez años al que consideramos inofensivo... y al que atamos como un pavo navideño... al que dejamos con vida para que contara a todos la historia; el mismo niño que ahora estaba atado delante de mí en la playa y me miraba con ojos hostiles y vengativos.

—¡Habla! —le grité—. No ganarás nada con callar. Dime que fuiste tú quien puso una serpiente en la cama de Robin, y veneno en su comida y en su vino; admite que le

arrojaste un pedazo de muro sobre la cabeza, en Acre...

—¿Por qué te preocupa eso? —siseó William—. Tú le odias también. Te he oído decir en el delirio de la fiebre que es un asesino, un ladrón, un bruto sin Dios. El destruyó a mi padre y lo dejó reducido a la condición de un mendigo implorante, incapaz de cuidar de sí mismo, incapaz siquiera de cagar de una forma digna.

Me di cuenta de que su tartamudeo había desaparecido por completo.

—No quedó nadie más —siguió diciendo en el mismo tono henchido de odio—, de modo que yo hube de cuidar de él: cambiarle las vendas húmedas de pus, limpiar la mierda de su culo, mendigar, robar comida para él..., y sentirme cada día un poco más resentido con él. Durante todo un año, vivió como un medio hombre, un inválido despreciado por todos, hasta que encontró el valor para acabar con su vida miserable con su propia daga. Odio a Robert Odo por lo que le quitó a mi padre, y por habérmelo arrebatado. Pero sé que tú lo odias tanto como yo mismo. Es un malvado, y tú lo sabes. Corta estas cuerdas y lo mataremos juntos tú y yo, córtalas y libraremos al mundo de una basura apestosa...

Y estalló en sollozos furiosos, un hilillo de moco asomó por sus narices y las lágrimas bañaron sus mejillas.

—Dime primero, William, cómo conseguiste llegar hasta nosotros. ¿Siempre tuviste ese crimen en tu corazón? ¿Lo habías planeado ya el primer día en que nos conocimos en Nottingham?

Hizo con la cabeza un gesto afirmativo. Quedé impresionado por su forma de entregarse a aquella venganza. Y más que un poco asustado. El tartamudeo, la humildad, el compañerismo, todo había sido un fraude, todo un medio para llegar al fin letal que buscaba.

—Cuando mi padre puso fin a su desgracia, hice un juramento sagrado. Juré ante la Virgen que mataría al conde de Locksley o moriría en el intento.

—¡Pero yo te avalé con mi propia vida! —dije—. ¿Me habrías cortado el pescuezo también a mí mientras dormía?

—A vos no, señor, a vos nunca. Vos habéis sido amable conmigo. —Sorbió los mocos—. Pero me habría hecho feliz matar al monstruo y escurrirme en la noche, tal vez para ingresar en un monasterio como lego y pasar el resto de mis días arrepentido.

—¿Y el jabalí? —pregunté en tono frío—. Estuvo a punto de matarme en Sicilia.

—Siento mucho aquello, señor, de verdad —gimoteó William—. Yo arreglé las redes para que cedieran, pero luego el conde, el monstruo, cambió de posición. No tuve intención de haceros daño, señor, ¡por mi vida que no!

Apenas conseguía creer que mi sumiso escudero hubiera planeado aquello; mi alegre William, que me había servido fielmente a lo largo de un viaje de tantos kilómetros, pero que tenía un secreto oscuro y criminal, y lo había guardado tan bien

durante tanto tiempo.

—Si te dejo escapar ahora, ¿me prometes olvidar tu venganza contra mi señor Robert de Locksley? —dije en tono solemne, medio temeroso de la respuesta—. ¿Me juras por Nuestro Señor Jesucristo, y por la Virgen y todos los santos, que abandonarás esos intentos de dar muerte a mi señor y te alejarás de nuestra compañía para no volver más?

—¡Nunca! —Sus ojos relampaguearon—. Nunca dejaré de intentar matar a ese monstruo; le perseguiré hasta el último rincón de la tierra para vengarme; tiene que acabar sufriendo una muerte digna de su maldad... —Vi que se habían formado hilos de espuma en las comisuras de la boca de William y que, previendo su destino, forcejeaba para librarse de sus ataduras.

Me coloqué a su espalda, saqué el puñal y, Dios se apiade de mi alma, le corté el pescuezo tan deprisa como pude. Cuando dejó de debatirse y me aparté de su cuerpo ensangrentado tumbado en la arena, me dejé caer en el suelo como si fuera yo quien hubiera recibido la herida mortal, y alcé la vista al cielo donde residen Dios y sus ángeles. Pero no pude ver a la Divinidad. Se había hecho de noche, las nubes cubrían las estrellas y, mientras escudriñaba aquellas tinieblas, tendido, desmadejado en medio de los cadáveres de las tres personas a las que acababa de dar muerte, sentí agolparse en mis ojos las lágrimas por las miserias de la vida. Sopesé mi lealtad a mi señor, que, no obstante sus graves pecados, acababa de verse sometida a la prueba definitiva, y la comparé con el amor de un niño por su padre, convertido de repente en un espanto. Había matado a William porque era necesario. Era necesario para la seguridad de Robin, porque el chico no iba a renunciar a la venganza, y yo era todavía, lo descubrí en ese mismo momento, a pesar de todas las cosas que mi señor podía haber hecho mal, fiel a Robin. Pero a veces hay más de una verdad, y por eso a menudo, cuando he bebido más cantidad de vino de lo habitual en mí, creo que maté a William a causa de Nur.

No fui leal con ella. Después de haber sido mutilada por Malvête, grité de horror cuando me vi frente a su deformidad..., y ella huyó. Pero con su huida, ella estaba reconociendo mi imposibilidad de amarla bajo el aspecto que tenía ahora. Y así era en verdad. De lo cual se desprende que yo no la amaba en realidad, porque sin duda el amor trasciende la simple belleza física, y lo que es aún peor, tampoco fui lo bastante fuerte para mantener mi lealtad a ella. Y por eso, en cierta extraña forma, Nur fue también la causa de que matara a William. Me había mostrado desleal con ella, a la que decía amar, y quería probarme a mí mismo hasta qué punto podía ser leal a Robin, a quien decía no amar.

En aquella playa en tinieblas, lloré por William, y por mí, y por Nur y Robin, y por todos nosotros los pobres pecadores de la tierra, y en ese preciso momento empezó a caer una lluvia ligera, y me pareció que todo el inmenso universo oscuro se

unía a mi llanto silencioso.



Finalmente, me puse en pie. Tenía todavía en la mano el puñal manchado de sangre. Al mirarlo, pensé en todo lo que representaba. Me lo regaló un hombre amable que fue asesinado delante de mí por orden de mi señor; fue utilizado para acabar con la vida de un muchacho cruelmente agraviado, en nombre de la lealtad a mi señor. No pude soportar verlo, y así, arrojé lejos el arma, que voló por el aire oscuro y fue a hundirse, invisible, en el olvido del fondo del mar.

Me desnudé de nuevo, y arrastré los cuerpos tan dentro del mar como pude, incluido también el cadáver de *Quilly*, y dejé que se hundieran y durmieran para siempre en compañía de los peces. Luego volví a lavarme de la cabeza a los pies, y froté a conciencia mi cuerpo con la arena fina de las aguas someras. Después me sequé, me vestí y me armé, y ascendí con paso cansado por el estrecho sendero del acantilado, para reunirme con mi mesnada.

Encontré a mi señor en su tienda, con Reuben arrodillado delante de él, vendándole una herida en el muslo. Levantó la barbilla a modo de saludo cuando entré, y dijo:

—Herida de flecha: nada serio, por lo que me dice Reuben.

Me invitó con un gesto de la mano a servirme de una bandeja en la que había una frasca de vino y varias copas. Bebí un sorbo y me senté sobre un cofre de madera de cedro mientras Reuben acababa de envolver en una venda limpia la parte superior de la pierna de Robin.

—¿Qué es lo que te preocupa? —me preguntó Robin, un poco distante. Me pareció algo irritado por el hecho de que yo hubiera entrado sin pedir permiso—. Pensaba que estabas de juerga con todos los demás. Celebrando nuestra gloriosa victoria.

—He matado a Malvête —dije de sopetón—. En la playa. Le he roto el cuello con el escudo.

—Bien hecho —dijo Robin—. De modo que no has necesitado mi ayuda, después de todo.

Parecía indiferente, y entonces me di cuenta de que Reuben le había dado algo poderoso contra el dolor. Pero el judío levantó la cabeza y me dirigió una docena de preguntas con la mirada.

—Y también he matado a mi escudero William. Le he cortado la garganta de oreja a oreja. En la misma playa.

Aquello les dejó atónitos. Los dos me miraron boquiabiertos como si estuviera loco.

—Era él quien intentaba matarte —dije en tono cansado. Lo que deseaba más que nada era acurrucarme debajo de las mantas y dormir. El vino estaba aflojando los lazos que me unían al mundo—. Era un Peveril. Era el niño que dejamos vivo después de que ordenaras la mutilación de sir John hace tres años. Ha estado intentando matarte más o menos desde entonces.

Tanto Robin como Reuben guardaban silencio, asombrados. Luego Reuben preguntó:

—¿Aquel joven criado tan amable?

Yo me puse en pie, apuré el vino de mi copa y miré directamente a Robin.

—De modo, señor, que en adelante no tienes nada que temer en nuestros cuarteles.

Volví la espalda sin hacer caso de la algarabía de preguntas que me perseguía, salí de la tienda y fui en busca de mi jergón.



Tres días después, llegamos a Jaffa. Saladino había arrasado los muros de la ciudad y la mayoría de sus habitantes se dieron a la fuga al acercarse el ejército victorioso de Ricardo. De hecho, la ciudad estaba en un estado tan lastimoso, poco más que un montón de ruinas, que nos vimos forzados a acampar en un olivar de las afueras. Ambroise había estado en lo cierto: la noticia del bárbaro trato de Ricardo a los prisioneros sarracenos de Acre se había extendido por toda Tierra Santa, y los habitantes de las ciudades preferían abandonar sus hogares al ejército a sufrir el asedio del vencedor de la batalla de Arsuf.

Ambroise no dejó de presumir de lo perspicaz que había sido mientras compartíamos una jarra de vino local y un plato de higos debajo de un toldo listado en las proximidades de la tienda real.

—Te tiene en mucha estima, ¿sabes? —dijo Ambroise inclinándose junto a mi oído como un conspirador—. Me refiero al rey. Cree que tu música tiene un tono rústico muy refrescante. Y me ha pedido que interceda ante ti en su favor. —Me sentí incómodo. ¿Qué quería decir con eso?—. Hum, desde luego él sabe que estás al servicio del conde de Locksley, y que ha sido así desde, desde... —Ambroise no supo encontrar una forma educada de decir «desde sus tiempos de proscrito», de modo que bebió un largo trago de vino—. En fin, sabe desde luego que estás ligado al conde, pero algunas personas sostienen que no estás muy contento con tu posición; que habéis cruzado algunas... *palabras*... tu señor y tú. Y Su Real Majestad se pregunta si no preferirías, o mejor dicho, si no te plantearías la posibilidad de entrar a formar parte de su séquito, como *trouvère*. Como he dicho, te tiene en gran estima, admira tu música y sabe que te comportaste bien en Arsuf.

Me quedé mudo. ¿El rey de Inglaterra me quería a mí para formar parte de su séquito? ¿A mí, un cortabolsas, o como Robin me había llamado con toda la razón, un ladronzuelo mocoso de Nottingham? Se me pedía que me uniera a la cohorte de nobles y amigos del rey. No sabía qué contestar. Ambroise, simulando con toda delicadeza no haberse dado cuenta de mi arrobo y de mi confusión, siguió diciendo en tono alegre:

—Por supuesto, él mismo te armaría caballero. Lo hace con todos los miembros del círculo de sus íntimos. Y habría tierras para repartir, y un estipendio considerable, en oro...

Eran demasiadas cosas para poder asimilarlas de golpe, y murmuré que lo pensaría. Pero no pude parar quieto allí sentado, y mientras Ambroise charlaba sobre otros asuntos observándome atentamente con el rabillo del ojo, yo soñaba con un futuro resplandeciente como miembro de la «familia» real. Yo sería sir Alan Dale; sir Alan de Westbury; Alan, señor de Westbury... La idea hizo que la cabeza me diera vueltas como si hubiera bebido demasiado vino.

Cuando me despedí de Ambroise, caminaba como entre nubes, tambaleante entre los olivos, babeando como un idiota, ya olvidados los horrores de las últimas semanas y con una sensación de enorme benevolencia hacia toda la Humanidad. Sólo un detalle me estorbaba en la plenitud de aquella noche: tuve la fuerte sensación de que alguien me seguía. Mientras caminaba a saltitos tan orondo como un petirrojo, vi de reojo una sombra pequeña y oscura que me seguía. Pero cada vez que me giraba en su dirección, desaparecía. Al bordear una tapia de piedra me volví de repente a mirar, y estoy seguro de haber distinguido la figura de una mujer vestida de negro de la cabeza a los pies, con ropajes árabes, a unos cincuenta pasos de distancia. Grité «¡Nur!», y corrí hacia el lugar donde había visto la figura, pero no encontré a nadie. Delante de mí se extendía un olivar en sombra sin el menor indicio de ninguna presencia humana. ¿Era mi imaginación, estimulada por el vino de Ambroise? ¿Era una quimera creada por mi conciencia culpable? ¿O realmente ella había estado allí? Un escalofrío recorrió mi espina dorsal.

Pero cuando regresé a la zona donde acampaban los hombres de Sherwood, el canoso Owain me devolvió a la sólida realidad con el mensaje de que Robin quería verme. Todavía inquieto por la visión de la mujer árabe vestida de negro, fui a su tienda y, después de anunciarme, entré.

Dentro, Reuben, Little John y Robin estaban reunidos en torno a un mapa trazado en un pergamino colocado sobre una mesa pequeña. Todos mostraban huellas de la batalla: la pierna de Robin estaba envuelta en un vendaje nuevo, Reuben cojeaba con la pierna rota aún entablillada, y también Little John tenía un largo y profundo corte en la frente, suturado con unas burdas puntadas.

Permanecí en pie delante de ellos, y esperé a que Robin se diera cuenta de mi

presencia. Los tres estaban de pie; Robin dejó a un lado el mapa después de enrollarlo con un gesto impaciente, y se volvió hacia mí. Sin ningún preámbulo, me dijo:

—Volvemos a casa, Alan. Por lo menos yo, y también se vienen John, Owain y la mayor parte de los hombres. Reuben se va a Gaza. Va a representar allí mis intereses en el... hum, en el comercio del incienso. Pero hay asuntos de familia que reclaman con urgencia mi atención en Kirkton. Mi esposa, y mi *hijo*, me necesitan allí.

Puso un énfasis particular en la palabra «hijo», como si con ello dejara resuelto definitivamente el tema. Yo sabía a lo que se refería, y me sentí contento por él. Iba a volver junto a Marian y el pequeño Hugh, iba a ser leal a ellos, a pesar de la tacha y la vergüenza que otros querían atribuirle. Volvía a casa para estar con su familia, y al hacerlo venía a declarar que, fueran o no de su sangre, ellos *eran* su familia, el honor de ellos era el suyo propio, y lucharía hasta el fin para defenderlo.

—De modo que volvemos a casa —repitió Robin—. El rey está de acuerdo en dejarme ir; quiere que le haga un pequeño servicio en Inglaterra y vigile de cerca a su hermano Juan, que al parecer está dando problemas. La excusa oficial para mi marcha es mi herida —palmeó su pierna vendada—, pero el caso es que ya he hecho lo que había venido a hacer aquí. El rey Ricardo ha ganado su batalla, y es hora de salir de esta tierra maldita de Dios y volver a las verdes praderas de la patria. Mi pregunta es: ¿quieres venir conmigo?

Me quedé totalmente desconcertado. Nunca antes me había preguntado si quería acompañarlo, lo daba por descontado. Abrí la boca un par de veces sin conseguir pronunciar una sola palabra, y entonces Reuben aclaró en tono amable:

—Nos han dicho que el rey te ofrece una posición en su casa real, y sabemos que no estás a gusto con Robin desde...

Me sorprendió más incluso que Reuben estuviera tan bien informado. Apenas hacía una hora que me habían comunicado la generosa oferta del rey. Pero Ambroise nunca había destacado por su discreción en ningún aspecto.

—Si deseas irte de mi lado y unirme al séquito del rey, con gran pesar te doy entera libertad para hacerlo..., y tienes además mi bendición —dijo Robin. Me sonrió con tristeza, y sus ojos brillaron con una luz plateada.

Tragué saliva. De un lado, un título de nobleza, un puesto bien pagado de músico del monarca más noble de la cristiandad, la posibilidad de completar nuestra tarea en este lugar y liberar Jerusalén, la ciudad más sagrada del mundo, de las garras de los sarracenos; y de otro lado, seguir al servicio de un hombre que no parecía tener ninguna noción de la moral, que no obedecía a leyes civilizadas y que mataba alegremente a hombres, mujeres y niños cristianos e inocentes en su propio provecho.

En mi mente no hubo la más mínima duda sobre lo que iba a hacer.

—Hace mucho tiempo —dije, y sentí mi lengua torpe en la boca—, os hice un juramento, mi señor; juré que os sería leal hasta la muerte. He derramado mucha

sangre por ese juramento..., pero jamás lo he roto. Nos vamos a casa.  
Y Robin sonrió.



## Epílogo

Cuando Dickon vino a verme al día siguiente a la mansión de Westbury, poco después del amanecer, tomé asiento en un sitial elevado de madera tallada, con mi espada desnuda sobre las rodillas. Me pareció muy viejo, allí de pie frente a mí: su cara chupada tenía un tono amarillento por la bebida, y el escaso pelo que le quedaba era blanco como la leche; la manga vacía contribuía a acentuar aún más su aire de desamparo.

Estuve sentado en silencio largo rato, observándolo, mientras él removía los pies y parecía sentirse más y más incómodo. Finalmente habló:

—Me habéis pedido que viniera a veros, señor —dijo con una voz temblorosa, asustada.

Dejé que sus palabras quedaran unos instantes suspendidas en el aire, y luego le pregunté:

—Dime, Dickon, ¿cómo perdiste ese brazo?

La pregunta le dejó confuso.

—Pero, señor..., ¡lo sabéis muy bien! —dijo—. ¡Estuvisteis conmigo en Arsuf! Sabéis que lo perdí delante de uno de esos sucios paganos con esas grandes espadas curvas. ¡Sin duda lo recordáis!

Lo recordaba. Recordaba a Dickon como un joven arquero de ojos vivarachos, no mucho mayor que yo mismo, un inglés que parecía fuera de lugar al lado de aquellos robustos mozos galeses. Recordaba que recibió aquella herida, un tajo de cimitarra, en la lucha con la caballería berberisca, y recordaba su buen humor, a pesar del dolor de la herida, cuando visité a los heridos el día después de la batalla y les llevé comida y agua.

—¿Serviste a Robin Hood, entonces, antes de que le hicieran conde, en Sherwood? —dije.

—Sí, señor, como vos mismo.

Ahora Dickon estaba del todo confuso. Me di cuenta de que se preguntaba si la edad avanzada me hacía chochar.

—¿Qué hacía Robin cuando un proscrito le robaba? —pregunté en tono tranquilo. Y de pronto la sangre se retiró del rostro de Dickon, al verse transportado más de cuarenta años atrás a los días salvajes del bosque, cuando mi señor gobernaba a sus hombres sobre la base del terror puro y simple.

—Yo fui educado por Robin, y él me enseñó muchas cosas sobre crímenes y sobre el castigo adecuado para cada uno de ellos —dije, con mi tono más amenazador. Luego me puse en pie, empuñé mi espada y me acerqué a Dickon. Cayó de rodillas e intentó pedir perdón, pero tenía la boca demasiado seca para poder hablar. Yo coloqué la espada sobre el bíceps fibroso del único brazo que le quedaba, de modo que la punta afilada se apoyó suavemente en él.

—Recuerda lo que voy a decirte, Dickon —seguí diciendo. La vista del pobre hombre iba continuamente de mi rostro a la punta de la espada, y a la inversa—. Si vuelves a robarme, si coges aunque sólo sea un tarugo de pan seco, te cortaré el brazo que te queda y se lo daré de comer a los cerdos. ¿Me has oído?

Dickon asintió. Temblaba de miedo en ese momento.

—Pero, como nuestro señor Robin, no hago gran caso de los tribunales, de modo que no voy a demandarte ni ante el tribunal de la mansión ni ante el del rey por el robo de mis lechones, pero te impongo una multa de un chelín para resarcirme del perjuicio. Esa es mi sentencia como señor de esta mansión, y ése es también el arreglo que te ofrezco en nombre de nuestra antigua camaradería. ¿Juras que lo cumplirás?

Se pasó la lengua por los labios y dijo con voz ronca:

—Lo juro.

—Muy bien, pues. Ya puedes marcharte.

Y vi cómo se incorporaba y salía tambaleante por la puerta de la sala.

Sabía que Marie se pondría furiosa por dejarle irse sólo con una pequeña multa, y que Osric se quedaría perplejo. Pero mi señor Robin, aunque ahora se estuviese pudriendo en su tumba, habría aprobado mi decisión. Dickon luchó valientemente a mi lado en Tierra Santa, sufrió conmigo, y durante cuarenta años después de ser herido allí había cuidado lealmente de mis puercos aquí en Westbury, un año sí y otro también, con lluvia o con sol. Nunca lo haría ahorcar por uno o dos lechones, y Robin tampoco.

Era simplemente una cuestión de lealtad.

## Nota histórica

La idea de que Robin Hood fuera a la Cruzada puede parecer estrambótica, pero para mí tiene sentido que un noble ilustre, un poderoso miembro de la casta guerrera anglo-normanda, se viera comprometido en uno de los mayores movimientos bélicos de su época..., por su propia voluntad o por otra causa. Inglaterra se vio presa de un frenesí de fervor religioso antes y después de la marcha del rey Ricardo a la Gran Peregrinación, como se llamó entonces a la Tercera Cruzada, y decenas de miles de caballeros, desde los montes Peninos hasta los Pirineos, desde Britania hasta Baviera, se mostraron dispuestos a arriesgar sus vidas, sus riquezas y la seguridad de sus familias para tomar parte en lo que entonces les parecía una gran aventura sagrada. Creo que habría sido bastante extraño que mi conde de Locksley de ficción no participara en mayor o menor medida.

Fue esa misma histeria religiosa la causa principal de los vergonzosos y sangrientos sucesos de York a mediados de marzo de 1190. Una multitud de paisanos armados, azuzados por un misterioso monje de hábitos blancos que predicaba el odio a los judíos, asedió a unos ciento cincuenta judíos, hombres, mujeres y niños, que se habían refugiado en la Torre del Rey del castillo de York (la conocida ahora como Clifford's Tower).

Después de varios días de asedio y de lucha, cuando quedó claro que no se les respetaría la vida si se rendían a sir John Marshal, el alguacil mayor del Yorkshire, los judíos, encabezados por Josce de York y el rabino Yomtob, eligieron la muerte por propia mano antes que la perspectiva de ser despedazados por una chusma de cristianos sedientos de sangre. Para una relación académica pero profundamente conmovedora de este suceso terrible, recomiendo *The Jews and the Massacre of March 1190*, de R. B. Dobson (Universidad de York).

Los ciudadanos de York fanatizados por la fe fueron encabezados, entre otros, por un caballero llamado sir Richard Malebisse. Pero aunque mi villano de ficción, sir Richard Malvête, está obviamente inspirado en él, me importa dejar claro que no se trata de la misma persona. Malebisse no murió en el curso de la Tercera Cruzada y, aunque cayó en desgracia en 1190 a consecuencia de la matanza de York, volvió a desempeñar un papel destacado después de la muerte de Ricardo, durante el reinado del rey Juan. Está documentado que solicitó una licencia para la construcción de un castillo en el Yorkshire en 1199, y que murió en 1209 o 1210. Creo que todavía viven

algunos descendientes suyos.

No hay la menor prueba documental, por supuesto, de la presencia de dos guerreros cristianos entre los valerosos mártires judíos de York —o, mejor dicho, de la presencia de un cristiano y de Robin Hood—, pero es una prerrogativa del novelista colocar a sus héroes de ficción en el centro de cualquier catástrofe histórica y hacer que salgan de ella más o menos indemnes.

Los hechos reales de la Tercera Cruzada ocurrieron de forma muy parecida a como los he descrito en este libro; mi fuente principal de información ha sido el magistral *Richard I* de John Gillingham (Yale University Press). En el verano de 1190, la parte principal del ejército de Ricardo se reunió con el francés en Vézelay. Luego marcharon juntos a Marsella, navegaron hasta Sicilia y pasaron el invierno en Messina, donde los cruzados —encabezados por Ricardo y en respuesta a una serie de provocaciones de la población local— arrasaron la población y la saquearon. Las relaciones entre los reyes Ricardo y Felipe se fueron deteriorando poco a poco a lo largo de aquel largo invierno de inactividad, y cuando el rey Felipe zarpó hacia Tierra Santa el 30 de marzo, víspera de la llegada a Messina de Berenguela, la prometida del rey Ricardo, cada uno de los dos monarcas se comportaba con una desconfianza absoluta hacia el otro. El enorme ejército de Ricardo siguió al francés diez días más tarde, pero mientras que Felipe estaba ya en Acre el 20 de abril, la flota de Ricardo fue dispersada por una gran tempestad en las proximidades de Creta, y los barcos que conducían a la prometida y a la hermana del rey, muy maltrechos, anclaron en Chipre, donde el sedicente emperador Isaac Comneno se negó a aprovisionarlos de víveres y agua potable.

Ricardo atacó Limassol de forma muy parecida a como se describe, y desalojó al emperador de la playa al atravesar una barricada improvisada con la compañía de tan sólo unos cientos de hombres de su ejército; el pequeño contingente de arqueros galeses del rey desempeñó un papel significativo en la victoria. El éxito del ataque por sorpresa en el olivar aquella misma noche, por los mal montados caballeros cristianos, selló la suerte del emperador. Y es un hecho histórico que fue cargado con cadenas de plata, y no de hierro, cuando finalmente se rindió al rey Ricardo, el día 31 de mayo de 1191.

Después de un asedio que duró casi dos años, Acre cayó en manos de los cruzados el 12 de julio de 1191, un mes después de la triunfal llegada de Ricardo. Y si bien los exhaustos sitiadores cristianos recibieron con alegría la aparición de Ricardo y los refuerzos masivos que trajo consigo, las habilidades diplomáticas del rey de Inglaterra dejaron con frecuencia mucho que desear. Se echó en contra suya al contingente alemán al arrojar la bandera del duque desde lo alto de las murallas, y creó nuevas tensiones con el rey Felipe al apoyar a un candidato rival para el puesto de rey de Jerusalén. Cuando los franceses y los alemanes se marcharon de Tierra

Santa, Ricardo quedó debilitado..., pero lo importante fue que reunió bajo su mando único a todas las fuerzas cristianas que permanecieron allí.

Es cierto que Ricardo dio la orden de la ejecución a sangre fría de 2700 prisioneros de guerra musulmanes, una atrocidad que fue recogida en su crónica por el *trouvère* normando Ambroise en su *Estoire de la guerre sainte* (existe una traducción al inglés de Marianne Ailes publicada por The Bodyell Press). Después marchó desde Acre en dirección sur hacia Jaffa (una población próxima a la moderna Tel Aviv), con la intención de amenazar Jerusalén desde allí. Con el fin de frenar su marcha, Saladino se vio obligado a enfrentarse a Ricardo unos 25 kilómetros al norte de Jaffa, cerca de una pequeña aldea llamada Arsuf.

La batalla de Arsuf, el 7 de septiembre de 1191, fue aclamada como una gran victoria del rey Ricardo y de su caballería pesada..., pero no resultó decisiva. Saladino sufrió un serio contratiempo ese día y se retiró con su ejército, pero en las semanas y los meses siguientes recibió refuerzos de tropas de todo el Oriente Medio, y pronto su ejército recuperó su anterior potencial. Aun así, la batalla tuvo un profundo impacto en los acontecimientos de la Tercera Cruzada: como resultado de aquella derrota, Saladino se juró no volver a permitir nunca que su caballería ligera se enfrentara a la poderosa caballería pesada cristiana en una batalla campal. Y su decisión demostró ser estratégicamente eficaz: en lugar de afrontar el ímpetu de los caballeros, y volver a ser vencido, el gran guerrero musulmán optó por una táctica de hostigamiento constante, evitando un choque masivo. Dejó que el tiempo y la distancia del hogar trabajaran en su favor. A lo largo del año siguiente, las fuerzas de Ricardo se desgastaron en escaramuzas y asedios menores, y muchos hombres murieron de enfermedades, hasta que tanto el rey como su astuto rival (que nunca llegaron a encontrarse cara a cara) se convencieron de que, aunque los cruzados, con un inmenso esfuerzo, consiguieran apoderarse puntualmente de Jerusalén, su debilidad sería demasiado grande para permitirles conservarla a largo plazo en un entorno hostil. Pronto se verían obligados a abandonar la ciudad santa en manos musulmanas, y toda la sangre derramada para su captura habría sido inútil. Un año después de la batalla de Arsuf, y después de largos meses de negociaciones, se acordó finalmente una tregua de tres años. En virtud de ese acuerdo, se permitía a los cruzados mantener unas posesiones cruciales en la costa de Ultramar, y a los cristianos visitar los lugares santos de Jerusalén y rezar allí sin ser molestados. Ricardo, después de alcanzar un resultado que hasta cierto punto justificaba el enorme dispendio en dinero y en vidas humanas que había significado la Cruzada, podía ya abandonar Tierra Santa, cosa que hizo el 9 de octubre de 1192.

Lo que ocurrió al rey Ricardo en su nefasto viaje de vuelta a su patria, y las posteriores aventuras de Robin, Little John, Alan y sus amigos, serán el tema del siguiente libro de la serie, cuya publicación está prevista para el verano de 2011.

ANGUS DUNCAN KENT, enero de 2010

## Agradecimientos

**H**e recibido la ayuda de tantas personas para escribir este libro que expresar mi agradecimiento a todas ellas se convertiría en una parodia de la peor clase de discurso de aceptación de un Oscar de Hollywood. Dicho esto, me gustaría mencionar a sólo unos pocos de quienes más me han ayudado: mis agentes Ian Drury y Gaia Banks, de Sheil Land Associates, y mis editores de Sphere, David Shelley, Daniel Mallory y Thalia Proctor.

La British Library y la Tonbridge Library han sido, como de costumbre, cómodas y eficaces. Carol Edwards y su compañero Mick merecen una mención por haberme enseñado los secretos del arco largo, y también Tez, que con mucha paciencia y amabilidad me ayudó a describir algunas de las escenas de lucha en el jardín del *pub* The Prince of Wales de Hadlow, Kent.

También quisiera dar las gracias a mis hermanos Jamie, John y Alex Donald, que han soportado valerosamente el aburrimiento de mis interminables charlas sobre mis libros, y que de vez en cuando me han ofrecido sugerencias realmente fantásticas sobre la trama.

Para terminar, quiero dar las gracias al taxista que me estafó el año pasado en Messina; él hizo que me resultara especialmente gratificante la descripción del saqueo de la ciudad por el rey Ricardo y sus caballeros.



ANGUS DONALD, nació en China en 1965 y se formó en el Marlborough College y en la Universidad de Edimburgo. A lo largo de su vida, ha ejercido como recolector de fruta en Grecia, camarero en Nueva York y como antropólogo en Indonesia, donde estudió la magia y brujerías indígenas. Durante los últimos quince años ejerció el periodismo en Hong Kong, la India, Afganistán y Londres. *Robin Hood, el proscrito* es el inicio de una serie centrada en este singular y enigmático personaje.

<http://epubgratis.me/taxonomy/term/5886>